



JUDE
DEVERAUX

El aroma de la lavanda




VERGARA

Lectulandia

Jocelyn Minton había perdido a su madre a los cinco años, y cuando su padre volvió a casarse se sintió más sola que nunca, hasta que conoció a Edilean Harcourt, una mujer sesenta años mayor que ella, que se convirtió en su alma gemela. A la muerte de Edilean, ésta le deja cuanto posee, incluidas una casa del siglo XVIII en Virginia y una carta con las claves de un misterio de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

Además, Edi creía haber encontrado al hombre perfecto para Joce, y estaba segura de que una nueva vida aguardaba a ésta en el pequeño pueblo de Edilean. Y allí se traslada Jocelyn, para conocer a un hombre con su propio pasado oculto.

Lectulandia

Jude Deveraux

El aroma de la lavanda

ePUB v1.0

Chris07dx 12.01.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Lavender Morning*

Jude Deveraux, Marzo de 2009.

Traducción: Paula Vicens

ePub base v2.1

Prólogo

—¿Helen? —preguntó quien estaba al otro extremo de la línea telefónica—. ¿Helen Aldredge?

Si se lo hubieran preguntado, Helen habría dicho que hacía tanto tiempo que no oía a Edilean Harcourt que no había reconocido su voz. Pero la había reconocido. Había oído aquella elegante y regia entonación en contadas ocasiones, todas ellas relevantes sin embargo. Dado quien la llamaba, Helen no puntualizó que su nombre de casada era Connor.

—¿Señorita Edi? ¿Es usted?

—¡Qué buena memoria!

Helen visualizó a la mujer tal como la recordaba: alta, delgada, erguida, con el cabello oscuro impecablemente peinado. Iba siempre vestida con prendas de la mejor calidad, de estilo atemporal. Debía andar cerca de los noventa ya, la edad del padre de Helen, David.

—Tengo una buena ascendencia —dijo, y de inmediato deseó haberse mordido la lengua. Su padre y la señorita Edi habían estado prometidos, pero cuando Edilean regresó de la Segunda Guerra Mundial, su querido David estaba casado con la madre de Helen, Mary Alice Welsch. El trauma había sido tal que había dejado la vieja casona que había pertenecido a la familia durante generaciones al gandul de su hermano, se había marchado de la ciudad que llevaba el nombre de su antepasada y nunca se había casado. Incluso en la actualidad, algunos de los más viejos habitantes de Edilean se referían a la Gran Tragedia y seguían viendo con malos ojos a la madre de Helen. Lo que David y Mary Alice habían hecho había supuesto el fin de la línea directa de la familia Harcourt, la familia fundadora. Puesto que Edilean, Virginia, estaba tan cerca de la Williamsburg colonial, la pérdida de descendientes directos de personas que se habían codeado con George Washington y Thomas Jefferson había sido para ellos un tremendo golpe.

—Sí, la tienes —dijo la señorita Edi sin dudarlo un instante—. De hecho, tan convencida estoy de tus capacidades que me he decidido a pedirte ayuda.

—¿Ayuda? —le preguntó Helen con cautela. Toda su vida había oído acerca de las disputas y la rabia generadas por lo sucedido en tiempos de su padre. Supuestamente no tendría que haberse enterado, porque siempre se comentaba en susurros, pero Helen era curiosa por naturaleza. Se sentaba en un extremo del porche, jugaba a las muñecas y escuchaba.

—Sí, querida. Ayuda —dijo la señorita Edi con una condescendencia que hizo que se le subieran los colores—. No voy a pedirte que hornees un centenar de galletas para la venta de la iglesia, así que quítatelo de la cabeza.

—Yo no... —empezó a defenderse Helen, pero se calló. Estaba junto al fregadero

de la cocina y veía a su marido, James, afanándose con el nuevo comedero para los pájaros. «Alguien tendría que declarar ilegal la jubilación de los hombres», pensó por milésima vez. James se pondría furioso por culpa del comedero, no cabía duda, y sería ella quien tendría que soportar su diatriba. Cuando antes se ocupaba de centenares de empleados de varios estados, ahora no tenía más que a su mujer y un hijo mayor a quienes dar órdenes. En más de una ocasión Helen había ido a buscar a Luke allí donde estuviera para pedirle que pasara una tarde con él. A Luke le hacía gracia y la mandaba a freír espárragos.

—Está bien —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte?

Daba igual que no hubiera hablado con aquella mujer desde hacía, ¿cuánto? ¿Veinte años?

—Me han dicho que me queda menos de un año de vida y... —Se interrumpió al oír la exclamación de Helen—. Por favor, no me compadezcas. Nadie ha querido nunca tanto dejar este mundo como yo. He vivido demasiado. Pero al enterarme de que me quedaba un año me he puesto a pensar en lo que todavía me falta por hacer en esta vida.

Helen sonrió al oír aquello. Tal vez la señorita Edi ya no viviera en la ciudad que llevaba el nombre de su tátara-lo-que- fuera abuela, pero había dejado huella allí. Si la ciudad seguía existiendo, era gracias a ella.

—Has hecho muchísimo por Edilean. Has...

—Sí, querida, sé que he pagado algunas cosas y redactado cartas y armado jaleo cuando querían quitarnos nuestros hogares. He hecho todo eso, pero fue fácil. Solo tuve que poner dinero y hacer ruido. Lo que no he hecho todavía es corregir algunas equivocaciones que cometí cuando era joven.

Helen estuvo a punto de gemir. «Ahí va», pensó. La gran historia acerca de cómo su madre, Mary Alice, le había robado el novio a la señorita Edi al final de la Segunda Guerra Mundial. Pobre Edi, maldita Mary Alice. Lo mismo otra vez.

—Sí, lo sé...

—No, no —dijo la señorita Edi, interrumpiéndola nuevamente—. No estoy hablando de lo que tus padres hicieron cuando los dinosaurios vagaban por la Tierra. Eso es agua pasada. Hablo de ahora, del presente. Lo que entonces sucedió ha cambiado el presente.

Con el ceño fruncido, Helen dejó de mirar cómo su marido la emprendía a patadas con el comedero porque no conseguía que se mantuviera en pie.

—Te refieres a que, si mi padre se hubiera casado contigo, unas cuantas vidas serían distintas —aventuró pausadamente.

—Tal vez —dijo Edi, pero parecía divertida—. ¿Qué sabes acerca del 14 de noviembre de 1941?

—¿Justo antes del ataque a Pearl Harbor? —inquirió Helen con cautela.

—Deduzco que a pesar de tu afición a escuchar las conversaciones ajenas cuando eras niña no lo oíste todo, ¿verdad?

Helen soltó una carcajada a su pesar.

—No, no lo oí todo. Edi, por favor, ¿quieres decirme de una vez de qué va todo esto? Mi marido está a punto de entrar en casa para almorzar, así que tengo poco tiempo.

—Quiero que vengas aquí, a Florida, a verme. ¿Te parece que soportarás estar lejos de tu marido tanto tiempo?

—Está jubilado. Podría mudarme a vivir contigo.

La señorita Edi soltó una risita seca.

—De acuerdo. Pero no le digas a nadie adónde vas ni a quién verás. Tengo algunas cosas de las que debo hablar contigo y tenemos que encontrar la manera de que hagas lo que debes hacer. Yo correré con todos los gastos, por supuesto... a menos que no estés interesada, claro.

—¿Un viaje gratis? ¿Enterarme de secretos? Estoy más que interesada. ¿Cómo nos organizamos?

—Enviaré toda la información sobre el viaje a mi casa y puedes recogerla allí. ¿Cómo está ese guapo hijo tuyo?

Helen dudó. ¿Debía darle la respuesta que daba a todo el mundo? Casi nadie sabía por lo que había pasado realmente Luke durante los últimos años, pero Helen dedujo que, de algún modo, Edi lo sabía.

—Se va recuperando poco a poco. Se esconde en los jardines cercanos a la ciudad y cava. No quiere hablar con nadie de sus problemas, ni siquiera conmigo.

—¿Y si le cambio la vida?

—¿Para bien o para mal? —le preguntó Helen, pero tenía toda su atención. Su único hijo sufría y ella no sabía cómo ayudarle.

—Para bien. Bueno, será mejor que le des de almorzar a tu marido. No lo olvides: no le hables a nadie de mí. Los pasajes llegarán mañana a las diez, así que recógelos y luego llámame. Cuando llegues aquí habrá alguien esperándote en el aeropuerto.

—De acuerdo. —La puerta trasera se abría.

—¡Maldita porquería! —oyó que refunfuñaba James—. Debería escribir al fiscal general acerca de ese trasto inútil.

Helen puso los ojos en blanco.

—Eso haré —susurró—. Tengo que dejarte.

La señorita Edi colgó. Estaba sentada al lado del teléfono y se quedó mirándolo un momento. Luego se sirvió de sus dos bastones para incorporarse. Las piernas le dolían tanto ese día que hubiera querido acostarse y no volver a levantarse jamás. Se acercó cojeando a la gran caja que había encima de la banqueta del piano y pensó en las fotos que contenía y en las cosas que les habían pasado a todos hacía tanto tiempo.

Sacó un libro verde delgado: su anuario del último año de instituto. El curso de 1937. No le hacía falta abrirlo porque se lo sabía de memoria y se alegraba de no haber estado en Edilean, Virginia, durante los últimos años. Echaba de menos el lugar, echaba de menos los árboles y el cambio de las estaciones, pero no le habría gustado ver envejecer a sus amigos, ni ver sus nombres en una lápida. ¿Quién hubiese dicho que los últimos supervivientes iban a ser ella y David y Mary Alice? Y Pru... pero ella no contaba. Casi todos los demás habían muerto, algunos recientemente, otros hacía mucho. La pobre Sara había muerto en... Edi no recordaba la fecha pero sabía que había sido hacía una eternidad.

Dejó el libro y miró la cajita en la que estaban las fotos de todos ellos, pero no la abrió. Ese día se sentía peor de lo habitual y estaba segura de que el médico se equivocaba: no le quedaba ni un año; aunque se alegraba de ello, porque el dolor de sus viejas piernas llenas de cicatrices iba de mal en peor. Los días en que conseguía levantarse de la cama, era a duras penas y, si no lo conseguía, le pedía a su alegre enfermerita el ordenador portátil y se pasaba todo el día conectada a Internet. ¡Qué cosa tan magnífica! Gracias a Internet podía encontrar muchísimas cosas.

Incluso había buscado a la familia de David y se había enterado de que su hermano mayor había sobrevivido a la guerra. Había vivido lo bastante para tener un negocio exitoso. Varias veces había estado a punto de llamar a la familia, pero el dolor que sabía que sentiría la había detenido. Además, dudaba que hubieran oído hablar de ella. David había muerto semanas después de conocerse.

Mientras Edi iba hacia la cocina, pensó en Jocelyn. Como siempre, el simple hecho de pensar en la joven le alivió el dolor y le relajó la mente.

Había sido Alexander McDowell, el hombre cuya vida estaba en el meollo de todos los secretos y las penas, quien había puesto a Edi en contacto con la muchacha.

—Sus abuelos, los Scovill, eran íntimos amigos míos —le había dicho con su voz ronca tras toda una vida de fumador—. Mandaron a su hermosa hija, Claire, a las mejores escuelas. En su fiesta de puesta de largo le hicieron once proposiciones de matrimonio. Sin embargo, no se casó hasta los treinta y tres, y escogió para hacerlo al encargado de mantenimiento del club de campo.

La señorita Edi había pasado por demasiado en su vida para ser una esnob.

—¿Qué clase de persona era?

—Bueno para ella. Holgazán, apenas sabía leer y escribir, pero bueno para ella. Tuvieron una hija, Jocelyn, y pocos años después la hermosa Claire murió.

Tal vez había sido por el nombre, Claire, o quizá porque en aquella época Edi estaba en una encrucijada vital. Había pasado su vida laboral viajando con el doctor Brenner, cuya fortuna familiar le permitía trabajar sin cobrar, así que viajaba por el mundo prestando ayuda ahí donde hacía falta. Se decía que si una bomba hubiera caído, el doctor Brenner habría reservado un vuelo antes de que explotara. La verdad

era que Edi era quien se ocupaba de las reservas, y que siempre iba con el médico. Así que, cuando él se jubiló, ella también. ¿Debía volver a Edilean para vivir en aquella casona con su hermano, que la aburría mortalmente? ¿Le convenía vivir tranquilamente de su pensión y sus ahorros y escribir, tal vez, sus memorias? Otra perspectiva aburrida.

Cuando Alex McDowell, un hombre al que conocía desde que ambos eran unos críos, le ofreció el trabajo de administrar su fundación y ocuparse de la nieta de sus amigos, Edi aceptó.

—No sé cómo es la niña —le había dicho Alex en aquel entonces—. Puede que tenga las luces de su padre, por lo que yo sé. Desde la muerte de su madre vivía con los abuelos. A la muerte de estos, Jocelyn, que así se llama la chica, ha quedado bajo la custodia de su padre.

—No le habrá hecho daño, ¿verdad? —había preguntado de inmediato la señorita Edi.

—No. He contratado a algunos investigadores privados y no me han presentado ningún informe en el que se diga nada parecido, pero su padre ha vuelto a...

—¿Vuelto a qué? —le había preguntado Edi bruscamente.

Alex se había reído.

—Es peor de lo que imaginas. Se ha vuelto a casar con una mujer que tiene dos hijas, gemelas idénticas, y van en moto todas.

La señorita Edi cerró un instante los ojos pensando en aquel nombre... Claire... y en las motos.

—... Boca Ratón —decía Alex.

—Perdona, pero no te estaba escuchando...

—Tengo una casa en la misma urbanización en la que vive la pequeña Jocelyn con su padre y las Astras, como las llama ella. Uno de mis detectives habló con ella.

—¿Habló con un desconocido? —le espetó Edi.

De nuevo Alex se rio.

—No has cambiado nada, ¿verdad? Te aseguro que no estaban a solas. Estaban en la carrera de la NASCAR.

—¿Dónde?

—Créeme: no te gustaría. Edi, lo que te preguntaba es si te importaría vivir en Boca Ratón. Vivirías a tres casas de la hija de Claire y trabajarías para mí velando por ella.

Si hubiera sido cualquier otra persona, Edi habría reprimido su entusiasmo. Pero Alex era un viejo amigo de confianza.

—Me encantaría —le había dicho—. Realmente estaría encantada.

—Creo que el clima cálido de Florida será bueno para tus piernas.

—No tener que regresar a Edilean para que me compadezcan por ser una

solterona será lo que mejor les va a sentar a mis piernas.

—¿Tú, una solterona? Siempre te veré como una chica de veintitrés, la mujer más hermosa de...

—Cállate o me chivaré a Lissie.

—Te quiere tanto como yo —había dicho él precipitadamente—. Así que dame tu dirección y te mandaré todo lo necesario.

—Gracias. Muchísimas gracias.

—No. Gracias a ti. De no ser por ti...

—Lo sé. Da un beso a todos de mi parte.

Había colgado el teléfono, sonriendo de oreja a oreja. Creía firmemente en las puertas que se cierran y se abren. La puerta con el doctor Brenner se había cerrado y se habría una nueva.

Ya hacía muchos años de eso. Ahora Jocelyn Minton era la luz de la vida de la señorita Edi: la hija que no había tenido; el corazón del hogar que no había forjado.

Siempre que la joven conseguía escaparse de la pequeña universidad en la que trabajaba como una mula por un sueldo irrisorio, se subía al coche y se marchaba a casa. Tras la visita de rigor a su padre y a su madrastra, iba directa a casa de Edi. Las dos se abrazaban, verdaderamente contentas de verse. Jocelyn era la única persona que no se sentía intimidada por el aspecto severo de Edi. De pequeña la abrazaba igual. La llamaba «mi salvadora». «Sin ti no sé cómo habría sobrevivido a mi infancia», solía decir.

Edi sabía que aquello era una exageración. Al fin y al cabo, la gente no se muere por falta de libros. De hecho nadie se muere por estar atrapado en una casa con un padre, una madrastra y dos hermanastras que consideran los rallies de camiones lo más exquisito del mundo... aunque hay más de un tipo de muerte.

Lo cierto era que su encuentro había sido lo mejor que podía haberles sucedido a ambas. Edi solo llevaba cuatro meses viviendo en la preciosa casa que Alex había comprado cuando vio por primera vez a la niña con su familia. La casa de Jocelyn había pertenecido a sus abuelos y, al morir su madre, ella la había heredado. No era difícil llegar a la conclusión de que el dinero se lo habían gastado rápidamente.

La señorita Edi vio a los padres, vestidos de cuero, y a las demasiado altas gemelas ataviadas con apenas lo justo para que no fuera ilegal. Detrás iba Jocelyn, a la zaga. Por lo común llevaba un libro y el pelo rubio sobre la cara, pero aquella primera vez Edi pudo echarle un buen vistazo y apreciar la inteligencia de sus ojos muy azules. La niña no era tan guapa como había sido su madre, de la que había visto fotos, pero tenía algo que la atrajo: tal vez la barbilla cuadrada con un levísimo hoyuelo le recordó a otra persona con la barbilla cuadrada a la que había querido con toda su alma tiempo atrás; quizá fue el modo en que la niña parecía ser consciente de que era diferente de aquellos con quienes convivía.

Al principio la señorita Edi se hizo la encontradiza en dos ocasiones para hablar con la chica: la primera en la biblioteca, donde se pasaron media hora comentando la saga de Narnia y se presentaron cuando ya se iban; en la segunda, Edi pasó dando un paseo por delante de casa de la niña, que estaba fuera dando vueltas en bicicleta.

—Cuando era niña jugábamos a la rayuela —le dijo.

—¿Qué juego es ese?

—Si tienes una tiza te lo enseño.

Edi esperó mientras Jocelyn entraba a buscar una tiza. Por aquel entonces a Edi le bastaba con un bastón para caminar, pero todos aquellos años de pie mientras se ocupada del doctor Brenner y su equipo le habían perjudicado la musculatura de las piernas y sabía que no tardaría mucho en verse obligada a usar dos bastones, luego andador, luego... No le gustaba pensar en aquello.

Notó que alguien la observaba y, al darse la vuelta, vio al padre de Jocelyn. Llevaba una chupa de cuero de esas que algunos hombres de su generación solían usar. Por lo que parecía iba lleno de tatuajes y no se afeitaba desde hacía días. Trabajaba en una moto y no paraba de darle al acelerador para que hiciera más ruido. Si los vecinos habían dejado de quejarse no era porque fuera uno de los propietarios de la urbanización; de no haber sido más que eso, lo habrían echado. Pero Gary Minton era el encargado de mantenimiento y quien acudía en plena noche cuando un váter se atascaba y el agua inundaba el baño. También era quien sacaba a un crío del fondo de la piscina o se subía a un árbol para bajar a algún chiquillo aterrorizado, en comparación con lo cual el ruido de unas cuantas motos no tenía ninguna importancia. Pero miraba a Edi como si evaluara la conveniencia de que su hija estuviera con ella. Edi se dio la vuelta: mejor habría hecho en preguntarse si a la niña le convenía estar con él.

Jocelyn no tardó nada en regresar con la tiza y Edi le enseñó a trazar el dibujo de la rayuela en la calzada de cemento, a lanzar la piedra y a ir a la pata coja. El juego le encantó.

Al cabo de unos cuantos días, Edi abrió la puerta de casa y se encontró a la pobre pequeña esquelética y mal vestida sentada en los escalones delanteros, llorando. No le extrañó.

—Lo siento —dijo la pequeña, y se levantó de un salto—. No quería... —Parecía no saber qué decir.

Edi vio la esquina de una maleta de plástico debajo de una mata de hibisco y supuso que la niña quería escaparse de casa.

Ese día Edi la retuvo a propósito en su casa casi tres horas. Hablaron de libros y del proyecto de ciencias para la escuela. La intención de Edi era darle una lección al padre: quería que se preocupara. Debería haber prestado más atención y sabido dónde andaba su hija.

Mientras Edi acompañaba a casa a Jocelyn, iba pensando en que, cuando los acongojados padres abrieran aliviados la puerta, les entregaría un bien preciado. Sin embargo, para su asombro, el padre y la madrastra ni siquiera se habían percatado de la ausencia de la pequeña. Peor todavía: cuando les contó lo sucedido, no se preocuparon ni les sorprendió. Jocelyn hacía lo que quería y ellos no tenían ni idea de qué era.

Esa noche Edi llamó a Alex para contarle que la situación de la niña era peor de lo que él creía.

—Es tremendamente inteligente y le encanta aprender. Tendrías que haberle visto la cara cuando le he puesto música de Vivaldi. Es como tener a Shakespeare viviendo con los tontos del pueblo. ¿Te hablé de esas dos repugnantes hermanastras que tiene?

—Sí, pero cuéntamelo otra vez —le dijo Alex.

El fin de semana siguiente, como Edi esperaba que sucediera, la niña pasó por la calle intentando aparentar que lo hacía casualmente. Le pidió que entrara y luego llamó a su padre y le preguntó si podía ayudarla en un proyecto que se traía entre manos. Que no le preguntara de qué proyecto se trataba ni sobre la duración del mismo vino a confirmar la mala impresión que le había causado de entrada.

—Sí —le dijo el padre por teléfono—. He oído hablar de usted y sé dónde vive. Claro, Joce puede quedarse en su casa. Si tiene usted un montón de libros estará encantada. Es igualita que su madre.

—Entonces, ¿puede quedarse toda la tarde? —le preguntó Edi, más seca de lo habitual incluso. Intentaba disimular el desagrado creciente que le causaba el hombre.

—Claro. Que se quede. Iremos al rally, así que volveremos tarde. ¡Eh! Puede pasar ahí la noche, quédesela. Apuesto a que eso le encantará.

—Quizá lo haga. —Colgó.

Jocelyn se quedó esa noche. De hecho, disfrutaron tanto de estar juntas que la niña no se marchó hasta el domingo siguiente por la tarde. Cuando se iba se volvió, corrió hacia Edi y la abrazó por la cintura.

—¡Eres la persona más amable, más lista y más maravillosa que he conocido jamás!

Edi, que había intentado mantenerse a distancia, no pudo evitar devolverle el abrazo.

A partir de entonces Jocelyn había pasado los fines de semana y casi todos los días festivos en casa de Edi. Eran dos personas solas que se necesitaban y que estaban contentísimas de haberse encontrado. Hacían vida juntas; salían los sábados, iban a la iglesia los domingos y pasaban el rato sentadas en silencio en el jardín.

En cuanto al padre, a quien Edi había juzgado de entrada como descuidado, descubrió que quería a su hija tanto como había querido a la madre y que solo deseaba que Jocelyn fuera feliz.

—No puedo darle lo que le habría dado su madre de haber vivido —le contó—, pero a lo mejor usted sí. Joce puede ir a su casa siempre que quiera y, si necesita usted algo, dígamelo. —Eché un vistazo a su mujer y a las gemelas que le esperaban en el coche—. Ellas son como yo y nos llevamos bien, pero Joce es... distinta.

Edi sabía lo que era sentirse diferente, y Jocelyn estaba tan fuera de lugar en su casa como ella lo había estado algunas veces a lo largo de su vida.

Los años con Jocelyn habían sido los más felices de su existencia. Había sido maravilloso enseñar a una joven mente y mostrarle el mundo. Cuando la familia fue a Disney World, Edi se llevó a Jocelyn a Nueva York, a la ópera. Mientras que sus hermanas vestían pantalones cortos minúsculos para enseñar aquellas piernas tan largas, Jocelyn se ponía el collar de perlas de dos vías de Edi.

El verano que Joce cumplió dieciséis, ella y Edi visitaron juntas Londres, París y Roma. El viaje fue duro para Edi, porque entre las piernas y la edad se quedaba sin fuerzas, pero Jocelyn se había pasado días paseando por aquellas ciudades y fotografiándolas. Por las noches intercambiaban nuevas por viejas anécdotas.

En Londres, Edi le mostró a Joce dónde había conocido a David (sin decirle el apellido), el hombre al que había amado y a quien había perdido.

—Solo hubo un hombre para mí y fue él —le dijo, mirando el edificio de mármol blanco donde se habían conocido.

Jocelyn ya había escuchado la historia una docena de veces pero nunca se cansaba de oírla. «Un amor». «Un amor para siempre». «Un amor eterno». Eran expresiones que se repetían una y otra vez. «Espéralo —le decía Edi—. Espera esa clase de amor», le advertía, y Jocelyn estaba de acuerdo con ella. Un amor verdadero.

Además del placer de pasar tiempo juntas, a medida que se hacía mayor, Jocelyn fue ayudando a Edi con las obras benéficas que administraba. Investigaba y a veces incluso viajaba para verlas. En tres ocasiones descubrió fraudes y, a consecuencia de ello, trabó amistad con un par de hombres de la comisaría de la policía local.

Lo que Edi nunca le había dicho era que el dinero que le daba no era suyo. Ocultaba cuidadosamente que aquel dinero procedía de Alexander McDowell, de Edilean, Virginia. En todos sus años de amistad, nunca mencionó a Alex ni esa ciudad.

Cuando Jocelyn empezó a ir a una pequeña universidad cercana, Edi se sintió perdida sin ella. Al principio, la chica estaba tan ocupada con el trabajo de fin de semana y todo lo que tenía que hacer para estar al día en los estudios que no podía siquiera llamarla por teléfono. Se mandaban correos electrónicos y chateaban con frecuencia, porque Edi adoraba las nuevas tecnologías, pero no era lo mismo.

Cuando la joven llevaba seis meses en la universidad, la señorita Edi empezó a pagarle los estudios para que no tuviera que pasar todo el tiempo allí. Hizo eso sin que lo supieran el padre ni las «Astras», como llamaban las dos a las rubias gemelas.

Edi no creía que su padre tuviera ningún inconveniente, pero no quería correr el riesgo. Sobre todo, no quería arriesgarse a que las hermanastras le dieran un sablazo; aunque la gente solía decir lo guapas que eran las chicas, a Edi no se lo parecían. Se habían presentado varias veces en su casa cuando Jocelyn no estaba y se habían dedicado a mirarlo todo como intentando evaluar su valor. A Edi le caían tan mal como bien le caía Jocelyn.

La chica obtuvo la licenciatura en literatura inglesa y consiguió un trabajo a media jornada en su facultad como profesora adjunta. Gracias a un amigo de la señorita Edi consiguió un empleo como autónoma que consistía en ayudar a los autores a investigar acerca de las biografías que escribían. Joce era estupenda en ambos trabajos y le gustaba sobre todo pasarse el día en la biblioteca entre un montón de expedientes antiguos.

Cuando Edi se dio cuenta de que el dolor que notaba en el pecho era debido a algo más que a la edad, empezó a preocuparse por el futuro de la chica. Si moría y se lo dejaba todo a la muchacha, como tenía intención de hacer, no le cabía duda de que las Astras harían todo lo posible por quitárselo.

Edi quería dejarle a Jocelyn mucho más que sus bienes materiales. Quería legarle un futuro. No. Lo que quería realmente era dejarle una familia. La chica se había pasado casi toda la vida conviviendo con gente mayor: primero con sus abuelos, luego con ella. Edi había tenido en cuenta todo cuanto sabía acerca de Jocelyn y luego había pasado mucho tiempo y trabajado duro para saber lo que necesitaba que le diera.

Cerró la tapa del álbum y fue hacia la cocina. ¿Qué le habría dejado para cenar la enfermerita? Seguramente algún plato que incluía la palabra «taco». Sonrió cuando oyó la camioneta del reparto nocturno en el camino de entrada que iba a recoger el paquete para Helen.

Abrió la nevera y pensó que lo mejor de todo aquello era que no estaría por ahí cuando Jocelyn se enterara de que le había... Bueno, no mentido exactamente, pero sí que había omitido un montón de cosas acerca de sí misma. Como a la chica le gustaba tanto hacerle preguntas sobre su larga vida, le había costado soslayar la verdad, aunque lo había conseguido.

Sacó la gran ensalada que le había dejado la enfermera y la puso en la mesa. Jocelyn no se alegraría cuando se enterara de ciertas cosas, pero tenía fe en que intentaría encontrar la respuesta a todo.

Sonriendo, pensó que su plan de vida para Jocelyn excluía a esas dos demasiado altas y demasiado flacas hermanastras que iban por ahí prácticamente en cueros. Que aquellas dos se hubieran hecho «famosas», un término que Edi detestaba, decía mucho acerca del mundo moderno.

Jocelyn no sabía que Edi estaba al corriente, pero había renunciado a una

estupenda propuesta para ocuparse de su anciana amiga y Edi quería recompensarla por ello. Lo que deseaba entregarle a la chica era la verdad, pero no se limitaría a contárselo todo, quería que investigara, que se lo ganara trabajando, algo para lo que tenía verdadero talento.

—Y, por favor, perdóname —susurró. Era su deseo más ferviente: que la joven le perdonara el haber guardado tantos secretos durante tanto tiempo—. Hice una promesa. Lo juré —murmuró—, y lo he cumplido.

Empezó a redactar mentalmente la carta que adjuntaría a su testamento.

1

Jocelyn se echó un último vistazo en el espejo del hotel. «Ya está —pensó—. Ha llegado el momento». El instinto le decía que se pusiera otra vez el camisón y se metiera en la cama. ¿Qué darían en la HBO^[1] durante el día? ¿Habría HBO en aquel hotel?

Inspiró profundamente, volvió a mirarse en el espejo y se cuadró de hombros. ¿Qué habría dicho Edi si la hubiera visto tan hundida? Solo de pensar en ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó para contenerlas. Habían pasado cuatro meses desde el funeral y seguía echando de menos a su amiga, tanto que algunas veces era incapaz de funcionar. A diario deseaba llamar a Edi y contarle algo que le había pasado, y a diario volvía a caer en la cuenta de que ya no estaba.

«Puedo hacer esto —se dijo contemplando su imagen—. Real y verdaderamente puedo hacerlo».

Iba vestida de un modo muy conservador, con falda y una blusa blanca de algodón bien planchada, precisamente como le había dicho Edi. Se había sujetado el pelo castaño claro, largo hasta los hombros, con una cinta elástica, y apenas iba maquillada.

Todo cuanto sabía acerca de Edilean, Virginia, era que su amiga se había criado allí, así que Jocelyn no quería presentarse en vaqueros con un top y escandalizar a los de la zona.

Cogió las llaves del coche, su gran maleta negra y fue hacia la puerta. Esa noche dormiría en su propia casa, una casa que nunca había visto y de la que nunca había oído hablar hasta que el abogado le dijo que la había heredado.

Hacía unos días había estado sentada en el despacho del abogado, en Boca Ratón, Florida, vestida enteramente de luto y con las perlas que le había dado Edi. Habían pasado meses desde el funeral, pero el testamento decía que había que proceder a su lectura el primero de mayo. De haber muerto a principios de junio habrían tenido que esperar once meses para leerlo, pero había fallecido mientras dormía justo a principios de año, de modo que Jocelyn había tenido tiempo para el duelo antes de afrontar el contenido del documento. Sentado a su lado estaba su padre y, al otro lado de este, su madrastra. Cerca estaban las Astras, Belinda y Ashley, más conocidas como Bell y Ash. Gracias a los esfuerzos infatigables de su madre habían llegado a ser modelos de pasarela, y los medios de comunicación estaban encantados con eso de que fueran las dos idénticas. Llevaban diez años siendo portada de las revistas más leídas. Viajaban por todo el mundo y participaban en los desfiles de todo diseñador habido y por haber. Cuando desfilaban por la pasarela, las quinceañeras las seguían con los ojos y la boca abierta, maravilladas, y los hombres, fueran de la edad que fueran, las observaban lujuriosos.

A pesar de lo famosas que se habían hecho, en opinión de Jocelyn, las Astras no habían cambiado desde que eran las tres unas niñas. De pequeñas, a las gemelas les encantaba inventarse cosas que supuestamente ella les había hecho y contárselas a su madre. Louisa la miraba incrédula y decía: «Ya verás cuando llegue tu padre». Cuando Gary Minton volvía, se limitaba a sacudir la cabeza y hacer lo posible para no meterse en el fregado. Su objetivo en la vida era pasárselo bien, no hacer de árbitro de sus tres hijas. Se refugiaba en el taller del garaje seguido por su mujer y sus dos hijastras, mientras que Jocelyn se iba a casa de Edi.

—¿Qué te ha dejado la vieja bruja? —le preguntó Bell estirando el cuello hacia el final de la hilera de asientos.

A Joce nunca le había costado distinguir a las gemelas. Bell era la más lista, la líder, mientras que Ash era más callada y hacía todo lo que su hermana quería que hiciera, lo que por lo general era decir algo desagradable y jocoso. Ash solía mantenerse al margen.

—Su amor —le respondió Jocelyn, negándose a mirarla.

Bell iba por su tercer marido y su madre insinuaba que aquel matrimonio estaba a punto de fracasar. «Pobrecita —decía—. Los hombres simplemente no entienden a mi pequeña». «Lo que no entienden es que crea que puede seguir teniendo aventuras estando casada», murmuraba entre dientes Joce. «¿Qué has dicho?», le preguntaba Louisa, como si estuviera a punto de añadir: «Ya verás cuando tu padre vuelva». La mujer no entendía que sus «pequeñas» estaban a punto de cumplir los treinta y que sus quince minutos de fama se acercaban a su fin. La semana anterior Joce había leído que dos chicas de dieciocho eran «las nuevas Bell y Ash».

Jocelyn no les envidiaba la fama, ni el dinero que, por lo que parecía, habían dilapidado. Para ella eran como siempre: unas malhumoradas celosas de todos, que desdeñaban a cualquiera que no estuviera en el candelero. De niñas tenían una envidia tremenda de ella porque pasaba mucho tiempo en casa de «ese viejo murciélago». Se negaban a creer que Edi no le diera bolsas llenas de dinero todas las semanas. «Si no te da nada, entonces ¿por qué vas?». «Porque me gusta —repetía infatigable Jocelyn—. No. Porque la quiero». «Ah», respondían ellas con retintín, como si lo supieran todo.

Joce les cerraba la puerta de su habitación en las narices o, mejor aún, se iba a casa de Edi. Pero Edi se había ido para siempre y habían convocado a Jocelyn a la lectura de su testamento. El abogado, un hombre que parecía más viejo que Edi, entró por una puerta lateral y pareció sorprendido de que estuvieran allí los cinco.

—Me habían dicho que solo vendría la señorita Jocelyn —dijo, mirándola, y luego se volvió hacia su padre en busca de una explicación.

—Yo, bueno... —dijo Gary Minton. Los años habían sido amables con él y seguía siendo un hombre guapo. El pelo negro con una pincelada de gris en las sienes

y las cejas oscuras hacían que pareciera más joven de lo que era en realidad.

—Nos ocupamos de lo que nos incumbe —dijo su mujer. Era como si los años que la cara de Gary no delataba los delatara la suya. El sol, el tabaco y el viento le habían curtido la piel y parecía una momia reseca.

—No le importa que hayamos venido, ¿verdad? —le dijo Bell ronroneando al abogado.

Las gemelas llevaban unas minifaldas casi inexistentes y tenían las piernas tan estiradas que casi tocaban el escritorio. El escote del top les llegaba a la cintura.

El señor Johnson las miró por encima de las gafas, frunciendo un poco el ceño. Se notaba que le hubiera gustado decirles que se taparan. Miró otra vez a Jocelyn, con su conjunto negro liso, la blusa blanca almidonada y el collar de perlas, y le sonrió brevemente.

—Si la señorita Jocelyn lo aprueba, pueden quedarse.

—¡Oh, ya te digo! —exclamó Ash—. La «señorita». Jocelyn, la universitaria... ¿Va a leernos un libro?

—Estoy segura de que alguien debería leéroslo —repuso Jocelyn sin apartar los ojos del abogado—. Pueden quedarse. De todos modos van a enterarse.

—En tal caso... —Miró los documentos—. Básicamente, Edilean Harcourt se lo ha dejado a usted, Jocelyn Minton, todo.

—¿Cuánto es eso? —preguntó de inmediato Bell.

El señor Johnson se volvió hacia ella.

—No me corresponde a mí decir más. Lo que la señorita Jocelyn les cuente es cosa suya, pero yo no diré nada. Ahora, si me disculpan, tengo trabajo que hacer. —Cogió de la mesa una carpeta marrón sellada con cinta y se la tendió a Jocelyn—. Esto contiene toda la información. Tómese el tiempo que quiera para leer los documentos.

Como seguía de pie, Jocelyn se levantó a su vez.

—Gracias —le dijo cogiendo la carpeta—. Los leeré después.

—Le sugiero que los lea cuando esté sola, en privado. Edilean escribió algunas cosas que creo que pretendía que solo usted viera.

—¿Se lo ha dejado todo? —preguntó Ash, cayendo por fin en la cuenta de lo que se había dicho—. ¿Y nosotras, qué? Visitábamos a la vieja cada dos por tres.

En la cara del señor Johnson se dibujó una leve sonrisa.

—¿Cómo puede haberseme olvidado? —Se sacó una llave del bolsillo y abrió un cajón del escritorio—. Les ha dejado esto.

Les tendió dos pequeñas bolsas de satén azul que parecían contener joyas.

—¡Oh! —exclamaron Bell y Ash al unísono—. ¿Para nosotras? ¡Qué amable! No tenía por qué. No esperábamos nada, de hecho.

Con sus rostros fotografiados hasta la saciedad iluminados, abrieron las bolsitas y

luego miraron al abogado, consternadas.

—¿Qué son? —Ash vació la bolsita en la palma de su mano. Contenía unas veinte piedras negras, algunas con tallado de esmeralda, otras, de diamante—. ¿Qué son? Nunca había visto piedras así.

—¿Son diamantes negros? —preguntó Bell.

—En cierto modo, sí —respondió el señor Johnson y, luego, sin dejar de sonreír, se acercó a la puerta, en cuyo umbral se detuvo con una mano en la barbilla. Volviéndose apenas, le hizo un guiño a Jocelyn y abandonó la habitación.

Joce tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la seriedad. Los «diamantes negros» que la señorita Edi había legado a sus hermanastras eran en realidad trozos de carbón.

No dijo ni una palabra cuando se fueron del despacho. Se sentó en el asiento trasero del coche de camino a casa, escuchando a Bell y Ash, sentadas a su lado, exponer las piedras a la luz haciendo aspavientos, alabando su belleza y comentando cómo las harían engarzar.

Jocelyn miraba todo el rato por la ventanilla para disimular la risa. Que la señorita Edi les hubiera dejado a sus celosas y avariciosas hermanastras unos trozos de carbón era una broma que avivaba su añoranza. Edi había sido a la vez para ella madre, abuela, amiga y mentora.

Joce vio en el espejo retrovisor que su padre fruncía el ceño. Se daba cuenta de que sabía lo que eran las «piedras» y que temía la furia de las Astras cuando se enteraran. Pero a ella le daba igual. Planeaba haberse ido mucho antes de que aquellas dos lo descubrieran. Ya tenía el equipaje en el maletero del coche y, en cuanto llegaran a casa, se marcharía a su trabajo en la universidad.

Cuando llegó a su pequeño apartamento abrió la carpeta que contenía el testamento de Edi. Había intentado ser fuerte para lo que pudiera contener, pero no estaba preparada para ver el sobre escrito con aquella letra que tanto apreciaba.

«Para mi Jocelyn», ponía.

Lo abrió con las manos temblorosas, sacó la carta y se puso a leerla.

Mi queridísima Jocelyn:

Prometo no ponerme sentimental. No sé si han pasado días o meses desde mi fallecimiento, pero conociendo lo blanda de corazón que eres, seguramente sigues llorando mi muerte. Sé demasiado bien lo que es perder a las personas que una ama. He tenido que aguantar ver cómo la mayoría de mis seres queridos iban muriendo. Yo era prácticamente la última que quedaba.

Ahora, vayamos al grano. La casa de Boca no es mía, así como tampoco lo es la mayor parte del mobiliario. Estoy segura de que habrán trasladado su contenido y lo habrán sacado a subasta. Pero no te preocupes, cariño, lo mejor que tenía, o sea, todo lo que saqué de Edilean Manor, volverá al lugar del que

procedía.

Jocelyn dejó de leer.

—¿Edilean Manor? —preguntó en voz alta.

Nunca había oído hablar de aquel lugar. Pasada la confusión inicial, se sintió traicionada. Había pasado casi toda su vida con Edi, viajado con ella, conocido a mucha gente de su pasado y oído centenares de anécdotas acerca de su época con el doctor Brenner. Pero Edi nunca le había mencionado Edilean Manor. Tenía que haber sido importante si el lugar llevaba su nombre... o si le habían puesto ese nombre a su vieja amiga por esa mansión.

Jocelyn siguió con la lectura.

Lo sé, cariño. Estás dolida y furiosa. Es como si estuviera viéndote, con el ceño fruncido. Te he contado muchas cosas acerca de mi vida, pero nunca te mencioné Edilean, Virginia. Como deducirás por lo inusual de su nombre, la ciudad «pertenece» a mi familia... o al menos así lo creíamos. Hace siglos, un antepasado mío llegó de Escocia con una esposa elegante y un cargamento de oro. Compró un gran terreno cerca de Williamsburg, Virginia, diseñó la plaza del pueblo y le puso el nombre de su esposa. Según la leyenda familiar, ella era de una clase social muy superior. Su padre se negó a permitir que se casara con un mozo de cuerdas y él se fugó con la chica y un montón de dinero del progenitor. Nadie supo si la raptó o si ella se marchó por propia voluntad.

Estoy segura de que la verdad es mucho menos romántica, pero Angus Harcourt construyó una gran casa de ladrillo allá por 1770, que fue el hogar de mi familia hasta que yo rompí la tradición. Si mi padre me dejó a mí la casa fue solo porque mi hermano Bertrand no podía manejar dinero. Si tenía diez centavos compraba algo que valía un cuarto de dólar.

Crecí convencida de que viviría en Edilean Manor con David Aldredge, el hombre con quien estaba prometida, y que me ocuparía de una descendencia fuerte y saludable. Pero, mira por dónde, el destino maneja nuestras vidas. En este caso, una guerra lo cambió todo y nos cambió a todos. Cuando me marché de Edilean, dejé a mi hermano viviendo en la casa, aunque lo mantuve estrictamente vigilado. Bertrand murió hace mucho, así que la casa lleva años vacía.

Querida Jocelyn, te dejo una casa de la que nunca has oído hablar en una ciudad que tuve el cuidado de no mencionarte nunca.

Jocelyn dejó de leer por segunda vez, con la mirada perdida. ¿Una casa construida en 1770 cerca de Williamsburg? Echó un vistazo a su pequeño y soso apartamento. Era lo mejor que podía permitirse con su salario. ¡Una casa entera! ¡Y antigua!

Prosiguió la lectura.

Hay algo más que debo decirte. ¿Recuerdas lo bien que se me daba predecir en la iglesia quiénes hacían buena pareja y quiénes no durarían ni seis meses juntos? Acuérdate de que acertaba siempre. Estoy segura de que recuerdas también que aprendí por experiencia a no inmiscuirme en tu vida privada... en cuanto fuiste lo bastante mayor para tenerla, claro. Pero como ahora ya no tengo que ver cómo te enfadas, voy a decirte algo: el hombre perfecto para ti vive en Edilean. Es el nieto de dos amigos con los que iba yo al instituto: Alex y Lissie McDowell. Ya no viven, pero su nieto se parece tanto a Alex que es como volver a verle de joven. En una de mis visitas a Edilean... sí, cariño, iba allí a escondidas... se lo conté a Alex. Se partió el pecho. Me encantó verlo reír otra vez, porque hubo días en los que nada le divertía. Su esposa, Lissie, fue una santa con él. Espero volver a verlos a ambos en un lugar mejor.

Jocelyn levantó la cabeza de la carta. ¿Un hombre para ella? La idea le hizo gracia y le dio rabia al mismo tiempo. En dos ocasiones había intentado Edi emparejarla con jóvenes de la iglesia, y las dos veces se había negado a salir a cenar con ellos siquiera. Eran aburridos y dudaba que alguno de ellos hubiera tenido una idea creativa en toda su vida. No le había dicho por qué los rechazaba, pero Edi había intuido lo que ocurría.

—Beber cerveza no es deporte olímpico —había dicho tranquilamente, y luego se había ido.

Joce se había puesto de todos los colores. Dos semanas antes, Edi había ido en coche a casa de Jocelyn y se la había encontrado fuera con dos jóvenes moteros tomando cerveza. Por mucho que le gustara el ballet, a veces tendía a la vida que llevaba su familia.

—Como mi madre —dijo en voz alta. Luego volvió a leer.

Se llama Ramsey McDowell y es abogado. Te aseguro sin embargo que es mucho más que eso. Mi último consejo es que le des al joven la oportunidad de demostrarte que te conviene. Recuerda que *jamás* me equivoco en estas cosas.

En cuanto a la casa, hay en ella algunos muebles, pero no muchos, y tiene dos inquilinas. Se trata de hijas de familias a las que conozco desde hace muchos años. Sara creció en Edilean, así que puede ayudarte a encontrar lo que necesites. Tess es nueva en la zona, pero yo conocía a su abuela más de lo que hubiera querido.

Eso es todo, cariño. Sé que harás lo más conveniente con lo que te dejo. Lamento que mi ama de llaves ya no esté allí, pero la pobre era más vieja que yo. Tengo un jardinero que posiblemente pueda ayudarte en lo que te haga falta.

Te deseo toda la suerte del mundo y, por favor, recuerda que estaré velando por ti toda la vida.

Jocelyn tardó toda la tarde en recobrar de la lectura de aquella carta. Lo que ponía era tan propio de Edi que le parecía estar con ella en la habitación. Se durmió con la carta en la mano.

A la mañana siguiente tenía la cabeza tan llena de todo lo que había aprendido durante las últimas veinticuatro horas que apenas lograba concentrarse. En su trabajo como profesora adjunta ya no estaba cómoda porque había tenido una aventura de un año de duración con otro adjunto. Cuando tenían que colaborar, él le ponía mala cara desde el otro lado de la mesa, lo que ella encontraba verdaderamente molesto.

Había sido su tercer novio. Tanto él como los dos anteriores eran perfectamente adecuados para ella pero, al final, no había querido llevar adelante la relación con ninguno. Jocelyn sabía que eso era por culpa de la señorita Edi, que le había hablado acerca de un hombre del que había estado enamorada y que había muerto en la Segunda Guerra Mundial... un verdadero amor. Y eso precisamente quería ella.

«Lo era todo para mí», solía decir Edi en un tono que solo usaba cuando hablaba de él.

Lo único que tenía de su enamorado era una foto en la que iba de uniforme, en un marco doble, junto a la cama. Era un joven tremendamente apuesto, con el pelo castaño claro y la barbilla cuadrada. El marco era oval y, en la otra mitad, había una foto de Edi con su uniforme del ejército femenino. ¡Era tan joven y tan guapa! Debajo de la foto de David había un mechón fino del pelo de ella, moreno, y el rubio de él mezclados. Edi cogía el portarretratos y susurraba «David», mirándolo con los ojos vidriosos.

A lo largo de los años, Joce le había ido insistiendo para que le diera detalles, pero Edi solo le decía que era un joven que había conocido durante la guerra: una experiencia de cuya brutalidad daban fe sus cicatrices.

Pero al final Jocelyn se había enterado de algo acerca de él. Se llamaba David Aldredge y él y Edi estaban prometidos e iban a casarse. La muerte de David en la guerra había estropeado sus planes.

—No me extraña que no se atreviera a mencionar Edilean —susurró Jocelyn.

Para ella, el amor de la señorita Edi por aquel hombre era una especie de leyenda, el arquetipo del amor que deseaba para sí y que, hasta el momento, no había sido capaz de encontrar. Edi nunca se había enterado, pero Joce había convivido dos veces con jóvenes y había sido bastante feliz. Era agradable tener a alguien con quien volver a casa, con quien hablar acerca del día y con quien reírse de lo que hubiese sucedido. Pero cuando aquellos hombres habían empezado a hablar de alianzas y de hipoteca y de niños, Jocelyn había salido corriendo. No sabía lo que faltaba en sus relaciones, pero faltaba... y esperaría hasta que no faltara.

Ahora Edi lo había cambiado todo. Esa noche leyó los documentos legales atentamente y cogió la llave que había en el paquete. Llevaba los asuntos legales el bufete McDowell, Aldredge y Welsch, de Edilean, Virginia.

El apellido Aldredge llamó su atención. ¿Todavía vivían allí los descendientes de David, el novio de Edi?

En una carta adjunta se le decía que, cuando llegara a Edilean, se pasara por la oficina y que allí la pondrían al corriente de las cuestiones financieras. Firmaba la carta Ramsey McDowell.

Jocelyn sacudió la cabeza.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —dijo.

Pero lo cierto era que Edi siempre tenía razón acerca de las parejas de la iglesia. Muchas veces Jocelyn la había pillado mirando a una pareja joven cuyos miembros estaban más interesados el uno en el otro que en lo que decía el pastor. Luego le contaba a ella, y solo a ella, lo que pensaba. «Es verdadero amor», decía algunas veces, aunque no a menudo. «No es más que sexo», había dicho en una ocasión, y Jocelyn se había echado a reír. Las dos veces había estado en lo cierto.

—Ramsey McDowell —dijo, y miró el número de teléfono que había incluido el abogado en la carta; era su número particular.

No eran más que las siete. Llevada por un impulso, lo marcó en su móvil. Respondieron a la tercera señal.

—¿Sí?

Tenía una voz bonita, profunda y suave. «Como de chocolate», pensó.

—¿Señor McDowell?

—Para mí ese es mi padre, pero supongo que sí. ¿Es usted la señorita Minton?

Jocelyn titubeó. ¿Cómo lo sabía?

—Tengo identificador de llamadas. No puedo vivir sin él —dijo McDowell—. Ya sabe cómo somos los abogados. Tenemos que espantar a las masas con artimañas. ¿Vendrá usted pronto?

—No lo sé —respondió Joce, divertida por su sentido del humor—. Esto me ha pillado desprevenida. No había oído hablar de Edilean, Virginia, hasta que leí el testamento, así que todavía estoy un poco desconcertada.

—¿Nunca le habló de nosotros? Sepa que somos el pueblecito más grande de Virginia. ¿O la gran ciudad más pequeña? Nunca me acuerdo de lo que dice nuestro alcalde que somos. Pregúnteme lo que necesita saber y se lo contaré todo. ¡Oh! ¡Un momento! Tengo que abrochar un pañal. Ya está, hecho. Ahora, ¿qué le cuento de nosotros?

—¿Un pañal? ¿Está usted casado? —Lo dijo en un tono muy elocuente y, cuando él dudó a la hora de responder, hizo una mueca.

—Mi sobrino. Tengo una hermana muy fértil que tiene hijos como palomitas. Me

ha sacado la lengua y el niño le ha dado una patada. El que lleva en el vientre... y el que lleva en brazos. Perdóneme, señorita Minton, pero tengo que coger el teléfono en otra habitación antes de que mi hermana me tire algo a la cabeza.

Joce sonreía mientras esperaba escuchando los pasos, luego una puerta cerrándose y, por último, silencio.

—Bueno, estoy en lo que se supone que es la biblioteca de casa y a su entera disposición. Figurativamente hablando, claro. Dígame qué puedo hacer por usted.

—En realidad no lo sé. No sabía que la señorita Edi fuera propietaria de una casa, mucho menos de una ciudad.

—De hecho, tuvo que concedernos la libertad en 1864 y...

—Tres —dijo Joce sin pensarlo, y luego deseó haberse callado—. Perdón, ¿me decía usted?

—Ya... 1863, la Proclamación de Emancipación. ¿Sabe usted qué día?

—El 1 de enero —dijo ella con cautela, insegura de si eso le valdría que la tachara de sabihonda o algo peor.

—El 1 de enero de 1863. Bien, señorita Minton. Me parece que usted y yo vamos a llevarnos bastante bien. —Lo dijo en un tono distinto, ya no burlón sino en serio—. ¿Qué desea saber?

—No sé por dónde empezar. Quiero saberlo todo acerca de la casa, del pueblo, de la población. Todo.

—Va a ser un poco largo hablar de todo eso por teléfono. Le propongo que venga a Edilean y que nos sentemos a hablar frente a frente. ¿Qué le parece si cenamos y hablamos de todo eso en profundidad? Digamos que el próximo sábado, ¿a las ocho?

Jocelyn contuvo la respiración. Solo faltaban ocho días.

—No sé si habré llegado todavía.

—¿Le mando un coche?

—Yo, bueno... no, no hace falta. Tengo coche. —Y de golpe le preguntó—: ¿Me alcanzará el dinero para reparar el tejado?

—Una mujer práctica. Eso me gusta. No puedo decirle la cantidad exacta que le ha legado la señorita Edi, pero le aseguro que le alcanzará para cambiarlo enterito si así lo desea.

Joce sonrió. No soportaba la idea de asumir la responsabilidad de mantener una casa muy antigua sin disponer de los medios para ello.

—Señorita Minton, ¿por qué duda usted? La están esperando Edilean, que es un bonito pueblo, y una casa magnífica. Además, la colonial Williamsburg queda a un tiro de piedra. ¿Qué más puede desear?

Iba a decirle que lo que necesitaba era tiempo, pero no lo hizo. Aquel fue para ella uno de esos raros momentos que se dan en la vida. Supo de repente lo que iba a hacer: iba a cambiar de vida. Desde la muerte de Edi, Jocelyn no había hecho ni el

más mínimo cambio. Seguía en el mismo trabajo a pesar de que ya no le gustaba, con la misma rutina, en el mismo apartamento oscuro y soso. Sus amigos la compadecían porque no tenía pareja. Estaban hablando ya de citas a ciegas. Lo verdaderamente diferente en su vida era que su mejor amiga ya no estaba. Si volvía a casa volvía a casa «de su padre», con las motos fuera, NASCAR en la televisión dentro y las miradas de desdén de su madrastra. ¡Pobre Jocelyn, no tiene nada ni a nadie!

Era viernes. Si dejaba el trabajo a la mañana siguiente dispondría de varios días para hacer todo lo que tenía que hacer, como cerrar la llave de paso del agua y...

—¿Le transfiero algún dinero? —le preguntó el abogado, que por lo visto había interpretado que su silencio se debía a necesidades económicas—. No, espere, no es una buena idea. Tendría que darme su número de cuenta y no debe hacer eso. Todo lo que sabe de mí es que soy... —dudó.

—¿Abogado?

—Pues sí, en efecto. La escoria de este mundo. Nos pasamos años en la facultad aprendiendo a expoliar a la gente. ¿Qué tal si le mando un cheque?

—Tengo lo suficiente. Lo que pasa es que este es un gran paso.

—Si conoce la fecha de la Proclamación de Emancipación, entonces le gusta la historia. Así que ¿no está ansiosa por ver una casa construida en el siglo XVIII? Sin cordones de terciopelo... puede fisgar hasta en el último rincón. ¿Sabe que los establos han sido reformados hace poco? Y hay una bodega intacta. Creo además que en la buhardilla hay baúles llenos de ropa antigua y diarios.

—Señor McDowell, me parece que no ha seguido su vocación. Tendría que estar viajando por el país en un carromato, vendiendo aceite de serpiente.

—No. Aceite de serpiente, no. Vendo el Elixir Dorado de la Señorita Edi. Está hecho de arco iris con una pizca de polvo dorado de duende. Cura cualquier dolencia, garantizado. ¿Tiene usted novio?

—¿Qué efecto surtirá en él el elixir? —Joce sonreía.

—No, en serio. ¿Tiene novio?

—No desde que me pidió que me casara con él y salí corriendo despavorida.

—Ah.

Joce deseó haberse guardado el comentario.

—Quiero decir... No fue exactamente así. Es un hombre muy agradable y yo no tengo nada en contra del matrimonio, pero...

—No hace falta que me lo explique. La última novia que tuve me llevó a una joyería y tuvieron que sacarme de allí en ambulancia.

—Un alma gemela.

—Eso parece. Dígame, ¿qué hay de esa cena?

—Quizá no deba reservar mesa aún —le recomendó Joce—, por si no llego a tiempo.

—¿Quién ha dicho nada de reservas? Pensaba más bien en un plato de pasta y un buen vino servidos sobre un mantel extendido en el suelo de su nueva casa del siglo XVIII. A la luz de las velas. Con fresas y chocolate fundido de postre.

—¡Oh, Dios mío! Va usted a ser un problema, ¿verdad?

—Eso espero. Me gustan las chicas que saben de historia. Y me gusta esa foto suya que me mandó la señorita Edi el año pasado. ¿Sigue teniendo ese bikini rojo?

A Jocelyn se le escapó una carcajada.

—Se la dio a la mitad de los hombres de nuestra parroquia. Cuando cumplí los veintiséis si estar todavía casada, creí que la pegaría en los árboles con un teléfono de contacto.

—¿Cuándo se la sacaron? —le preguntó él, con un cierto temor.

Joce sabía lo que quería saber en realidad: cuántos años habían pasado desde entonces.

—De hecho, hace algún tiempo —le dijo con malicia—. Así que ¿nos veremos dentro de una semana?

—Ahí estaré —le respondió, en un tono mucho menos optimista.

Jocelyn cortó la comunicación y empezó a hacer una lista mental que empezaba por «ir al gimnasio cada día de esta semana». La foto en bikini se la habían tomado aquel mismo verano, pero ¿quién sabía lo que había pasado debajo de la ropa durante el invierno?

Así que aquel era Ramsey McDowell, se dijo levantándose y empezando a revolver en su armario. Al día siguiente iría a la oficina del profesor titular y dimitiría. Sabía que no le importaría: había cuatro candidatos para cada puesto del campus.

Se quedó quieta con una mano en la ropa. A lo mejor ahora podría escribir un libro. Una obra histórica. Tal vez pudiera escribir la historia del pueblo de Edilean. Empezaría con el escocés que le robó a un hombre su oro y a su hermosa hija y huyó a la salvaje América. ¿Cómo era Edilean en 1770? Ya puestos, ¿cómo era en la actualidad?

Al cabo de diez minutos ya había buscado Edilean en Google. La historia de la ciudad era como le había escrito Edi. La había fundado un escocés llamado Angus Harcourt, que había construido una gran casa para su bella esposa, y luego se había dedicado a cultivar hectáreas de tierra. Pero su mujer estaba sola, así que había diseñado las calles de un pueblecito con ocho pequeñas zonas ajardinadas. En el centro había plantado un roble, o mejor dicho una bellota traída de la finca de su padre. A lo largo de los siglos el árbol había sido replantado tres veces, pero cada vez a partir de un esqueje del original.

Jocelyn leyó que en los años cincuenta «su». Edilean Harcourt había mantenido una batalla legal de cuatro años de duración porque el estado de Virginia pretendía

desalojar a los residentes, porque más de 20.000 hectáreas del entorno iban a ser declaradas reserva natural.

«Gracias a que la señorita Edi, como la llaman todos, ganó el pleito, el pequeño pueblo de Edilean sobrevivió. No se permite la construcción de más casas, pero las que lo conforman están conservadas de tal modo que visitarlo es casi como retroceder en el tiempo —leyó Joce—. En la población hay varias tiendas que atraen turistas de Williamsburg, pero la joya de la corona es Edilean Manor, construida por Angus Harcourt en 1770, donde viven todavía sus descendientes. Por desgracia, ni la mansión ni los jardines están abiertos al público».

—Me alegro —dijo Jocelyn, acercándose a la pantalla para ver las fotos. Le pareció ver un letrero en la fachada de una de las coquetas casas blancas. ¿Sería la oficina de Ramsey? ¿Viviría en el mismo edificio donde trabajaba? Le había preguntado si tenía novio, pero ¿tendría él novia?

Pulsó el botón que ponía «Edilean Manor». Ahí estaba. La fachada era simétrica: dos pisos, cinco ventanas grandes, todo de ladrillo. A cada lado un ala de una sola planta con un pequeño porche.

—Ahí viven mis inquilinos, supongo —dijo, asombrada de ser la propietaria de aquella casa tan antigua.

Cinco minutos después estaba sacándolo todo del armario como un tornado. Se deshacía de todo lo que ya no usaba y luego vería lo que le quedaba. Al cabo de quince minutos, echó un vistazo al armario, prácticamente vacío.

—Me voy de compras —dijo.

Durante los días que siguieron no paró un momento, preparando la partida hacia su nuevo estilo de vida.

Por fin estaba en Williamsburg. Eran las once de la mañana de un sábado, hora de dejar el hotel. Todo cuanto poseía estaba en su Mini Cooper y se disponía a ver «su casa» por primera vez. No sabía si estaba eufórica o muerta de miedo. Una nueva ciudad, un estado distinto, gente nueva... entre la que se contaba el hombre con el que tenía una cita aquella misma noche.

«Tú puedes», se dijo de nuevo, y abrió la puerta del hotel.

2

Sujetaba la hoja impresa de MapQuest con una mano mientras conducía. Las indicaciones eran sencillas: salir de Williamsburg por la autopista Cinco, que llevaba a todas las plantaciones; pasados unos kilómetros, llegaría a la carretera de McTern. A menos de cinco kilómetros tenía que tomar a la derecha por la carretera de Edilean y atravesar la población, al otro extremo de la cual estaba su nueva casa.

No le costó encontrar la carretera de McTern, pero creyó haberse equivocado porque pasaba por un bosque de aspecto tan antiguo como la formación de la Tierra. Había leído que Edilean estaba en una reserva natural, pero no esperaba que fuera un bosque como aquel.

Se apartó cuando un gran camión negro en el que dos hombres llevaban un bote de pesca con dos motores la adelantó a toda velocidad. Le hicieron un gesto con la mano para darle las gracias por dejarles vía libre.

La carretera de Edilean estaba bien señalizada y se alegró de que estuviera en buenas condiciones de mantenimiento. Le preocupaba un poco que fuese un camino de grava con marcas de rodadas en el centro.

A un kilómetro y medio de la población, el bosque daba paso a robles, hayas y sicómoros. Supo sin que se lo dijeran que acababa de entrar en las tierras que en otra época habían pertenecido a una rica plantación.

Cuando llegó a Edilean paró un momento para echar un vistazo. La página web no le hacía justicia. Era la mitad de grande de lo que parecía en las fotos, pero el doble de bonita. Los enormes sauces de las aceras daban sombra a toda la zona de estacionamiento. No había ni un solo edificio de nueva construcción, y las casas antiguas estaban en un estado de conservación inmejorable.

La iglesia quedaba a la izquierda. Giró a la derecha llevada por un impulso, para pasar por el centro del pueblo. Quería ver las zonas ajardinadas que había diseñado la primera Edilean. Quería ver aquel viejo roble.

Giró luego a la izquierda y enfiló por Lairdton, la calle principal. Joce se había dado cuenta de que casi todas las calles llevaban nombres de origen escocés. Si la calle central era Lairdton, entonces *ton* tenía que ser la antigua manera de referirse a *town*, «población». Por tanto, Angus Harcourt había llamado la calle Laird's Town. Supuso que en el siglo *XVIII*, el mozo de cuadras Angus Harcourt se había autoproclamado *laird*, «terrateniente o jefe» de un clan, y quería que la gente supiera que todo aquello le pertenecía.

Jocelyn vio una heladería que parecía sacada de un plató cinematográfico, y una tienda de libros usados.

—¡Una mina de oro! —exclamó en voz alta. Los libros descatalogados eran una de las cosas que más le gustaban de este mundo.

Vio una pequeña tienda de comestibles y a una mujer que llevaba una falda larga y un cinturón con borlas, pañuelo en la cabeza y camiseta de *batik*.

—¿Viene de Woodstock? —murmuró Jocelyn.

Había una tienda de muebles antiguos y varios comercios más.

En el centro, dentro de un gran círculo de hierba, había un roble enorme. Media docena de bancos aprovechaban su sombra, en uno de los cuales dos adolescentes se estaban besando mientras unos niños se reían de ellos.

Las dos últimas casas, escondidas detrás de los árboles, eran las que salían en las fotos de Internet. Grandes y blancas, resultaban acogedoras. Una mujer barría el porche de una y, en cuanto creyó saber quién era Jocelyn, dejó la escoba y la miró.

Jocelyn estaba tan absorta mirando a la mujer que a punto estuvo de no ver la curva del final de Lairdton. Un letrero rezaba: «Tam Way». Miró por el retrovisor y vio que la mujer ya no estaba en el porche. Seguramente había entrado en la casa para difundir la noticia. ¿Qué diría? ¿Diría que la forastera había llegado para hacerse cargo de la casa de su querida señorita Edi?

Condujo despacio por la carretera. Solo había tres casas por el camino y, a menos que se hubiera equivocado en sus pesquisas, antes formaban parte de la plantación de Edilean Manor. Vio que las casas tenían partes antiguas pero que las habían remodelado y ampliado a lo largo de los años.

Cuando llegó a unas columnas de piedra prácticamente cubiertas de hiedra supo que había alcanzado su destino. En una de ellas, en una plaquita de mármol, vio las suficientes letras para deducir lo que ponía.

«Es aquí», pensó, y enfiló el sendero. Había tantos árboles y tan grandes que no veía la casa en absoluto, así que se le ocurrió que a lo mejor lo que había visto eran fotos de antes de que se desmoronara. Sabía por las investigaciones hechas en la universidad que uno tiene que leer la letra pequeña del pie de foto para saber si una casa todavía existe.

De pronto se abrió un claro y ahí estaba la casa, exactamente como en las fotos. Había visitado muchas casas antiguas, así que inmediatamente se dio cuenta de que estaba en perfecto estado. Había casas de menos de un año que no estaban tan bien conservadas como aquella. Las ventanas, las contraventanas y los canalones estaban impecables.

A ambos lados se extendían las dos alas con su propio porche y, por un momento, Joce estuvo tentada de llamar a las puertas y pedir permiso para entrar. Una idea absurda.

Sin dejar de mirar la casa, de observar cada centímetro de fachada, se apeó del coche y abrió el maletero para sacar la maleta. Fue tirando de ella mientras subía los escalones de madera del porche delantero.

Sacó la llave del bolsillo de su chaqueta, la metió en la vieja cerradura y, cuando

la accionó, el corazón le latía aceleradamente.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —preguntó mientras abría la puerta que, por su aspecto, era la original y tenía por lo menos doscientos años de antigüedad. Dejó la gran maleta negra en la puerta y entró. Sus tacones resonaron sobre el suelo de madera desnudo.

Estaba en el vestíbulo que, como ella esperaba, cruzaba de parte a parte la casa. A la derecha había dos puertas cerradas y, a su izquierda, a cada lado de la escalera, otras dos, también cerradas. Esperaba que no hubieran hecho reformas y que, detrás de aquellas puertas, hubiera habitaciones amplias en lugar de cuartuchos habilitados por los propietarios a lo largo de los siglos.

La escalera era magnífica. Estaba segura de que la barandilla era de caoba. Miró hacia el piso de arriba y vio más puertas cerradas... como en el vestíbulo, no había ni un solo mueble.

Fue hasta el final del gran espacio desierto y miró por la ventana. Fuera había unos árboles enormes, seguramente tan viejos como el edificio. Le dieron ganas de pasear bajo aquellos árboles y sentarse en una de las sillas de hierro pintadas de blanco.

Mientras miraba, una joven salió de la derecha de la casa con lo que parecía un vestido envuelto en una toalla y un costurero. Joce parpadeó. ¿Habría viajado en el tiempo? ¿Quién cosía todavía? ¿Quién iba por ahí con una costurero con alfilerero en la tapa? ¿Había mandado Edi a Joce a un lugar donde el tiempo no avanzaba?

Sonrió al pensarlo. Luego se puso seria. A pesar de que habían pasado meses desde la muerte de su amiga, aún no estaba preparada para olvidarla. No habría más e-mails divertidos, ni más conversaciones telefónicas de horas de duración. Ya no había una Edi a cuya casa ir corriendo siempre que tuviera ocasión. No volverían a sentarse juntas con una taza de té humeante para compartir todas sus preocupaciones, miedos y éxitos. Nunca volvería a oír aquellas palabras tan familiares: «No es de mi incumbencia, claro, pero si yo estuviera en tu lugar...».

Joce contuvo las lágrimas y echó un vistazo a las puertas cerradas que daban al gran vestíbulo y luego a la mujer que se había sentado a la sombra de un árbol. Tenía que ver las habitaciones, conseguir provisiones y enterarse de si había alguna cama para pasar la noche. Sin embargo, volvió a mirar a la mujer y eso pudo más.

Tuvo que usar su llave para abrir la puerta trasera. Salió al aire fresco de primavera y se acercó a la joven. Estaba tan concentrada en la costura que no se daba cuenta de que alguien se le acercaba, así que tuvo tiempo de mirarla con detenimiento. Era bastante joven, de poco más de veinte años, la viva imagen de la inocencia, con el rostro oval y una piel de porcelana. En el pelo castaño destacaban mechones dorados naturales y llevaba un vestido que parecía sacado de un dibujo de Kate Greenaway.

Joce no quería sobresaltarla, así que la saludó.

—¡Hola! —le gritó desde cierta distancia.

Sin embargo, la muchacha siguió cosiendo sin levantar la cabeza. Hasta que Jocelyn no estuvo a medio metro no vio que llevaba auriculares. Sonriendo, corrió la silla que había al otro lado de la mesa y se sentó.

—Hola —dijo la joven, en absoluto asustada. Se quitó los auriculares y apagó el iPod.

—Déjame adivinar —dijo Joce—. Eres Enya.

La chica le guiñó un ojo y sonrió.

—¡Oh, ya lo sé! Parece que no haya roto un plato en la vida, así que tengo que poner música sacra. —Le tendió el auricular y puso otra vez la música: ZZ Top a todo volumen—. Tengo una madre hippie —dijo—. Mi padre es médico y muy conservador, pero a mi madre le gusta el rock duro y lo pone tan fuerte como puede... cuando mi padre no está en casa, claro.

—¿No se quejan los vecinos?

—Una se quejó, pero mi madre le preparó un Margarita y, cuando mi padre llegó a casa, las encontró a las dos bailando. Ya no volvió a haber quejas.

Joce soltó una carcajada, sin dejar de mirar a la muchacha.

—De cara, ¿te pareces a tu madre o a tu padre?

—A mi tía abuela Lissie. Eso me han dicho, al menos. Usó sus encantos para atrapar al hombre más rico del pueblo, tuvo media docena de hijos y luego se dedicó a gastar todo el dinero de su marido.

Jocelyn disimuló que reconocía aquel nombre, Lissie. Así se llamaba la mujer que Edi le había mencionado en su carta.

—Me gusta esa mujer. ¿Es para ti ese vestido que coses?

—¡Dios mío, no! No puedo permitirme un vestido como este. —Levantó la prenda para que Joce la viera. Era azul medianoche con un complicado dibujo de cuentas y pedrería en el cuerpo. Varias ristras de cuentas se habían soltado—. Le dije que tuviera cuidado. Le advertí que nada de citas a la luz de la luna ni revolcones en el asiento trasero del coche. Este vestido vale un potosí. Le dije que lo tratara con cuidado. Pero ¿me hizo caso? ¡Claro que no!

—Por lo que parece fue un revolcón de primera.

—Eso creo. Se ha presentado en mi puerta a las seis de la mañana para decirme que «tenía» que arreglárselo para esta noche. Supongo que el revolcón no fue con su marido.

Joce rio.

—¿Eres mi inquilina?

—¡Oh, perdón! No me he presentado. Soy Sara Shaw —dijo—. Vivo en este lado y Tess Newland vive ahí.

—Yo soy...

—Todo el pueblo sabe quién eres. Todos te están esperando desde el amanecer.

—La mujer de la tienda de comestibles se ha quedado mirándome.

—Mi madre. Ya me ha llamado para decirme que venías de camino.

—¿Y la mujer que estaba barriendo el porche?

—Mi tía Helen. Ha llamado a mamá y comunicaba, porque mamá me estaba llamando a mí. Imagino que a estas horas el sheriff ha comprobado tu número de matrícula.

Jocelyn no supo qué decir.

—¿Te apetece un poco de té helado? —le preguntó Sara—. Acabo de prepararlo.

—Me encantaría, pero...

—¿Solo si es bastante dulce? —le preguntó la chica levantándose. Enrolló el vestido en la toalla y luego lo dejó en la mesita blanca.

Joce notó que se ruborizaba.

—No te preocupes. Estamos acostumbrados a los yanquis por aquí.

—Tengo bastante poco de yanqui. Soy de Florida. —Joce siguió a Sara hacia la casa—. Está al sur de aquí.

—Ya... —le dijo la otra por encima del hombro—. Me parece que lo de ser sureño es tanto un estado mental como un lugar de procedencia. Y ¿no hay mucha gente del Norte que se muda a Florida?

Joce no pudo evitar sonreír. Habían llegado a la puerta de malla del ala este. Una vez más se paró a mirar la casa. No tenía ventanas de formas raras ni habitaciones salientes, ni nada de lo que en términos modernos hace que una casa sea interesante. Edilean Manor era un edificio sencillo y, sin embargo, tan hermoso como pueda ser una casa.

Sara entró en la frescura de su vivienda delante de Joce. Estaban en una cocina con el mismo aspecto que tenía en 1965 cuando la habían instalado, bien conservada pero, desde luego, intacta desde entonces.

—¿Esto es formica? ¿Esto es...?

—Un Avocado —se le adelantó Sara, mirando la nevera verde—. Personalmente, opino que al Smithsonian le interesaría esta cocina: podrían trasladarla tal cual a un museo.

Joce, que estaba mirando el gran fregadero blanco que había bajo la ventana, estuvo de acuerdo. La cocina no era lo bastante antigua para tener encanto. Era simplemente fea.

—Creo que me quejaré al casero —dijo Sara.

—Deberías hacerlo —dijo Joce, mirando el viejo horno. Hacía juego con la nevera.

Irguió la cabeza de repente.

—¡Eh, un momento! Tu casera soy yo.

Sara soltó una carcajada. Sacó una jarra de la nevera llena de té helado.

—Has tardado lo tuyo en caer en la cuenta...

—Todavía no he asimilado la idea de que soy la propietaria de esta casa. Ni siquiera la he visto toda por dentro.

—Ya tendrás tiempo de explorarla. También hay unos cuantos edificios antiguos en la finca, aunque posiblemente ya lo sabes. —Sara le indicó con un gesto la mesa cromada adosada a la pared. La superficie del tablero era roja, con sillas también cromadas y con el asiento y el respaldo rojos a juego.

Joce se sentó y miró cómo Sara servía dos vasos de té y ponía lo que parecían galletas caseras en un plato.

—Sé muy poco. Todo esto me resulta nuevo —dijo—. Todavía me estoy recuperando de...

—¿De la muerte de la señorita Edi? —le preguntó con dulzura Sara.

Joce asintió con la cabeza.

—¿La conocías? —le preguntó.

—No, nunca la vi. Pero he oído hablar mucho de ella.

—¿De veras? —Tomó un gran sorbo de té. No se había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Luego se comió una galleta en dos bocados. Cuando le hincó el diente a la segunda, vio que Sara la estaba mirando asombrada—. Lo siento. Es que he estado conduciendo una eternidad sin acordarme de comer. —La verdad era que la noche anterior estaba tan nerviosa que no había podido cenar y que esa mañana se había saltado el desayuno.

—¡Pues menudo despiste! —Sara no dijo más. Simplemente fue a la nevera, sacó un cuenco de algo, cogió lechuga, mayonesa y pan. Lo puso todo sobre la encimera y le enseñó el paquete de pan—. ¡Mira! Es pan yanqui. En casa no entra otro.

—¿Lleva piña?

Sara la miró sin entender.

—En casa, en Florida, todo lleva piña... o coco.

Sara soltó una carcajada.

—Vale, basta de tópicos. Es que Edilean está tan cerca de Williamsburg que compartimos algo más que turistas. Creen que lo freímos todo.

—¿No es así?

—No desde que nos enteramos de la existencia de eso que llaman «colesterol».

—Puso el bocadillo en un plato.

—No es necesario que hagas esto —le dijo Joce—. Puedo alimentarme por mi cuenta.

—Tienes muchas cosas que aprender de nosotros los sureños. Alimentamos a la gente. Lo llevamos en el ADN. ¿Te importa si sacamos esto fuera para que pueda

terminar el arreglo del vestido?

—Encantada.

Joce cogió el vaso y el plato y siguió a Sara hasta la mesa de fuera. Cuando se hubieron sentado y Sara volvía a tener el vestido en el regazo y la aguja enhebrada, tomó el primer bocado.

—¿Lo has preparado tú?

El bocadillo, de ensalada de pollo con trocitos de uva y manzana, estaba delicioso. Parecía un plato de degustación caro.

—No. La ensalada es cosa de mi madre. Está segura de que me moriré de hambre viviendo sola. O peor: que comeré cosas que no son de cultivo biológico. Ella cría los pollos y las manzanas son de nuestros manzanos.

Joce miró el bocadillo dubitativa.

—¿Conocías este pollo?

Sara se encogió de hombros.

—A los tres años aprendí a no ponerle nombre a nada vivo que hubiera por casa... excepto a mis hermanas. A ellas les puse nombre, pero todavía no han acabado en la olla.

Joce casi se atragantó.

—¡No me hagas hablar! Sean como sean tus hermanas, las mías lo superan.

—¿De veras? Mis dos hermanas se graduaron en Tulane *summa cum laude*. Las dos se casaron una semana después de terminar los estudios, con médicos, por supuesto. Las dos se quedaron embarazadas una semana después de casarse. Y llegaron vírgenes a la noche de bodas.

Joce tomó un sorbo de té y miró a Sara con cara sombría.

—No hay color. Mis hermanas son en realidad hermanastras: gemelas idénticas, guapas, rubias naturales y altísimas. ¿Sabes cómo me llaman? Cindy.

—¿Cindy? —Sará puso unos ojos como platos—. No será por...

—Bingo. Es el diminutivo de Cinderella. Para ellas soy como la Cenicienta.

Sara no estaba dispuesta a ceder el título tan fácilmente.

—Tengo cuatro sobrinas y sobrinos perfectos, dos de cada. Nunca jamás olvidan decir por favor ni gracias.

—¿Has oído hablar de Bell y Ash?

—¿Las modelos? Claro. La semana pasada salieron en la portada de... ¡No! —Sara contuvo el aliento—. No puede ser. ¿Son tus hermanas?

—Mis hermanastras.

—Tú ganas. O pierdes, no sé... Me parece que llamaré a mis hermanas para decirles que estoy encantada de que sean mías. —Miró a Joce inquisitiva—. ¿Cómo lo soportas?

—Me las arreglo. —Se encogió de hombros—. Creo que no lo habría soportado

de no ser por Edi. Ella me salvó. —Miró el bocadillo—. Hablando de Edi, me dijo que has vivido aquí siempre.

—En el pueblo, no en esta casa.

—Claro —dijo Joce con cautela, y luego masticó mientras pensaba un modo educado de sacar a colación el tema que le interesaba—. ¿Conoces a un tal Ramsey McDowell?

—¡Por supuesto! —dijo Sara, sin levantar los ojos de la costura.

—¿Cómo es?

—Guapo, brillante, sofisticado. Exactamente, ¿qué quieres saber de él?

—Entonces supongo que debe tratarse de un rompecorazones.

Sara tardó un poco en responder y, cuando lo hizo, fue con cierta cautela.

—Ha roto unos cuantos corazones, sí.

—¿Nunca se lo han roto a él?

Sara levantó la cabeza.

—Es mejor que te advierta que Ramsey es mi primo, así que le debo cierta lealtad familiar. Tengo que conocerte mucho más de lo que te conozco para contártelo todo de él.

—Es que esta noche viene a cenar y me gustaría tener un poco más de información que la que saqué de nuestra única conversación. Por lo visto es...

—¿Rams va a venir? ¿Esta noche? ¿Qué has hecho para conseguirlo?

—Nada que yo sepa. Lleva todo el papeleo de la casa, así que supongo...

—Eso es trabajo, y el trabajo lo hace en el despacho. ¿Qué has hecho para que venga a tu casa?

—Bueno... No lo sé... Aparte de saber decirle la fecha de la Proclamación de Emancipación.

—Eso ha sido. A Rams le encanta la gente inteligente, y adora la historia. —Sara cogió un carrete de hilo de la caja y enhebró nuevamente la aguja—. Por eso las chicas meten la pata con mi primo.

—¿A qué te refieres?

—Creen que es como los demás y que lo ponen las minifaldas. Le gustan, sí, pero le gusta más un buen cerebro. Además, Tess acabó con la teoría de las faldas cortas. Puedes preguntarle lo que le gusta de las mujeres, de comer o de lo que sea a Tess. Lo conoce mejor que yo.

—¿Tess? ¡Ah, claro! La otra inquilina. ¿Qué tiene ella que ver con Ramsey... Rams?

—Ella le organiza la vida. —Cuando Joce frunció el ceño, Sara sacudió la cabeza—. No, no en ese sentido. Lleva el despacho y es tan buena en eso que tiende a dirigirle la vida. Si recibes un ramo de flores de Rams por tu cumpleaños, probablemente las habrá escogido y mandado Tess.

—¡Ah! Es una de esas secretarias... ¿Está medio enamorada de él? ¿A eso te refieres?

Sara sonrió.

—Dice que no lo soporta, y se lo dice a menudo.

—En tal caso, ¿por qué trabaja para él? ¿Por qué vive aquí, en Edilean?

Sara se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Tess es para mí un misterio, y sé que lo es también para Rams. Pero cuando él hace algo que no le gusta, se lo hace saber.

—¿Qué tiene ella que ver con lo de las faldas cortas?

—Tendrá que ser Rams quien te cuente esa historia.

—¿Sabes? Creo que he leído en alguna parte que en la primera cita con un hombre no debes preguntarle qué tienen en común su secretaria y las minifaldas.

Sara soltó una carcajada.

—Seguro que tienes razón, pero Rams siempre ha sabido reírse de sí mismo. Escucha, esto es simplemente una advertencia, pero cuando conozcas a Tess, no la trates de secretaria y no le preguntes nada de lo de la falda corta. Eso la pone enferma.

—Vale. —Jocelyn apartó el plato vacío. Empezaba a estar un poco apabullada por todo lo que tenía que aprender.

Fue como si Sara intuyera lo que pensaba.

—Lo harás bien. Todos sentimos curiosidad, eso es todo. Pero debo advertirte que en este pueblo todos (todos los que viven aquí, claro) querrán que les hables de la señorita Edi.

—Lo entiendo. Los del pueblo deben de haberla querido mucho.

—¿Querido? La verdad es que hay muy poca gente aquí todavía viva que la conociera. A excepción de la tía Mary Alice, por supuesto, pero ella no podía quererla mucho, ¿no?

—No lo sé. ¿Por qué no podía tu tía Mary Alice querer a Edi?

—Creía que erais amigas. ¿No conoces la trágica historia de amor de la señorita Edi?

Joce suspiró.

—Hasta hace unos días te habría dicho que lo sabía todo de ella, pero me he dado cuenta de que no la conocía tanto. Nunca me mencionó Edilean, Virginia, ni esta casa. Sé que estuvo profundamente enamorada de un joven de aquí que murió durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Murió? ¡Qué va! La pequeña Mary Alice Welsch se dejó preñar y tuvo que casarse con ella. Cuando la señorita Edi regresó de la guerra, se encontró con el hombre al que amaba casado con otra.

Jocelyn se sentía nuevamente traicionada. Aquella no era la historia que le había

contado Edi. El gran amor, el profundo amor por David Aldredge no había acabado con su fallecimiento. Se había terminado con una boda de penalti. No era extraño que Edi nunca mencionara Edilean. No era extraño que mintiera acerca de la muerte de su amado. ¡Mejor su muerte que su traición!

Intentó disimular todo lo que pudo sus sentimientos para que Sara no lo notara.

—¿No pasó todo eso hace muchos, muchos años? —le preguntó—. Hablas de ello como si hubiera sucedido ayer.

—Esto es Virginia. Aquí no olvidamos. Mi abuela solía contarme historias de la Guerra de Secesión. Sabía quién amaba a quién y a quién habían dejado plantado. Ahora yo cuento historias de otra guerra. En cualquier caso, he oído la historia de la señorita Edi un millar de veces. La familia Harcourt fundó el pueblo, poseía la casa más grande, la plaza fue obra suya y todo eso. Incluso cuando perdieron la mayor parte de su fortuna, siguieron siendo la familia más importante. Durante la Segunda Guerra Mundial, los McDowell eran mucho más ricos pero no tenían tanto prestigio.

Joce apuró su taza e intentó unir las piezas de la historia.

—¿Así que Edi volvió de la guerra... de la Segunda Guerra Mundial con las piernas destrozadas, y se encontró al hombre a quien amaba casado con otra?

—Así es.

—¿Qué hizo?

—La casa y todo el dinero que quedaba de la familia estaba a nombre de Edi, pero dejó la propiedad en manos de su hermano menor. No sé lo que haría con el dinero. Mi tía abuela Lissie solía decir que Bertrand no era lo bastante hombre.

—¿Qué quería decir con eso? ¿Qué no subía la escalera montado a caballo a medianoche?

—Vamos... No dejes que lo que tienes de yanqui aflore a la superficie.

—Perdón —dijo Joce, pero sonreía—. He leído demasiadas novelas románticas.

—¿No lo hemos hecho todas? Como iba diciendo, la señorita Edi regresó y vio que le habían robado a su novio. Dejó la casa en manos del haragán de su hermano y se marchó del pueblo. Pero no antes de haber hecho que en MAW redactaran un contrato de cuarenta y cinco páginas que su hermano tuvo que firmar. Puede que estuviera dolida, pero no era estúpida.

—¿En MAW?

—La firma de abogados del pueblo: McDowell, Aldredge y Welsch.

«Aldredge», pensó Jocelyn.

—Siempre los mismos nombres —dijo luego—. Dime, ¿aquí nadie se va a vivir lejos de su pueblo natal como hacen el resto de los estadounidenses?

—El resto lo hacen, pero nosotros no.

Jocelyn asintió.

—Vale. Los turistas, los forasteros... van y vienen, pero todos vosotros os

quedáis. ¿Qué le pasó al hermano de Edi?

—Murió mientras dormía, hace años. La tía Lissie decía que era un hombre capaz de no hacer absolutamente nada y convencerse de que eso era trabajar.

—Creo que debería haber tenido un encuentro con él.

—En cuanto nos hemos conocido he sabido que tú y yo teníamos mucho en común.

Se sonrieron: dos mujeres que se entendían. Luego hubo un silencio y Joce miró hacia los campos circundantes. Todavía no se había hecho a la idea de que se había convertido en propietaria. Volvió a mirar la casa, contemplando su simple y perfecta belleza, y un escalofrío le erizó el vello de los brazos.

Todavía no se había asimilado el hecho de que la mujer que le había hecho prácticamente de madre hubiera omitido mucho acerca de su vida o le hubiera mentado directamente. Jocelyn había vivido con la idea del «amor perfecto» que Edi había sentido por un soldado caído en batalla desde que le había hablado de aquello siendo ella una niña. De hecho, se había guiado por la imagen de aquel amor, había sido su vara de medir todas sus relaciones. Cuando un hombre iba en serio con ella, Jocelyn se preguntaba si era ese el hombre al que amaba con la misma pasión con que Edi había amado a David. Ningún hombre, ningún sentimiento que Joce hubiera tenido se había acercado ni de lejos a la idea del «verdadero amor» que Edi le había inculcado. Y acababa de enterarse de que el gran amor de Edi era un asunto escabroso sin más: David la había dejado plantada por otra.

—Así pues, ¿qué vas a hacer con la casa? —le preguntó Sara, sacándola de su ensimismamiento—. ¿La venderás? ¿La dividirás en apartamentos?

Joce no se dejó engañar por el desenfado con que le formuló la pregunta, como si el asunto no fuera con ella. «Así que a eso se debe este recibimiento tan generoso», se dijo. ¿Le habría dicho alguien a Sara que hiciera lo necesario para enterarse de lo que planeaba hacer la heredera de la señorita Edi con la vieja casa?

—¿Cuánto crees que podría sacar por estos viejos ladrillos?

Esperaba que Sara se riera, pero no lo hizo. Mantuvo la cabeza gacha y siguió cosiendo cuentas.

—Sara —dijo entonces Joce—. Soy una apasionada de la historia. Desde que dejé la escuela me he dedicado a ayudar a la gente a investigar el pasado.

Sara la miró con frialdad.

—Sería una hermosa posada. Servicio de cama y desayuno.

—Eso no está hecho para mí. Soy más bien introvertida. Puedo hablar con una sola persona a la vez; ponme entre desconocidos y me encierro en mi concha.

Sara se la quedó mirando, evidentemente esperando que dijera algo que pudiera contar a los del pueblo. Joce se imaginó las líneas telefónicas colapsadas. No pudo sostenerle la mirada a Sara.

—No sé lo que haré. De veras que no. Edi me dejó la casa y supongo que algún dinero, pero no tengo ni idea de cuánto. —No quería hablar más de sí misma. Ya había dicho bastante. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para poder pensar con claridad, y desde luego no estaba dispuesta a contarle a nadie su plan de escribir sobre Edi—. ¿Sabes de algún trabajo?

—Tess cogió el último bueno que quedaba en el pueblo.

Joce miró hacia el extremo más alejado de la casa, hacia la otra ala. Las puertas y las ventanas estaban cerradas.

—Hablando de trabajo, ¿tú a qué te dedicas? Aparte de arreglar vestidos, quiero decir.

—A eso me dedico —dijo Sara, y cortó el hilo—. Lo que más hago es ajustar vestidos para señoras que compran una talla M y luego no caben en ella cuando van a ponérselos.

—¿Consigues ganarte la vida con eso?

Sara se encogió de hombros.

Joce estaba segura de que hacía algo más para ganarse la vida pero que no quería decirle de qué se trataba. Esperaba que no fuera algo ilegal, que Sara no estuviera cultivando marihuana en el huerto trasero. En cuanto lo hubo pensado, se preguntó si todos los propietarios se sentían como ella. ¿Qué haría si las bañeras perdían agua? ¿Qué si había termitas? Edi había mencionado la existencia de un jardinero. ¿Cuánto cobraba de sueldo? Miró la casa y se preguntó dónde dormiría aquella noche. ¿Había alguna cama?

Sara sacó un móvil de su costurero, lo abrió y miró la hora.

—Tengo que irme. Este vestido tiene que estar otra vez en manos de su dueña antes de que llegue a casa el marido. —Enrolló apresuradamente el vestido en la toalla—. ¿Podrías entrarme esto? —Le indicó con un gesto los platos y el costurero.

—Claro. Si confías en mí...

—No solo confío en ti sino que incluso es posible que me gustes. Hasta pronto — le gritó mientras corría hacia la casa.

Jocelyn se quedó allí sentada, mirando la casa e intentando sacar algún sentido a todo lo que había oído desde que había entrado en el despacho del abogado.

En una ocasión, cuando tenía dieciséis años, había llegado del instituto y en casa no estaban las Astras (ni la madre ni las hermanas), porque habían salido. La casa estaba silenciosa. Su padre, solo en el garaje, trabajaba en una de las motos. Se había quedado en la puerta mirándolo. Casi nunca estaban juntos ellos dos. Su «nueva familia», como Joce la consideraba, consumía todo su tiempo y toda su energía.

—¿Irás a casa de la señorita Edi? —le había preguntado él.

—Claro. Estamos leyendo a Thomas Hardy. —Sabía que no tendría nada que decir de aquello. Gary Minton no era dado a la meditación.

—Oye, cariño... —le dijo cuando ella pasó a su lado—. Espero que no vivas solo para ella. Espero que vivas también para ti.

Le gustó que la llamara «cariño», pero no prestó atención a lo que le decía. Como siempre, en lo único que pensaba era en irse antes de que las Astras volvieran. El ruido que metían y sus exigencias gobernaban la casa, a su padre, lo gobernaban todo. A veces parecía que, con su presencia, sus hermanastras controlaban el universo.

Miró el reloj. Faltaban horas para que Ramsey McDowell llegara, pero quería ver la casa y tomarse su tiempo para arreglarse. Se había comprado un vestido perfecto para un pícnic en una casa antigua. «Mi casa», pensó, sonriente.

3

Luke observaba mientras la nueva propietaria de Edilean Manor salía de la casa y caminaba por el césped para ir a sentarse con Sara. Sabía cómo se sentía aquella mujer. Sara era un imán para la gente, lo había sido desde niña. Siempre se preocupaba y siempre tenía tiempo para escuchar los problemas de los demás. Sabía que en buena parte la razón por la que las mujeres la llamaban para que les arreglara la ropa era porque querían hablar con ella.

El verano anterior, un día que él y sus primos Charlie, Rams y Sara estaban cenando en Williamsburg, Charlie le había dicho que abriera una consulta y cobrara por todas las horas que se pasaba escuchando los problemas de la gente.

—No podría estudiar tantos años —había respondido Sara.

—¿Quién ha dicho nada de estudiar? —le había contestado Rams—. Simplemente, abre el gabinete. Luke te lo arreglará o te lo pintará o lo que haga falta.

—Y tú redactarás un contrato y le harás pagar más de lo que gane en un año —había objetado Luke.

—Si empezáis a discutir me marchó —les había dicho Sara—. Quiero una cena tranquila y agradable, sin peleas de gallitos.

Cuando los tres hombres estuvieron callados y parecía que así seguirían, Sara había cabeceado.

—Venga, adelante. Emprendedla a golpes. Me da lo mismo. Charlie, pídemelo otro de estos.

—¿Estás segura? Nunca has aguantado la bebida.

—Entonces uno de vosotros va a tener que sujetarme el pelo mientras vomito y otro tendrá que llevarme al coche.

Luke se había sacado veinticinco centavos del bolsillo mirando a Ramsey.

—Cara, yo le sostengo el pelo. Cruz, tú la llevas auestas. Pesa demasiado para mí.

—Los dos sois unos impresentables —había dicho Sara, pero riéndose.

En aquel momento, Luke sacaba filo a las hojas de la cortadora de césped con la piedra de afilar mientras miraba por la ventanita redonda del muro de ladrillo. Se encontraba en lo que habían sido los establos de la vieja casa, en su mayor parte derruidos hacía mucho.

Mientras el viejo Bertrand había vivido allí, la casa se había ido manteniendo por orden de la señorita Edi, pero los edificios anejos habían caído en el abandono.

—¿En el contrato no especificaste que había que ocuparse de su mantenimiento? —le preguntó Luke a Ramsey—. ¿Te referiste a la casa y a los terrenos no?

—¿Crees que fui yo quien redactó el contrato en 1946?

—Vale. Tu padre, entonces.

—Él tenía un año.

—Fuese quien fuera, ocuparse de esto es cosa tuya —dijo Luke cuando volvió a Edilean y vio el estado en que se encontraban los edificios exteriores.

—A lo mejor tendrías que haberte quedado tú para mantenerlo todo en buen estado —le espetó Ramsey, sin dejarse amedrentar por la furia de su primo—. Tal vez no deberías haberte marchado al otro extremo del mundo para hacer lo que sea que te haya vuelto tan cascarrabias.

Luke abrió la boca para replicar, pero se lo pensó mejor.

—Vete. Vete a hacer lo que sea que tengas que hacer en tu despachito y deja que yo me ocupe de esto —dijo finalmente.

Tardó meses en restaurar los viejos edificios. Reconstruyó solo parcialmente los establos, pero lo hizo usando materiales de la época en que la casa había sido construida. Desenterró los antiguos ladrillos, incluso abrió un pozo que habían cegado con ladrillos fabricados a mano, cocidos cuando Edilean Manor era el centro de la plantación.

Fue un trabajo duro. Trabajo físico que por aquel entonces a Luke le convenía. Disfrutó de trabajar a solas. En la casa ya no vivía nadie, porque el viejo Bertrand había muerto. Un ama de llaves se pasaba por allí a diario, pero era tan vieja que apenas podía subir las escaleras. Cuando Luke la vio andando por la casa con dificultad, demasiado débil para hacer nada, tomó cartas en el asunto. Le consiguió una radio y un sillón y la instaló en la sala de estar. Cuando Ramsey, que llevaba las cuestiones legales de la finca para la señorita Edi, vio lo que había hecho, dijo que le escribiría para contarle que su ama de llaves debía ser puesta de patitas en la calle. Pero Rams miraba de una manera muy significativa a Luke porque ambos sabían que a la familia de la mujer le hacía falta el dinero, así que no la despidieron y Luke se hizo cargo de su trabajo. Reparó la casa y, cuando llegó el mobiliario, fue él quien se ocupó de distribuirlo. Un sábado, con ayuda de los primos, cerveza y pizza, había bastado para subir los muebles más grandes al primer piso.

La casa era básicamente de Luke desde hacía años. Él reparaba el tejado y sacaba las palomas muertas de los canalones. Él había reconstruido la chimenea después de que un rayo la destruyera.

Cuando le dijeron que la señorita Edi había muerto y legado la casa a una chica que nunca había estado allí, le dieron ganas de incendiarla. Mejor eso que dejársela a alguien que no apreciara lo que tenía.

—A lo mejor es historiadora —le había dicho Ramsey—. Quizá sea arquitecta... o constructora. No sabemos a qué se dedica.

A Luke no le gustaba que su primo defendiera a esa desconocida que iba a tomar

posesión de lo que la mayoría consideraba el corazón de Edilean. Toda su vida había oído decir a la gente que, si Edilean Manor era destruido, el pueblo no duraría ni un año. Por lo contento que Ramsey estaba con la heredera, Luke dedujo que algo tramaba.

Un día, después del trabajo, fue a visitar a Tess. Ella le abrió pero no lo invitó a entrar.

—¿Qué se trae entre manos con la nueva propietaria? —le preguntó a bocajarro, sin necesidad de especificar a quién se refería.

Tess era una mujer de pocas palabras.

—Edilean Harcourt le mandó una foto suya. En bikini.

Luke lo entendió todo de inmediato. Conocía a su primo. Rams planeaba una jugada. Adoraba Edilean casi tanto como él.

—Entiendo —dijo.

Tess se apartó y abrió la puerta mosquitera.

—¿Te apetece una cerveza?

—Me encantaría.

La nueva propietaria ya había llegado y Luke la observaba hablar con Sara, sentadas las dos en el jardín. Era guapa pero no despampanante, un poco más alta que la media, con mechadas rubias como las que el sol del verano hace salir naturalmente. Se preguntó si serían naturales o si se pasaba horas en la peluquería para tener aquel aspecto.

En el vestir era tan anticuada como Sara. Aquello le hizo gracia. A Sara le encantaba llevar vestidos de manga larga incluso en pleno verano. Sabía que la favorecían. Era guapa y delicada como una flor. Con un top rojo y vaqueros tenía un aspecto raro.

De haber tenido a mano una cámara, les habría sacado una foto a las dos. Allí estaba Sara, con su vestidito gazmoño, la costura en el regazo y, frente a ella, aquella mujer desconocida con una ropa que parecía sacada de *Alicia en el País de las Maravillas*. Le pareció que la diadema era un detalle perfecto.

«Una repipi mojigata», se dijo. A esa clase de chica le había legado Edi su casa. A una solterona, o poco le faltaba para serlo, que seguramente se dedicaría por entero a Edilean Manor. Sin duda se esforzaría por encontrar muebles del periodo exacto. Al cabo de unos meses habría convertido aquello en un museo.

Se había formado una opinión acerca de cómo era a los pocos minutos de haberla visto. De no haber sido por su madre, le habría dicho que se iba. «Que Ramsey se encargue de ella —pensó—. Que rezume encanto y la conquiste». Probablemente haría como siempre: le encontraría algún defecto y la dejaría plantada. Pero ¿y si el tiro le salía por la culata? ¿Y si le rompía el corazón y ella ponía la casa en venta?

«Sí —pensó, sonriendo para sí—. Es posible que quiera venderla».

Le parecía estar oyendo a su madre, así que se quedó donde estaba, en los antiguos establos, observando a Sara y a la nueva propietaria.

Sabía que algo se fraguaba desde que su madre se había presentado en su puerta a las seis de la mañana con un plato de crêpes de arándanos cubiertos con una servilleta.

—¿Qué ha hecho papá esta vez para que me traigas este desayuno? —le había preguntado sonriente.

El padre de Luke se había jubilado hacía un año y, desde entonces, traía a su madre de cabeza dando vueltas por la casa.

—Nada. Le he dicho que se fuera a una exposición de tractores.

—¿Solo? ¿Sin ti?

—Por si te lo pregunta, tengo un dolor de cabeza espantoso. Ya no puedo más. La chica de la señorita Edi llega hoy y quiero que me prometas que serás amable con ella. —Mientras lo decía, calentaba las crêpes para su hijo y le limpiaba la cocina sin dejar de trastear.

—¿Qué es lo que quieres que haga esta vez? —refunfuñó Luke—. ¿Llevarla a cenar? ¿Enseñarle los alrededores? Es demasiado pronto para ir a los parques acuáticos, así que ¿tengo que llevarla a un concierto de pífano y tambor?

—Quiero que la dejes tranquila. Es de Ramsey.

Luke puso unos ojos como platos.

—No, no lo harás —dijo Helen, plantándole delante las crêpes—. No vas a tomarte esto como un reto. Ya ha hablado con Rams y a él le gusta.

—No pierde el tiempo, ¿verdad? Según he oído, vio una foto suya en bikini antes de hablar con ella.

—Así son los hombres... —dijo Helen, quitándole importancia.

—¿Somos así? —Luke tenía la boca llena.

—¿Me entiendes? Sé amable con ella y mantente alejado. Limítate a ocuparte del jardín.

—¿Y si me gusta?

Era un hombre hecho y derecho y le daba lo mismo que su madre se pusiera de parte del primo, pero no podía evitar sentirse traicionado.

—No te gustará. La educó la señorita Edi, así que le gustan los hombres con esmoquin, no los que... —Miró los vaqueros gastados y la camiseta sucia de Luke—. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua —dijo él. Lo último que quería era un problema de faldas—. Que Ramsey se la quede. Que vengan a vivir a Edilean Manor y tengan una docena de críos. ¿A mí que me importa?

Pero ahora veía a Sara y a la otra... ¿Cómo se llamaba? Jocelyn. Un nombre anticuado que le pegaba. Mientras las miraba a ambas, empezaba a cambiar de opinión acerca de ella. Se reía con facilidad, a menudo. Dijera lo que dijera, a Sara le interesaba. De hecho, Sara llevaba la mayor parte de la conversación, lo que no era habitual. Lo normal era que Sara fuera la que escuchaba.

Luke la vio mirar dos veces hacia la casa con una mezcla de amor e incredulidad, como si la apabullara el hecho de que fuera suya. Pero eso era imposible, ¿no? Seguramente la señorita Edi le había dicho que le dejaba aquello.

La cuchilla de la cortadora estaba tan afilada como para cortar salchichón, pero él seguía en los establos, observándolas a las dos. Abrió una botella de agua y bebió un poco, apoyado en la pared, mirando por la ventana. Si se marchaba, lo verían, y no quería que lo hicieran. Sara sabía que estaba allí, pero no lo había llamado para que conociera a la nueva propietaria. Eso quería decir que mantenían una conversación seria de chicas.

De repente, Sara se levantó de un salto y se llevó corriendo el vestido que estaba cosiendo a su casa. Luke encontró muy significativo que dejara su preciado costurero en manos de la desconocida: a Sara le gustaba.

La chica se quedó allí sentada un rato. Luego recogió los platos sucios y el costurero y se los llevó a su parte de la casa. Por lo que Luke sabía, no la había recorrido por entero. En el piso de arriba había una cama con sábanas limpias y almohadas nuevas. Su madre la había hecho el día antes. Al irse esta, Luke había subido y visto los jabones que había dejado para Jocelyn, así como las toallas recién lavadas. Si la realeza hubiera visitado Edilean, no la habrían tratado con más mimo.

Luke no sabía por qué todo aquello le daba tanta rabia, pero así era. ¿Qué sabían de aquella mujer? Aparte de que tenía buen aspecto en bikini, claro.

Cuando Jocelyn entró en la casa, Luke salió de los establos y recogió las herramientas. Su camioneta estaba aparcada detrás y echó dentro sin miramientos las palas y las tijeras de podar. Si salía y tenía algo que decirle acerca de... acerca de nada, le diría que se iba.

Se metió en el vehículo, arrancó y condujo hacia el sendero de detrás de la propiedad: la salida de servicio. Luego, llevado por un impulso, giró hacia la parte delantera de la casa.

Justo cuando llegaba a la verja de entrada, Ramsey la cruzó al volante de su Mercedes negro y le bloqueó la salida. Lo único que quería Luke era marcharse, pero vio que Ramsey no quería dejarlo pasar. Cuando su primo bajó la ventanilla, sacó la cabeza por la de la furgoneta.

—¿Ya la has visto?

—¿A quién?

—Al fantasma de la señorita Edi. Sabes perfectamente a quién. ¿Ya la has visto?

—Puede.

—¿Qué aspecto tiene?

—Malo. Realmente malo. Es tan fea que he tenido que mirarla a través de un espejo —le dijo Luke.

—¿Tanto? —dijo Ramsey—. Me lo esperaba. Estaba un poco preocupado por... nada. No estaba en absoluto preocupado.

—¿Quieres hacer el favor de apartar ese traga gasolina de ahí para que pueda irme?

—Necesito que me ayudes —le confesó Ramsey—. La tía Ellie ha dicho que Sara estaba con Jocelyn, así que quiero que le digas a Sara que la entretenga veinte minutos mientras lo monto todo.

—Mientras montas... ¿qué? ¿De qué me hablas? ¿De un castillo de fuegos artificiales?

—Puede —dijo Ramsey con una sonrisa—. Sabe que vendré y que traeré la cena, pero no quiero que me vea descargando el coche y metiéndolo todo en la casa. ¡Eh!, ya sé. Iré yo a hablar con Jocelyn y tú lo preparas todo. Sabes enfriar el champán... ¿no?

—Mételo en el riachuelo —le dijo Luke dando marcha atrás. ¿Qué demonios le pasaba a todo el mundo en aquel pueblo? Primero su madre le pedía que se mantuviera alejado de aquella mujer y luego Ramsey quería que le hiciera de mayordomo.

Cuando llegaron a la zona de grava delantera, estacionaron al lado del Mini Cooper de Jocelyn y salieron de los vehículos. Ramsey iba con pantalones negros, camisa blanca y corbata azul. Se quitó esta última y la lanzó al asiento delantero de su coche.

—¡Menudo día! Quería haber estado aquí hace una hora, pero el viejo Segal casi me saca de quicio. Él y su hijo vuelven a estar peleados, así que el padre ha cambiado otra vez el testamento.

Ramsey abrió la puerta del maletero, sacó una gran cesta de pícnic y luego miró hacia las ventanas del piso de arriba.

—No estará mirándonos, ¿verdad?

—¿Por qué me lo preguntas? Es evidente que tú sabes más que yo acerca de ella.

—¿Qué demonios te pasa? —le dijo Ramsey—. ¿Has discutido con tu última novia?

—Eso no me ha pasado nunca ni me pasará. ¿Puedes decirme por qué te interesa tanto esa mujer?

—Porque creo que puede ser la definitiva.

—¡Otra vez no! —refunfuñó su primo.

—Esta chica ha pasado la mayor parte de su vida con la señorita Edi. Asiste al

ballet los fines de semana. Toca el piano y sabe bailar un vals. Y además tiene cerebro.

—Eso significa que es alguien a quien podrías exhibir perfectamente en el club de campo y en las funciones benéficas de Williamsburg.

—Si te refieres a que me alegro de conocer a una mujer educada, que da la casualidad de que también es guapa, sí.

Luke echó un vistazo a las ventanas.

—Me parece que debería ir a conocerla.

Ramsey resopló.

—Seguramente le darías un susto de muerte... o se desmayaría por lo mal que hueles.

—A muchas chicas así les gustan los chicos malos.

—No te hagas ilusiones, chico malo. Dame un respiro. Simplemente, ve con Sara. Llama a la puerta y dile que mantenga ocupada a Jocelyn veinte minutos. Llamaré al timbre cuando esté todo listo. ¿Puedes hacer eso?

Luke iba a decirle que no era Sara la que estaba en casa sino Jocelyn, pero se contuvo. Su madre le había pedido que fuera amable con la nueva propietaria. No le había dicho nada acerca de volver loco a Ramsey. De hecho, lo que más le gustaba en el mundo a Luke era hacer enfadar a su primo.

—Claro —le dijo, intentando parecer de mal humor a pesar de que sonreía interiormente.

Jocelyn miró el reloj de la mesilla y vio que todavía faltaba media hora para que Ramsey llegara. Estaba tan nerviosa como una adolescente en su primera cita. Al irse Sara, había hecho un rápido recorrido por la casa y comprobado que las habitaciones seguían intactas. Como le había dicho Edi, los muebles eran de la casa de Florida. No había adornos, solo estantes y armarios vacíos. En tres de las habitaciones había una alfombra y cuatro o cinco buenas piezas antiguas de mobiliario, pero nada más. La cocina seguía como en los años cincuenta, un poco mejor que la de Sara pero no mucho. Le gustaron el gran fregadero y la mesa de pino, pero el horno habría estado mejor recostado y cubierto de flores.

Después de echar un vistazo curioso a toda la casa, había subido la maleta y se había arreglado para su cita.

Le había encantado encontrarse la cama dispuesta con las sábanas limpias y toallas y jaboncitos en el baño. No sabía quién le había preparado aquel recibimiento, pero tenía ganas de darle las gracias.

Se dio una larga ducha, se lavó el pelo y se lo secó. Sacó de la maleta su vestido nuevo de algodón blanco con puntilla en el bajo de la falda. Era perfecto para aquella noche. En bata, puso a calentar la plancha de viaje y eliminó con ella todas las

arrugas del algodón. Edi había sido muy puntillosa con eso de que la ropa estuviera bien planchada. No confiaba en los géneros inarrugables, ni siquiera en los de punto. «Se distingue a una señora por la calidad de la ropa que se pone y por lo bien que la cuida», solía decir.

Cuando hubo terminado de vestirse pensó: «¿Y ahora qué?». Lo único que se le ocurrió fue ir a ver si Sara había vuelto. Había dejado los platos y el costurero en su vestíbulo, así que podía ir a devolvérselos.

Pocos minutos después estaba en el apartamento de Sara, que había dejado abierta la puerta trasera. No había regresado. Jocelyn iba a dejar los platos cuando llamaron a la puerta principal. Dudó un momento si responder. Al fin y al cabo, estaba en casa de Sara, aunque fuera también suya.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre alto de pelo oscuro. Llevaba vaqueros y una camiseta sucia. Estaba claro que no se había afeitado desde hacía varios días. Sin embargo, ninguna de aquellas cosas lo afeaba. Tenía los ojos verdes y una nariz que solo podía ser descrita como patricia; los labios carnosos y bien definidos; la barbilla bien formada. Sara había dicho que era «guapo» y lo era.

—Eres la nueva propietaria. —Fue una afirmación no una pregunta.

Tenía una voz profunda y rica en matices, exactamente como por teléfono, y estaba segura de no haber visto nunca a un hombre que le resultara tan atractivo.

—Sí, lo soy. ¿Eres Ramsey?

—¿Ramsey? ¡Dios mío, no! Es abogado. ¿Tengo pinta de abogado?

—¡Oh! —dijo ella, decepcionada. Apartó la mirada para intentar disimular lo mucho que la atraía—. No, creo que no tienes pinta de eso. ¿Vienes a ver a Sara? No está.

—Ya lo sé. La he visto irse.

Jocelyn volvió a mirarlo. Seguía en la puerta, sin moverse.

—Entonces, si sabías que no estaba, ¿por qué has llamado a la puerta?

—Soy el jardinero, Luke Connor. —La estaba mirando atentamente, como si intentara entenderla.

—¡Pues vaya...! No puedes entrometerte de esta manera y...

—No te sulfures —le dijo Luke, cerrando la puerta a su espalda.

—Esta no es mi casa y creo que no deberías estar aquí.

—Sí que lo es.

—Que es... ¿qué?

—Tu casa.

—Sí, técnicamente, pero esta parte la tiene alquilada Sara Shaw. Ella...

—Es mi prima —dijo él por encima del hombro, yendo hacia la cocina.

Jocelyn iba pisándoles los talones.

—Si eres el primo de Sara... ¿eres hermano de Ramsey?

Él abrió la nevera y sacó una cerveza. Se apoyó en la encimera y la miró de los pies a la cabeza, de un modo que a Jocelyn nunca le había gustado. Así miraban a las mujeres los hombres que se sabían guapos, porque creían que les pertenecían... si a ellos les apetecía.

—¿Qué hay de ti y del viejo primo Rams? ¿Hay algo entre vosotros?

Jocelyn se apartó un paso. La atracción que había sentido en un principio por él se estaba esfumando.

—No es asunto tuyo, pero no le he visto nunca. Sara me ha dicho que es su primo y, si tú también lo eres, entonces supongo que estás emparentado con Ramsey.

—Lo estoy. Sara, Rams, Charlie, Ken y yo somos primos. Tenemos los mismos bisabuelos.

Había en su actitud algo que no le gustaba. Se reía de ella, pero no tenía ni idea de lo que estaba haciendo para despertar su hilaridad. Por lo que parecía, todos los del pueblo estaban emparentados.

—¿Y la hermana de Ramsey? ¿También es prima tuya?

Luke pareció desconcertado.

—Claro que lo es. Es... —Se calló de golpe porque se dio cuenta de que se estaba burlando de él: no había incluido a todos los primos en la lista. A menudo había visto que la gente que no es del Sur se ríe cuando se les menciona a los parientes—. ¿Eres...?

—Como me preguntes si soy yanqui, te...

—¿Qué vas a hacerme? —le preguntó, levantando las cejas con interés.

—Te cortaré los capullos de los rosales. No sé. ¿Cómo se castiga a un jardinero?

La miró de un modo que la hizo sonrojarse.

—Es la pregunta más interesante que me han hecho en todo el día.

A Jocelyn aquel hombre le caía cada vez peor. Consultó el reloj.

—Tengo que irme —le dijo—. He quedado con alguien.

—Ya, con Rams. Está ahí partiéndose el lomo, creando un mundo de cuento de hadas para los dos.

—Qué amable por tu parte arruinarme la sorpresa.

—Si te interesa lo que pienso: es una pérdida de tiempo.

Lo miró de arriba abajo con absoluto desdén.

—Entonces supongo que un paquete de seis cervezas y una bolsa de patatas fritas es tu idea de lo que hay que aportar a una cita.

—De nachos. Me encantan los nachos, sobre todo los azules. La chica se presenta con una bolsa de nachos azules y un paquete de seis cervezas Samuel Adams y no falla.

—Supongo que lo encuentras gracioso.

—Estoy siendo honesto, simplemente.

—Eres como muchos de los hombres que he conocido, y a los que no he querido volver a ver. —Fue hasta la puerta trasera, la abrió y salió, pero él le cortó el paso.

—Todavía no puedes irte. Rams ha dicho que llamaría al timbre cuando estuviera todo listo.

—¿Te ha mandado para que me retuvieras?

—No es tan tonto. Me ha mandado a decirle a Sara que te entretuviera, pero se ha olvidado de preguntarme si estaba en casa. ¿Por qué no te sientas y te quedas quieta para que no se te arrugue ese vestido nuevo tan mono? Voy a prepararme un bocadillo. Te ofrecería uno, pero Rams ha traído comida suficiente para medio pueblo, así que es mejor que ahora no comas.

Jocelyn estaba al final del mostrador de formica de Sara, valorando qué hacer, si quedarse allí aguantando que aquel tipo siguiera riéndose de ella por no sabía qué o si marcharse y estropearle la sorpresa a Ramsey. Decidió que prefería pillar a Ramsey con las manos en la masa a quedarse con aquel individuo.

Se volvió en el preciso instante en que Luke iba a dejar los ingredientes del bocadillo encima del mostrador, le golpeó la mano con el brazo involuntariamente, y el bote de mostaza se le cayó encima. Un reguero amarillo descendió por la pechera de su vestido blanco.

—Lo has hecho a propósito —le espetó—. Ha sido con intención.

—No. —Luke parecía verdaderamente apenado por la situación—. De verdad que no ha sido a propósito. —La sonrisita y la actitud que había tenido desde su llegada se habían esfumado—. Lo siento. De veras que sí.

Jocelyn cogió un trapo limpio de la rejilla que había encima del fregadero y lo humedeció.

—Vamos, deja que te ayude —le dijo Luke.

Ella se separó el vestido del pecho mientras pensaba cómo volver a la casa y cambiarse sin que la viera Ramsey. Le había dicho que dispondría la cena en el suelo. Si la había dispuesto en el suelo del vestíbulo, tendría que pasar forzosamente a su lado... lo que significaba que tendría que conocerla con el vestido manchado de mostaza.

—¿Qué demonios haces?

Jocelyn y Luke se volvieron hacia la puerta trasera, donde había un hombre que tenía que ser Ramsey. Era unos cinco centímetros más bajo que Luke y un poco más gordo, pero tenía el mismo pelo negro, los mismos ojos verdes y la barbilla y la nariz prácticamente iguales. Eran dos hombres realmente guapos.

Miró a Ramsey y luego a Luke, y vio que este último estaba inclinado hacia ella con un paño húmedo. Se apartó inmediatamente.

—Me ha echado la mostaza encima —dijo, mirando a Ramsey.

Luke enseñó las palmas, conciliador.

—Ha sido un accidente. Lo juro. Tuya es. —Sin bajar los brazos, salió de la habitación.

Jocelyn oyó abrirse y cerrarse la puerta de entrada.

—¿Estás bien? —le preguntó Ramsey.

—Claro. De verdad. Estoy bien pero tengo un aspecto lamentable. Quería estar por lo menos presentable cuando nos conociéramos.

—¡Estás estupenda! —Lo dijo con tanto entusiasmo que la hizo sonreír.

—Qué amable.

—No soy amable. Soy abogado, ¿recuerdas? Qué tal si vamos a tu casa, a la parte principal, me refiero, y comemos algo. ¿Tienes hambre?

—Estoy hambrienta.

Fueron hasta la puerta principal y él se la abrió. Cuando Jocelyn pasó a su lado, le dijo:

—Me disculpo por mi primo. Luke es... —Se encogió de hombros, como si no tuviera palabras para describirlo.

—No pasa nada —dijo Joce—. Todos tenemos familia.

—Por desgracia, yo tengo más que la mayoría.

Cuando salían vio a Luke marcharse a toda velocidad en una vieja furgoneta abollada que le recordó los vehículos que veía cerca de casa de su padre de niña. Por lo que ella sabía, Luke Connor pertenecía a la clase de hombres contra la que Edi la había prevenido siempre. Peor: pertenecía a la clase de hombres por la que la dulce, elegante y educada madre de Jocelyn había caído tan bajo. Una vez casados, Gary Minton había hecho todo lo posible por ser lo que la refinada familia de su esposa quería que fuese, pero un mes después de muerta ya volvía a llevar pantalones de cuero, patillas y a conducir una Harley.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Ramsey—. ¿Tanto te ha alterado Luke?

—Claro que no —dijo Jocelyn, volviendo a la realidad. Sonrió—. Deja que me cambie y estaré perfectamente.

—Esta noche tu más mínimo deseo es una orden para mí. —Ramsey le hizo una reverencia.

—Entonces, amable señor, llevadme al castillo para que pueda acicalarme para vos.

Ramsey sonrió, le ofreció el brazo y fueron juntos hacia la entrada principal de Edilean Manor.

—Es una verdadera maravilla —dijo Jocelyn, y lo pensaba realmente.

Apreciaba todas las molestias que Ramsey se había tomado para preparar la cena. Había extendido una vieja colcha blanca en el suelo del vestíbulo y dispuesto dos almohadones mullidos, uno a cada lado. La cena consistía en fideos con salsa de tomate y albahaca, pan y ensalada.

—¿Las hortalizas son de la madre de Sara?

—Claro. Si compro tomates en lugar de usar los suyos creo que pondría un piquete a las puertas de mi despacho.

La vajilla de Limoges, con uno de los diseños que más le gustaban, armonizaba con una cristalería que tenía que ser de la Williamsburg colonial, soplada a mano al modo del siglo XVIII.

Ramsey, recostado en el almohadón, frente a ella, estaba a la luz de las velas incluso más guapo. Lo cierto es que la ponía un poco nerviosa. Su absoluta perfección despertaba en ella el deseo de ser a su vez perfecta.

—¿Por qué hay tan pocos muebles en la casa? —le preguntó. Se había sentado erguida—. No quisiera parecer codiciosa, pero resulta extraño que una casa en la que han vivido tantas generaciones esté tan vacía. Habría dicho que estaría abarrotada hasta los topes de adornos victorianos.

—¿En una palabra? Bertrand —dijo Ramsey. Se había comido la pasta y tomaba vino blanco—. No sé mucho del tema, a decir verdad, porque era mi padre quien personalmente se encargaba de los asuntos de Edi, pero siempre murmuraba entre dientes cuando se mencionaba a Bertrand. Creo que tenía un problema con los caballos.

—¿Tu padre apostaba?

Ramsey la miró para ver si le estaba tomando el pelo.

—Perdón. Es mi sentido del humor. Así que Bertrand apostaba a las carreras.

Ramsey la miró por encima del borde de la copa.

—Algún problema tenía. Al menos eso creo yo. No llegué a conocer a Edi, pero por lo que he oído de ella, siempre me ha parecido raro que le permitiera vender casi todo lo que había en la casa. Recuerdo que cuando era niño vi un camión enorme en la puerta.

—¿Pasaba por esa verja tan estrecha?

—¡Dios, no! Ningún camión pasa entre esas columnas. La furgoneta de Luke ha chocado más de una vez con ellas.

Ramsey tomó un sorbo de vino y luego se levantó para retirar los restos de pasta y ensalada. Joce quiso ayudarlo, pero le ordenó que se quedara sentada, así que esperó mientras él llevaba los platos a la cocina. Cuando regresó, traía un trasto que parecía

una fondue.

—Mi hermana me ha asegurado que esto es estupendo para fundir chocolate. Dice que concibió a su segundo hijo la noche que la compraron. —La miró—. Perdón. Es una anécdota poco afortunada para nuestra primera cita.

—Estás perdonado, pero solo si me cuentas lo del camión de la mudanza.

—Ah, vale. Tuvieron que estacionar en la carretera y usar una furgoneta pequeña para ir trasladando los muebles hasta el camión. Era sábado, así que lo niños volvíamos locos a los de la mudanza. Nos metíamos en el camión, en la casa, incluso nos escondíamos en los armarios que debían transportar. Por poco nos arrojan al estanque.

—¿Qué decían tus padres? ¿No era peligroso que hicierais esas cosas?

—Estaban justo ahí, mirándolo todo, y los adultos que no habían podido venir a mirar nos pagaban para que fuéramos cada hora a su casa a contárselo todo. Sara era la más rápida porque iba en bici, así que ella hacía de mensajera. ¿Sabes? Sigo creyendo que no repartía el dinero a partes iguales. Me parece que se quedaba con la mayor parte.

—Los primos... —dijo Joce, sonriendo—. Todos para uno, uno para todos.

Ramsey partió en trozos el chocolate, los echó en el recipiente y se puso a remover.

—Supongo. Nos lo pasábamos bien de niños, pero ahora encuentro esto un poco agobiante. Ahí tienes lo de hoy, sin ir más lejos. Te pido disculpas por...

Joce no quería oír ni una sola palabra más acerca de Luke y la mostaza.

—¿Qué se llevaban en la furgoneta?

—Todo lo de valor.

—El sofá amarillo, las mesitas auxiliares, el armario grande, las cuatro sillas del comedor... Todo estaba en casa de Edi, en Florida. Creo que subastaron todo lo que no se pudo traer aquí.

—Yo lo sé de buena tinta.

—¿Y el dinero...?

—Basta. No quiero hablar más de negocios esta noche. Tendrás que ir a mi despacho el lunes por la mañana para que te lo cuente todo.

—Hay algunos asuntos imprevistos acerca de la casa, ¿me equivoco?

Ramsey sacudió la cabeza.

—No intentes sacarme nada. No diré ni una palabra.

—Está bien. —Joce tomó un sorbo de vino—. Así que Edi se llevó todos los muebles valiosos y dejó los que no valían nada a su hermano para que los vendiera y pagara las deudas de juego.

—Mi madre decía que creía que la señorita Edi usaba a su hermano para organizar una gran venta de garaje. Así le daba algo que hacer al mismo tiempo que

salvaba su dinero.

—Eso habría sido muy propio de ella.

—¡Ya está! —dijo Ramsey—. Esto está en su punto. Toma uno. —Le tendió una caja de pinchos—. Pincha. —Abrió un recipiente fresones—. Luego sumérgelo en el chocolate.

Joce siguió sus instrucciones.

—Delicioso. Me parece que ya estoy embarazada.

Como Ramsey guardaba silencio, levantó los ojos.

—Perdona, otra vez este sentido del humor mío...

—No, si me gusta. Es que no estoy acostumbrado a que las mujeres guapas sepan bromear.

—No les hace falta. Les basta con quedarse sentadas y punto.

—Lo que quiero decir... —Ramsey sonrió—. Estoy quedando como un idiota y es precisamente porque esta noche no quiero meter la pata.

Jocelyn se limpió el chocolate de la barbilla.

—Conmigo no la estás metiendo. ¡Eh! Gracias por prepararme el dormitorio.

—¿El dormitorio?

—Ya sabes. Las sábanas, el jabón, todo eso. Tendría que haber pasado la noche en otra parte si no me lo hubieras preparado.

—Lo siento, pero no he sido yo. Seguramente ha sido alguna de las señoras de la iglesia.

—Ya que has sacado el tema, he visto una iglesia cuando llegaba al pueblo. Edi y yo íbamos a misa todos los domingos.

—La iglesia —dijo Ramsey, como si nunca hubiera oído hablar de ella—. Si asistes a misa el domingo mi madre te encontrará tan perfecta que irá a comprarnos las alianzas.

—¿Tan malo sería?

—¿Bromeas? Tengo treinta y dos años y sigo sin hijos.

—¿Qué hay de tu hermana y tus otros hermanos?

—Solo somos ella y yo, y mi madre no está satisfecha con la prole de Viv. También quiere que yo tenga hijos.

Por el modo en que la miraba, Jocelyn dudaba entre echarse en sus brazos y ponerlo de patitas en la calle.

—Uso el número doce de anillo y quiero un diamante rosa talla esmeralda de cuatro quilates.

—Le dices eso a mi madre y soy hombre muerto —rezongó Ramsey.

—¿Sara cose vestidos de novia? Si lo hace, tengo algunas ideas acerca de cómo debe ser el mío.

Ramsey soltó una carcajada.

—No, en serio. ¿Te parece que la madre de Sara podría conseguir las suficientes rosas blancas para llenar la iglesia?

—¡Ya vale! —Ramsey seguía riéndose—. En serio. Es mejor que no hablemos de esto o mi madre conseguirá de alguna manera enterarse y se presentará en la puerta. Si tuvieras idea de por lo que estoy pasando... —Se interrumpió—. Lo que me interesa es oír cosas acerca de ti y la señorita Edi.

—Éramos almas gemelas —dijo Jocelyn.

Se disponía a contarle la historia de su vida pero se contuvo. Si se lo contaba todo la primera noche, ¿de qué hablarían en la siguiente cita? Y esperaba que hubiera una segunda cita, porque Ramsey le gustaba.

—Está bien —dijo este—. Guárdate por ahora los secretos. Ya te los sacaré. —Se levantó del almohadón y se desperezó.

Bajo la camisa se le marcaba la musculatura de pecho y brazos. Joce no era capaz de dejar de mirarlo. Cuando él se dio cuenta de que lo hacía, volvió la cabeza, avergonzada.

—¿Juegas al golf? —le preguntó Ramsey.

—¿A qué?

—Al golf. ¿Juegas?

—No.

—¿Al tenis?

—Lo siento. Tampoco al tenis. Antes de que me lo preguntes, tampoco nado demasiado bien y no sé jugar al bridge. Los clubes no me van.

—Entonces, ¿qué te gusta hacer? No, espera. No me lo digas. Deja que lo adivine. Algo tienes que hacer aparte de soñar en tu boda.

—No mucho.

Ramsey se puso a fregar los platos, sonriendo, y esta vez Joce le ayudó.

—¿Cómo te imaginas al novio?

—Rubio, de ojos azules —dijo ella sin dudarle un instante.

Ramsey se echó a reír.

—Me lo tengo merecido. —Puso los platos en la mesa grande de la cocina y miró a su alrededor—. Vas a tener que reformarla.

Colgaban del techo tres bombillas desnudas y la luz deslumbraba, dándole a todo un aire fantasmagórico.

—¿Cómo puedes sugerir siquiera que reforme esta cocina? —exclamó con fingido horror.

—¿Qué tal una isla con encimera de mármol en lugar de esta mesa? —le preguntó, mirándola—. Y un fregadero nuevo, por supuesto.

Joce miró el fregadero y sintió remordimientos por la idea de cambiarlo. Era grande, con dos enormes senos, un zócalo alto de porcelana en la parte posterior y un

escurridor a cada lado.

—¿Intentas averiguar si sé cocinar? —Sin darle tiempo a responder, añadió—: No sé. Edi tuvo una señora trabajando para ella durante veinte años que preparaba unos platos deliciosos. En casa de mis padres, en cambio, bueno... cuanto menos hable de ello, mejor. Pero sé hacer repostería.

—¿Repostería?

—Fue un proyecto de la escuela. Edi me dejó usar su cocina. Incluso usé una manga pastelera.

—¡Bien! —dijo él, aunque no parecía muy convencido.

Se quedaron callados y Jocelyn disimuló un bostezo. Había sido un día muy largo.

—Será mejor que me vaya —sugirió Ramsey—. Se hace tarde. ¿Puedo recogerte mañana para ir a la iglesia?

—Si tú y yo llegamos a la iglesia juntos nos emparejarán de por vida. —Era una broma, pero él no sonrió.

—Cosas peores hay.

—Sí, es cierto. —Evitó mirarlo a los ojos—. ¿Qué tal si nos encontramos allí? A las diez, ¿de acuerdo?

—Si te saltas la catequesis, cosa que yo suelo hacer, sí.

—¿Te gusta levantarte tarde?

—Trabajo hasta tarde. Todavía me quedan tres horas de papeleo esta noche.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Puedo ayudarte?

Él pareció desconcertado, como si no supiera si ella seguía bromeando.

—Gracias, pero no. Tenemos un importante caso de divorcio entre manos y estoy intentando encontrar un dinero que se ha perdido. ¿Cómo puede un hombre permitirse pagar al contado una casa de tres millones de dólares si solo gana sesenta de los grandes al año? Al menos, eso es lo que quiere saber su mujer.

—No soy buena en asuntos monetarios, pero puedo... He realizado mucho trabajo de investigación, así que si alguna vez necesitas ayuda en eso, dímelo.

—O repostería —dijo Ramsey, sonriendo—. No olvidemos la repostería.

—Nunca la olvido —dijo Joce, con una sonrisa forzada.

Ramsey fue a coger un plato para guardarlo, pero ella no le dejó.

—Déjalo así todo y yo ya lo recogeré mañana. Tienes que irte a trabajar y avanzar todo lo que puedas para poder ir a la iglesia mañana.

—Gracias. —Parecía no saber qué más decir—. Entonces, ¿nos veremos en la iglesia?

—Si logras levantarte.

Ramsey fue hacia la puerta y ella lo siguió. La abrió y se quedó quieto. Por un momento, Joce creyó que la besaría, pero salió al porche.

—Gracias por todo. Me ha gustado mucho —le dijo.

—Sí. —Ramsey bajó los escalones—. A mí también.

Jocelyn cerró la puerta y se apoyó en ella. ¿Qué demonios le pasaba? Tenía una cita romántica con el hombre ideal, el hombre que según Edi sería el amor de su vida, y conseguía estropearla. No sabía cómo, pero la había estropeado. Desde luego sus bromas sin gracia sobre el matrimonio no habían contribuido a su éxito. Lo sorprendente era que no hubiera salido corriendo. ¿Qué le había dicho por teléfono? Que la última vez que una mujer le había hablado de matrimonio habían tenido que llamar una ambulancia.

Consultó el reloj. Las nueve y media. A pesar de lo temprano que era estaba bostezando. A lo mejor el problema era que estaba agotada. Conocer a gente nueva, una casa y tener una cita en un solo día era demasiado para cualquiera.

Dejó los platos en la mesa, apagó las espantosas luces de la cocina y fue hacia las escaleras para irse a la cama. Cuando pasaba por delante de la puerta trasera oyó un chasquido. El corazón se le subió a la garganta. ¡Había alguien en la puerta! ¡Alguien intentaba entrar!

¿Dónde tenía el móvil? Arriba. ¿O estaba en la planta baja? No conseguía acordarse. ¿Habían conectado la línea telefónica? Con el ajetreo no había comprobado si había teléfono.

Alguien empujó la puerta y ella se pegó a la pared, con el corazón desbocado. Agachándose, pasó por debajo de la ventana hasta la puerta, para que el intruso no la viera. Si conseguía llegar a la puerta principal antes que él, se escaparía.

Vio una sombra y luego una silueta a la luz de la luna. Era un hombre alto de pelo oscuro. Era...

Se enderezó. Era Ramsey. Seguramente había olvidado algo. Agarró el pomo de la puerta y la abrió de golpe.

Era Luke.

—¿Qué haces?

Pareció más sorprendido de verla que ella de verlo a él.

—Compruebo las puertas —dijo—. He pensado que no te acordarías de cerrarlas con llave, así que...

—Sara deja la puerta abierta. He supuesto que este pueblo era uno de esos en los que nadie cierra las puertas.

—No te hagas ilusiones. —Retrocedió un paso—. Mira... lo siento. Todas las luces estaban apagadas y he pensado que te habías acostado.

—¿Estabas observando la casa?

—Eso es. Es mi trabajo, ¿recuerdas? ¿No te han hablado de mí? ¿O sigues

enfadada por lo de la mostaza?

Joce abandonó su actitud hostil.

—No, ya sé que ha sido un accidente. ¿Quieres pasar y tomar una taza de té?

—¿Contigo y con Ramsey?

—Como si no supieras que hace diez minutos que se ha ido.

Con una sonrisa torcida, entró. La colcha y los candelabros seguían en el suelo, así como la ollita de chocolate y unas cuantas fresas.

—¿Le has echado?

—No, no le he echado. Tenía que irse a casa a trabajar.

Luke se inclinó, metió el dedo en el chocolate y se lo chupó.

—Lógico. Supongo que por eso ha ido a casa de Tess después de dejarte.

Joce se detuvo y lo miró. Luke, con la olla en las manos, pasaba una fresa por el fondo.

—¿Ha hecho qué?

—Ir a ver a su secretaria. A Tess. Vive en la puerta de al lado. Ella dirige su vida.

—Ya me lo han dicho. Pero... ¿sigue ahí?

—Claro. —La miró a los ojos—. ¿Quién te ha hablado de Tess? Rams no, desde luego.

—¿A qué te refieres? —Fue hacia la cocina—. Vamos —dijo por encima del hombro—, y trae eso si quieres.

—Gracias. —La siguió, con el cable de la olla eléctrica arrastrando por el suelo—. Creo que a lo mejor mañana tú y yo podríamos hablar de lo que quieres hacer con el jardín.

—No tengo ni idea de jardinería. —Iba abriendo las puertas de las alacenas, buscando una tetera o bolsitas de té o algo.

—Esto del té es un engorro para ti. De verdad que no quiero molestarte. Comeré algo de camino a casa. Hay unos cuantos restaurantes de comida rápida en las afueras de Williamsburg, alejados de la autopista. No quedan lejos de aquí. A un par de horas como mucho.

Joce no pudo evitar reírse.

—Vale, siéntate —le dijo, y él obedeció. Cogió la fiambarrera con la pasta que había sobrado de la vieja nevera y la metió en un arcaico microondas.

—¿Por qué crees que Rams no me ha dicho nada de su secretaria? —Intentaba aparentar que no le importaba, y lo había llamado por su apodo para dar la impresión de que tenía una relación más íntima con él.

—Supongo que no has conocido todavía a Tess —dijo Luke, levantándose y yendo hacia las alacenas. Se estiró para coger un plato y luego sacó cuchillo y tenedor de un cajón.

Jocelyn no había mirado dentro de los armarios, así que no sabía dónde estaban

las cosas.

—No, no la he visto, pero me han hablado de ella.

—¿Ha sido Sara? ¿Te ha contado lo del vestido rojo?

—¿Qué demonios pasa con esa mujer y su vestido? —le preguntó ella, abriendo el microondas.

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

—Ya soy mayorcita. Creo que lo soportaré. ¿Qué pasó con la secretaria y el vestido?

Luke cogió de sus manos el recipiente de pasta, vertió el contenido en el plato y dejó este en la mesa.

—¿Quieres un poco?

—No, gracias. Acabo de cenar. Con Ramsey, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Habéis pasado tan poco tiempo juntos que casi me había olvidado de vuestra cita. Porque era una cita, ¿no?

Joce no se tomó la molestia de responderle. Se sirvió vino en un vaso y tomó un sorbo.

—Perdón pero no queda más —se disculpó. Sin embargo, Luke dedujo por el tono que no lo lamentaba en absoluto.

¿Por qué la ponía aquel hombre de un humor tan pésimo? ¿Se debía su estado de ánimo a que Ramsey le había hecho creer que iban por el buen camino y luego se había ido a la casa de al lado con otra mujer?

Luke se levantó, abrió la nevera y sacó una cerveza.

—Realmente te sientes como en tu casa aquí.

—Paso mucho tiempo aquí, así que será mejor que te acostumbres a mí. —Probó la pasta—. Está bastante buena. ¿La ha preparado Rams? Siempre ha sido buen cocinero. Incluso prepara pasteles de lombriz. Deberías pedirle que te lo cuente.

—¿Antes o después de que tú me hables del vestido rojo?

—¡Ah, eso! —dijo Luke con la boca llena—. Tess no se toma bien que le den órdenes. Hace su trabajo como cree conveniente y punto. Nada más es de su incumbencia.

—¿No nos pasa eso a todos? —le preguntó Joce, sentándose en una silla, al otro lado de la mesa, frente a él.

—No hasta tal punto. Pero Rams siempre fue mañoso, como decimos por aquí.

—Entiendo —dijo Jocelyn con una sonrisa forzada—. Sabe cocinar y es mañoso. ¿Qué más vas a decirme? ¿Que antes era una mujer?

—No que yo sepa —dijo Luke con cara de inocente—. ¿Te ha dicho que quiere serlo? He oído que hay clínicas realmente buenas para el cambio de sexo, pero apuesto a que el viejo Rams conoce un montón.

A Joce se le escapó la risa.

—Eres horrible. Venga, cuéntame la historia.

Luke comió un par de bocados antes de empezar.

—En realidad fue tan sencillo como esto: Rams le dijo a Tess que no le gustaba como iba vestida.

—Y ella no se quitó lo que llevaba, ¿a que no?

—¿Eso hacen las secretarias de los bufetes de abogados de Florida? Si es así, estoy en el estado equivocado.

Joce achicó los ojos.

—No... No se quitó nada. Fue justo después de que empezara a trabajar en MAW. Es el despa...

—Ya sé lo que es. Sigue.

—Pues sí que te has enterado de muchas cosas. Bueno, la cuestión es que Tess solo llevaba allí seis semanas, pero ya había enderezado el despacho. Había despedido a dos secretarias y conseguido que las dos que quedaban trabajaran en serio. Fue una revelación para mi primo Rams. Una mujer que merecía el sueldo que le pagaban.

—¿Sabe que hablas así de él?

—¿Qué te ha dicho de mí?

—Me alegra decir que no hemos hablado de ti en toda la noche.

—En una hora y media. —Luke hizo una floritura en el aire con el tenedor—. Me parece, técnicamente hablando, que eso no es una noche entera. No es más que una hora y media. Una cita bastante corta, ¿verdad? Si yo salgo con una chica...

—Ya lo sé. Haces el amor encima de los nachos azules. Sigue contándome la historia de Ramsey.

—Hacer el amor sobre un lecho de nachos. Pues es algo que no he probado nunca. ¿Lo has probado tú?

—Lo que yo haya probado no es de tu incumbencia. ¿Qué hizo Ramsey?

—No hizo nada. Habla mucho pero a la hora de actuar... Vale, deja de mirarme así. De todos modos, todos los hombres del despacho estaban contentos con Tess, en todos los aspectos. Quiero decir... Es inteligente y llamativa. ¿Te ha dicho quien te haya hablado de ella que tira de espaldas?

—No —repuso Joce, simple y llanamente.

—Está buenísima. A veces, cuando camina por el césped, tengo que apagar la segadora y sentarme a mirarla. Sea como sea, Rams no estaba contento con lo que tenía. Como es habitual en él, quería más. Siempre quiere más. La llamó a su oficina para una «evaluación» y le dijo que hacía un trabajo excelente, pero que no estaba del todo satisfecho con su modo de vestir. No le gustaban los vaqueros ni las camisetas y detestaba las botas vaqueras. Le dijo que quería que empezara a ir con vestido a trabajar, que se había acabado lo de llevar pantalones.

Jocelyn se apoyó en el respaldo, con unos ojos como platos.

—¿Qué diablos hizo ella?

—Ponerse un vestido. ¿Te queda más pan de ajo?

Jocelyn se levantó y le alcanzó la cesta.

—Sara me ha dicho que era muy corto y tú me has dicho que rojo. Así que, ¿cómo era el vestido?

—Ese día yo no estaba en el pueblo, así que no llegué a verlo, pero... Un momento. —Se arrellanó en la silla y sacó el teléfono móvil de una fundita que llevaba en la cadera—. Lo llevo siempre encima porque soy bombero voluntario. — Pulsó unos cuantos botones—. Ah, aquí está. Esta me la envió mi primo Kent. Es la «W» de MAW.

Jocelyn cogió el teléfono para ver la foto. Era de una mujer con un vestido rojo diminuto, más corto que los más cortos de las Astras, con los lados abiertos hasta la cintura. Tenía la cara vuelta, así que no se le veía, pero su pelo largo castaño rojizo le caía en gruesos bucles por la espalda. Además, tenía un cuerpo magnífico.

—Ya veo —dijo Joce, devolviéndole el móvil.

—Sí, eso dijeron todos ese día: «Ya veo». Lo peor fue que Rams recibió la visita de algunos empingorotados de Williamsburg que vieron a Tess de esa guisa. Ken dice que se lo tomaron bastante bien. Se quedaron con la boca abierta y Tess les dijo que a Ramsey no le gustaba su modo habitual de vestir, que le había dicho que se pusiera un vestido y eso había hecho ella. Después de aquello Rams fue el blanco de muchas bromas.

—Y supongo que Tess lleva lo que le da la gana.

—Tess hace lo que quiere y nadie le sugiere siquiera que haga otra cosa.

—Por eso Ramsey ha ido a verla después de dejarme.

—Es lo que suele hacer —dijo Luke. Sostuvo en alto el cable de la ollita del chocolate—. ¿Te importaría enchufar esto?

Ella buscó una toma de corriente y, al no encontrar ninguna, sacó un prolongador de un cajón y lo enchufó en el casquillo de la bombilla del techo. El cable quedaba feo, pero servía.

—¿Quieres? —le preguntó Luke sumergiendo una fresa en el chocolate.

Joce negó con la cabeza. Se preguntaba lo que estaría haciendo Ramsey en la puerta de al lado.

—¿Estás pensando en el viejo Rams?

Como ella no respondía, siguió haciéndole preguntas.

—¿Qué relación hay entre tú y mi primo? ¿Eres una de esas que beben los vientos por él? ¿Planeas ser la señora McDowell para fin de año?

—No. No «bebo los vientos» por él. ¡Qué expresión tan anticuada! ¿Ya te has terminado esas fresas? Es tarde y me gustaría acostarme. Mañana tengo que ir a misa.

—¿Te recogerá Rams?

De repente, a Jocelyn empezó a disgustarle aquella conversación. No quería entrar en la iglesia al día siguiente y que hubiera gente mirándola como si supiera que la habían visitado dos hombres en una sola noche. Más importante aún, no quería verse envuelta en lo que fuera que se traían entre manos aquellos dos primos. Era evidente que por lo único que le interesaba ella a Luke era por las atenciones que Ramsey le dispensaba.

—¿Sabes? Creo que ya te he dicho más que suficiente acerca de mi vida privada. Me parece que, si vas a seguir trabajando aquí, tú y yo deberíamos dejar claras algunas cosas. De ahora en adelante yo misma cerraré los pestillos de casa, así que no vas a tener que rondar por aquí a las tantas de la noche.

—¿Son las tantas para ti?

Joce ignoró su pregunta.

—Segundo, me gustaría que no metieras las narices en mi vida. Esto es un pueblo pequeño y si tú y yo empezamos... —Hizo un gesto con la mano abarcando la cocina casi a oscuras y a ellos dos—. Simplemente, creo que no es conveniente que esto vuelva a darse.

—Claro. —Luke se levantó—. Perdona que te haya molestado.

Jocelyn no había pretendido ser tan seca, y desde luego no quería ganarse la antipatía de alguien que trabajaba para ella, de alguien a quien vería a diario; pero pensaba que era mejor no dar pie a habladurías.

Lo siguió hasta la puerta trasera, dispuesta a cerrar el pestillo en cuanto se marchara. Él se detuvo en el umbral.

—Dígame, señorita Minton —le dijo muy formal—. Ha tenido una cita con mi primo esta noche, pero me pregunto qué diría si yo le pidiera que saliera conmigo.

Joce retrocedió un paso.

—Luke, pareces un hombre agradable, y por lo poco que he visto del jardín trabajas bien, pero no creo que tú y yo... Bueno, quiero decir... No somos...

—Entiendo. —Se apartó el flequillo y le hizo una anticuada inclinación de cabeza—. Buenas noches, señorita Minton. —Bajó los escalones y desapareció en la oscuridad.

Jocelyn cerró la puerta, corrió el pestillo y se apoyó en ella. «¡Menudo día!», pensó. Demasiadas cosas y demasiado precipitadas.

Subió a su habitación y volvió a sonreír cuando vio la cama hecha. Al día siguiente, en la iglesia, tendría que enterarse de a quién debía aquel gesto de bienvenida para agradecerse.

Intento contenerse pero no pudo. Miró por la ventana hacia el camino de entrada. El coche de Ramsey seguía allí, así que todavía estaba con Tess. Con la despampanante Tess.

Se lavó la cara, se aplicó crema, se puso el camisón y se metió en la cama. Su primer pensamiento fue para Luke. No era tan inocente como para no saber que todo lo que había hecho aquella noche formaba parte de una de esas competiciones entre hombres por las mujeres. Luke la había hecho sentirse como una hembra de ciervo con dos venado en celo peleando por ella. Atando cabos, se daba cuenta de que Ramsey y Luke llevaban compitiendo por todo toda la vida.

Ahora ella era el nuevo trofeo. Nuevecita en el pueblo, no conocía nada ni a nadie y era la propietaria de la «gran casa». ¡Sí señor!, era el premio gordo.

Sabía que Luke participaba en la contienda; la cuestión era si Ramsey también. De los dos, Ramsey era el que más le gustaba. Se había tomado muchas molestias para prepararle la cena y crear un rincón romántico en aquella inhóspita y solitaria casa.

Luke, por su parte, había mentido acerca de lo de comprobar si había cerrado las puertas para poder entrar en su casa en plena noche, y luego se había zampado la comida que Ramsey había preparado.

Por lo que ella sabía, Ramsey era de los que dan y Luke de los que toman.

Cuando ya se estaba quedando dormida, pensó en lo que Luke había dicho al marcharse. No le había pedido en serio que salieran. Se lo imaginaba en la barra de un bar, riendo con sus cincuenta primos acerca de cómo le había birlado la chica a Ramsey. «El viejo Rams ni siquiera se lo vio venir —le parecía oírle decir—. Me lancé y se la robé delante de las narices».

Aquella idea le resultó tan perturbadora que golpeó la almohada y se quedó mirando fijamente al techo. Si Ramsey la «ganaba», ¿se comportaría exactamente de la misma manera en un cóctel? Se lo imaginaba en el club de campo, levantando el vaso de whisky de malta y diciendo a un grupito de hombres: «Y así fue como le gané nuevamente a mi primo».

Cuando oyó el coche de Ramsey arrancar y alejarse, se dijo: «He ahí otro problema». No le gustaba que aquella Tess tuviera un trato tan íntimo con Ramsey. Esa noche, cuando Luke le había enseñado la foto de la chica, se había puesto celosa. ¡Celosa! ¡Qué absurdo! ¿Celosa de quién? ¿De un hombre al que acababa de conocer? ¿De un hombre que podía haberla estado utilizando o no en alguna estúpida competición con su primo?

Cuando el coche se hubo ido, Joce notó que se relajaba... y eso le dio todavía más rabia. ¿Estaba tensa porque un hombre al que acababa de conocer estaba en el apartamento de otra?

«Vale, Jocelyn —se dijo—. Necesitas vida propia. Antes de pensar siquiera en un hombre, necesitas tener tu propia vida».

La habitación estaba tranquila y acabó por dormirse.

—He metido la pata —dijo Ramsey en cuanto Tess le abrió la puerta—. Me mato por darle buena impresión y lo estropeo. Ella bromeaba y yo me he quedado allí mirándola como un pasmarote, como si no la entendiera.

—Te cobraré por esto —dijo Tess—. Como horas extra.

—Me da igual. —Se sentó en el sillón de la sala de estar—. Vino, fresas recubiertas de chocolate. Lo he preparado todo porque quería de verdad que creyera... No sé lo que esperaba conseguir, pero no lo he logrado.

—Querías que creyera que, a pesar de vivir en un pueblo minúsculo, eres un hombre de mundo. Así que ¿quién te consiguió todo eso?

—Mi madre y Viv. —Levantó la mirada hacia ella—. ¿Por qué crees que no he sido yo?

—Porque apenas sabes comer como es debido. ¿Le preparaste la pasta de siempre?

—Claro. ¿Qué otra cosa iba a prepararle? Es lo único que sé cocinar... —Volvió a mirarla—. ¿Se puede saber qué demonios llevas?

—Me lo pongo para dormir —dijo Tess, mirándose el camisón de seda blanca con la bata de encaje a juego.

—Bueno, pues vístete.

—Si esto te pone y es demasiado para ti, te sugiero que no te presentes en mi casa en plena noche nunca más.

—¿Me cobrarás horas extra por ponerme? —le preguntó Ramsey hoscamente.

—No, pero no me des ideas.

—¿Tienes algo de beber?

—Muchas cosas, pero no tomarás ninguna. Tienes que conducir hasta tu casa, no lo olvides. Además, espero compañía.

—¿De quién?

—De un primo tuyo.

—Como sea Luke, yo...

—¿Qué? ¿Vas a prohibirme verle? Luke es más guapo que tú y no está echando barriga de estar todo el día sentado en un despacho. Empieza a parecerme más listo que tú.

Ramsey miraba el suelo.

—Cásate con él. Ojalá lo hicieras. —Calló un instante antes de añadir—. Esa mujer me gusta.

—¿Cuál? —Tess se sentó frente a él. Tenía un whisky en la mano y le dio un sorbito sin dejar de mirarlo.

—Ya sabes cuál. Jocelyn. La protegida de la señorita Edi.

—¡Ah, esa! ¿Es ella o es su casa lo que te gusta? A los de Williamsburg seguro que les gustaría que vivieras en una casa propia de un Padre Fundador. Incluso puede que te dieran más trabajo. Eso te reportaría más ingresos.

—A veces eres muy graciosa. Ja, ja. Me parto de risa. —Se levantó y se acercó a la vitrina del fondo—. Chitón, solo voy a tomar un poco de tónica. ¿Tienes hielo?

—Ya sabes dónde está la cocina.

—Desde luego sabes cómo conseguir que un hombre se sienta bien recibido.

—Si lo invito, sí... —le gritó mientras él se metía en la cocina.

Al cabo de un momento reapareció con un cuenco lleno de hielo.

—Detesto tu cocina. Es peor que la de Sara. Peor que la de Joce.

—Entonces refórmamela. —Se apartó el pelo de la cara.

—¿Y? ¿Lo anoto en concepto de gastos? A lo mejor si fueras mi amante... —La miró por encima del vaso. Nunca la había visto en camisón. Estaba más guapa de lo habitual... si eso era posible.

—Si me miras así te echo. Pensándolo bien, ¿por qué no te vas a casa de una vez? Ramsey volvió a sentarse, con la mirada perdida.

—La conozco.

—¿Qué?

—La conozco, a Jocelyn. Nunca se lo he dicho a nadie pero el abuelo solía dejarme leer las cartas que intercambiaban él y la señorita Edi.

—¿Se trata de uno de esos secretos o disputas familiares o alguna de esas tonterías sureñas relacionadas con tu madre y todos los demás?

—Mi madre era de Oregón. Y no, no hubo ninguna disputa familiar en la generación de mis padres. Lo que sea que ocurriera fue en tiempos de mis abuelos. Como siempre, mezclas las cosas en lo que se refiere a este pueblo.

—Te voy a cobrar una hora más por ese comentario. Dime qué problema tienes y no olvides que el reloj corre. Leíste unas cuantas cartas. ¿Qué más?

—La señorita Edi era una apasionada del género epistolar. Creo que se carteaba con gente de todo el mundo. Una de esas personas era mi abuelo. Él la visitó varias veces y me parece que mi abuela estaba un poco celosa. Decía que ponía cualquier excusa para volar a Florida y pasar unos días con Edi.

—¿Y? —le apremió Tess—. ¿Podrías contármelo rápido? Ya te he dicho que tengo una cita.

—Son las diez de la noche, todo está cerrado y, además, vas en camisón. ¿Para qué quedas...? —Se quedó mudo—. ¡Ah!

—¿Sabes? Me parece que deberías sentarte con tu hermana para que te dé una charla acerca de cómo se fabrican los bebés. O al menos acerca de lo que la gente practica para fabricarlos.

—Intento decirte algo que para mí es importante, algo que no le he contado jamás

a nadie... y ¿te burlas?

—¿Te he pedido yo que vinieras esta noche a contarme con pelos y señales tu desastrosa cita con esa finolis?

—¿La conoces?

—No, pero la he visto, y Luke me ha hablado de ella.

—¿Es a él a quien esperas?

—Estoy esperando al equipo de fútbol del instituto.

—¿Sabes una cosa, Tess? Un poco de la educación de Jocelyn no te vendría mal.

—Si fuera educada como ella no te habría dejado entrar esta noche para que me dieras la tabarra con tu nueva novia.

—¡Ahí está! No es mi novia y, si no me lo monto mejor que esta noche, nunca lo será.

Tess volvió a llenar el vaso y se sentó nuevamente frente a él.

—Ya veo que no me libraré de ti hasta que hayas llorado lo bastante en el vaso y desembuchado.

—¡Qué buena idea! ¿Tienes una cerveza?

—Luke guarda un paquete de seis en mi nevera.

Ramsey levantó los brazos, frustrado, luego se levantó y fue a la cocina. Como no regresaba a la sala de estar, Tess fue a su encuentro.

—¿Qué quieres de mi nevera? No hay nada para comer.

—Tienes huevos.

—Porque Sara me los ha traído. Tienen la cáscara azul —añadió dubitativa.

—Son de ameraucana.

—¿De qué?

—Las ameraucanas son la raza de gallinas que cría la familia de Sara. Ponen huevos azules y verdes —le explicó pacientemente Ramsey, sacando el cartón de huevos de la nevera y un paquete de mantequilla de la misma marca que el pan de molde: Shaw Farms—. Estoy muerto de hambre. ¿Quieres tostadas y huevos revueltos?

—¿No era esa pasta lo único que sabías cocinar?

—Saber hacer huevos revueltos no es saber cocinar.

Ramsey la miró mientras sacaba una sartén de una alacena. Las Navidades anteriores le había comprado una batería entera, con sus ollas y sus sartenes. Un mes antes, como aún no la había desembalado, la sacó de su envoltorio, lavó las piezas y las guardó. Los otros de la oficina le regalaban a Tess cosas de considerable valor en agradecimiento por todo lo que hacía por ellos, pero Ramsey le compraba las que sabía que le hacían falta. Pero claro, él era el único que había estado en su apartamento y visto de lo que carecía. Casi todos sus regalos habían sido para la cocina: cuchillos, platos, vasos y pequeños electrodomésticos. Según Luke, Ramsey

lo usaba como excusa para ir al apartamento de Tess, pero no era cierto. Quería que estuviera cómoda y, además, quería que se quedara en Edilean, por pequeño que fuera el pueblo. Desde la llegada de la joven su vida iba como una seda, y lo mejor era que tenía una amiga con la que hablar. Una verdadera amiga, no alguien de la familia. Si algo había que reconocer era que, oyera lo que oyera, Tess mantenía la boca cerrada. Podía contarle sus intimidades sabiendo que jamás se las revelaría a nadie.

—¿Y bien? ¿Quieres huevos o no?

—¿Me desharé antes de ti si como un poco?

—Sí —le aseguró Ramsey con una sonrisa torcida—. ¿Qué pensarás tu galán cuando llegue y me encuentre aquí?

—Que quieres que haga algo del trabajo —dijo sentándose a la mesita adosada a la pared.

—Vale, pues no me lo digas. —Partió los huevos en un cuenco, los batió con un tenedor y los echó en la sartén caliente.

—Hay que reconocer que tienes un ego inquebrantable. Te diga lo que te diga, sigues creyendo que quiero estar contigo.

—Tess... Te guste o no, somos amigos. —Buscó una cuchara de madera en un cajón—. Te hacen falta unos agarradores y unos cuantos trapos de cocina. Te los compraré en Williams-Sonoma.

Tess cabeceó.

—¿Quién te crees que soy? ¿Tu tía solterona, de la que tienes que ocuparte? ¿Quieres hacer el favor de contarme lo que sea quieres contarme y luego marcharte? Tengo...

—Sí, ya lo sé, una cita con alguien misterioso que todavía no ha aparecido a pesar de que son más de las diez. —Repartió los huevos revueltos en dos platos y le puso uno delante—. Come —le ordenó—. Diría que estás adelgazando.

—Con el sexo se queman un montón de calorías. Hablando de lo cual, supongo que no lo habrás hecho con tu pequeña Alicia.

—¿Alicia?

—Luke dice que se viste como la niña de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¿Cuándo le has visto?

—Hace un par de horas. ¿Celoso?

Ramsey resopló.

—¿De Luke? ¿Bromeas? En cualquier caso, como iba diciendo, mi abuelo me dejó leer las cartas de la señorita Edi cuando era un crío. Escribía muchas cosas sobre esa niña llamada Jocelyn Minton a la que estaba prácticamente criando.

—Deja que lo adivine: te enamoraste de ella por las cartas y ahora quieres que sea tu mujer y vivir felices y comer perdices. ¡Bien! Ahora que ya está todo dicho, puedes irte.

—Termínate los huevos. —Ramsey se levantó—. No sé por qué tienes que ser tan cínica con todo.

—A lo mejor es porque me paso el santo día entre abogados. He acabado viendo el mundo como un pleito inacabable.

—A mi modo de ver, ayudo a la gente.

—Ya, ¿igual que hiciste con el divorcio de los Berner? Los dos sabemos que ese hombre escondió sus ingresos para evitar que su mujer lo dejara sin blanca. Le compró esa gran casa que no podía permitirse solo para complacerla y ella no paró de darle la lata. Si tuvieras una pizca de conciencia le dirías a ella que no conseguirá nada y que tiene que ganarse la vida. Pero no, gracias a tu astucia va a quedarse con todo y a él le quedarán las deudas. Cuando consiga rehacerse ya será un setentón.

—A lo mejor no es un buen ejemplo del modo en que ayudo a la gente.

—¿Y qué lo es?

—¿Qué me dices de la señorita Edi?

—Una vieja rica que pagaba una fortuna a tu bufete. ¡Eres un héroe, sí! ¿Estás aquí para pedirme que te ayude a intimar con la nueva propietaria de la casa? ¿Para qué? ¿Para casarte con ella? ¿Para tener una tórrida aventura?

—¿A qué se debe tu hostilidad hacia ella?

Tess apartó el plato vacío.

—No lo sé, a lo mejor es porque dos... no uno sino dos hombres han venido hoy a verme y no han parado de hablar de ella. ¿Cuál es su secreto? La he visto y no es precisamente un bellezón. No he oído tampoco que sea brillante, así pues, ¿qué tiene que tanto os cautiva?

Ramsey la estaba mirando con la boca abierta.

—Estás celosa de Jocelyn, ¿verdad que sí?

Tess se levantó.

—Se acabó. Quiero que te vayas. Para tu información, no estoy celosa ni de ella ni de nadie. Si os quisiera a ti o a Luke podría teneros.

Ramsey resopló.

—Te conozco demasiado bien para ponerme romántico contigo. ¿Este es tu problema? ¿Que un hombre llega a las tantas y no queda prendado por tu belleza?

—Tienes una mente enfermiza, ¿lo sabías? —Fue en dos zancadas hasta la puerta y se la abrió—. Vete a casa. Ya.

—Está bien. Lo siento. Pensaba que iba a pasar una noche estupenda con Jocelyn, pero...

—¿Pero qué? —le preguntó impaciente, mientras sostenía la puerta.

—Nos quedamos sin tema de conversación.

Aquello hizo que la rabia de Tess se esfumara. Si de algo era capaz Ramsey McDowell era de charlar. No pudo evitar sonreír.

—¿Le has preguntado lo que planeaba hacer ahora que es una forastera en un pueblo en el que todo el mundo no solo se conoce sino que está emparentado? Tus primos han tenido que casarse fuera de aquí o habrían engendrado idiotas. ¿Le has preguntado acerca de sus planes de futuro?

—No. Yo no me lo planteo así. Edilean es mi hogar, así que... —Levantó la cabeza—. Le gusta preparar repostería.

—Repostería. ¿En tu primera cita con ella solo te has enterado de eso, de que le gusta preparar repostería?

—No soy un completo imbécil. Hemos hablado de otras cosas.

—¿De qué?

—Para que lo sepas, hemos hablado del matrimonio.

Tess cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No entiendo cómo pudiste aprobar la carrera de abogado. Tienes la cabeza hueca.

Ramsey estaba en la puerta y Tess se daba cuenta de que el apartamento se le estaba llenando de mosquitos, pero también sabía que si no le daba un consejo no se iría.

—Crea una necesidad imperiosa de repostería.

—¿Qué demonios...?

—Monta algo para lo que haga falta repostería inmediatamente y que solo ella pueda prepararla.

—¿Cómo va a ser la repostería una necesidad imperiosa?

—No sé. Habla con tu hermana. Los niños y los pastelitos van de la mano. Que Viv se ocupe de eso. Y, de ahora en adelante, cuéntale a quien sea menos a mí tus problemas amorosos. ¿Entendido?

—Puede que sí.

Tess vio que le había dado algo sobre lo que pensar, así que lo empujó hacia fuera y cerró la puerta.

«Un sábado por la noche. Esto es una noche de sábado en un pueblecito», pensó. Mientras fingía esperar a un hombre que se retrasaba, tenía que tratar con un jefe enamorado que no sabía qué decirle a su nueva novia.

—¿Qué demonios espera que haga? —refunfuñó—. ¿Cogerlo de la mano, escucharlo y luego aconsejarlo acerca de cómo conquistarla?

¿Cómo iba a hacerlo? No tenía ni idea de cómo era esa tal Jocelyn Minton. Sabía que a Sara le gustaba y que Luke estaba fascinado por ella, pero eso era todo.

Lo cierto era que, por lo que Tess sabía de ella, aquella mujer no le gustaba. A lo mejor Ramsey tenía razón al decir que estaba celosa. Pero no estaba celosa por el motivo que él creía. Tess había leído los documentos legales en el despacho de Ramsey y sabía que a Jocelyn se lo habían dado todo. Siendo niña la había

apadrinado una rica anciana que al morir le había dejado cuanto tenía. Aquello parecía una historia de Dickens.

Si estaba celosa era porque Jocelyn había recibido mucho mientras que ella no había recibido nada. Se había quedado huérfana de pequeña y la había criado una abuela para la que el odio formaba parte de la pirámide alimentaria e insistía en servirle una ración diaria. «Me arruinaron la vida —solía decir la abuela—. Edilean Harcourt y todos los demás me privaron de ella. Podría haber hecho algo, sido alguien, pero este pueblo acabó con todo lo que tenía. De no haber sido por lo que me hicieron, ahora tú y yo seríamos ricas. Viviríamos rodeadas de lujos. Los McDowell y los Harcourt. Ellos me lo robaron todo».

Tess sacudió la cabeza para no oír la rabia de la vieja. Le estaba devolviendo todo cuanto había recibido de ella, proporcionándole comida, ropa y alojamiento, así que ¿por qué seguía acosándola mentalmente aquella voz suya?

Metió los platos en el lavaplatos, apagó la luz del techo y se fue a su habitación. Se quitó la bata y el camisón de seda blanca, cuyos encajes le picaban, y se puso la camiseta holgada que solía llevar para dormir. Se había puesto el camisón y la bata cuando había visto llegar a Ramsey en coche. De lo que Luke le había contado había deducido que Jocelyn y Ramsey no se llevarían bien.

Mientras Ramsey cenaba con la nueva propietaria, Luke había ido a verla otra vez. «Nunca le sale nada bien cuando se pone nervioso», le había dicho, apoyando las largas piernas en la mesita y tomando un trago de la botella de cerveza.

Luke nunca le había hecho regalos prácticos como Ramsey. De hecho, nunca le había regalado nada. Tess tenía la sensación de que cuando Luke Connor le regalaba a una mujer algo más que una margarita eso significaba mucho.

Cuando se hubo ido, Tess se preguntó si había ido a avisarla de que probablemente la cita de Ramsey sería un fracaso y de que en tal caso los dos sabían que este se pasaría después por su apartamento. La decepción unida a la proximidad de Tess sería más de lo que Ramsey podría resistir.

Así que se había preparado a su modo para la llegada de Ramsey poniéndose aquel conjunto que le había costado una semana de sueldo y maquillándose un poco.

Todavía no sabía por qué lo había hecho. ¿Había sido porque, antes de la llegada de Jocelyn, era de ella de quien todo el mundo hablaba en el pueblo?

Tess había fingido no saber cómo había arreglado lo de la cena, pero lo cierto era que tres mujeres le habían contado con todo detalle lo que Ramsey estaba haciendo. «Su madre me ha pedido prestada la colcha». «Viv me ha pedido prestados los mejores candelabros que tengo, ya sabes, los que me dejó mi madre».

Cuando llegó el sábado sabía exactamente cuáles eran los planes de Ramsey para esa noche. Y todo para una mujer a la que nunca había visto.

Aquella tarde Tess había estado en el jardín trasero, contemplándolo con pesar

porque no iba a ser más solo suyo, de Sara y de Luke. Ellos tres formaban un buen grupo porque ninguno se metía en la vida de los otros. Sabían cómo salvaguardar la intimidad de los demás. Y aquello se había acabado porque la nueva propietaria iba a apoderarse del jardín y de la casa y todo sería distinto.

Cuando Tess volvía hacia la casa la había visto por primera vez caminado por la hierba hacia el apartamento de Sara, con el costurero. Que Sara le hubiera confiado a aquella mujer su preciado costurero había sido para ella otra bofetada. Desde luego a ella Sara nunca se lo había dejado. Aunque, para ser justa, tenía que reconocer que era bastante posible, incluso probable que, en el caso de emergencia en MAW (algo tan catastrófico como que Ken no fuera capaz de encontrar sus notas para el juzgado o que la fotocopiadora se atascara) tuviera que irse corriendo al despacho y se dejara el costurero tirado bajo la lluvia.

Minutos después, Luke había salido del taller, obviamente de mal humor porque ni siquiera la había visto, y eso que estaba a menos de un metro. Lo había observado subirse a su furgoneta y luego, en vez de salir por detrás como de costumbre, girar a la izquierda e ir hacia la parte delantera de la casa.

Tess se había quedado mirando cómo Jocelyn caminaba por el césped. Llevaba un vestido blanco que una monja hubiera podido ponerse perfectamente, y sin una sola arruga. ¿Se sentaría alguna vez?

Había corrido a toda prisa sin poder evitarlo hacia la parte delantera de la casa para ver qué sucedía. Luke y Ramsey estaban en el camino, discutiendo como siempre. Recién llegada a Edilean, le disgustaba la manera en que aquellos dos se pasaban la vida intentando superarse el uno al otro, pero ya se había acostumbrado. Oía lo que decían aunque no le hacía falta. Sabía que uno le estaba diciendo al otro qué hacer y que este estaba negándose a hacerlo.

Le había sorprendido que Luke fuera al apartamento de Sara y llamara a la puerta. Tenía que saber que Sara no estaba.

Se había quedado bajo los árboles, observando a Luke hablar con la nueva propietaria y después entrar en la casa prácticamente a la fuerza. Si hubiera intentado hacer aquello con ella lo hubiera echado a empujones. «Interesante», había pensado.

Al cabo de unos minutos Ramsey había hecho sonar la campanilla que pendía en un lado de la casa. Hacía mucho que habían instalado un timbre, pero a los de la familia por lo visto les gustaban las cosas anticuadas, así que usaban la campanita siempre que podían.

Al no obtener respuesta, Ramsey había entrado en la gran casa y Tess se había escondido más entre los árboles. Oyó la puerta trasera y supuso que Ramsey había ido al apartamento de Sara a buscar a Jocelyn. No había tenido que esperar mucho. Cuando Luke salió en tromba del apartamento parecía verdaderamente furioso. Todo el mundo sabía que Luke tenía poco aguante, pero ella nunca le había visto enfadado

con Ramsey. Cierto era que jugaban a sus juegucitos y que les encantaba aparentar que estaban furiosos, pero no lo estaban. Sin embargo, Luke estaba realmente enfadado cuando se había subido a la furgoneta y se había marchado.

Ramsey había salido del apartamento de Sara con un brazo sobre los hombros de Jocelyn, que llevaba en el pulcro vestido blanco lo que parecía una mancha de mostaza. Tess se preguntó si aquello era obra de Luke. «¡Bien por él!», se había dicho.

Ramsey y Jocelyn habían entrado en la casa y Tess vuelto a su apartamento. Una media hora después, Luke se había presentado en su puerta por segunda vez ese día. Seguía con cara de enfado.

—¿Sigue aquí? —le había preguntado, como siempre sin molestarse en especificar a quién se refería.

—Por lo que yo sé, sí —le había dicho Tess yendo hacia el sofá. Él se sentó y ella le sirvió una cerveza—. Si te gusta tanto, ¿por qué no le pides para salir?

—Me han dicho que es para Ramsey.

—¿Por qué diría eso alguien?

Luke se había quedado allí sentado sin decir ni pío, así que Tess hizo un gesto con la mano.

—Está bien, no me lo digas. No quiero saber nada. Supongo que esa vieja de la que todo el mundo habla... Edi... está detrás de...

—La señorita Edi. Ten un poco de respeto por tus mayores.

A partir de aquel momento Tess había hablado poco, pero Luke, no. Al principio habló del jardín. Le había contado que quería un césped a tono con la casa, pero que no sabía si a ella le gustaría o no.

Mientras él se lo contaba todo de Jocelyn, desde su manera de vestir hasta el color de su pelo, Tess apretaba la mandíbula. ¿Era aquello otra competición con su primo o algo más?

Le había puesto delante un cuenco de nachos. Al cabo de una media hora, él se había marchado y Tess supo instintivamente que Ramsey se pasaría por su apartamento después de dejar a Jocelyn... fuera eso cuando fuese.

Se desmaquilló y se estudió la piel en el espejo de aumento. Satisfecha de no verse ni una pizca peor que el día antes, se puso crema y se metió en la cama. ¡Qué idiota era Ramsey! ¿Cómo podía ir un hombre a su casa de noche sin que todo el pueblo se enterara? Al menos un hombre distinto de los dos que habían estado en su apartamento, porque eran de «la familia», como se decía en el pueblo. A veces le parecía estar trabajando para la mafia.

«¡Vale!», se dijo. Que se ocuparan de alguien que no fuera ella. Que prestaran atención a esa Jocelyn y la dejaran en paz.

Mientras se iba quedando dormida, Tess se preguntó si la tal Jocelyn sabía que su pareja de aquella noche se había pasado por su casa después de la cita. ¿Sabía que Luke había estado allí por la tarde?

Descargó un puñetazo de rabia en la almohada. Jocelyn había heredado la casa mientras que ella... ¿qué tenía? Todavía no lo sabía.

«Repostería —pensó justo antes de dormirse—. ¿Puede haber algo más ñoño? A lo mejor Ramsey y ella son tal para cual».

6

Jocelyn llevaba solo diez minutos en la iglesia y ya quería meter la maleta en el coche y marcharse del pueblo. Todos eran encantadores con ella, pero le parecía oír lo que se preguntaban a todo volumen. Lo principal era: «¿Qué harás?», refiriéndose, claro, a su preciosa casa. Era como si temieran que se presentara una multitud de gente el lunes por la mañana.

La pequeña iglesia estaba a reventar, no quedaba ni un asiento. Cuando el pastor comentó que Dios hacía todo lo posible para que la gente acudiera a la iglesia, Jocelyn intentó no ponerse colorada, pero no lo consiguió. Sabía que muchos de los presentes estaban allí ese día únicamente para verla.

Ocupó un asiento en el centro de la nave, a la izquierda del pasillo, y cuando Sara se sentó a su lado le dieron ganas de abrazarla.

—No te preocupes, esto solo puede empeorar —le dijo esta cuando la sexta pareja recorría el pasillo mirando a Jocelyn.

—No me hagas reír. —Joce intentó ver si reconocía a alguien.

La mujer de la tienda saludó a Sara.

—Es tu madre, ¿verdad?

—Muy bien. Le he dicho que si se sentaba a tu lado y te preguntaba lo que opinas sobre los productos de cultivo biológico me compraría un pulverizador y rociaría algo con insecticida.

—Me sorprende que seas tan cruel. —Joce reconoció a otra mujer y se acercó a Sara—. A esa la vi en el porche, barriendo.

—Es la madre de Luke, la que te preparó la habitación.

—Creía que lo había hecho Ramsey. Incluso se lo agradecí.

—No se arrogaría el mérito, ¿verdad? —le preguntó Sara bruscamente.

—No. Fue honrado. Me dijo que suponía que había sido cosa de las feligresas. Tengo que darle las gracias.

—Y a Luke. Fue él quien subió la cama y el colchón al piso de arriba, y la ayudó a arreglarlo todo.

Jocelyn no estaba segura de cómo se sentía al saber que era Luke quien le había preparado la cama.

—No sé si a Luke le gusto o si me odia o si simplemente me está usando en alguno de sus juegucitos con Ramsey.

—Probablemente un poco de todo. —Sara hizo un gesto con la cabeza hacia la gente que llenaba la iglesia—. Sé que le preocupa que no cuides adecuadamente de la casa. Tu casa es muy importante para el pueblo. La gente tiende a considerarla un poco suya, y están intranquilos por lo que puedas hacer con ella.

—Venderla ladrillo a ladrillo, supongo que quieres decir.

—Sabes que no puedes hacer eso, ¿verdad? Aunque la vendas, tendrás que ofrecérsela en primer lugar al Archivo Nacional de Lugares Históricos.

Jocelyn tenía ganas de hacer un comentario sarcástico pero se aguantó. Ninguna de aquellas personas la conocía, pero se tranquilizó pensando que Edi sí que la conocía bien y por eso le había dejado la casa. Decidió cambiar de tema.

—¿Está aquí Tess?

—¿Tess en la iglesia? —Sara soltó una carcajada—. Seguramente el tejado volaría.

—No sé si quiero conocerla o no.

—Sabe ser... mordaz. Creo que esa es la palabra adecuada.

—¿Una verdadera bruja? —preguntó Joce bajando la voz. La música empezó a sonar y cogió el cantoral.

Ramsey se sentó en el banco, a su lado.

—Perdón, llego tarde. ¿Qué página?

Jocelyn se la enseñó. Esperaba que cogiera un cantoral para él, pero se dispuso a compartir el suyo. Tenía una bonita voz y, por su modo de cantar, se sabía la letra de memoria.

—¿Terminaste el trabajo? —le susurró Jocelyn cuando volvieron a sentarse.

—Casi todo.

—¿Te ayudó Tess? —le preguntó como si nada.

—No con el trabajo. Hablé con ella de ti. —Después de desarmarla con aquello, prestó atención al pastor.

Acabada la misa, Jocelyn se vio apartada de Sara y Ramsey, arrastrada por un mar de gente. Todos querían decirle algo.

La invitaron a muchas cenas y barbacoas, a unirse a clubes y le dieron tarjetas de visita. La habían acorralado en las escaleras del templo tres mujeres de Williamsburg que le hablaban de unirse a algunos comités para la conservación histórica cuando Sara le susurró:

—Dame el bolso.

Joce siguió mirando a las mujeres mientras le pasaba el bolsito a la otra. Al cabo de unos minutos vio que Sara estaba en su coche, con la puerta del acompañante abierta, haciéndole señas.

—Debo irme —dijo Jocelyn—. Me quedaría más si no fuera importante.

—Deje que le demos una tarjeta para que pueda llamarnos —dijo una de las mujeres.

Joce cogió las tres tarjetas y cruzo corriendo la acera y el césped hasta el coche.

—¡Cierra la puerta! ¡Rápido! —le ordenó Sara, abandonando la zona de aparcamiento en una nube de gravilla—. Vamos a pavimentar el mes que viene. Derrapar ya no será tan divertido.

Jocelyn se quitó el sombrero y las horquillas del pelo, que le cayó en cascada sobre los hombros.

—Ha sido una experiencia terrible. Los animales del zoo no están tan asustados como estaba yo.

—Las madres tienen hijos y la gente necesita trabajo. Las organizaciones benéficas necesitan voluntarios y dinero. Se ha abierto la veda.

—No... —Joce echó atrás la cabeza—. Dime que no es cierto.

—Lo siento, pero lo es. ¿Tienes hambre?

—Sí. ¿Podemos ir a la tienda para comprar algo? No tengo comida en casa. Ni siquiera tengo una sola cacerola.

—No creo que lo de la comida sea un problema, al menos durante unos cuantos días.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás —dijo Sara sin dar más explicaciones mientras enfilaba el camino de Edilean Manor—. Oh, oh.

—¿Qué pasa?

—Es Tess. La han despertado.

En el camino estaba la espectacular Tess. La foto del móvil no le hacía justicia. Era alta y guapa, y en aquel momento parecía enfadada.

Sara aparcó el coche y se apeó.

—¿Algo va mal? —le preguntó a Tess.

—¿A qué hora se ha ido a la iglesia? —Tess indicó con un gesto a Joce, que seguía en el coche.

—Pronto —respondió Sara sin consultárselo a Jocelyn, que salió del coche y se les acercó.

Ninguna de las dos la miró.

—Han empezado a venir a las ocho —dijo Tess—. Sabían que la maldita puerta no estaba cerrada con llave, pero eso no ha impedido que llamaran a la mía para preguntarme si lo estaba. Así que he dejado la puerta principal abierta de par en par, pero no ha bastado, sin embargo. Han seguido llamando a la mía. —Tess miró a Jocelyn—. No sé lo que tendrás que merezca todas estas molestias. —Tenía los párpados entrecerrados y la boca torcida en una expresión desdeñosa.

—Tú debes ser Tess —dijo Jocelyn, con una sonrisa forzada—. Soy...

—Todo el mundo sabe quién eres —le espetó la otra—. Aquí y en Williamsburg, todos lo saben. Eres rica y posees una gran casa. Sí, eres el éxito de la comarca.

—Tess, por favor —le rogó Sara.

—Por favor, ¿qué? ¿Simplemente porque engatusó a una vieja y se quedó con su dinero se supone que tienen que sacarme de la cama un domingo por la mañana para que le lleve comida?

—Tess, por favor, sé amable. Ni siquiera conoces a Jocelyn.

Tess miró a Joce de pies a cabeza y, obviamente, le pareció que no daba la talla.

—Ahora que eres tan rica, a lo mejor puedes permitirte hacerte algo.

Sara abrió mucho los ojos pero no dijo nada. Aquel comentario cargado de rabia de Tess fue más de lo que podía manejar.

Joce sonrió ligeramente.

—Eres guapa, pero yo dulce, así que me llevo el gato al agua. Eso dice algo acerca de lo que la gente valora, ¿verdad?

Tanto Sara como Tess se la quedaron mirando un momento.

—Venga, ¿no tienes nada más que decir? —la azuzó Jocelyn sin alterarse—. Seguro que puedes hacerlo mejor. Una anciana me dejó dinero y una casa, así que tengo que haber hecho algo turbio para conseguirlo. De ahí puedes sacar un filón. ¿O no eres capaz?

Sara parecía a punto de desmayarse por lo que oía. ¿Se atacarían aquellas dos? ¿Tendría que vérselas con tirones de pelo y arañazos?

Tess miró a Jocelyn con interés.

—¿Dónde has aprendido a responder así?

—Sus hermanas son... —empezó Sara, pero Joce levantó una mano para indicarle que no siguiera.

—Escucho y aprendo —dijo, y luego miró a Sara, ignorando a Tess—. ¿Qué es eso de la comida sobre la que hablabais?

—Todos los del pueblo quieren darte la bienvenida, así que te traen comida —le respondió Sara, como si pensara que era una costumbre muy extendida—. La tía Martha, que es la madre de Ramsey, les dijo que ayer no se acercaran por aquí, así que se han presentado esta mañana, pero tú no estabas porque te habías ido muy pronto a la iglesia.

—Estaba en... —Jocelyn no terminó la frase. No iba a empezar a decirle a la gente dónde estaba en cada momento del día—. No, no estaba. Me he ido temprano.

—Así que han llamado a mi puerta para pedirme permiso para entrar en la casa grande —dijo Tess, mirándola de pies a cabeza, como si se preguntara quién y qué era.

—Vamos —dijo Sara—. Veamos lo que te han traído.

Tess se quedó en el camino, así que Sara se volvió hacia ella para preguntarle si las acompañaba.

Jocelyn miró a Tess. A la luz del sol, su fabulosa melena relucía y parecía dispuesta a decir que se quedaba fuera. Le recordó a las Astras.

—Venga —le dijo—. A lo mejor Sara y yo podemos hacerte luego las raíces.

—Mi color de pelo es natural.

—El mío también —le respondió Joce.

—Bueno, pues el mío no —dijo Sara—. Si vais a pelearos tendré que llamar a los primos para que den fe de los hechos. Si se lo pierden nunca me perdonarán.

Joce retrocedió un paso para que Tess viera que era bienvenida en su casa. «Me va a costar un poco que me guste esta mujer», se dijo, mirando a Sara con nostalgia. ¿Por qué no viviría otra Sara en el otro apartamento? Aunque a lo mejor podía buscarle a Tess un apartamento en otra parte. En un vestuario de hombres, por ejemplo. Dada la pinta que tenía, a lo mejor le encantaría.

Jocelyn no estaba preparada para lo que se encontró en la cocina. La mesa y la encimera estaban abarrotadas de fiambreras.

Sara abrió la nevera. Estaba llena de platos y paquetes cubiertos de papel de aluminio: guisos, pollo preparado de varias maneras, un jamón, cestas de bollos, pasteles, empanadas y bolsas a rebosar de productos de los huertos.

—No voy a poder comerme todo esto —susurró, apabullada por la ingente cantidad de comida.

Tess, de pie a un lado, miraba a las otras dos dar vueltas alrededor de la mesa. Por lo visto no tenían ni idea de lo que hacer con tantos alimentos perecederos. La situación le recordó el despacho. La mitad del tiempo aquellos hombres no sabían qué hacer. Sin embargo, Tess había tenido toda su vida la capacidad de ver lo que debía hacerse en cualquier situación. Los abogados decían que tenía un verdadero don, un raro talento.

Sara se quedó quieta y la miró.

—¿Qué hacemos?

Sara no la estaba mirando, pero, puesto que era la dueña de la casa, Jocelyn supuso que se lo preguntaba a ella.

—Mañana veré a Ramsey y a lo mejor si me entrega algo de dinero conseguiré un congelador y... —Se interrumpió cuando vio que Sara no se lo había preguntado a ella sino a Tess.

Entonces las miró a ambas.

—¿Tienes alguna otra idea? —le espetó con cierta hostilidad, sin poder evitarlo. ¿Iba a estar peleando constantemente con aquella mujer?

—Sugiero que nos comamos todo lo que podamos y luego metamos lo que quepa en el coche y nos lo llevemos. Tendrás que quedarte con los platos y las ollas porque sus propietarias querrán recuperarlos, pero podemos donar la comida, y yo sé quién se la quedará. —Miró a Joce—. Si quieres compartirla, claro.

—Me encantaría. Me gusta mucho la idea. —Sin dejar de mirar a Sara abrió la alacena de la que Luke había sacado un plato la noche anterior. Estaba vacía. Sabía que había un plato en el lavaplatos, pero les harían falta más—. ¿Sabéis alguna de las dos si tengo platos?

—Luke está fuera y él lo sabe —dijo Tess.

—¿Invitarlo a pasar para tener que oírle hablar de Ramsey? —preguntó Jocelyn.

—Lo has pillado rápido —dijo Tess, sorprendida.

—Mi voto es que no invitemos a nadie. Nos ocupamos nosotras de todo. Solo las mujeres —dijo Sara, abriendo un armario de pared y sacando varios platos—. Bertrand lo vendió prácticamente todo. Mi madre le compró una vajilla Wedgwood preciosa.

—¿Te la dará cuando te cases? —le preguntó Tess.

Jocelyn miró a Sara con interés.

—¿Dónde voy a encontrar novio? —preguntó esta—. No salgo de este pueblo más que para entregar algún vestido.

—¿No tienen hijos las clientas? —le preguntó Jocelyn.

—Ninguno que me guste.

—Sara tiene fama de ser la mujer más quisquillosa del estado —comentó Tess—. Mírala: es el sueño de cualquier hombre; guapa y virginal.

—¡Qué va!

—Es la apariencia lo que cuenta. —Tess llenó un plato de comida—. Pareces inocente, y yo parezco de vuelta de todo.

—Y de todos —añadió Joce llenando también un plato—. Perdón. Simplemente te estoy dando la razón. ¿Qué decís de mí? Yo no parezco ninguna de las dos cosas.

—Una esposa —dijo Tess—. Pareces casada con hijos. ¿Cómo es posible que no tengas marido y seas madre?

—Tess... —le advirtió Sara.

—Tenía responsabilidades —le respondió Joce, sentándose a la mesa—. No podía alejarme de lo que... de lo que tenía en la vida.

—¿La vieja? —dijo Tess.

Jocelyn se encogió de hombros sin decir nada. No quería hablarle a aquella mujer acerca de su vida más de lo que ya había hecho.

Las tres, allí sentadas, rodeadas de comida, se quedaron un rato en silencio.

—Me han dicho que preparas repostería —dijo por fin Tess en tono aparentemente acusador... y frívolo.

Joce miró a Sara.

—¿Es una impresión mía o todo lo que dice tiene un punto de desagradable?

—Así es. —Sara miró a Tess—. Lo siento, pero es verdad. Normalmente, Tess, reservas todo tu rencor para cuando hablas con los hombres para los que trabajas, así que... ¿por qué eres así con Jocelyn?.

Tess miró a su alrededor.

—Ah... —dijo Sara.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jocelyn—. ¿Me estoy perdiendo algo?

—Has heredado esta casa. Has heredado... ¿Cuánto, Tess? ¿Millones?

—No sabría decirlo.

Las dos mujeres la miraban sin pestañear, esperando.

Tess dio un mordisco a una pata de pollo.

—Si le cuentas a Rams que te lo he dicho, quemo la casa contigo dentro.

—¡Qué bonito! —dijo Joce.

—El dinero va con la casa. Si te quedas aquí, lo controlas todo, pero si te vas, tanto la casa como el dinero van a parar a una fundación.

—El Pecado Capital —dijo Jocelyn—. Si me voy, vendrán forasteros a Edilean. ¿Cómo se lo tomarán los del pueblo?

—Tendrán que cruzar su sangre con ellos —dijo Tess—. Eso añadirá variedad al poso genético.

—Ya basta —dijo Sara—. Para que lo sepáis, Edilean es un lugar estupendo para vivir.

—Lo es desde que abrieron el centro comercial de Williamsburg —dijo Tess.

—¿Un centro comercial? ¿Por qué nadie me ha dado esa pieza vital de información?

—Porque te has pasado todo el tiempo con los hombres más guapos de la aldea —le espetó Tess.

—¡Toma! —dijo Sara.

—Estás celosa porque nosotras tenemos a los hombres que tú no puedes tener. Sois todos familia.

—¿Qué hay entre tú y Ramsey...? —le preguntó Jocelyn a Tess—. He visto tu foto con el vestido rojo.

Tess sonrió levemente.

—¡Vaya día! Estaba más en forma que nunca y ese estúpido va y me dice que tengo que vestir de un modo más conservador. ¿Creía que no sabía que todos esos hombres me miraban a cada paso? Si me hubiera puesto vestidos, me habrían hecho alguna jugarreta.

Jocelyn la interrogó con la mirada.

—Me habrían puesto la zancadilla para mirarme el culo mientras me ayudaban a levantarme.

—Me parece que exageras —dijo Joce—. Seguramente no...

—Puede que no, pero hubieran tenido la tentación de hacerlo, y eso era más de lo que estaba yo dispuesta a consentir.

—Vale, los hombres son así. Desde luego se lo enseñaste por tu cuenta.

Tess se encogió de hombros.

—Sí. Pagué el precio de que hubiera fotos mías colgadas en Internet. Ken quería incluirla en un folleto del bufete, pero su mujer no se lo permitió.

—¿Dónde consiguió a su mujer? —le preguntó Joce.

—En Massachusetts —respondió de inmediato Tess—. La compró por correo.

—Mira que sois malas las dos —dijo Sara—. ¿No os gusta este pueblo?

—¿Y yo qué sé? —dijo Joce—. Acabo de llegar. De momento, un abogado me ha preparado una cena romántica en el suelo y se ha marchado al cabo de una hora y media. Tengo además un jardinero maleducado al que le gusta presentarse en mi casa y que le dé de comer.

—Luke —dijeron Sara y Tess al unísono.

—¿Qué demonios le pasa?

Tess y Joce miraron a Sara.

—A mí no me miréis, que no lo sé. Crecí con él, sí, más o menos, pero es varios años mayor y no le conozco bien. Las estrellas de fútbol del instituto no prestan mucha atención a las primitas de la escuela primaria. Cuando terminó los estudios se fue del pueblo y... —Calló, encogiéndose de hombros.

—Y se dedicó a cortar césped. Parece inteligente, ¿por qué no tiene un trabajo decente? —preguntó Joce.

Sara bajó la cabeza sin decir nada.

—¿Por qué eras tú profesora adjunta y ahora ni siquiera eso? —le preguntó Tess—. Si la señorita Edi no te hubiera dejado una fortuna, ¿dónde estarías?

—¿Es una verdadera fortuna? —preguntó Joce, eludiendo la pregunta.

—Buena pregunta. —Sara miró a Joce—. ¿Qué habrías hecho si la señorita Edi no hubiera aparecido en tu vida?

—Confieso que no tengo ni idea —dijo Joce—. Y os aseguro que lo he pensado mucho.

—¿Qué me dices de ti, Tess? —le preguntó Sara—. Trabajas en MAW, pero no soportas a ninguno de los tres... así pues, ¿qué te gustaría hacer?

—Me gustaría que una señora vieja me dejara millones.

—Eso no es justo —dijo Sara—. Podrías...

—No, déjala hablar —dijo Jocelyn—. Vale. Así que si te dejaran una gran casa vieja y una fortuna, ¿qué harías todo el día? ¿Te convertirías en una dama de las que están siempre de almuerzo?

—¡Dios, no! Me volvería loca si lo hiciera. Yo...

—¿Tú, qué? —insistió Jocelyn—. Me gustaría oír tus fantásticas ideas.

—No lo sé. Pondría mi propio negocio... —aventuró Tess.

—¿Qué clase de negocio? —le preguntó Sara.

Jocelyn la miró inquisitivamente.

—Hay algo que te gustaría hacer, ¿verdad? Se te nota en la voz.

Tess cogió una aceituna y chupó el relleno de pimiento.

—¿Has visto la ropa que diseña?

—No me habías dicho que diseñaras ropa —dijo Jocelyn, y parecía un poco

dolida.

—Solo he hablado una vez contigo. No puedo habértelo dicho todo.

—Una tienda de ropa sería un negocio... —dijo Joce pensativa—. No es mala idea. ¿Y tú, Tess?

—A mí no me mires. No tengo ni una sola idea creativa. Yo soy buena con los números y la organización.

—Tienes que ser buena con los hombres —le dijo Joce—. Por eso te visitan tantos.

—¿Me visitan tantos? —preguntó Tess, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza.

—Tess —le dijo Sara—, sé sincera. Tanto Ramsey como Luke estuvieron ayer en tu apartamento.

—¿Y cómo demonios lo sabes? Te lo han dicho ellos, ¿verdad? ¿Qué te ha dicho Ramsey de mí?

—Nada. Ha sido Luke quien me lo ha dicho.

—¿Y cuándo le has visto?

—Esta mañana. Estaba ahí fuera, cavando. Quiere sembrar hierbas aromáticas, pero ahora tendrá que pedir permiso a la propietaria antes de hacerlo.

—También me lo ha dicho —dijo Tess.

Las dos miraron a Jocelyn, esperando una reacción.

—Puede hacer lo que quiera con el jardín —dijo esta—. ¿A mí qué me importa?

—Ahora la responsable de la casa eres tú —le recordó Tess—. Debes a los del pueblo, al estado y a la mayoría de nuestro país hacer honor a su larga historia y apreciar lo que significa para el pueblo americano. Deberías...

Joce le lanzó un trozo de pan y las tres soltaron una carcajada.

—Hola —saludó Jocelyn a Luke mientras este levantaba la pala y echaba la tierra al montón.

Él la miró pero no dijo nada.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no me hablas?

—Hablo cuando tengo algo que decir. —Recogió una bolsa grande de mantillo y la lanzó a la trasera de su furgoneta.

Joce pensó que a lo mejor le apetecía que lo dejara solo, pero no se marchó. Era domingo por la tarde, casi anoche y estaba agotada por todo lo vivido durante los últimos dos días.

—¿Has visto toda la comida que hay en mi cocina?

—No he entrado en la casa desde que me echaste anoche. Tampoco he cerrado ninguna puerta ni ninguna ventana.

—Gracias por no decirle a Sara que tú y yo estuvimos solos en casa anoche. Sé que le has dicho que fuiste a ver a Tess, pero no le has hablado de mí.

—Así que está bien que Tess tenga mala reputación pero no la quieres para ti.

—Me parece que aunque Tess no hiciera nada tendría mala reputación. Basta con mirarla para que le asalten a uno pensamientos carnales.

Luke apartó la cara inmediatamente, pero ella vio que sonreía.

—¡Lo he visto! Si te hacen gracia mis bromas, no estás tan enfadado conmigo.

—¿Has visto a Ramsey en la iglesia?

—Se ha sentado a mi lado, me ha pedido que me case con él y he aceptado.

—Felicidades. Haréis buena pareja. El año que viene por esta época de lo único que hablaréis será de cortinas.

—Si ves el futuro, ¿puedes investigar qué debo hacer?

Luke volvía a cavar.

—¿A qué llamas tú hacer algo?

Joce buscó un lugar dónde sentarse y, como no encontró ninguno, se sentó en la hierba.

—La señorita Edi... —empezó.

—¿Qué pasa con ella?

—Era una persona muy importante para mí.

—Todos tenemos personas que para nosotros son importantes.

—¿Sí? ¿Quién te importa a ti?

Luke sostuvo una paletada de tierra un momento.

—Lo habitual: padres, amigos, la familia. Mi abuelo fue muy importante para mí hasta su muerte.

—¿Ya no lo es? —le preguntó con suavidad.

Luke sonrió apenas.

—A veces me parece que me importa más ahora que cuando era pequeño. Yo era un poco... Bueno, de niño era un poco obstinado.

—Un cabezota. ¿Tienes que hacerlo todo a tu manera o no lo haces?

—¿Eras mi maestra de primero? Esa que me tenía la mitad del día de cara a la pared en un rincón.

—No, pero estoy de acuerdo con ella. ¿Qué me cuentas de tu abuelo?

—Era un hombre solitario, le gustaba hacer las cosas por sí mismo, como a mí.

—Si me estás insinuando que me marche y te deje solo no pienso hacerlo. Esta casa es demasiado grande, está demasiado vacía y demasiado... Da igual, aquí fuera se está bien. Cuéntame tu historia.

—No hay nada que contar. Mi abuelo y yo nos parecíamos, eso es todo. Le gustaba la soledad, como a mí, así que solíamos estar solos juntos.

—Solos juntos. Esa es la perfecta descripción de cómo estábamos Edi y yo. Los compañeros del cole creían que estaba loca porque me gustaba pasar el tiempo con una anciana con las piernas lisiadas. Solían inventar historias acerca de cómo había llegado a tenerlas así.

—¿Qué le pasaba en las piernas? —preguntó Luke.

—Fue en la Segunda Guerra Mundial. Estaba en Londres, en un coche de los muchos que recibieron el impacto de las bombas. Su lado del vehículo voló por los aires y ella... —Joce dudó—. Ella se quemó. No quedó mucho de sus piernas de rodilla para abajo. —Se encogió de hombros—. Nadie creía que fuera a vivir. La trasladaron de hospital en hospital esperando a que muriera, pero no se murió. A base de fuerza de voluntad no solo vivió, sino que incluso volvió a caminar. Después de la guerra, estuvo trabajando con un médico. Viajaron juntos por todo el mundo. Cuando volvieron, él solía visitarla a menudo. Era muy bueno contando anécdotas. Yo me pasaba horas escuchándolo.

Hizo una pausa.

—Edi me había hablado del doctor Brenner, lo había visto en muchísimas fotos y siempre me había parecido que había algo romántico entre ellos. Sabía que estaba casado y que tenía dos hijas, pero aun así, me parecía que había un gran amor no correspondido entre ambos. Al cabo de cinco minutos de conocerlo supe que no había nada de eso. Funcionaban como una máquina bien engrasada. Él sabía cuándo le dolían las piernas y, sin dejar de hablar, la llevaba a la cama, la arropaba y le preparaba un té. Ella tenía las mismas atenciones con él. Al final, cuando le fallaba el corazón, ella se aseguraba de que tomara la medicación y no hiciera esfuerzos. —Volvió a hacer una pausa, intentando controlar sus emociones—. Pero a los niños eso les importaba un bledo. Pensaban únicamente que sus piernas tenían una «pinta rara». Llevaba medias negras espesas incluso en verano y, a pesar de todo, se le veían las

cicatrices. A medida que fue haciéndose mayor tuvo que usar dos bastones.

Luke dejó de cavar para mirarla.

—¿Por qué me miras así?

—Aceptaste ese trabajo como profesora adjunta en una pequeña universidad para estar cerca de ella, ¿verdad?

—No. Me gustaba la facultad y me gustaba mi trabajo. Lo hice...

Luke seguía mirándola y se dio por vencida.

—Sí, es cierto, pero nunca se lo dije.

—Y supongo que no lo sabía. Era demasiado tonta para deducirlo, ¿no?

Jocelyn se rió un poco.

—Seguramente lo sabía, pero nunca hablamos de ello. Imagino que cuando una tiene la edad de Edi sabe que hay tiempo de... cuando... Cuando la gente a la que quieres ya no está tienes tiempo para hacer cosas, como ir a la universidad y tener un trabajo adecuado. —Miró la casa y pensó en los antepasados de Edi que habían vivido en ella. Le parecía poder ver a Edi de niña, saliendo en tromba por la puerta trasera.

—Así que obtuviste de ella cuanto deseabas, ¿es así? Te dejó esta casa y un dineral.

—¡No me quedé con ella porque quisiera algo de ella! —Se levantó de golpe—. Me quedé porque la quería. Puede que tú seas incapaz de entenderlo pero yo... —Se lo quedó mirando—. ¿Por qué me sonrías así?

—Casi te he hecho llorar.

Jocelyn tardó un poco en calmarse y ver lo que había hecho Luke.

—Tramposo.

—Luke Tramposo, así me llamo.

Joce volvió a sentarse y lo miró trabajar. Había quitado toda la hierba de un gran rectángulo, la había amontonado y, en aquel momento, cavaba la tierra.

—¿Qué haces?

—Esto se llama airear la tierra, pero en definitiva estoy plantando un huerto de hierbas aromáticas. Te pregunté qué debía hacer pero no me dijiste nada, así que he seguido adelante con el proyecto. Si no das tu opinión, no tienes voz ni voto en su diseño.

—No me dijiste ni una palabra acerca de hierbas aromáticas. Anoche me hablaste de Ramsey y... veamos, de Ramsey; pero no te oí pronunciar la palabra hierbas.

—¿Me estás diciendo que has pasado el día con Sara y Tess y ninguna de las dos te ha dado mi mensaje?

—¿Qué mensaje? Me han dicho que les dijiste, «a ellas», que querías sembrar hierbas aromáticas. No me ha parecido que estuvieran transmitiéndome ningún mensaje.

—¿A quién se lo iba a preguntar? La propietaria de todo esto eres tú.

—¿De veras? Te pones a cavar en mi jardín sin que tenga voz ni voto en el asunto, así que ¿quién es el dueño del lugar?

—Vale —dijo Luke, clavando la pala en la tierra y apoyándose en el mango—. ¿Te atrae la idea del huerto de hierbas aromáticas al estilo del siglo XVIII que planeo cultivar o no? A lo mejor te gustaría un jardín de estilo victoriano, o con una fuente de cristal y metal cromado en el centro. Eso pegaría mucho con la casa. Házmelo saber y me aseguraré de que lo tengas. No soy más que el jardinero y hago lo que la señora de la casa me ordena que haga.

Jocelyn abrió la boca para soltarle algún comentario mordaz, pero no se le ocurrió nada.

—Dale las gracias a tu madre por arreglarme la habitación.

—Lo haré —dijo Luke, volviendo otra vez la cara para disimular la sonrisa.

—Y gracias por subirme la cama.

—De nada.

Se quedaron callados. Jocelyn miraba los músculos que se le marcaban bajo la camiseta, y los vaqueros ceñidos a los muslos. Tenía el cuerpo de un hombre hecho al trabajo duro al aire libre, y no lo escondía.

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar los ojos.

—¿Sabes lo que hemos hecho Sara, Tess y yo esta tarde?

—Por el modo en que os reíais, me parece que fumar hierba y comer chocolate.

—¿Te parece que la madre de Sara vende hierba en su colmado?

—Si lo hace, apuesto a que es de cultivo biológico.

Joce sonrió.

—Después de comer hasta reventar, hemos recogido toda la comida que quedaba y la hemos llevado a un par de iglesias de... No sé de dónde, pero Tess nos ha llevado en coche a toda pastilla y hemos llenado las mesas. Ha sido bonito. Háblame de Tess.

Luke resopló.

—Puedo resumir todo lo que sé de Tess en una sola palabra: nada.

—Pero Sara me ha dicho que ayer fuiste a verla.

—También fui a verte a ti, y eso no implica que te conozca. Guardo cerveza en su nevera y me paso cuando quiero hablar con ella de algo.

—¿De jardines?

—Sabe menos de jardines que tú. Por lo general hablamos de Ramsey.

—Ya. De Ramsey.

Él la acribilló con los ojos.

—Más vale que sepas que, hagas lo que hagas con mi primo de ahora en adelante, tendrás que compartirlo con Tess.

—En el despacho.

—No, en todas partes. Rams... —Luke levantó una mano en un gesto de rechazo —. No quiero hablar de Ramsey y de Tess. Pregúntaselo a ellos. ¿Has salido aquí fuera para enterarte por mí de los cotilleos del pueblo?

—Quería saber lo que estabas haciendo en mi jardín.

Luke hizo un gesto apaciguador.

—Todo lo que hay que ver está aquí.

—¿Por qué sembrar hierbas aromáticas?

—¿Por qué no?

Jocelyn gruñó.

—¿Eres tan mal conversador porque de niño eras un solitario o tu incapacidad para responder cualquier pregunta es lo que mantiene a la gente alejada de ti?

—Las dos cosas, supongo. ¿Qué te ha dicho Sara de mí?

—¿Por qué crees que le he preguntado algo?

Luke levantó una ceja.

—Vale, se lo he preguntado. Me ha dicho que eres muchísimo mayor que ella, que practicabas deporte en el instituto y que eso es todo lo que sabe de ti.

—Me encanta esa chica, de veras.

—Entonces, ¿me ha mentado?

—Ha eludido tu pregunta. Venga, ¿qué plantas he de sembrar aquí?

—Hierbas aromáticas —respondió Jocelyn rápidamente.

—¿Qué clase de hierbas aromáticas?

—No sé. Para las pizzas y los espaguetis, supongo.

—Para las dos cosas se usa la misma. ¿Qué más?

—Para... Ya sé. Quiero lavanda.

—¿De qué variedad?

—¿No es un disparate si te digo que de la variedad comestible?

—Tiene bastante sentido —le dijo Luke, complacido—. La *Intermedia* se considera la mejor para cocinar. Es más conocida como lavanda de Provenza.

—Me parece estupendo. ¿Puedes sembrar un poco en este jardín?

—¿Cuánta quieres?

—No sé... —dijo ella, dudando.

—¿Quieres la suficiente para macerar costillas de cordero y darles sabor o para hornear unas cuantas docenas de galletas? —le preguntó él paciente.

Jocelyn achicó los ojos.

—Quiero hacerte un muñeco vudú y clavarle ramitas de lavanda.

Luke soltó una carcajada.

—Vamos, te enseñaré dónde podemos sembrarla. —Dejó la pala en el suelo, cogió una toalla de la furgoneta y se secó el sudor de la cara.

—Casi no he visto nada del jardín —dijo Joce, atisbando entre los árboles.

—Has estado demasiado ocupada...

—¡No lo digas!

—¿Qué?

—Que he estado demasiado ocupada con Ramsey.

—Iba a decir que has estado demasiado ocupada conociendo a gente como para pasar mucho rato en el jardín, pero si no puedes pensar más que en Ramsey... ¿quién soy yo para contradecirte?

—Sabes ser un plasta si te lo propones.

—Nunca me lo había dicho ninguna mujer. Mi madre sí, y a menudo mis primos y algunos de mis tíos, pero las mujeres no me han dicho nunca que sea un plasta.

Jocelyn sonreía.

—Tienes tierra en la cara.

—Quítamela. —Se inclinó, acercándose.

Jocelyn le pasó la mano por la mejilla, pero tenía la tierra pegada, así que tuvo que frotársela.

—¿Esta tierra lleva cola?

—Quítate la camisa y humedécela —le sugirió él con semblante sonriente.

Joce sacudió la cabeza y retrocedió.

—Quítatela tú.

Luke se pasó el brazo por la cara y se la limpió.

—¿Mejor?

Jocelyn se quedó mirándolo. Era un hombre realmente apuesto, con aquel pelo tan negro y los ojos verdes.

—¿Cuánto hace que no te afeitas?

—Tanto como House.

Tardó un momento en caer en la cuenta de que se refería al doctor House de la serie televisiva. Era uno de sus programas preferidos. Sonriendo, lo siguió entre los árboles.

Miraba el terreno circundante y no podía dejar de decirse: «Todo esto es mío». Cuanto veía le pertenecía.

—¿Me enseñas los límites de la finca?

—Encantado.

La guió por las casi treinta y tres hectáreas que eran ya de su propiedad, lo que quedaba de las cuarenta que había adquirido para su esposa raptada el escocés. Luke conocía aquellas tierras perfectamente y le indicó dónde estaban las antiguas cabañas, el aljibe y el palomar. Se detuvo en un claro y le dijo que allí había estado la herrería.

—Cuando éramos niños, veníamos a excavar en esta zona y encontrábamos piezas de hierro forjado. Charlie encontró tres herraduras.

—¿Y Sara? ¿Encontró ella algo?

—Era un as para encontrar puntas de flecha. Decía que el siglo XIX no le interesaba porque era demasiado reciente, así que no se molestaba en buscar herraduras.

—Es curioso que sepas eso de ella, porque dice que apenas sabe nada de ti.

Luke sonrió apenas, luego se adentró entre los árboles.

—Los viejos hornos para ladrillos estaban aquí. Mira... —y apartó algunos arbustos para enseñarle un muro bajo—. Amontóné estos ladrillos para que vieras los cimientos. —Abrió los brazos—. Podemos sembrar tu lavanda aquí dentro. El terreno es arenoso y a la lavanda eso le gusta. Además, estará a pleno sol.

—Imagino cómo era esto. Quizá pueda restaurarlo y devolverlo a su estado original.

—Eso costaría demasiado y en Williamsburg ya lo han hecho mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros.

A Joce le gustó aquel «nosotros». Se sintió parte de algo.

—A este sitio le gusta haber estado así todos estos años —dijo Luke—. Le gusta la gente y le gustan las generaciones que han pasado por aquí. Me parece que la casa suspiró de alivio cuando el viejo Bertrand murió.

—A lo mejor estaba contenta de que no hubiera llegado a vender los pomos de las puertas.

—Iba a hacerlo, pero Rams se lo impidió.

—¿Le ayudaste?

—Entonces yo no estaba aquí —le respondió apresuradamente—. ¿Qué te parece ese sitio para tu lavanda?

—Me parece estupendo, pero ¿y yo qué sé? ¿Te refieres a que esa semana estabas fuera o a que no vivías por entonces en Edilean?

—Dime algo más acerca de hacer el amor sobre un lecho de nachos.

—Tomo buena nota. Basta de preguntas personales. Me pregunto si Edi le permitió a su hermano vender tantas cosas porque quería vaciar la casa para la familia que la ocupara a continuación.

—Eso decía Rams, pero yo creo que lo único que quería era librarse de los trastos viejos. Claro que el altillo sigue lleno a rebosar. ¿Ya has estado ahí arriba?

—No. Subí las escaleras, pero la puerta está cerrada y no tengo la llave.

—Rams te dará una cuando hayáis hablado de la herencia. —Echó a andar y ella lo siguió.

—¿Qué sabes acerca del trato sobre la casa?

—Si te quedas, será todo tuyo. Si te vas, el dinero se queda aquí.

—Eso he oído. ¿No tenía que ser un secreto?

Luke se encogió de hombros.

—Alguien lo escribió al dictado; alguien pasó a máquina el documento. ¿Quién

sabe cómo se divulgan las cosas?

—Me parece que sabes exactamente cómo, pero también me parece que no vas a decírmelo.

—Eres inteligente, ¿verdad?

—¿Es eso un cambio en comparación con todas las mujeres que conoces?

Luke no le respondió. Le indicó un edificio bajo y alargado de ladrillo que había más allá.

—Yo lo reconstruí.

—Parece viejo.

—Gracias. Es un grato cumplido. Tuve que desenterrar los antiguos ladrillos y lavarlos antes de poder usarlos.

Habían llegado a la construcción y Joce vio que Luke tocaba el muro.

—Fue un trabajo hecho con amor, ¿a que sí?

—Podría decirse.

—¿Siempre has querido ser jardinero?

Luke la miró de una forma rara. Parecía a punto de decir algo pero cambió de opinión.

—No. Fue una decisión tardía. Decidí que no hay nada como trabajar la tierra. Nada le da a un hombre más placer ni más satisfacción.

—¿No es algo ancestral? ¿Procedes de una familia de labradores?

—No que yo sepa. Mi padre dirigía oficinas de ventas y mi abuelo era médico.

—Como el padre de Sara.

—Sí. —Era evidente que a Luke le agradaba que lo supiera—. El tío Henry trabajó años con mi abuelo, hasta que este se jubiló.

—Para llevarte a pescar —dijo Joce—. Los dos solos.

—Ese era el otro abuelo.

—Ah.

Luke abrió la puerta del edificio de ladrillo y Joce vio que estaban en su taller. Por dentro era bonito. El banco de trabajo, con sus herramientas, estaba debajo de una ventana redonda. Se puso de puntillas para asomarse y vio lo cerca que estaban de la casa. De hecho, se veía toda la parte trasera de la misma y las puertas de los dos apartamentos, así como la mesita blanca a la que se habían sentado ella y Sara para hablar.

Miró luego a Luke, que ponía unas herramientas encima de un viejo armario de la pared opuesta.

—Cuando estás aquí dentro ves todo lo que pasa en la parte trasera de mi casa.

—¿De veras? Mira tú, nunca me había dado cuenta.

Joce se lo quedó mirando hasta que él se volvió a mirarla a su vez, con una sonrisa torcida. Acababa de enterarse de otra cosa sobre él. Ahora que parecía

sentirse un poco culpable de algo que tal vez ella consideraba que era espiar, se dijo que debía hacer lo posible para sacarle información.

—¿Con quién estaba hablando hoy Tess por teléfono?

Luke fue hacia la puerta del taller.

—¿A eso de las tres?

Jocelyn asintió con la cabeza.

—Con su hermano. Habla con él todos los domingos por la tarde, sea de lo que sea. Ya puedes llevártela a un concierto de rock o hipnotizarla que, si es domingo, llamará a su hermano.

—Se diría que estás celoso.

—Tú, como yo, eres hija única, así que ¿no te da envidia la gente que tiene hermanos con los que compartir su vida?

—Hija única —repitió Joce—. ¡Qué idea tan agradable! Tengo... —Se interrumpió. No iba a contarle quiénes eran sus hermanastras—. Sí, tenía un montón de fantasías acerca de tener unas hermanas buenas y cariñosas que me gustaran.

Luke levantó una ceja.

—¿He abierto la jaula de los grillos con esa pregunta?

—Que Ramsey nos prepare un guiso con ellos —retrucó ella, arrancándole a Luke una carcajada.

—Empanadas de lombrices era lo que hacía, con la tapa de barro. Cuando tenía siete años y Sara apenas uno, estuvo a punto de hacerle comer una, pero su madre lo pilló y... —Miró a su alrededor, como para asegurarse de que no había cerca oídos indiscretos—. Ninguno de nosotros supo nunca lo que pasó, pero la tía Ellie, o sea, la madre de Sara, metió a Ramsey en su casa y, cuando salió, estaba verde y nunca más volvió a preparar una.

—No sé si desearía haber crecido en este pueblo o si estoy contenta de no haberlo hecho.

—¿Cómo era vivir con la señorita Edi? ¿Reuniones para tomar el té y conciertos los fines de semana?

—Yo no... —No terminó la frase. Que creyera que convivía con Edi si le apetecía. Era demasiado complicado explicar que su elegante madre se había enamorado de un hombre para quien la decoración del depósito de gasolina de la Harley era arte. Era demasiado turbador contarle que su madre había muerto, que su padre había vuelto a casarse y que ella se había criado entre gente tan diferente a ella que a menudo tenía la impresión de ser de otro planeta. Hasta que había conocido a Edi, para Jocelyn no había existido otro mundo que ese.

—Tú no, ¿qué? —le preguntó Luke.

Iba a improvisar algo como respuesta cuando el móvil de Luke sonó. Lo abrió y respondió con un sí en cuatro ocasiones antes de tenderse.

—Es para ti.

—¿Para mí? Pero ¿quién...?

La mirada de Luke lo decía todo: Ramsey.

—Hola —respondió—. ¿Va todo bien?

—Así que paseando por el jardín con Luke... —dijo Ramsey—. Ojalá hubiera sabido que querías verlo. Te habría acompañado yo.

—O podría haber ido yo sola a explorarlo. Luke trabaja para mí, ¿lo olvidas?

—Cómo iba a olvidarlo. Firmo los cheques.

—¿Ah, sí? —le preguntó Joce con interés—. Detesto pagar las facturas. ¿Podrías seguir haciéndolo?

—Jocelyn, seguiré contigo en todo lo que quieras. Hoy, después de misa, todo el mundo hablaba de lo bonita que estabas con ese vestido rosa. También les ha gustado el sombrero.

Luke la estaba mirando fijamente, como si quisiera enterarse de absolutamente todo lo que estaban diciendo, así que le dio la espalda.

—¿Puedes venir mañana al despacho? —le preguntó Ramsey—. Podemos hablar acerca de los términos de la casa.

—¿Tienes intención de hablarme de negocios?

—En buena parte, al menos —dijo él, y Joce supo que estaba sonriendo—. ¿Te gustaría que almorzáramos luego?

—¿Me estás pidiendo que salgamos?

—A menos que quieras que vayamos a mi casa a comer pasta otra vez. Por cierto, tengo que devolverle la olla del chocolate a Viv.

—¿Ya ha tenido el bebé?

Ramsey soltó una carcajada.

—No, no lo ha tenido todavía, así que aún no intenta volver a quedarse embarazada. Quiere la fondue para una fiesta de uno de los hijos que ya tiene. ¿Querrás acompañarme a esa fiesta?

—Claro. ¿Cuándo será?

—El martes por la tarde. Cerca de la una. ¿Te recojo o crees que si llegas conmigo parecerá que somos pareja?

—A lo mejor si vamos con Luke no se fijarán tanto en nosotros.

—Detesta a los niños y las fiestas infantiles. Mejor será que no nos acompañe. ¿Qué tal si te pasas por el despacho a las once y vamos a almorzar? ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo. Quedamos así, pues.

Colgó y devolvió el teléfono a Luke.

—¿Otra cita?

—Negocios, luego un almuerzo y, el martes, una fiesta en casa de su hermana.

—¿Qué fiesta? —preguntó rápidamente Luke.

—Ramsey ha dicho que es para uno de los hijos de su hermana. Una fiesta de cumpleaños, tal vez.

—Ninguno de los niños cumple años por esta época. Es... —Frunció el ceño y la miró—. Me parece que será mejor que te pida cita si quiero que vayas conmigo al vivero a escoger las plantas. ¿Qué tal mañana por la tarde? Si puedes librate de Rams después de comer, claro.

—¿Por qué quieres que vaya a comprarlas contigo si no distingo una hierba de otra?

—Vale. Entonces plantaré cicuta y beleño.

Había supuesto que Ramsey bromeaba al decirle que Luke «detestaba» a los niños, pero su comentario la hizo dudar.

—Nada que sea venenoso.

—Veamos, me dices que no tienes ninguna preferencia en cuanto a las hierbas, pero de momento ya me has dicho que quieres lavanda y que no quieres nada venenoso. ¿Qué te parece la menta?

—Me gusta —dijo ella con cautela. Algo se traía Luke entre manos pero no sabía qué.

—Vale, quieres un jardín entero de menta y solo de menta.

—No todo el jardín, solo un poco de menta.

—Para que lo sepas, la menta es una de las plantas más invasivas que existen, así que si siembras menta en el jardín, no tendrás otra cosa que eso. Por tanto, ¿quieres o no quieres menta? ¡Espera! Voy a coger papel y lápiz porque la lista de cosas que quieres y no quieres es demasiado larga ya para que la recuerde entera.

—¡Está bien! —exclamó ella—. Mañana por la tarde iré contigo a comprar plantas. No sé qué clase de plantas, pero lo que tú me digas que nos hace falta lo compraremos. ¿Para qué quieres que te acompañe? ¿Simplemente para fastidiar a Ramsey?

—No tienes que ir conmigo —dijo él, bajando la voz—. Puedes decirle a Rams que vas a quedarte toda la tarde porque no tienes otra cosa que hacer o decirle que tienes que irte porque vas a ir conmigo a comprar flores.

Jocelyn parpadeó varias veces y sonrió.

—Tienes un cerebro en esa sesera, ¿eh?

—Mi madre opina que sí. Mi padre no está tan seguro.

—¿A qué hora quieres que salgamos?

—A las dos. Te recogeré a la puerta del restaurante.

—¿Cómo sabes adónde me llevará a comer?

Luke bufó.

—A The Trellis. Siempre lleva allí a las mujeres en la segunda cita... si esto es una cita, claro. Está en Williamsburg. Pedirá el especial, luego te dirá que compartas

una porción de tarta de chocolate con él. Es una tarta estupenda. La mejor. Pero hasta las dos y media no os la habréis comido toda.

Volvían a estar en el lugar donde Luke iba a plantar las hierbas aromáticas, cerca de la furgoneta.

—¿Así que a las dos le digo que tengo que irme? —le preguntó Joce. En términos generales, aquello le gustaba—. Si fuera una persona menos cínica, diría que intentas ayudarme con Ramsey.

—Es mi primo —dijo Luke, encogiéndose de hombros, pero se volvió para que no lo viera sonreír.

—Eres muy amable —le dijo, aunque sin convencimiento. Chafó de un manotazo un mosquito que se había posado en su brazo y decidió que ya era hora de entrar en casa—. Me parece que ya he tenido bastante por hoy. —Oscurecía—. ¿Vas a trabajar mucho más?

—No. Recojo y me marcho a casa.

Iba a preguntarle dónde vivía pero decidió que era una pregunta demasiado personal.

—¿Tess te ha dejado bastante comida para esta noche? —le preguntó él, quitándose la tierra de las mangas con una toalla que arrojó luego a la trasera de la furgoneta.

—Sí, pero tengo que comprar menaje. Y me hace falta ir a la tienda de comestibles.

—No hay inconveniente —le dijo él, metiendo una horquilla en la furgoneta—. A lo mejor mañana podemos...

—Simplemente dime dónde están las tiendas y las encontraré —lo interrumpió, yendo ya hacia la casa—. Hasta mañana a las dos.

Al cabo de un minuto ya estaba en casa. El silencio era casi sobrecogedor. En aquel sitio hacía falta gente. Cuando había otra persona, o varias, cobraba vida. Parecía sonreír. Pero cuando estaba allí sola, le daban ganas de subir corriendo las escaleras y encerrarse en el dormitorio.

Fue a la cocina y cogió dos naranjas de un recipiente. En la mesa estaban los platos limpios en los que le habían traído la comida para darle la bienvenida. Sara había dicho que a lo largo de la semana las mujeres se pasarían a recogerlos y para charlar un poco.

—Hace años que nadie ha venido a esta casa y todos se mueren por verla por dentro —le había comentado.

Jocelyn había gemido, temiéndose un constante trasiego y tener que llevar a todos en una visita guiada por la propiedad.

—No te preocupes —la había tranquilizado Sara—. Vienen en grupo y no te verás obligada a hacer casi nada.

Joce había sonreído débilmente.

Apagó la luz, fue al amplio vestíbulo y comprobó que las dos puertas estuvieran cerradas. Dejó una bombilla de bajo consumo encendida y subió las escaleras. Al igual que abajo, en el primer piso había un pasillo ancho al cual daban las habitaciones. A un lado estaba el gran dormitorio principal, con un baño enorme, mientras que al otro había dos cuartos, cada uno con su propio baño.

Se dio una ducha, se puso crema, se enfundó el camisón e iba ya a meterse en la cama cuando, instintivamente, apartó las cortinas solo lo necesario para echar un vistazo por la ventana. La furgoneta de Luke estaba en el camino, con el motor en marcha. ¿Estaría esperando a Tess?, se preguntó. Se inclinó hacia la lamparilla y apagó la luz. Cuando la habitación estuvo a oscuras, Luke condujo despacio hasta la verja. Había estado esperando a que ella se acostara.

Jocelyn tenía intención de meterse en la cama, esperar un poco, y luego volver a encender la luz y leer un rato, pero lo siguiente que vio fue un rayo de luz que se colaba entre las cortinas: volvía a ser de día.

Jocelyn se quedó en la cama un rato, con las manos en la nuca, mirando al techo de la habitación. La casa era suya, pero desde su llegada había tenido escaso tiempo para sí misma.

Miró el reloj de la mesilla y vio que ni siquiera eran las siete. No tenía nada que hacer hasta las once. Pasaría ese tiempo echando un buen vistazo a la casa, que hasta el momento había visto solo por encima.

Se duchó y se vistió rápidamente, sin molestarse en secarse el pelo. Se miró la cara en el espejo y, tras pensárselo un momento, decidió no maquillarse. Edi seguía la escuela de Estée Lauder, que defendía que una mujer debe ir maquillada a todas horas. Incluso al final, Edi vestía con primor e iba siempre cuidadosamente maquillada.

Aquella mañana, sin embargo, la voz de Edi parecía más lejana de lo habitual, y Jocelyn no quiso perder tiempo con las «pinturas de guerra», como solía decir su padre.

Se paseó por la primera planta, viendo dónde estaba cada cosa. En su habitación era donde había más muebles. En la segunda había una cama con su mesita de noche y nada más. La tercera estaba completamente vacía.

Al final del pasillo había una ventana junto a una puerta. Ya había visto que esta daba a una escalera estrecha que llevaba hasta otra puerta cerrada con llave: la del altillo. Recordó que Ramsey le había dicho que estaba lleno de baúles que contenían ropa antigua y diarios. Tenía alma de investigadora y no veía la hora de leer aquellos diarios, porque se preguntaba si alguno contenía la verdadera historia del David de Edi.

En la planta baja entró en el salón y miró aquellos muebles que le eran tan familiares. Por un momento se perdió en sus recuerdos. Ella y Edi habían pasado más de una tarde sentadas en aquel sofá amarillo. Cuando había hecho falta cambiarle la tapicería habían pasado un montón de tiempo mirando muestras hasta escoger una tela. Hablaban y reían juntas y...

Tuvo que salir de la habitación porque los recuerdos eran demasiado angustiosos. En el comedor harían falta una mesa y más sillas. Había un baño abajo y una salita con dos lámparas y nada más.

Entró en la cocina, se sentó a la mesa y miró a su alrededor. Le encantaba el fregadero antiguo, le encantaba la sólida mesa de pino, pero la cocina era una monstruosidad. Formó un cuadrado con los índices y los pulgares de ambas manos, encuadrando una gran encimera imaginaria de seis fogones y de acero inoxidable.

—Con dos hornos —dijo en voz alta.

«Aunque sería absurdo instalar una cocina tan cara», pensó. Al fin y al cabo, no

sabía cocinar. No era una verdadera cocinera por el simple hecho de haber preparado galletas y repostería para los tés benéficos de Edi, pero lo que Luke le había dicho acerca de sembrar hierbas aromáticas y el recuerdo de las galletas de lavanda que solía cocinar la habían hecho pensar en una cocina y en un... bueno, en un hogar.

Abrió la nevera y vio que contenía huevos, leche, zumo de naranja y pan. Frunció el ceño y luego sacudió la cabeza, asombrada. Por lo visto, mientras estaba fuera con Luke la tarde anterior, alguien había metido todo aquello en la nevera. ¿Sara? ¿Ramsey? Algo le decía que no había sido Tess.

Usó una de las sartenes para prepararse huevos revueltos y tostadas y comió mientras pensaba acerca de sí misma. «Si tuviera dinero para remodelar la cocina, ¿cómo lo haría? ¿La vaciaría y pondría un montón de granito y focos empotrados?». Solo de pensarlo sintió un escalofrío.

Antes de que se diera cuenta ya eran más de las diez. Tenía que vestirse para acudir a la cita con Ramsey.

Jocelyn había oído hablar del restaurante The Trellis y sabía que era bastante exclusivo, así que se puso los pantalones nuevos de lino beige y la blusa de punto rosa. Por lo visto a Ramsey le gustaba que llevara ropa conservadora y femenina.

La maleta seguía en el suelo, todavía a medio deshacer. Sacó del compartimento con cremallera de la parte posterior una foto enmarcada suya y de Edi. Era la única que tenía. Bell se la había sacado un día soleado con la cámara que le habían regalado por su cumpleaños.

A pesar de que, por supuesto, Edi no invitaba a las Astras a su casa, a las dos les gustaba presentarse por sorpresa, como si pensarán que así verían algo que no debían ver.

—¿Qué sacas de pasar allí tanto tiempo? —solían preguntarle—. La casa es un aburrimiento y la vieja una antipática. No hay nada que hacer allí.

Ni siquiera se molestaba en responderles... lo que las sacaba de quicio. ¿Cómo explicárselo a dos chicas que solo pensaban en el modo mejor de emperifollarse?

Jocelyn se había guardado muy mucho de pedirles la foto, porque las Astras no habrían tenido jamás la gentileza de dársela. En el mejor de los casos se la habrían entregado a cambio de que les hiciera un par de trabajos de clase; en el peor, la habrían destruido por el simple placer de hacerlo. Así que había esperado a que las gemelas se fueran, extraído la tarjeta de memoria de la cámara, copiado las fotos en su portátil y devuelto la tarjeta a su lugar.

Luego las Astras habían intentado provocarla con la foto, porque sabían que la quería, pero Jocelyn se había limitado a encogerse de hombros y, como sabía que harían, la habían borrado de la memoria.

La puso en la mesita de noche. Edi y ella estaban de pie, una al lado de la otra, delante de un rosal Mr. Lincoln. El rojo oscuro de las rosas contrastaba con el vestido

blanco de lino de Edi, que sonreía a Jocelyn de un modo que ponía en evidencia lo mucho que la quería, mientras Joce le devolvía la sonrisa con igual cariño. Cuando había visto la foto por primera vez, había comprendido mejor por qué las Astras tenían tantos celos de ella. Ni siquiera su madre, que las adoraba, las miraba como Edi la estaba mirando en aquella fotografía.

Echó otro vistazo al reloj, terminó de arreglarse rápidamente y al cabo de un segundo ya bajaba las escaleras. Abrió la puerta principal y soltó una exclamación. Había tres mujeres allí de pie con las que estuvo a punto de chocar.

—Perdón por el susto —dijo una.

—Vas a ver a Ramsey, ¿verdad? —le preguntó otra. Llevaba vaqueros y una camiseta y parecía demasiado joven para tener el pelo gris.

Las había visto en la iglesia y se las habían presentado, pero no se acordaba de cómo se llamaban. Por lo que sabía, una era la madre de Ramsey... o de Luke.

—Lo siento mucho pero no puedo quedarme. Llego tarde... —dijo.

—No pasa nada. Te esperará —dijo la tercera mujer—. Hemos venido a recoger los platos y a ver cómo te va. ¿Te gustó mi guiso de calabaza?

—Yo, eh... —Jocelyn no tenía ni idea de qué plato era aquel.

—No la agobies —dijo la mujer de los vaqueros—. Todas sabemos lo que hicisteis con la comida. Fue idea de Tess, ¿a que sí? Y algo muy noble por vuestra parte, chicas.

—Sí —dijo la primera. Llevaba el pelo teñido de rojo y le sentaba bien. Por el rollo de la cintura se notaba que no se tomaba la molestia de ir al gimnasio—. Ya sabemos lo noble que es Tess. —Puso los ojos en blanco al decirlo y parecía dispuesta a echarse a reír.

Oyéndolas hablar de Tess de aquel modo, Jocelyn dio gracias a Luke por no decir que se había pasado por su casa tras irse Ramsey. No quería que aquellas tres pusieran los ojos en blanco al hablar de ella.

—Los platos están en la mesa de la cocina —dijo bajando los escalones—. Cogedlos vosotras mismas y muchísimas gracias por todo. Me habéis hecho sentir muy bien recibida. No sé cómo daros las gracias.

Abrió la puerta del coche y subió. Sacó la mano por la ventanilla y las saludó mientras cruzaba la verja. Las mujeres seguían de pie en la puerta, mirándola.

—Seguramente ya me han etiquetado como la yanqui más grosera que se haya mudado jamás a Edilean —murmuró entre dientes.

Al cabo de unos minutos ya veía el despacho de Ramsey... y a él enfrente, sentado en la acera, encima de una colcha doblada, con una cesta de pícnic al lado. Cuando la vio acercarse se levantó, se puso la colcha doblada sobre el brazo y recogió la cesta. Jocelyn paró junto al bordillo y él abrió la puerta del coche, subió y puso las cosas detrás.

—Es más grande de lo que parece —dijo, mirando el interior del coche.

—Apuesto a que se lo dices a todas.

—Solo a unas cuantas —refunfuñó él.

—Y bien, ¿adónde vamos? —le preguntó ella, doblando ya en dirección a Williamsburg.

—No —la corrigió Ramsey—. Hacia la derecha.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada. Es que creía que iríamos a Williamsburg.

—Ya lo había pensado, pero creo que ya habrá tiempo para eso. Me ha parecido mejor que podíamos pasar algún tiempo a solas.

—A solas... —dijo ella bajito.

—¿Qué?

—Eso que he oído me ha gustado: «A solas».

—Dobla ahí —le indicó Ramsey al llegar a un cartel que ponía que estaban saliendo de Wilderness Park—. ¿O prefieres que conduzca yo?

—No. Voy bien.

—¿Cuántas señoras te han visitado esta mañana?

—Sorprendentemente, pocas. Las he dejado a tres en la puerta al irme. Por poco las derribo.

—¿Quiénes eran?

Ella le miró de reojo.

—Vale —dijo Ramsey, sonriente—. No tienes ni idea. Descríbemelas.

—Una con el pelo rojo oscuro teñido y no demasiado en forma.

—«No demasiado en forma». ¡Qué diplomática! La madre de Ken. No lo conoces, ¿o sí?

—Pensaba conocerlo hoy, pero estabas fuera esperándome.

—Ha sido idea de Tess. Ha dicho que todos estarían mirándote, así que, si quería hablar contigo, que te llevara a otra parte.

—Ah.

—No sé si eso es bueno. ¿Qué significa ese «ah»?

—Luke me dijo que Tess te dirige. De hecho, lo dicen todos.

—Y lo hace muy bien —dijo Ramsey—. Por favor, dime que estás terriblemente celosa y que te gustaría arrancarle el pelo.

Joce soltó una carcajada.

—Perdona pero no. Es cáustica y una resentida, pero casi diría que me gusta.

—Entonces eres la segunda mujer del pueblo a quien le gusta Tess. La otra es Sara. Las chicas del despacho le tienen pánico. Se meten en el baño a hablar de ella. Tanto es así que cuando Tess tiene que entrar, antes grita «Entro» y les da tres

segundos para callarse.

—¿Por qué la detestan? —dijo Joce asombrada, con unos ojos como platos.

—Ni idea... —le respondió un sonriente Ramsey—. Gira y toma por ese camino de tierra. ¡Ahí está! Aparca al pie de ese árbol.

Estacionó al pie de un gran roble y se apeó del coche. Ramsey la imitó y luego sacó la cesta y la colcha.

—¿Podrás soportar otro pícnic? —le preguntó.

Estaban en un lugar precioso. Los árboles formaban un entoldado y se oía un arroyo a lo lejos.

—Si los pícnicos son aquí, puedo con uno diario.

—Vamos, entonces.

Ramsey se puso a caminar y ella lo siguió por el sendero hasta que llegaron a un prado lleno de flores silvestres.

Mientras lo cruzaban, Jocelyn pensó que Ramsey tenía algo importante que decirle, pero que no quería hacerlo en un lugar público como su despacho o un restaurante. Esperaba que no fuera nada que la hiciera llorar.

—¡Qué lugar tan bonito! —le dijo cuando él la miró por encima del hombro, disimulando lo que pensaba.

—Un día feo en Virginia sigue siendo bueno.

—¿Eso es una observación científica?

—Sí. Completamente imparcial. —Caminaba de espaldas por el prado, mirándola, y el sol le daba en el pelo y la camisa azul—. Sigue mirándome así y no volveremos nunca al despacho —se burló.

—¿Y eso por qué, señor McDowell?

Llegaron a una hilera de árboles y él avanzó más despacio caminando entre ellos, esperando a que lo alcanzara.

—Estos árboles los plantó mi abuelo —le dijo.

—¿Significa eso que estas tierras son tuyas?

—De mi hermana y mías. Ella y su marido han construido una casa al otro lado del prado.

—¿Planeas construir algo aquí?

—Es posible —dijo Ramsey. Habían llegado a un arroyuelo con sauces cuyas ramas pendían sobre el agua—. ¿Te gusta el sitio?

—Mucho. ¿Dónde levantarás tu casa?

La taladró con la mirada.

—Temes que construya una monstruosidad de cemento en el centro del prado, ¿verdad? —Extendió la colcha a la sombra, en un trozo de tierra llano.

—Es algo que se me ha pasado por la cabeza.

—Más arriba hay un lugar donde se quemó una vieja casa. Es un terreno

despejado de árboles. La construiré allí y conservaré todo esto exactamente igual. — Fue hacia el arroyuelo, dejó la cesta en la colcha y la abrió—. No tengo ni idea de lo que contiene. Tess... —Se calló.

—Tess la ha preparado —dijo Jocelyn—. Lo sé. Me hago una idea. Supongo que te has enterado de lo que hicimos con la comida de bienvenida que dejaron en mi casa.

—Sí. —Ramsey sonreía—. Así es Tess. Piensa en los que son menos afortunados que ella.

Mientras lo miraba, Jocelyn volvió a preguntarse lo que había realmente entre él y Tess.

—No empieces tú también —le dijo Ramsey, sacando una rebanada de pan de la cesta, y Jocelyn supo que se refería a lo de especular acerca de él y Tess—. Si esto es de la tienda de la tía Ellie, puedes apostar a que la mitad es fibra y un cuarto corteza.

—¿No te gusta?

—¡Me encanta! —exclamó él. Luego añadió bajando la voz—: Pero, a veces, cuando estoy fuera del pueblo pido un bocadillo de atún con el pan blanco; nada de harina integral: pan blanco. Cada vez que lo hago temo que la tía Ellie entre por la puerta y me suelte un sermón sobre el sistema digestivo.

—Dile que el pan blanco está bueno con tequila.

Ramsey soltó una carcajada.

—Te has enterado de muchas cosas sobre los del pueblo, ¿verdad?

—De un par. —Se puso de rodillas, se frotó las manos y empezó a vaciar la cesta. Estaba llena de cosas que le encantaban: queso brie, tostaditas, aceitunas, tres clases de frutos silvestres, lo que parecía paté casero, ensalada de col y zumos—. ¡Qué maravilla!

—Supongo que Tess se fijó en lo que comiste ayer y lo ha incluido en la cesta.

—Muy científico —dijo Jocelyn, poniendo el contenido de la cesta en la colcha.

Sacó los platos que encontró en el fondo. Abrió una botella de zumo y se dispuso a llenar un vaso de papel, pero él le cogió la botella. Miró cómo se la llevaba a los labios. Le gustó que únicamente apoyara el gollete en el labio inferior para beber.

—¿Vas a decirme de una vez lo que te mueres por decirme? —le preguntó, mirando el riachuelo.

Ramsey la miró incrédulo y sacudió la cabeza.

—Recuérdame que no juegue al póquer contigo jamás. ¿Qué tendría que hacer para no delatarme?

—Ni idea. Lo que sé es que hoy tienes la mirada seria y, según me han dicho, que me hayas traído aquí en la segunda cita es anómalo.

—Inconvenientes de vivir en un pueblo en el que todo el mundo te conoce —repuso él, sin sonreír—. He pasado media noche en vela. Nos quedamos levantados

mi padre y yo, y me contó lo que he llegado a considerar el Gran Secreto Familiar.

—Secreto que ahora vas a compartir conmigo... ¿Tan malo es?

—Puede... —Ramsey apartó los ojos—. Depende de cómo te lo tomes.

—Suéltalo.

Él se llenó un plato de comida y tardó lo suyo en responderle.

—La señorita Edi y mi abuelo eran grandes amigos. Se cartearon hasta que el abuelo murió. Cuando yo era niño, él me leía las cartas y, cuando él era ya muy mayor, se las leía yo. La señorita Edi solía escribir mucho acerca de ti. Estaba orgullosa de tu inteligencia, pero nunca mencionó el talento que tienes para juzgar a la gente.

Joce lo observaba atentamente. Si había leído las cartas de Edi, entonces tenía que saber un montón de cosas de ella, de Jocelyn. Que supiera tanto sobre ella la impresionó. Intentó apaciguar los latidos de su corazón. ¿Iba a decirle algo verdaderamente espantoso?

—Me ha hecho falta ser prácticamente clarividente para sobrevivir a las Astras.

Ramsey sonrió.

—Con mi padre seguimos su carrera profesional —dijo—, desde su primer catálogo hasta la pasarela de Milán. ¿Son tan horribles como decía la señorita Edi?

—Mucho peor —repuso Joce con impaciencia—. ¿Tan malo es lo que vas a decirme que no encuentras el modo?

—No hay dinero —soltó él rápidamente.

—¿No hay dinero?

—Anoche mi padre me dijo que heredas la casa pero ni un céntimo.

—No lo entiendo. Quiero decir que... no esperaba una millonada, pero Edi vivía holgadamente. Soy autosuficiente, pero esta casa habrá que mantenerla.

—Ya lo sé —dijo Ramsey con un suspiro—. Yo... bueno, mi familia... te ayudaremos en eso. Pero no hay dinero. En cuanto a los gastos de la señorita Edi...

—Se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo carecía de ingresos?

—Fue autosuficiente hasta que se mudó a Florida. A partir de entonces, de la casa de Edilean y todo lo que hizo por el pueblo se ocuparon otros. De la manutención de Bertrand también.

—¿Quién mantenía la casa de Florida y le pagaba por su trabajo benéfico allí?

—Mi abuelo.

—¿Y tu abuelo era...?

—Alexander McDowell.

Jocelyn se quedó mirando el arroyuelo, pensando en las cosas de las que se había enterado durante los últimos días.

—¿El marido de Lissie? —preguntó por fin, con un hilo de voz.

—¿Te habló de él la señorita Edi?

—No me dijo ni una palabra. Si no me habló de Edilean, mucho menos de sus habitantes. No sabía que fuera propietaria de una casa enorme, no sabía... —Tuvo que respirar profundamente dos veces para calmarse—. Edi mencionaba a Alex y Lissie McDowell en la carta que me dejó con el testamento, y Sara se refirió a una Lissie que se casó con el «hombre más rico del pueblo», así que he atado cabos.

—Era su tía abuela —dijo Ramsey con una voz apenas audible.

—¿Qué?

—Lissie era tía abuela de Sara. Se casó con mi abuelo al comienzo de la Segunda Guerra Mundial y, por lo que he deducido, fue entonces cuando empezó todo.

—¿Qué empezó? —Lo miró y notó que tenía una expresión tensa. Odiaba tener que decirle aquello.

—Vamos —le dijo sonriente—, relájate. Ayer era pobre y todavía sigo siéndolo. ¿Qué más da? No esperaba que Edi me recompensara económicamente, así que no estoy decepcionada.

Ramsey pareció tan aliviado que le sirvió un vaso de zumo y se lo ofreció.

—Preferiría que fuera vino.

—Yo también. —Levantó el vaso en un brindis—. Por ti, Jocelyn, la dama más noble que haya existido.

Jocelyn soltó una carcajada.

—¿Qué esperabas, que me cabreara o que me enfureciera con una mujer porque no me ha dejado dinero?

—¿Qué habrían hecho las Astras?

—Qué hicieron, más bien —dijo Jocelyn, y le contó lo de los carbones que Edi había hecho tallar como piedras preciosas—. Yo ya había vuelto al trabajo cuando se enteraron y no respondí a sus llamadas telefónicas, pero me dejaron unos mensajes incendiarios en el contestador. Los escuché muchas veces. Creo que no he disfrutado tanto en toda mi vida.

Ramsey la miraba y notó que seguía preocupado por la noticia que acababa de darle y que él consideraba espantosa.

—Cuéntamelo todo —le pidió—. ¿Por qué mantenía tu abuelo a una mujer con la que no le unía ninguna relación de parentesco?

—No lo sé, ni mi padre tampoco. Lo único que sabemos es que la familia de la señorita Edi era la más prestigiosa del pueblo, pero que la de Alex McDowell era la más adinerada. Sabemos que pasó algo desagradable... espantoso, en 1941, y que la señorita Edi ayudó a mi abuelo Alex, pero desconocemos los detalles. La señorita Edi trabajó casi toda la vida...

—Con quemados —completó la frase Jocelyn.

—Exacto. Se ocupó de su hermano y pagó la conservación de Edilean Manor.

Cuando se jubiló, se mudó a Boca Ratón.

—A una casa vecina de la nuestra. —Jocelyn se abrazaba las rodillas, escuchándolo atentamente—. Una casa cuyo propietario era tu abuelo.

—Sí. Entre la manutención de su hermano y la conservación de la casa, además de todo el dinero que daba a los necesitados, la señorita Edi se quedó sin un céntimo. Mi abuelo compró esa casa, en la que ella vivió gratuitamente.

—¿Por qué no volvió a Edilean?

—Eso forma parte del Gran Misterio. Según mi padre, Bertrand quería irse a vivir con ella a Florida, pero le dijo que debía quedarse aquí para ocuparse de Edilean Manor. Debía conservarla intacta para el futuro. Sin embargo, ninguno de los dos se casó, así que no hubo herederos.

—Así que Bertrand no se jugó la fortuna familiar.

—No. Dice mi padre que a Bertrand le gustaba que la gente creyera que era un ludópata que lo apostaba todo a los caballos. Por lo visto decía que era mucho mejor eso que el hecho de que se enteraran de que estaban en la ruina.

—Así que Edi me dejó un legado envenenado.

—Me temo que sí. La buena noticia es que la casa es tuya y está libre de cargas, así que puedes venderla si quieres. Podrás sacar por ella un millón o más.

—¿Un millón o más? —Se quedó allí sentada, con la barbilla apoyada en las rodillas, mirando el agua—. ¿Qué me dices de Luke? Has dicho que le pagáis el sueldo. ¿No ibais a recuperar lo gastado cuando yo recibiera el dinero?

Ramsey se encogió de hombros.

—No gana mucho, así que lo pago de...

—De tu bolsillo —dijo Joce con desánimo.

—Mira, no te preocupes por Luke. No es en absoluto pobre. Tiene otras... fuentes de ingreso.

—¿A qué te refieres?

—No me corresponde hablar acerca de los negocios de mi primo. Simplemente te digo que no ha tenido una vida fácil pero que no tiene problemas económicos.

Jocelyn comprendió que no le sacaría nada más sobre el tema.

—Lo que no entiendo es cómo se las arreglaba Edi para vivir si carecía de dinero. Íbamos a la ópera. Asistía a reuniones benéficas y sé que realizaba contribuciones porque todo eso lo hacíamos juntas. ¿Cómo podía si no tenía ingresos?

—Era su trabajo. Mi padre creó una fundación y la señorita Edi la administraba. Sabía que su hijo, mi padre, habría detestado tener que ir a todas esas reuniones, así que se lo encargó a ella.

—¿Desde una casa en Boca Ratón? ¿No te parece raro?

—Sí y no. Me parece que el abuelo confiaba más en la señorita Edi que en nadie y, como ella no quería volver a Edilean, donde la gente seguía considerándola una

vieja solterona, el trato resultaba conveniente. Papá dice que ella no quería convivir con su hermano.

—Además, el frío no era bueno para sus piernas.

—Estoy seguro de que habría un centenar de motivos. Me parece que mi abuelo y la señorita Edi lo arreglaron todo para ser felices ambos. Según mi padre, ella hizo un trabajo magnífico administrando la fundación.

—Se gastaba mucho dinero en mí —dijo Jocelyn con un hilo de voz.

—Anoche mi padre me contó que el abuelo y tus abuelos eran amigos. Creo que por eso compró la casa, para que viviera cerca de ellos.

Jocelyn suspiró.

—Otra mentira más, u otra omisión. Edi nunca me contó que mis abuelos fueran amigos de su amigo. —Inspiró profundamente—. ¡Cuántos secretos! —Lo miró—. ¿Sabe todo el pueblo que la familia Harcourt estaba en la miseria?

—No. —Ramsey hizo una mueca—. Era un secreto tan bien guardado que hasta anoche ni siquiera yo estaba al corriente. Dice mi padre que visitaba a Bertrand dos veces al año y que se tomaban un coñac de cincuenta años riéndose de la miseria de la familia Harcourt. Jocelyn, tienes que comprender que yo no tenía ni idea de esto. Creía lo que dicen los documentos que vi y que tú ibas a heredar unos tres millones de dólares aparte de la casa. Antes de venir, me preguntaste por teléfono de cuánto dinero se trataba y te respondí lo que creía que era cierto. Nunca habría...

Jocelyn notó la súplica, que temía que pensara mal de él. No lo hacía, pero quiso salvarlo de la humillación.

—¿Por qué motivo se ocupó tu abuelo de ella y del hermano durante tantos años?

—No lo sé. Tampoco lo sabe mi padre. Anoche me contó que, cuando su padre le enseñó la contabilidad de los Harcourt, le preguntó exactamente eso, pero que el abuelo no se lo dijo. Dice papá que se lo preguntó más de una vez a lo largo de los años pero que el abuelo siempre se negó a confiarle el secreto. Todo lo que decía era que Edi había confiado en él cuando nadie más lo había hecho y que, de no haber sido así, su vida habría sido un infierno. Decía que se lo debía todo a la señorita Edi.

—¿A qué se refería? ¿Le había avisado para que comprara acero estadounidense a diez centavos la acción, el precio subió y se hizo rico de la noche a la mañana? A lo mejor fue algo así.

—No. No puede haber sido algo tan sencillo. En tal caso el abuelo habría instituido la fundación abiertamente. Edi se habría convertido en una leyenda del pueblo y todos habrían estado de acuerdo en que el abuelo estaba en deuda con ella. Pero todo se llevó a cabo en secreto. Fuera lo que fuese que Edi hizo por mi padre, fue sin que los del pueblo se enteraran.

—¡En este pueblo! Dos hombres visitaron a Tess el sábado por la noche y a la mañana siguiente todos estaban al corriente.

—Exactamente. Pero algo pasó, algo importante, y a causa de ello, cuando la señorita Edi se jubiló, mi padre se ocupó de ella y de su hermano.

—Empiezo a creer que todo lo que me contó era mentira.

—No mentía cuando decía que te quería. Le escribí al abuelo que eras un regalo de Dios en su vejez, Jocelyn —dijo Ramsey, inclinándose hacia ella y poniendo una mano sobre la suya—. Te ayudaré. De veras que lo haré.

—¿Quieres decir que harás caridad conmigo como hizo tu padre? Es tu familia la verdadera propietaria de Edilean Manor.

—Entonces, ¿Luke trabaja para mí? —dijo Ramsey, con tanto regocijo que a Jocelyn se le escapó una carcajada.

—¿Qué diría si se enterara de que eres tú quien le paga el sueldo?

—Seguramente me daría un puñetazo en la cara. Tiene el gancho de izquierda más potente que he visto nunca. De pequeños me puso los ojos morados más de una vez.

—¿Cómo salía él de las peleas?

—Indemne —dijo Ramsey—. Yo le enseñaba la otra mejilla.

Jocelyn volvió a reírse y a mirar el arroyuelo.

—Vale, tendré que encontrar trabajo, pues. ¡Eh! Ya sé. ¿Por qué no despides a Tess y trabajo para ti? —Cuando Ramsey la miró horrorizado, hizo una mueca—. ¿Por qué no? Me pondré vestidos, con la falda por debajo de la rodilla, y no llevaré jamás botas vaqueras.

—Si no dejas de decir estas cosas tendré que contárselo a Tess.

Jocelyn se protegió la cara con los brazos, como para evitar un golpe.

—¿Te ha contado lo que me dijo cuando la conocí?

—No —le confesó él—, pero he oído lo que tú le respondiste. Algo acerca de que la miel atrapa más moscas que una cara bonita.

—Un resumen muy acertado. —Se puso a guardar las cosas en la cesta, pero Ramsey no se movió.

—Hay otra cosa que tengo que decirte.

Jocelyn volvió a sentarse.

—¿Qué más? ¿Que tengo deudas? Por favor, no me digas que he heredado deudas y que tengo que saldarlas o los acreedores me llevarán a la cárcel.

Ramsey la miró asombrado.

—¿Lees los mismos libros que Sara?

—Básicamente. ¿Qué más tienes que decirme?

—Iba a guardar el secreto. —Inspiró profundamente—. La verdad es que ha sido cosa mía y no quería decírtelo, pero anoche, cuando me enteré de las mentiras que te habían dicho... Bueno, no puedo añadir ni la mentira más inofensiva al resto.

—Eso me conviene —dijo Joce, sin sonreír.

—Mira, esta tarde te espera una encerrona.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Luke me lo ha contado. Me recogerá a las dos... o al menos se suponía que me recogería a esa hora. Dijo que siempre llevas a las mujeres a The Trellis para la segunda cita, así que íbamos a encontrarnos allí.

Ramsey soltó un bufido.

—Intenta que creas que soy un tipo rutinario y que siempre me atengo a lo establecido con «mis chicas». La verdad es que no tengo ninguna rutina ni demasiadas citas. Pero no es de Luke de quien quería hablarte. La encerrona tiene que ver con pastelitos.

—¿Pastelitos? ¿Eso es un término en un argot que desconozco?

—No. Fui un bocazas. Cuando te dejé, el sábado, fui al apartamento de Tess.

—Y le hablaste de mí. Ya me lo has dicho.

Ramsey la miró de reojo, intentando encontrar el modo de decírselo.

—Le dije... —Hizo un gesto de rechazo con la mano—. Da igual por qué, pero le dije que habías mencionado que sabías preparar repostería. Así que me dijo que me convenía crear una «necesidad imperiosa» de repostería.

—¿Una necesidad imperiosa de repostería? ¿Qué demonios es eso?

—Se refería a que podía hacer que alguien fingiera que necesitaba imperiosamente disponer de repostería y te dijera que tú eras la única capaz de sacarla del atolladero.

Joce lo miró consternada.

—Me parece que me he perdido. ¿Quién va a necesitarme a mí precisamente para preparar pastelitos?

—¿Te digo la verdad?

—No estaría mal.

—Iba a ser una excusa para que tú y yo llegáramos a conocernos mejor, para pasar más tiempo juntos. Después de nuestra primera cita, me pareció que nosotros...

—¿Nos habíamos quedado sin tema de conversación?

—Justo.

—Así que, cuando te marchaste, fuiste a casa de Tess para pedirle su opinión como mujer acerca de qué te convenía hacer para que nos enrolláramos.

—Sí —admitió él mansamente—. Lo siento, yo...

Jocelyn lo interrumpió con un beso en los labios. No fue un beso muy apasionado, pero sí uno que le indicó que no estaba descontenta con su modo de actuar.

—Caray. ¿Esto ha sido por...? ¿Ha sido por decirte la verdad?

No quería decirle por qué lo había besado. A lo mejor había sido de alivio al

enterarse de que, si había ido a ver a Tess, había sido únicamente para hablarle de ella. Sabía que era una estupidez, pero, según Edi, Ramsey era el hombre perfecto para ella y, en cierto sentido, lo consideraba suyo.

Se tendió en la colcha y se puso a mirar las hojas del árbol bajo el que estaban.

—Háblame de esa «necesidad imperiosa de repostería».

Ramsey se le acercó.

—Preferiría hablar de besos.

—Ahora no. —Lo miró con el rabillo del ojo—. Me parece que debo resolver varias cosas antes de besarme en serio con nadie.

Ramsey suspiró teatralmente y se tendió en la colcha, al otro lado de la cesta.

—Tess se ha ocupado de todo. De lo de la repostería, quiero decir.

—Así que ya antes de conocerme sabía que me haría falta una ocupación.

—Sí. —Ramsey apoyó la nuca en las manos y miró la copa del árbol—. Pero no sabía lo del dinero. Joce, sé que seguramente todos te han dicho que Tess es...

—Mejor di que me han advertido que Tess es...

—Vale, te han advertido que Tess gobierna mi vida, pero no es cierto. Es verdad que he aprendido a hacerme el tonto y así ella hace el trabajo, porque trabaja como una mula, te lo aseguro, pero en muchos aspectos lo ignora todo acerca de mí. Tú encabezas la lista de los aspectos que desconoce.

»Estoy seguro de que tiene que ver con el hecho de haber oído hablar de ti desde que era un crío y sé que es prematuro, pero... Jocelyn, me gustas mucho. Eres inteligente y divertida, y me encanta estar contigo. Me haces sentir bien. ¿Basta eso para que iniciemos una relación?

—Sí. —Se sentía mejor con cada palabra que él decía. No le gustaba que pensara que estaba celosa de Tess, pero era agradable que le asegurara que no había razón para que lo estuviera.

Se sentó y miró dentro de la cesta.

—¿Te has comido todo el paté?

—He limpiado el plato. —Se puso de lado, con la cabeza apoyada en una mano, mirándola con dulzura y calidez.

Joce tuvo que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de él.

«Es demasiado pronto —pensó—. Demasiado prematuro».

Edi decía que las mujeres que se encariñan con un hombre de entrada se pasaban la vida lamentando que no las hubieran cortejado. Decía que David la había cortejado «apasionadamente». «Tardé mucho antes de consentir en... en ser su novia», decía, y siempre que lo hacía se sonrojaba.

Jocelyn no quería ni pensar en lo «apasionado» que se había vuelto el noviazgo. Edi había vuelto de la Segunda Guerra Mundial y se había encontrado con su querido David casado con otra.

—Cuéntame lo de la repostería —insistió Jocelyn, untando de queso una tostada.

—Desconozco los detalles. Recibirás una llamada de alguien, seguramente de mi hermana y seguramente esta noche. Te preguntará si sabes preparar repostería.

—¿Van a ser para esa fiesta infantil a la que me has invitado?

—Sí. —Ramsey aceptó la tostada que le ofrecía.

—¿Has visto mi cocina?

—Claro —dijo él, con la boca llena—. Está... —La miró—. Está pelada. Así que, ¿cómo vas a preparar repostería sin... sin los utensilios que hacen falta, sean cuales sean?

—Yo creía que tú sabías cocinar.

—Mi hermana me enseñó a preparar la pasta de esa manera. Es lo único que sé cocinar.

Jocelyn se preparó una tostada con queso y se la comió mientras cavilaba.

—Supongo que tu hermana está haciendo esto para que su pobre hermano soltero se case con una mujer a la que cree rica y que vive en la casa más grande y antigua del pueblo.

—Claro. Mi madre perdió la esperanza de que me casara, y parece que mi hermana está a punto de rendirse también.

—Así que soy tu última oportunidad.

—La ultimísima. —Estaba cada vez más sonriente—. Me da a mí que estás maquinando algo.

—¿Sabes lo que se añade a la comida de los niños ahora?

—¿Tinte violeta?

—Eso está pasado de moda. No. Se añade crema de espinacas al chocolate. — Ramsey la miró tan horrorizado que soltó una carcajada—. Suena mal, pero de hecho sabe bien. Metes calabacín en los macarrones gratinados con queso, calabaza en los perritos calientes... Claro que los chicos crecen si haber comido brécol tal cual, pero tampoco importa. El caso es que sean altos y fuertes y que lleguen hechos y derechos a la universidad.

—Una generación entera va a crecer sin saber a qué sabe realmente el chocolate —dijo Ramsey, a quien seguía pareciéndole la peor idea del mundo.

—¿Tiene dinero tu hermana? Si es de tu familia, tiene que ser rica.

—¿Qué? —le preguntó Ramsey, incrédulo.

—Si tu hermana me hubiera llamado esta mañana y me hubiera pedido que cocinara unas cuantas docenas de pastelitos para una fiesta infantil lo habría hecho gratis. Pero me habían inducido a creer que acababa de heredar una fortuna con la casa, no solo ese pozo sin fondo en el que tendré que invertir todo cuanto poseo solo para mantener las termitas a raya. Lo que me interesa saber es si tu hermana puede permitirse pagármela.

—Sí que puede. Su marido trabaja en Busch y gana bastante dinero.

—Y además está la fundación de tu abuelo.

—Y está la fundación de mi abuelo. —Ramsey sonreía—. ¿Qué está tramando esa linda cabecita tuya?

—Me parece que no quiero pasarme la vida preparando repostería, pero de momento no se me ocurre qué más hacer. Sara me ha dicho que no hay ningún trabajo que valga la pena en Edilean.

—No que yo sepa. La gente trabaja fuera del pueblo o tiene su propio negocio. A lo mejor Sara y tú podrías poner algo juntas.

—¿Abrir una tienda de ropa y servir repostería a los clientes? No creo. Además, si me pongo en serio con lo de los pastelitos y gano dinero...

—Tendrás a un inspector de sanidad en tu puerta de inmediato —dijo Ramsey.

—Exacto. A veces se me olvida que eres abogado.

—¿Es un cumplido?

Jocelyn estaba concentrada mirando el agua.

—Vale. Tengo una oportunidad de demostrarle al mundo, y cuando digo el mundo me refiero a Edilean y sus alrededores, de qué soy capaz. Si hago un buen trabajo, a lo mejor conseguiré ganar lo suficiente para mantenerme hasta... hasta...

—Me siento fatal —dijo Ramsey—. Fui yo quien te animó a dejar tu trabajo y venirte. Te dije que además de la casa recibirías una suma de dinero.

—Por favor, deja de sentirte culpable. Puedo pedir un préstamo si hace falta. —Oyó un claxon a lo lejos—. ¿Qué hora es?

Ramsey hizo una mueca.

—No me hace falta reloj para saber que son las dos en punto. ¿Adónde vas con Luke?

Jocelyn estaba metiendo las cosas en la cesta.

—Plantas. Tenemos que comprar lavanda.

—¿Para qué? —Cogió la colcha por un extremo y Jocelyn por el otro.

—Para hacer galletas. También sé hacerlas.

—Desde luego no parece que enterarte de que estás sin blanca te haya alterado.

—Prefiero tomármelo como un acicate. —Cuando el claxon volvió a sonar, lo miró.

—Vamos —le dijo él—. Ya me ocupo yo de esto.

—Gracias. —Fue hacia el sendero y luego se volvió a mirarlo—. Tres con veinticinco.

—¿Qué?

—Eso es lo que cobran en Nueva York por una magdalena grande. Tres dólares con veinticinco centavos por pieza.

—Pues claro —dijo él, con cara de sorpresa por el precio—. Está bien. Le diré a

mi cuñado que acepte. Seré tu valedor, pero si la repostería es un espanto me harás quedar como un tonto. Y no encontrarás trabajo en el pueblo.

—Estarás orgulloso de mí —le aseguró mientras volvía a sonar el claxon—. Las llaves de mi coche están en la cesta.

Ramsey asintió y Jocelyn se marchó corriendo.

Jocelyn corrió por el prado hacia la camioneta de Luke, que este había estacionado al pie del roble, junto a su coche. No se apeó ni le abrió la puerta, se limitó a esperar con el motor en marcha. Ella puso un pie en el estribo y se sentó a su lado. Antes de que hubiera cerrado la puerta Luke ya había arrancado.

—¿Estás enfadado porque estabas equivocado...? —le preguntó.

—No estoy enfadado ni tampoco equivocado, así que ¿por qué estaría enfadado si lo estuviera?

—Porque Ramsey no me ha llevado a Williamsburg como dijiste que haría.

Luke se encogió de hombros.

—Supongo que Tess le ha mandado que fuera a otra parte.

Jocelyn no dijo nada porque aquello se acercaba mucho a la verdad. Pero Ramsey había querido decirle cosas muy importantes y estaba contenta de que hubieran estado solos cuando lo había hecho. En términos generales, creía que había hecho bien ocultándole la conmoción que le había causado la noticia. No tener dinero para ocuparse de la vieja casa era malo, pero no algo que no pudiera afrontar. Seguramente había planes gubernamentales de ayuda para la conservación de un edificio tan antiguo.

Estaba alterada por lo que le había contado Ramsey de Edi. Por lo visto a cada hora que pasaba se iba enterando de alguna mentira más. Desde niña había pasado tanto tiempo como había podido con aquella mujer, que le había enseñado todo lo importante de la vida. Jocelyn, que consideraba a Edi la persona más sabia del mundo, estaba descubriendo que no había sido honesta con ella. Aunque se decía que Edi estaba en su perfecto derecho de mantener en secreto algunas partes de su vida privada, le dolía que lo hubiera hecho.

—¡Eh! —le dijo Luke con dulzura—. ¿Por qué estás tan ceñuda? ¿Habéis discutido Rams y tú?

—No. —Jocelyn apoyó la cabeza en la ventanilla y se puso a mirar la carretera—. ¿Alguna vez has confiado en alguien ciegamente y luego te has enterado de que esa persona no era ni de lejos como creías?

—Sí. ¿Te has enterado de algo sobre Ramsey?

—No. Quiero decir... sí. Se preocupa por la gente, ¿verdad?

Luke la miró de reojo mientras tomaba la curva.

—Supongo. ¿De qué se preocupa?

—De todo. De todos. —Se irguió en el asiento—. ¿Adónde vamos?

—A comprar plantas, ¿no te acuerdas?

—No puedo permitírmelo —le contestó irreflexivamente.

Al instante siguiente Luke estaba dando la vuelta en redondo para volver por

donde habían venido.

—¿Qué haces?

—Te llevo a casa. Luego nos sentaremos y me explicarás eso que acabas de decirme.

Ramsey no le había dicho que lo que le había contado fuera un secreto, pero a Jocelyn le parecía que simplemente había sido un descuido por su parte no hacerlo. Fuera lo que fuese que había sucedido entre Edi y su abuelo, no había salido a la luz en muchos años y no creía que fuera buena idea airearlo.

—Son asuntos legales —dijo—. Se trata de, eh... la autenticación del testamento. Voy a tardar mucho en tener el dinero que me dejó Edi para ocuparme de la casa, así que tendré que esperar. Entretanto no tengo más que mis ahorros, lo que no es mucho. Pero Ramsey me ha conseguido un trabajo en casa de su hermana mañana. Voy a preparar repostería, aunque me parece que no tengo siquiera moldes para hornear. Si consigo prepararla, todo irá bien. Creo... espero.

Luke aparcó en el camino de entrada de Edilean Manor, apagó el motor y dio la vuelta a la furgoneta para abrirle la puerta.

—Sal —le dijo, porque ella no se movía—. A menos que quieras que te lleve a rastras, sal de la furgoneta.

Cuando obedeció, fueron hasta la puerta de entrada y Jocelyn hurgó en el bolsillo para sacar la llave.

—Las llaves están en el llavero del coche, y lo tiene Ramsey.

Luke abrió la puerta.

—¿Quién cierra con llave en este pueblo?

—Pero tú dijiste... —Ni siquiera se molestó en terminar la frase.

Fueron hasta la cocina y él corrió una silla de la gran mesa de pino y esperó a que ella se sentara. Luego puso una vasija en el fogón a calentar.

—¿De dónde ha salido? —le preguntó Jocelyn.

—Es de mi madre. Le he dicho que te gustaba el té y me ha dado una caja para ti. Venga, desembucha.

—La autenticación del testamento... Ramsey dice...

—Ramsey no dice nada de eso, y si no dejas de mentirme gritaré. Puedo gritar muy fuerte si me lo propongo. He practicado deporte muchos años.

—No grites. —Apoyó la frente en una mano—. ¿Por qué me haces esto? Creía que íbamos al vivero y... —Fue perdiendo fuelle hasta enmudecer.

—Parece como si te hubiera atropellado un tren de mercancías. —Apartó la vasija del fuego y vertió el agua caliente en una tetera preciosa que Jocelyn no había visto nunca—. Quiero saber qué te ha dicho mi primo para dejarte así.

—Nada para lo que merezca encajar un gancho de derecha.

—De izquierda.

—¿Qué?

—Un gancho de izquierda. No voy a noquear a Ramsey, pero le voy a cantar las cuarenta. ¿En qué estaría pensando para dejarte así? Estás tan pálida como si te hubiera chupado la sangre un vampiro.

—Exagerado... Solo me ha hablado de aspectos legales y... —Se calló cuando vio cómo la miraba Luke—. Está bien. No quería que viera lo mucho que me habían afectado sus palabras. De hecho, he dejado que creyera que estaba contenta, llena de vida. Nada puede hundir a Jocelyn.

—Y luego te has subido a mi furgoneta y parecía que...

—Ya lo sé. Parecía que me había arrollado un tren, exangüe. Sabes conseguir que una chica se sienta bien, desde luego.

Luke le puso delante la tetera, una taza con su platillo y fue a la nevera a buscar leche.

—Ahora que lo hemos dejado claro, cuéntame lo que ha pasado.

—No puedo. Es... es un asunto privado.

—Todo el mundo sabe que vas a heredar cerca de tres millones de dólares. ¿Es eso lo que te preocupa? ¿Te abruma el dinero?

—¡Qué va! —dijo, y tomó un sorbo de té—. Está bueno. Deberías tomar un poco.

—No, gracias. —Sacó una cerveza de la nevera y se sentó a su lado—. Si no estabas abrumada por el dinero, ¿lo estabas porque no es tanto como pensabas?

—¡No hay ni un céntimo! —exclamó Jocelyn, prácticamente gritando—. ¡Ni cinco! —Se tapó la boca. No pretendía decir aquello.

—Bien. —Luke se arrellanó en la silla—. No hay dinero.

—Mira, no quiero hablar más de esto. Solo necesito un poco de tiempo para pensar y te pido que por favor no le cuentes a nadie lo que acabo de decirte.

—¿Crees que iré corriendo a decírselo a todo el mundo? —Tenía el ceño tan fruncido que se le juntaban las cejas.

De repente, Jocelyn no pudo contenerse más. Se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

—Tranquila —le dijo Luke, abrazándola para que apoyara la cabeza en su hombro—. No quería disgustarte.

—No me has disgustado. Lloro por lo que me ha dicho Ramsey.

—Porque no hay dinero... ¿Es eso lo que te ha dicho?

—Sí... no. —Seguía sollozando—. Todo era mentira. Me he enterado de que todo lo que sabía acerca de la mujer a la que quería era mentira: quién era, de dónde venía, incluso a quién amaba... todo mentira. Cada palabra. ¿Por qué me mintió tanto? ¿No confiaba en mí? No lo entiendo.

Luke sacó una servilleta de papel del servilletero que había en la mesa y se la ofreció. Ella se levantó y se sonó.

—¿Te importa si me preparo un bocadillo? No me ha dado tiempo a comer...

—Lo siento. Te estoy acaparando. No lo pretendía. Cuando he dejado a Ramsey me sentía estupendamente, pero...

—En cuanto me has visto te has venido abajo —dijo él, en tono alegre.

—No es verdad. Ramsey es... ya sabes, así que no quiero desmoronarme en su presencia.

—No tengo ni idea de lo que significa eso de que «ya sabes». ¿Qué es Ramsey?

—Un hombre que me interesa. Que me interesa de verdad.

—Ya veo. Así que cuando estás con él mantienes la cabeza bien alta, los ojos secos y no permites que te vea con la nariz llena de mocos.

—Sí —dijo Jocelyn, y volvió a sonarse—. No sabía que me sentía tan mal hasta que me he alejado de él. Es siempre muy amable conmigo. Trae comida y me hace cumplidos. Me dice que soy inteligente y divertida y que él... —Se sonó sonoramente—. Perdona. ¿De qué es el bocadillo?

—De jamón y queso. ¿Quieres uno?

—¿Tienes pepinillos en vinagre?

—No sé. La nevera es tuya.

—Es una nevera mágica, porque todavía no he ido una sola vez a la tienda y siempre está llena.

—Eso no durará más que esta semana, estoy seguro. Todos los del pueblo se habrán acostumbrado a ti y ni siquiera se tomarán la molestia de conocerte. Sobre todo si se enteran de que no tienes dinero.

—Ja, ja. No lo contarás, ¿verdad?

Él no dijo nada mientras untaba de mostaza cuatro lonchas de pan.

—¿Te preocupa no gustarle a nadie si no eres rica?

—¡No quiero que se enteren de que su querida Edi no tenía un céntimo! No quiero que piensen mal de ella.

—Así que no te importa que sepan que eres pobre. —Le daba la espalda, pero Jocelyn supo que estaba sonriendo.

—No, claro que no. —Cogió el plato con el bocadillo—. Esto tiene una pinta estupenda.

—Si acabas de comer con Ramsey, ¿cómo puedes tener hambre?

—No podía comer a dos carrillos estando con él, ¿no te parece?

—Como Scarlett O'Hara —farfulló él entre dientes.

—¿A qué te refieres?

—A la barbacoa. A Ashley le gusta que tenga buen apetito.

—Ah, sí. Ya me acuerdo. Esta mostaza está buena. ¿De qué marca es?

—No lo sé. Pregúntaselo a la tía Ellie. Me parece que deberías decirme lo que Ramsey te ha contado y, si piensas que voy a decir una sola palabra, te castigaré

como solo sabe hacerlo un jardinero.

Ella sonrió por su alusión a una de sus primeras conversaciones.

—¿Por dónde empiezo, por antes o por después de la Segunda Guerra Mundial?

Luke puso unos ojos como platos.

—Interesante. Empieza por antes.

—Ramsey me ha contado que sucedió algo terrible en 1941, justo antes de que entráramos en guerra, algo que hizo que Alexander McDowell le estuviera tan agradecido a Edi que cuando esta se jubiló la instaló en una casa cara de Boca Ratón y le encargó que administrara un montón de dinero suyo. No soy un genio de las finanzas, pero incluso yo veo que eso no es una cosa normal. Además de para obras benéficas, ella usaba el dinero para complementar mi educación en la escuela pública y para ayudar al holgazán de su hermano. Así pues, ¿qué pasó para que él obrara así?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Es la primera vez que oigo todo esto. ¿Rams no te ha contado lo que hizo la señorita Edi por su abuelo?

—No lo sabe, ni su padre tampoco. Me parece que la historia se ha ido a la tumba con sus protagonistas.

—¿Qué tiene esa historia que ver con el dinero?

—Sucediera lo que sucediera, Alex McDowell gastó muchísimo dinero. No entiendo por qué tanto. ¿Lo haría por propia voluntad?

—No pretenderás decir que la señorita Edi lo chantajeaba, ¿verdad?

—Se me ha pasado por la cabeza —dijo Jocelyn con un hilo de voz.

—Bueno, pues sácate esa idea de esa cabecita retorcida tuya —le recomendó Luke cogiendo ambos platos, ya vacíos, y llevándolos al fregadero—. Tú no conocías a Alex McDowell, pero yo sí. Nos daba un miedo de muerte a todos de chicos, y a muchos adultos también. Decir que era brusco es quedarse corto. Gritaba a sus empleados y ataba corto a cualquiera en quien se hubiera gastado un centavo. Si alguien hubiese intentado hacerle chantaje lo hubiera agarrado por el cuello y lanzado a la otra punta de la habitación.

—Sin embargo, estaba casado con una mujer de aspecto tan angelical como Sara.

—Ella era tan dulce como él agrio. Nadie comprendió nunca que esos dos... bueno, aparte de por el hecho de que el viejo Alex adoraba a su mujer. La idolatraba. La veneraba.

—Puede que fuera por eso —dijo Jocelyn, sirviéndose otra taza de té. Ya estaba frío, pero seguía siendo bueno—. Si un hombre me adorara, eso contribuiría mucho a que yo ignorara sus defectos.

—Entonces, cástate con Ramsey. —Luke estaba junto al fregadero, dándole la espalda.

—¿No te parece que es un poco pronto para que me lo plantee? No hace ni tres días que le conozco.

—Le has mentido acerca de lo que sientes, acerca de lo que te preocupa, incluso acerca de cuánto comes. Eso me parece un principio de enamoramiento.

—¡No le he mentido!

Luke se volvió para mirarla.

—Vale —adimitió Jocelyn—, a lo mejor pongo cara de valiente cuando estoy con él, pero eso no es mentir. Me gusta. Tiene todo lo que puedo desear de un hombre.

—Cásate con él, entonces. Es rico. Deja que te mantenga y que mantenga esta casa. Tus problemas estarán resueltos.

—Para que lo sepas, Ramsey no me ha pedido que me case con él ni remotamente. Además, si me casara con él siempre le estaría agradecida. Cuando me enfadara con él por algo, no se lo diría porque me sabría obligada de por vida con él por haberme salvado, así que desarrollaría una úlcera de estómago y seguramente moriría joven.

Luke se tomó su tiempo para digerir aquello.

—Me alegro de que la idea de casarte con mi primo no se te haya pasado siquiera por la cabeza.

—No he tenido demasiado tiempo para pensar en nada. ¿Sabes lo más irónico de todo? Yo no esperaba que Edi me dejara nada al morir. Tal vez un recuerdo, pero nada más. Participaba en muchas obras benéficas, así que estaba convencida de que todo iría a parar a ellas. ¿Por qué me ha hecho esto?

—Es la pregunta más interesante que me has planteado. Sabía que no tenía dinero, pero te dejó una vieja casa que, confía en mí cuando te lo digo, se derrumbará sin una inyección de capital cada seis meses.

—Me parece que ahora mismo no soy capaz de pensar en esto. En cualquier momento la hermana de Ramsey me llamará por teléfono para decirme que necesita repostería y tengo que encontrar el modo de preparársela. ¿Te parece que ese horno funciona? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la espantosa cocina.

Luke tardó un poco en darse cuenta de que no iba a hablar más de aquel asunto. No le importó, porque él mismo tenía algunas preguntas que hacerle a alguien y le hacía falta tiempo para poder plantearlas adecuadamente.

—No tengo ni la más mínima idea —dijo, girando el gran botón del encendido—. ¿Qué te propones hacer?

—Chocolate con espinacas y, antes de que digas nada, Ramsey ya me ha dicho lo mala idea que es. Pero conseguiré que sepa a gloria, no te preocupes.

—¿Te ha dejado la señorita Edi una varita mágica?

—¡Ojalá! Le he dicho a Rams que cobro tres con veinticinco por cada magdalena, así que tengo que salir con bien de esta, pero me hacen falta algunas cosas que no tengo. ¿Hay una casa de menaje por aquí cerca?

Luke abrió la puerta del horno y metió dentro la mano.

—De momento sigue frío. ¿Por qué no pides prestado lo necesario?

—¿Quién va a dejarme una pesada amasadora y una manga pastelera?

—La iglesia es baptista, ¿no te acuerdas? A los baptistas les encanta comer. Encontrarás todo cuanto necesites en las cocinas de las mujeres de este pueblo. Hazme una lista y le pediré a mi madre que te lo consiga todo. Tendrás la cocina bien equipada dentro de una hora y media.

Jocelyn se sentó a la mesa, mirándolo asombrada.

—Pero si ni siquiera me han llamado todavía.

Luke sacó el móvil de la funda del cinturón y pulsó un botón.

—¿Mamá? —preguntó—. ¿Crees que papá estará dispuesto a ayudar a Joce con una tanda de pastelitos? —Hizo una pausa—. Sí, supongo. Claro, puedo hablar con ella. ¿Por qué no se los preguntas tú a Viv? —Sonreía mientras escuchaba la respuesta—. Me parece que le gustará hacerlo, pero tenía que encargártelo a ti. —Sonrió de oreja a oreja—. Porque un plan como ese podría quitarte a papá de encima una semana entera, por eso. Vale, pero le diré a ella que lo has dicho. ¿Quieres decírselo tú a papá o lo hago yo? ¡Cobarde! Estaré ahí dentro de quince minutos. —Escuchó un poco más y dejó de sonreír—. Sí, me estoy comportando. Pregúntaselo si no me crees. —Le acercó el teléfono a Jocelyn—. Mi madre quiere saber si me he propasado contigo.

—Ningún hombre de este pueblo se ha propasado conmigo —dijo ella muy fuerte—. Nadie me ha sugerido nada. Me han cebado, pero no han dado el menor paso.

Luke la miró un segundo y luego volvió a ponerse al teléfono.

—No lo sé —dijo—. Pregúntaselo a Rams. Vale, enseguida estoy ahí, pero no le digas ni una palabra a papá. Yo se lo contaré todo. —Colgó y miró a Jocelyn—. ¿De qué iba eso?

—Cosas de chicas. ¿Qué te ha dicho tu madre?

—Ya sabía lo de los tres dólares con veinticinco. Supongo que Rams se lo habrá contado a alguien del despacho porque ya se ha enterado todo el pueblo. Mamá ha dicho que es absurdo celebrar una fiesta infantil a mitad de semana y servir repostería de esa. Quiere que mi padre meta baza, organice una fiesta por todo lo alto e invite a medio Williamsburg.

—A medio Williams... —Estaba atónita—. ¿Qué tengo que hacer, poner una pastelería?

—Si quieres enterarte de la vida de la señorita Edi y obtener las respuestas a las preguntas que te tienen hecha polvo, tienes que conocer a unas cuantas personas de la zona. Me aseguraré de que mi madre invite a los viejos que la conocían. ¿Te parece una buena idea?

—La mejor. —Lo miró agradecida.

—Volveré a preguntarte si te parece buena idea cuando lleves soportando a mi

padre una semana.

—¿Tan malo es? —le preguntó bajito, dispuesta a hacerle de terapeuta.

—¡Espantoso! Está jubilado.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás. Le sugieres un proyecto y se cree el rey del mambo. Os va a dar órdenes a ti y a las señoras que se le pongan a tiro hasta que os amotinéis.

—¿A las señoras? ¿Quién más preparará repostería?

—Bienvenida a Edilean. —Luke le dedicó una mueca—. Tengo que irme. —Volvió a comprobar el estado del horno. —Está más frío que una gruta.

—No puedo permitirme uno nuevo...

Luke levantó una mano para hacerla callar.

—Deja que mi padre se ocupe de eso. Este proyecto le va a encantar. —Fue hacia la puerta pero se paró y se volvió a mirarla. —Para que lo sepas, Ramsey quiere hacerte una proposición. Solo lleva a las mujeres con las que quiere casarse al terreno donde pretende levantar su casa. —Luke echó un vistazo al vestíbulo de la casa de Joce—. O a pasar un fin de semana.

—¿Y cuántas han sido las afortunadas?

Luke le sonrió.

—Me gustaría decir que docenas, pero solo ha habido una.

—¿Por qué no se casó con ella, entonces?

—No me corresponde a mí decírtelo.

—Eso mismo me dijo Ramsey acerca de ti.

—Y... ¿qué le preguntaste acerca de mí?

Joce iba ya a decírselo, pero cerró la boca. Si Luke no sabía que Ramsey era quien le pagaba el sueldo, no sería ella quien se lo contara.

—Nada.

—Bien. —Luke la repasó de los pies a la cabeza—. Ve a darte una ducha y cámbiate de ropa. Me parece que te vas a pasar unos cuantos días preparando pasteles.

Jocelyn lo miró alejarse en la furgoneta antes de cerrar la puerta y, por un momento, se recostó contra ella y pensó en los últimos días. Le habían pasado tantas cosas que sentía un torbellino interior. Al cabo de un minuto corrió escaleras arriba, hacia el baño. Se miró en el espejo y vio que se le había corrido la sombra de ojos. Había tenido aquella pinta la mayor parte del tiempo que había pasado con Luke. Sonriendo, se metió bajo la ducha y pensó en lo que le había dicho a la madre de este. De haber sido la de Ramsey se habría comportado como una dama, pero con la de Luke podía bromear.

Una vez duchada se puso unos tejanos y una camiseta. Acababa de vestirse cuando un coche llegó por el camino de entrada. Miró por la ventana y vio que se

apeaba un hombre. Incluso desde aquella distancia no le cupo duda que era una versión de más edad de Luke: guapo, con el pelo gris, alto, y con pinta de estar dispuesto a hacer negocios. Corrió escaleras abajo tan deprisa que abrió la puerta antes de darle tiempo a llamar.

—Así que has venido a gobernarme —le dijo, muy seria.

Él no sonrió.

—Salte del camino trazado y gritaré —le contestó.

—¿Y si me comporto?

—Haré que Luke plante ese huerto de hierbas aromáticas sin cargo alguno.

Jocelyn le hizo una estudiada reverencia.

—Tus deseos son órdenes para mí, ¡oh, maestro!

El hombre abrió unos ojos como platos.

—Toda mi vida había querido oír a una mujer decir eso. ¿Quieres casarte conmigo?

—Te añadiré a la lista —dijo ella, sonriendo, ya camino de la cocina—. Ven a ver mi horno. Es tan antiguo que voy a venderlo en eBay por un millón de dólares.

—No es tan antiguo, porque se lo vendí al hermano de la señorita Edi hace cuarenta años más o menos.

Jocelyn se detuvo.

—¿Vendes electrodomésticos?

—Eso hacía hasta hace tres años. Puedo conseguirte unos descuentos muy jugosos en casi todo lo que puedas desear.

—¿A cambio de sexo o de dinero? —le preguntó Joce con solemnidad.

—Deja que se lo pregunte a mi mujer. —La siguió hasta la cocina sin dejar de sonreír.

Luke tardó dos horas en conseguir que sus padres lo tuvieran todo bajo control. Su madre se ocupó de las líneas telefónicas, llamando a gente de dos condados para hablarles de la fiesta del sábado. Conseguía que pareciera que Jocelyn acababa de llegar de Bruselas y era una pastelera de renombre internacional.

A su padre le dijo media docena de palabras y el hombre ya estaba en la puerta dispuesto a organizarlo todo, a todas horas y donde fuera. Estaba realmente perdido sin un trabajo que hacer cincuenta horas semanales. Luke tuvo bastante con decirle que el viejo horno de Jocelyn estaba roto y que Jim Connor se había quedado sin móvil. Se preguntaba si Joce conseguiría uno de la gama Wolf o de la Viking en las próximas veinticuatro horas.

Cuando se marchaba, le recordó a su madre que tenía que llamar a Viv, la hermana de Rams, para decirle lo de la fiesta, dado que iba a celebrarse en su casa. Puesto que Viv ni siquiera había llamado a Jocelyn, sería una sorpresa para ella enterarse de que aquel sábado acogería una fiesta para solo sabía Dios cuántos invitados.

Se fue a su casa, se puso una camisa recién planchada y unos pantalones caqui, y luego sacó el BMW del garaje. Iba a ver a su abuelo David, y sabía que le sacaría más información al hombre si se vestía con algo que no fueran unos vaqueros y una camiseta sucia.

Al abuelo Dave le encantaba decirle a Luke que no entendía por qué motivo, teniendo tantos estudios, no se ponía ropa decente.

—Si vas a ser jardinero, al menos intenta parecer paisajista —le había dicho más de un centenar de veces.

La abuela Mary Alice ya podía decirle a su marido que se callara, pero a él daba igual. El abuelo Dave era de la vieja escuela, y creía que uno debía tener siempre el mejor aspecto posible.

Luke siempre se había llevado estupendamente con su otro abuelo, el padre de su padre, un hombre del que otra gente prefería mantenerse a distancia. Su eterno mal humor alejaba a los demás, pero no a Luke. Siempre había sido de lo más feliz con el abuelo, pescando juntos, mirando los deportes en la tele o simplemente yendo en la furgoneta. Había sido el abuelo Joe el que lo había salvado de los castigos cuando Luke se metía en líos en el instituto. El muchacho había sido siempre brioso, y detestaba que le dijeran lo que debía hacer y cómo hacerlo. Sus profesores querían que obedeciera incondicionalmente, pero Luke tenía sus propias ideas acerca de cómo debían hacerse las cosas.

Una vez se había peleado con el entrenador de fútbol, que amenazaba con expulsarlo del equipo. Su padre se había enfadado tanto que lo había mandado a su

habitación a las diez de la mañana y le había dicho que se quedara allí hasta que decidiera qué hacer con él. A mediodía, el abuelo Joe había aparecido en la ventana del cuarto, que estaba en el segundo piso, subido a una escalera de mano. Sin decir palabra, le había tendido una mano a Luke y habían bajado los dos para irse al lago a pasar el resto del día pescando. Esa tarde, a las seis, Luke volvía a estar en su habitación. Cuando su padre regresó, no se enteró de que su propio padre había sacado a Luke.

Siempre había sido igual con el abuelo Joe, pero no con el padre de su madre. Además de ser médico, el abuelo Dave era diácono de la iglesia, masón y querido por todos, pero Luke nunca había estado tan apegado a él como a su otro abuelo.

Tomó por la autopista Cinco hacia Williamsburg, luego hacia Governor's Land y Two Rivers. Era un club de campo exclusivo, con el sesenta por ciento del terreno abierto al uso de los residentes. Lo mejor de todo era que tenía un campo de golf enorme en el que su padre jugaba prácticamente todos los días. Como sabía que haría, Luke encontró a su abuelo en el campo de golf, en el hoyo cinco.

—Me preguntaba cuándo vendrías a verme —le dijo David Aldredge mirando el Green—. ¿Cómo está?

—¿Quién? ¿Te refieres a tu hija? ¿A mi madre?

David golpeó la bola, que salió volando exactamente hacia donde pretendía.

—Si quieres jugar, esto va a alargarse mucho. ¿Podemos ir al grano? ¿Cómo es?

Cuando su abuelo se puso a caminar, Luke le llevó la bolsa de golf. Su abuelo no quería saber nada de coches eléctricos ni de caddies, pero sí de jóvenes y saludables nietos, para acarrear su bolsa.

—Supongo que te refieres a Jocelyn —dijo.

—He oído que así se llama, pero como ya no vivo en Edilean no me entero de todos los chismes como antes. Sin embargo, me he enterado de que pasas mucho tiempo con ella. Hay quien dice que incluso pasas las noches.

—La gente habla mucho y dice muchas mentiras.

—Entonces, ¿es Ramsey el que se acuesta con ella?

—¡No! Rams solo ha... —Se interrumpió—. Me parece que alguien dijo que a los abuelos no les está permitido ridiculizar a sus nietos.

—Te contaré un secretito. El día en que nace el primer nieto, nos dan un libro de bolsillo en el que dice que podemos hacerle lo que nos venga en gana solo para torturar a nuestros hijos.

—No veo la hora de leerlo.

—A tu edad puede que ya seas demasiado viejo para tener hijos, no digamos para llegar a tener nietos.

—Abuelo, consigues que me sienta mucho mejor.

—Siempre me alegro de hacerte un favor —dijo David, parándose donde había

aterrizado la bola—. Así pues, ¿qué te ha puesto tan triste hoy?

Luke se metió las manos en los bolsillos.

—Nada. Nadie. Simplemente se me ha ocurrido pasarme por aquí para verte.

David golpeó la bola con energía, la mandó por los aires y luego echó a andar mirando a su nieto.

—Vale. Dime cómo es.

—¿Te refieres a Jocelyn?

—Sí, a la novia de Rams. ¿Cómo es?

—No es... —Luke inspiró profundamente una vez más—. Recuérdame que te regale otra corbata en Navidad, una realmente espantosa. Jocelyn es agradable.

—¿Eso es todo? ¿Es «agradable»? ¿Dónde está la pasión? ¿No quieres tirártela?

—Los abuelos vulgares me dan grima.

—¡Oh, vale! Tu generación lo sabe todo del sexo, pero no la mía. Para que lo sepas, tu abuela y yo...

Luke lo hizo callar con un gesto.

—Ni se te ocurra volver a contarme lo que hicisteis tú y Mary Alice Welsh. Llevas contando esa misma historia cincuenta años.

—Cuarenta —le corrigió David.

—Sesenta y tres.

David se apoyó en el palo de golf y miró a su nieto.

—Vale, está bien, de acuerdo. ¿Qué te está reconcomiendo tanto como para que hayas dejado de cavar y venido hasta Williamsburg?

—Solo está a quince kilómetros.

—A quince kilómetros que no recorres demasiado a menudo —dijo David golpeando la bola con precisión. Luego añadió en voz queda—: ¿Ya ha preguntado por mí?

—No, no todavía, pero hoy estaba bastante trastornada. Parece que la señorita Edi no le ha dejado ni un céntimo.

—Lo sé. La mantenía Alex. O, más bien, subsidiaba a Bertrand y a Edi le daba dinero para regalar.

—Eso es lo que le ha dicho a Ramsey su padre. Rams llevaba el papeleo, pero no sabía que no hubiera dinero.

—Sí, bueno, todos convenimos en mentirle a la segunda generación. Ben podría haberse enterado de la verdad por su padre antes de que este muriera.

—Creo que lo intentó pero que el tío Alex no se la dijo. —Luke miró a su abuelo insistentemente mientras caminaban—. Así que ¿cuál es la verdad?

—Hay algunas cosas sobre las que no estoy dispuesto a hablar. Algunas cosas es mejor dejarlas como están. —Levantó una mano cuando Luke intentó hablar—. Lo que pasó entonces no tiene nada que ver con el presente.

—Aparte de que Jocelyn no tiene un céntimo.

—¿Y? ¿Cuál de nosotros lo tenía a su edad?

—Tiene una casa enorme de la que ocuparse. Es un pozo sin fondo.

—Pues que se case con Ramsey. Es rico.

—Pero... —Luke no terminó la frase.

—Pero, ¿qué? —le preguntó su abuelo—. ¿No crees que hagan buena pareja? El dinero de Ramsey con la casa Harcourt. No puede ser mejor.

—No estoy seguro de que a ella y Ramsey les vaya a ir bien juntos.

—Por lo que he oído, están hechos el uno para el otro. Las perlas de ella hacen juego con las corbatas de él. Convertirán esa casa en un lugar digno de verse. Rivalizará en perfección con lo mejor de Williamsburg.

—Perfección. ¿Quién quiere perfección? —Luke se metió las manos en los bolsillos mientras su abuelo golpeaba otra bola—. Seguramente pondrán una piscina y no dejarán que los niños jueguen nunca en el estanque.

—Ese estanque ha sido siempre un foco de porquería inmunda —dijo David echando a andar—. Su metro de profundidad es probablemente de mierda de pato.

—¿Sí? A lo mejor lo drago para usarla como abono.

—Justo lo que yo digo. ¿Quién va a querer que sus hijos naden en estiércol?

—Nunca me perjudicó —dijo Luke, enfurruñado.

—Eras un bicho raro, mi querido niño. Te encantaba andar por ahí.

—A Ramsey también, de niño.

—No. Él simplemente lo toleraba. Ramsey iba siempre limpio y peinado. Cuando tú jugabas en el barro, saltabas y te revolcabas. Ramsey...

—Hacía tartas con primor.

—Lo que te decía. Él y Jocelyn son perfectos para estar juntos. Vivirán en una hermosa casa y sus hijos irán limpios y tendrán buenos modales.

—¿Por qué me parece tan espantosa la perspectiva? —murmuró Luke.

—No tengo ni idea.

Luke miró atentamente a su abuelo.

—¿Te estás riendo de mí?

—A carcajada limpia... Me estoy partiendo a tu costa. No estoy seguro del tiempo que hace que no me había divertido tanto.

—Gracias, abuelo, eres un gran tipo. Me has alegrado el día.

—De nada. Siempre que quieras reírte de ti mismo, dímelo. —Metió el palo en la bolsa que sostenía Luke—. Se acabó. Vamos a comer y tendremos una charla.

—¿Una charla? Si me dices algo más tendrás que recetarme antidepresivos. Además son más de las cuatro, es demasiado tarde para comer.

David lo miró entrecerrando los ojos.

—Si no cambias de actitud te llevaré a casa y le diré a Mary Alice que estás

deprimido. Te acosará a preguntas hasta que le cuentes tus traumas infantiles y le hables de Ingrid.

Al oír aquel nombre, Luke palideció y retrocedió un paso.

Al cabo de un minuto David había conseguido que los llevara en coche un amigo golfista y volvían al club. Luke no dijo ni mu hasta que estuvieron sentados a una mesa, en un rincón, y su abuelo hubo pedido té, un plato de bocadillos y un par de Jack Daniel's.

—Está bien —dijo—. Ahora cuéntame lo que has venido en realidad a preguntarme.

—Parece que hay grandes diferencias entre lo que la gente cree que es cierto acerca de la señorita Edi y la realidad.

—¿Te estás refiriendo a la falta de dinero o al hecho de que ella y yo rompíéramos nuestro compromiso antes de irnos a la Segunda Guerra Mundial?

Luke miró a su abuelo con la boca abierta.

—¿Rompisteis vuestro compromiso? —susurró.

—¿Por qué se sorprenden tanto los jóvenes de oír que la gente mayor también tiene secretos? ¿Has olvidado que yo era el médico del pueblo? En los años sesenta hubo un brote de gonorrea y yo sabía quién se la había contagiado a quién. Nunca dije ni una palabra. Y hubo...

—¿Cómo era realmente la señorita Edi? —le preguntó Luke, interrumpiéndolo. No quería saber más acerca de la vida privada de la gente de lo que ya sabía.

—Perfecta —dijo David—. Nunca llevaba un pelo fuera de su sito. Nunca decía nada de lo que pudiera arrepentirse. Era fuerte, tenía carácter y sabía lo que quería.

—No parece que te gustara mucho.

—La adoraba. Cuando éramos pequeñitos, Alex McDowell me quitaba los juguetes hasta que Edi le dio un porrazo en la cabeza con un bloque de madera. Nunca volvió a molestarme. Siempre fue toda una señora. ¿Ya sabes que dedicó la vida a ayudar a los quemados?

—Algo he oído.

—Era más de lo que imaginas. Se juntó con el doctor Nigel Brenner y viajaron los dos por todo el mundo. Edi se ocupaba de todo. Por dos veces los sacó de países que se habían convertido de la noche a la mañana en zona de guerra. En ambas ocasiones las enfermeras de Nigel estaban histéricas, pero Edi nunca perdió el valor. Nunca le faltó tampoco el ingenio, y los puso a salvo a todos.

—Pero te casaste con la abuela Mary Alice —le dijo Luke.

David sonrió.

—Con la luchadora, divertida y sexy Mary Alice Welsh. Hasta que Edi se fue del país, ni siquiera me había dado cuenta de su existencia. Cuando volví de la guerra con una herida en el hombro por la que habría podido perder el brazo, ahí estaba ella.

¿Sabes cuál fue su mejor medicina?

—Si vas a hablarme de sexo creo me voy... —le advirtió Luke.

—La risa. Me hacía reír, sobre todo conseguía que me riera de mí mismo.

—Incluso ahora, los viejos siguen creyendo...

—¿Que Mary Alice me embrujó y que era poco menos que una ramera por haberme seducido y apartado de Edi? A ella eso le encanta. Yo quería contar a todo el mundo la verdad, pero Mary Alice dijo que le encantaba que la consideraran una roba novios. Decía que así se sentía tan sexy como una estrella de cine.

Luke no pudo menos que reírse porque decir aquello era muy propio de su abuela. Era una mujer hogareña, siempre dispuesta a ayudar a cualquiera que lo necesitara, sin nada que ver con una roba novios. Sí, se la imaginaba contenta por el hecho de que la consideraran un bombón sexy.

—¿Vas a decirme qué demonios tiene que ver contigo el pasado de Edi o tengo que pedir más bocadillos?

—Se trata de esa chica... —Luke miró su copa. Apenas la había tocado.

—Te gusta, ¿verdad? —le preguntó David, y ya no se estaba burlando.

—Sí, me gusta. Se puso a trabajar en una universidad sin ningún prestigio solo para estar cerca de la señorita Edi. Tess me ha enseñado el currículum de Joce y con sus títulos podría haber ido adonde hubiera querido, pero no lo hizo.

—Al final de su vida, Edi no tenía a nadie —dijo David—. Su hermano había muerto, aunque nunca habían estado muy unidos, así que no tenía a nadie.

—¿Por qué vivía en Boca Ratón? ¿Por qué no volvió a Edilean?

—No estoy seguro, pero supongo que la gente de aquí sabía demasiadas cosas de ella. Venía a menudo e hizo mucho por el pueblo, como estoy seguro que sabes. Pero prefería vivir en Florida.

Luke miró a su abuelo.

—¿Qué pasó en 1941?

David se arrellanó en el asiento con una expresión impenetrable.

—Hay cosas sobre las que es mejor no hablar. Da igual cuántas veces me lo pidas. No voy a contarte esa historia.

—Pues creo que tiene algo que ver con la actualidad. La señorita Edi le mintió a Jocelyn, o al menos le ocultó un montón de cosas. A mí me daría igual, pero Joce está destrozada. Por lo que yo sé, ha tenido una vida de porquería. No sé mucho, pero me parece que la señorita Edi era la única cosa buena en ella. Y ahora resulta que la mujer le ha hecho la faena de dejarle esta vieja casa y ni un céntimo para mantenerla. La señorita Edi podría haber invertido parte del dinero de la fundación de Alex McDowell para crear un legado para una casa histórica, pero no lo hizo. Y si se esforzó tanto para que Joce no se enterara de la existencia de Edilean, ¿por qué le dejó la casa? Nada de esto tiene sentido.

David tardó en responder.

—La Edi que yo conocía tenía un buen motivo para todo lo que hacía, y me parece que quería que tu Jocelyn descubriera qué razón la indujo a hacer lo que hizo.

—No empieces otra vez a meterte conmigo. No es «mi». Jocelyn.

David ignoró el enfado de su nieto.

—¿Has leído las cartas de Edi a Alex?

—¿Cartas? —preguntó Luke, en un tono que dejaba claro que nunca había oído hablar de ellas.

—Sí, cartas. Alex y Edi se cartearon durante la guerra y después. Ramsey tiene que tenerlas.

Luke pensó en aquello un momento. Si había cartas de Edi y Alex, entonces Luke estaba seguro de que Ramsey las había leído... y había guardado el secreto. No era extraño que anduviera detrás de Jocelyn con tanto entusiasmo. Cestas de pícnic, fresas con chocolate, fastidiando a Tess para pedirle consejo... De repente algunas cosas cobraban sentido. La madre de Luke solía visitar a menudo a Alex McDowell. ¿Habría leído ella las cartas? ¿Habrían maquinado los dos un plan para que Jocelyn y Rams acabaran juntos?

Miró a su abuelo.

—¿Y tú, qué?

David le hizo un gesto a la camarera para pedir la cuenta.

—¿Y yo, qué de qué?

—Cartas —le dijo Luke—. ¿Os carteabais tú y la señorita Edi?

—Lo hicimos durante una temporada —dijo David en un tono apenas audible.

Luke miró fijamente a su abuelo mientras firmaba la nota y se levantaba para irse. Él se quedó sentado.

A regañadientes, David volvió a sentarse.

—Vale, está bien. Sí, nos escribimos varias veces pero...

Luke estudió la cara de su abuelo.

—La abuela Mary Alice no lo sabe, ¿verdad?

—Oh, lo sabe perfectamente, pero me hizo jurar que las quemaría y eso hice.

Luke puso cara larga.

—Por casualidad no quemarías otras cartas, ¿verdad?

—No. Tu abuela perdonaba algunas cosas, pero la ponía enferma que la compararan con Edi. Se quedó a mi lado mientras yo echaba una a una las cartas a las llamas.

Luke miró el plato. David guardó silencio.

—Sin embargo... —dijo David.

—Sin embargo, ¿qué?

—La verdad es que esas cartas de Edi no eran demasiado interesantes. Solo

contaba dónde estaba y lo que hacía durante la guerra. Eran más superficiales que esclarecedoras. Pero las historias que le mandaba a Alex... bueno, eran harina de otro costal.

—¿Te refieres a las cartas que tiene Ramsey?

—No, no a esas. Te hablo de las historias que escribía mientras se recuperaba de las quemaduras. Le contó a Alex la verdad acerca de lo que había hecho durante la guerra y todo acerca del tal David de quien se había enamorado.

—¿Las tienes? —A Luke le brillaban los ojos.

—Sí y no. —David hizo una pausa—. Ya sabes cómo era Alex en los últimos tiempos. Yo las leí accidentalmente y creo que es posible que algunas fueran destruidas. Guardé todas las que encontré.

—¿Dónde están?

—En un caja de seguridad que mi mujer no sabe que tengo.

—¿Cuándo podemos sacarlas?

David miró a su nieto.

—Reúnete conmigo mañana a las diez. Iremos a Richmond.

—¿Tienes la caja de seguridad nada menos que en Richmond?

—Da las gracias que no la contraté en Nevada. Nos veremos aquí e iremos juntos.

—No veo la hora.

—No vamos a pescar, pero a lo mejor podemos ir juntos en coche —comentó David, y Luke supo que aquello era una alusión a su abuelo Joe. Nunca se le había ocurrido que su abuelo Dave pudiera estar celoso.

—Pues a lo mejor puedes darme algún consejo acerca de cómo conseguir que una chica luchadora me considere algo más que su mejor amigo.

En aquel preciso instante dos chicas muy monas se acercaron y, cuando vieron a Luke, rieron tontamente, le pusieron ojitos.

—¿Por qué tengo la impresión de que no tendrás ningún problema para conseguir eso sin mi ayuda? Venga, te acompaño a la furgoneta.

—He venido en el coche.

—Si llego a saber que estabas tan interesado en sacarme información te habría hecho pagar a ti la cuenta. Dime, ¿en qué anda tu padre?

Luke soltó una carcajada.

—Está resolviendo un problema de pasteles. —Iba a seguir pero su abuelo le hizo callar con un gesto.

—Ya me lo contarás mañana por el camino. Esta noche la intriga no me dejará dormir.

—Y tú puedes contarme por qué rompisteis vuestro compromiso tú y la señorita Edi.

Estaban en el aparcamiento y, de repente, Luke miró a su abuelo con cariño. Sabía

por experiencia lo repentinamente que la gente puede morir.

—No me mires así. ¡Vete! —le ordenó David—. Hasta mañana.

—Gracias —le dijo Luke subiéndose al coche, pero antes le apretó el hombro a su abuelo.

—No quiero ver otra magdalena en toda mi vida —dijo Sara dándole vueltas a una e intentando adornarla con una rosa de azúcar glasé.

—Y yo que hubiera dicho que te gustaría hacer esto —comentó Tess, que estaba haciendo una gran margarita encima de la suya.

—A ti te gusta porque esto es mejor que trabajar con abogados —le dijo Sara—. Me desagrada el desorden. Me desagrada este olor y ni siquiera me gusta el azúcar.

—No tienes por qué quedarte —le dijo Jocelyn. Estaba junto a la gran y bonita cocina que Jim, el padre de Luke, le había instalado unos días antes. Ya la habían usado tanto que había dejado de ser nueva.

—¡Vete! —le dijo Jim a Sara entrando desde el vestíbulo, cargado de bolsas del colmado—. Vete a coser esos vestidos para señoras que comen de más.

Sara le dio la magdalena a Tess y salió de la cocina prácticamente a la carrera.

Jim supervisó los pastelitos de la mesa y de las encimeras como si fuera un inspector gubernamental.

—¿Paso el examen? —preguntó Joce.

—Tienen buena pinta, pero me parece que Luke es quien puede poner objeciones porque sabe más que yo de flores.

Tess dejó la gran manga pastelera que sostenía y sacudió los brazos. Pocos eran los que sabían la fuerza que hacía falta para exprimir la manga pastelera llena de glaseado por las finas boquillas para crear dibujos.

—Voy a escribir una novela negra. La asesina será una decoradora profesional de tartas. Nadie sospechará de ella porque el asesinato habrá requerido una gran fuerza física. ¿Quién va a pensar que una dama que decora tartas tiene la fuerza de diez hombres en los brazos? —dijo.

Jim cogió un pastel con aspecto de mariquita. El cuerpo era rojo con topitos negros y la cara también negra. Tess le había añadido unos ojitos blancos, una naricita roja y una gran sonrisa. Había creado asimismo una tortuga verde con las patas y la cabeza de caramelo de chocolate. Sin embargo, su obra maestra era un simpático pollito amarillo y sonriente con los ojos cerrados y las alitas desplegadas, que parecía dispuesto a levantar el vuelo.

—Deberías dedicarte a este negocio —le sugirió Jim, mientras cogía un pastel con florecitas rosa y amarillas con el centro blanco.

—No —dijo Tess, alargando la sílaba—. Solo valgo para estar rodeada de hombres mandones. —Cogió un pastelito y lo miró—. ¿Qué te parece? ¿Intento que sea un abejorro?

—Me parece que intentes lo que intentes te saldrá bien —le respondió el hombre mirando a Jocelyn, que estaba colando una tanda de espinacas troceadas. Ya llevaban

días haciendo pasteles y la sorpresa había sido lo buena que era Tess decorándolos.

El primer día, Jim se había puesto al mando. Ni él ni Joce habían encontrado a Luke en el jardín, así que habían ido en coche a su casa para tomar prestada su furgoneta. Jocelyn sentía curiosidad por ver dónde vivía, pero solo había visto el exterior de la vivienda. No era una casa grande, pero tenía un amplio porche en la parte delantera y era bonita. No sabía cómo esperaba que fuera, pero no hacía falta ser un experto para ver que aquella casa valía mucho dinero. Las ventanas, de madera de mucha calidad, tenían cristales dobles. El tejado era de pizarra. Miró por un lado y vio que detrás había un fabuloso jardín.

Cuando miró a Jim, él la estaba observando.

—Por lo que veo no habías estado aquí nunca —le dijo pulsando las teclas numéricas para abrir la puerta del garaje.

—No. ¿Dicen en el pueblo que he estado?

—En este pueblo se dice de todo. —Cuando la puerta se abrió, añadió—: Se ha llevado el coche.

—¿Luke tiene una furgoneta y, además, un coche?

Jim la taladró con los ojos, pero no le respondió.

—Se habrá ido a Williamsburg a ver a su abuelo.

—Tenía entendido que su abuelo murió.

—Eso te dijo, ¿verdad?

—Sí —dijo con cautela Joce mientras subía a la furgoneta. ¿Había algún secreto acerca del abuelo de Luke?

—Supongo que ha ido a ver al otro abuelo, al padre de mi mujer.

—Ah. —Joce no añadió ningún comentario. Como sospechaba, delante de la furgoneta había tres motos: una Honda llena de barro, una vieja Indian y una Kawasaki roja de carretera.

Quería enterarse de más cosas sobre Luke, pero Jim no parecía dispuesto a decirle nada de su hijo. De hecho, el hombre no parecía dispuesto a decir nada de nada, así que estuvieron un rato callados.

—No quieres decirme de qué va todo esto de los pasteles, ¿verdad?

—No tengo ni idea —dijo Jim—. Luke me dijo que quería organizar una fiesta por todo lo alto para el sábado en la que venderías repostería a veinticinco dólares la pieza... o por ahí. Me pareció bien. ¿Qué clase de equipamiento te hace falta?

—De la clase que no cuesta un duro —respondió impulsivamente.

—¿Qué tal si te lo vendo a plazos y no empiezas a pagar hasta dentro de un año y medio?

—Para poder hacerme una oferta así tienes que haber vendido el alma al diablo.

Jim soltó una risita.

—Peor: se la debo a los almacenes.

—¿Qué otra cosa esperas cuando cargas dieciséis toneladas?^[2] —le preguntó Jocelyn, más seria que una patata.

Jim sacó la furgoneta del garaje sonriendo de oreja a oreja.

—Cualquiera capaz de citar a Tennessee Ernie Ford es mi amigo del alma. ¿Qué me dices de una cocina de seis fogones con plancha de asar y dos hornos?

—¿De cuántas BTUs?^[3]

—Seiscientas como mínimo.

—No me extraña que fueras bueno en tu trabajo. Esto es como el porno para las mujeres.

La llevó a un almacén de las afueras de Richmond y la presentó a un centenar de hombres. A todos les había enseñado el oficio y todos seguían en deuda con él. Jim había sido el gerente regional de todo el sureste de Estados Unidos y siempre había aumentado su cota anual de ventas por lo menos un cuatro por ciento.

Lo que podía conseguirle a Jocelyn eran electrodomésticos con alguna tara. Todos tenían alguna abolladura inapreciable, pero ningún cliente habría querido pagar por ellos lo que valían. Le consiguió asimismo una nevera enorme amarillo pálido con un ligero defecto de color.

—Parece de mantequilla —fue el comentario de Jocelyn.

—Ese es el problema —dijo Jim—. Hoy en día la gente no quiere ni oír hablar de mantequilla. Solo piensan en lechuga. —Lo dijo de un modo que a ella le hizo gracia.

Cuando llegaron a Edilean Manor había coches en el sendero de entrada.

—Mi mujer está haciendo todo lo posible para librarse de mí —dijo Jim—. A lo mejor tú y yo podemos poner un negocio juntos.

—¿Un negocio de qué tipo?

—Todavía no lo sé, pero si se me ocurre algo te lo diré.

—¿Qué hay de Luke? Los dos podríais...

—Nos mataríamos la primera semana. Le gusta trabajar solo.

—Pero no puede sacar mucho dinero de la jardinería. No soy agente inmobiliaria pero esa casa que tiene vale lo suyo.

—Solo necesita tiempo para lamerse las heridas. —Jim se apeó de la furgoneta—. Estará bien. Le gusta mucho, lo sé. Hace mucho que no lo veía tan animado.

Jocelyn se quedó en la furgoneta viendo cómo Jim entraba en su casa. ¿Luke desanimado? ¿Qué le hacía desgraciado? A ella nunca le había parecido que estuviera «desanimado».

Al cabo de un momento la mujer del pelo rojo que la había visitado el día anterior salió, abrió el maletero de su coche y sacó una amasadora enorme. Joce salió corriendo de la furgoneta de Luke.

—Deja que te ayude a llevarla. —La agarró por debajo y luego cogió otra caja que la mujer le tendía.

—Nos conocimos en la iglesia, pero no estoy segura de que me recuerdes. Soy Mavis...

—La madre de Ken.

—Eso es. —Pareció complacida de que lo supiera—. ¿Dónde habéis estado Jim y tú?

—De compras. Lo traerán todo mañana.

—¡Ja! Si conozco a Jim Connor las cosas llegarán en cualquier momento. Ya hay un hombre dentro desconectando la tubería del gas. ¿Es verdad que vas a abrir una pastelería en Edilean y a vender por correo a todo Estados Unidos?

Jocelyn tardó un momento en asimilar lo que acababa de decirle.

—No. Nada me gustaría menos que preparar repostería el resto de mi vida. De hecho, estoy pensando en escribir la historia de Edilean. He oído tantos secretos jugosos que creo que debería compartirlos con el mundo.

Mavis le dedicó una pálida sonrisa y fue hacia la casa a toda prisa.

—Yo en tu lugar no se lo diría a nadie, a no ser que quieras que alguien eche arsénico en el pastel que vayas a comerte —le dijo por encima del hombro.

Jocelyn la siguió y entraron en la casa. «Interesante», pensó. Era evidente que su comentario había hecho blanco en un punto sensible.

Mavis tenía razón. Los electrodomésticos llegaron al cabo de dos horas, y Jim ya estaba enfurruñado y preguntando cómo podían tardar tanto en hacer un simple trabajo.

—¿No se alegraron cuando se jubiló? —le susurró Joce a Tess.

—La verdad es que lloraban. Sacaba lo mejor de ellos.

—Como tú de tus abogados.

Tess se encogió de hombros y empujó una bandeja giratoria.

—¿Os importa que os ayude? A veces estoy hasta el moño de papeleo. Sería interesante hacer algo distinto.

—No sé la envergadura que va a tener la tarea, pero me parece que voy a necesitar toda la ayuda posible.

Más tarde pensó que ojalá nunca hubiera dicho aquello. Al principio, algunas feligresas se pasaron para ver qué hacían, y alguna que otra había intentado decorar un pastelito, pero con Tess y Jim dando órdenes, no habían tardado en irse.

—Ya ves lo que tengo que soportar —le oyó decir Jocelyn a la madre de Luke a una de aquellas mujeres mientras se iban las dos.

Al final, los únicos en la cocina eran Tess, Jim y Jocelyn. Esta última horneaba los pasteles y los metía en la nevera. Luego Tess los decoraba. Jim se aseguraba de que las dos tuvieran todo lo necesario y se ocupaba de lavar los utensilios. Tess vio enseguida que no le gustaban las bolsas de papel encerado, así que Jim le buscó en Internet bolsas de tela. También encargaron mangas pasteleras, boquillas, glase de

colores y clavos para hacer flores, todo lo cual llegó en una caja enorme que contenía también un DVD explicativo acerca de cómo usar todo aquel material. Tess lo miró en su reproductor portátil y enseguida fue como si lo hubiera hecho toda la vida. Al cabo de poco había rosas de glasé por todas partes.

Tarde, el segundo día, Ramsey se presentó con un maletín lleno de papeles y una lista de preguntas para Tess. La mayoría empezaban por: «¿Dónde está...?».

Tess estaba creando alas de mariposa sobre papel encerado. Cuando se endurecieron las separó del papel, las juntó y las colocó encima de los pastelitos.

—No lo sé —le dijo a Ramsey—. Pide a una de las chicas que busque lo que no encuentras. ¿Ya han terminado el curso para aprender a leer?

—Tess... esto no tiene gracia. Tengo que estar en el juzgado mañana a las nueve y no sé qué ha sido de la declaración.

—¿Nadie la grabó? —preguntó levantando la cabeza.

—Claro que la grabaron. Cuando la transcribieron la... —Se interrumpió—. Por favor, dime que no sigue en la cinta.

—Yo no les he dicho a las chicas que la transcribieran, así que, a menos que lo hicieras tú, la declaración sigue en la cinta. Y es probable que incluso en la grabadora. Espero que comprobases las pilas. ¿Te aseguraste de que las ruedecitas estuvieran girando?

—Tengo que irme —dijo Ramsey. Por el tono, estaba a punto de darle un patatús. Cuando pasó junto a Jocelyn se detuvo, como si pensara que debía hacerlo y decirle algo.

—¡Vete! —le dijo ella—. Comprueba la grabadora. Haz lo que tengas que hacer.

Corriendo ya por el vestíbulo gritó:

—Mañana, Tess. Te quiero en el despacho mañana por la mañana. Quiero que me acompañes al juzgado.

Oyeron cerrarse la puerta principal.

Joce, que revolvía algo en un cazo, se volvió para dirigir su mirada a Tess.

—Me fastidia perderte, pero si te necesitan en el trabajo...

—No tengo intención de volver a ese despacho hasta que Ramsey McDowell y sus socios me ofrezcan un aumento de sueldo.

—Y un coche —dijo Jim desde la puerta.

—Y una cocina nueva —remató Jocelyn, y luego miró a Tess—. Vale, nada de cocina nueva. ¿Qué me dices de una tarjeta de crédito de la firma y cuatro semanas pagadas de vacaciones?

—Eso me gusta. —Tess sonreía mientras contemplaba un precioso pastelito en forma de abejorro—. Aunque a lo mejor lo dejo y me dedico a esto.

Lo decía en broma, pero Jim y Jocelyn se miraron de un modo significativo.

Eran las cuatro en punto de la víspera de la fiesta y Jocelyn estaba tan cansada

que no se tenía en pie.

—¿Qué van a comer los adultos? —preguntó entonces Jim.

—Creía que habría comida para ellos.

—Sí, la hay. Viv ha contratado un catering. Pero ¿qué hay de los pasteles? O de las galletas. Supongo que preferirán algo que no lleve un dedo de azúcar.

—¿Qué tal flores comestibles?

Los tres se volvieron y vieron a Luke en la puerta, con una gran caja de madera llena de flores.

—¿Dónde has estado? —le espetó Joce—. Llevamos días sin verte el pelo. ¿Qué has estado haciendo?

Los otros dos la miraron porque parecía enfadada.

—Me alegro de saber que se me ha echado de menos —dijo tranquilamente, dejando la caja en un extremo de la mesa.

—Perdona. Yo, eh... —Jocelyn no sabía qué decir, pero estaba avergonzada de haber tenido aquel pronto—. Es que nos habría venido bien tu ayuda, eso es todo.

—Por lo que he oído, las tres estáis haciendo un trabajo estupendo. Así que... Papá, ¿cuáles has decorado tú?

—¡Que te den! Lo mío es dirigir. ¿Dónde has estado? ¿Con mi suegro en esa lujosa casa, en su lujosa urbanización jugando en su lujoso campo de golf?

Luke miró a Jocelyn.

—¿No te encanta la familia?

—La tuya sí, la mía no —dijo ella rápidamente, arrancándole una carcajada.

—¿Podrías apartar esa sucia caja de los pasteles? —le dijo Tess.

—No está sucia. De hecho... —Cogió una preciosa capuchina y se la comió—. Estas flores no solo están limpias sino que son comestibles.

Jocelyn lo miró con unos ojos como platos.

—Flores —susurró—. Como las flores de calabacín fritas.

—Exacto —le dijo Luke sonriente.

—¿Eso es una cosa yanqui? ¿Flores fritas? —preguntó Jim—. Y nos acusan a nosotros los sureños de freírlo todo.

—No las freiremos —puntualizó Luke—. Solo adornaremos con ellas los pasteles de los adultos. —Miraba a Jocelyn intensamente, como si tratara de transmitirle algún pensamiento.

—¡No las tienes!

—Sí que las tengo. En la furgoneta.

—¿Tenemos que adivinar lo que tenéis en esa furgoneta? —preguntó Tess, pero Jocelyn ya había salido corriendo y Luke la seguía.

Los cuatro se amontonaron en la trasera de la furgoneta mientras Luke desataba una lona. Debajo había dos cestas de mimbre llenas de bolsas de celofán llenas de

ramitas secas de color lila.

Jocelyn se quedó un momento sin habla.

—Me hará falta un... —dijo por fin.

Luke apartó más la lona para destapar un mortero de mármol de unos treinta y cinco centímetros de diámetro, con una gran mano.

Joce soltó un grito y le echó los brazos al cuello espontáneamente.

—¡Lo has traído! ¡Eres fantástico! ¡Gracias, gracias, gracias!

Tess y Jim se quedaron mirándolos a los dos.

—Será mejor que vayas haciendo la lista de invitados para la boda —le susurró Tess, pero Jim no respondió. De hecho, tenía el ceño fruncido.

—Está bien —dijo por fin—. ¿Queréis decirme vosotros dos qué es esto? Parece un instrumento de Merlín. ¿Vais a convertir eso en oro?

De repente Joce se sintió incómoda y se apartó de Luke.

—Ha conseguido lavanda, y esto es un mortero con su maza para machacarla. Podré preparar galletas de lavanda. Son perfectas para los tés.

—¡Estupendo! —exclamó entusiasmada Tess—. ¿Cuándo vamos a...? —El modo en que Luke la miró la hizo callar—. Suena muy bien, pero creo que será mejor que vaya a ver qué problema tiene Rams. Si no encuentra esa cinta va a perder el caso. Veré qué puedo hacer para ayudarlo.

—Y yo estoy hecho polvo —dijo Jim—. Soy demasiado viejo para esto. Estaré aquí mañana a primera hora para ayudaros a llevarlo todo a casa de Viv, así que no os acostéis tarde. —Miró con cariño a su hijo.

Se sacó las llaves del coche del bolsillo, se subió al vehículo y se fue. Tess se marchó a su apartamento.

—¿Esto ha sido por algo que he dicho? A lo mejor tendría que haberme duchado —le preguntó Luke cuando estuvieron solos.

—Renuncié a entender a la gente de este pueblo a la hora de haber llegado. Entra y cuéntamelo todo. Y, de paso, vas a sembrar las hierbas aromáticas gratuitamente. O a lo mejor pagará el trabajo tu padre.

—¿Ese tacaño? ¡Qué va! ¿Qué te dijo para que tenga que hacer mi trabajo gratis?

—Me he portado muy bien. Aunque tu padre adora que le digan «sí».

—No se lo habrás dicho, ¿verdad? —gimió Luke—. Cuando tenía seis meses, mamá y yo hicimos el trato de que nunca, nunca le diríamos que sí, y hemos cumplido el juramento. Por favor, dime que no lo has echado a perder.

—Seis meses... —repitió Joce sonriendo y entrando de nuevo en la cocina. No había ni un centímetro que no estuviera cubierto de los pastelitos más hermosos imaginables: flores, insectos y animalitos. Cerca de una docena tenían dibujos de zapatos de tacón y vestidos.

—Veamos... ¿son estos de Sara?

—Bingo. Quería que preparara unos cuantos pasteles en forma de zapatos de tacón, pero habría sido demasiado engorroso.

—¿Y estos? ¿Los has hecho tú? —Levantó un pastelito en forma de cara de perrito, marrón y blanco.

—Ha sido cosa de Tess.

—¿De Tess! ¿De la misma Tess que trabaja para Ramsey? ¿De la Tess que desdeña todo lo cursi y lo sentimental?

—La misma que viste y calza. Me parece que tu padre quiere montar un negocio con ella.

Luke se sentó en una silla, mirándola fijamente.

—Mi padre y Tess... ¡Si los dos son unos mandones! Les encanta decirle a todo el mundo lo que debe hacer y cómo hacerlo. Mi padre nunca se lleva bien con nadie a quien no pueda darle órdenes. Y Tess más o menos igual. Dirige el despacho de Ramsey como un almirante de la Armada.

Joce se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de cómo pueden trabajar juntos, pero lo hacen. Tendrías que verlos colaborar. Son como una maquinaria bien engrasada. Si a Tess se le termina el glasé azul no dice ni pío, pero cuando vuelve a estirar el brazo para coger la manga pastelera está otra vez llena.

—¿Mi padre? ¿Él le prepara el glasé?

—Y le rellena las mangas. Al segundo día, él y Tess se pasaron dos horas navegando por Internet y encargaron un montón de mangas pasteleras y bolsas y... bueno, de todo.

—Ojalá hubiera estado aquí para verlo.

—¿Y dónde estabas? —le preguntó Joce, untando de mantequilla unos moldes de papel.

—Déjame hacerlo a mí —le dijo Luke—. No quiero que mi padre me ponga en evidencia.

Mientras se lavaba las manos, contempló el despliegue de repostería. Era realmente bonita y con un aspecto muy profesional.

—Estoy esperando —le dijo Joce.

—Perdona. Es que me he quedado embobado mirándolo todo.

—No, lo que quiero decir es que estoy esperando a que me cuentes dónde has estado.

—Bueno, mamá... —dijo, como si se estuviera dirigiendo a su imaginaria progenitora.

Joce no le rio la broma.

—Vale. ¿Cómo hago esto? —le preguntó él.

Ella le enseñó a usar la espátula para llenar los moldes y a meter la bandeja en el

horno y poner el temporizador.

—Tenemos que meter todo esto en las cajas que tu padre encargó, así que puedes hablar mientras lo hacemos.

—¿Por qué crees que la señorita Edi no te habló nunca de Edilean?

—No lo sé —dijo Joce, y notó el dolor con que lo decía—. Me contó muchas cosas sobre su vida. Podría escribir un libro sobre los años que pasó con el doctor Brenner, pero no me dijo ni una sola palabra acerca del pueblo en el que se crió.

—¿Nunca te habló de su infancia?

—Me contó que había crecido en un pueblecito del Sur, nada más. Decía que su vida no había empezado hasta conocer a David. Y, hasta que llegué, creía que David había perdido la vida en la Segunda Guerra Mundial. Fue Sara quien me dijo que él la engañó. Edi volvió de la guerra con las piernas destrozadas y el hombre al que amaba se había casado con una cualquiera a la que había dejado embarazada.

—Es un modo de verlo —dijo Luke, metiendo una docena de pastelitos en una caja.

—¿Qué quieres decir? Es como si pensaras que he dicho una cosa horrible. Solo repito lo que me contaron.

—¡Los chismes de Edilean! ¿Dónde lo pongo? —Levantó la caja de pasteles.

—Me parece que las dejaremos en el vestíbulo. Necesito espacio para trabajar con el mortero.

—Supongo que sabes que hay máquinas para eso.

—Claro, pero ¿quién quiere una? Yo no.

Vio que a Luke le había gustado aquella respuesta, porque salió al vestíbulo con la caja, volvió con el mortero y luego trajo las cestas de lavanda.

—Me parece que tienes algo que decirme pero que no te atreves —dijo Joce—. Venga, suéltalo.

—Si pudieras dedicarte al trabajo que quisieras, ¿cuál sería?

—Biógrafa.

Luke la miró, sorprendido.

—Cuando iba al instituto, Edi decía que un amigo suyo quería escribir la biografía de una tía abuela sufragista, pero que no tenía ni idea de cómo realizar la investigación. No sabía acceder a las fuentes.

—A las fuentes —dijo Luke, sin dejar de empaquetar pasteles—. Cartas, documentos inéditos... ¿esa clase de cosas?

—Exactamente. Me pasé las vacaciones de Pascua con la mujer y fue una semana estupenda. Hurgamos en los baúles y revolvimos en los altillos de algunos familiares.

—¿Escribió el libro?

—Sí pero no —dijo Joce. Sonó el temporizador del horno y sacó los pasteles—. Lo escribió, pero no encontró quien se lo publicara, así que solo lo leyó la familia.

Pero eso es lo de menos. Lo fantástico fue investigar y hurgar y enterarse de cosas de la vida de aquella persona. En ese caso, la mujer descubrió que lo único que había hecho su abuela había sido invitar a las sufragistas a tomar el té en su casa, porque cuando su marido se enteró se acabó todo. Aun así, me encantó.

»Luego Edi me animó a escribir a unos cuantos editores y pude hacer trabajos de investigación para otros libros. No me pagaban mucho, pero me apasionaba.

—¿Sobre quién te gustaría escribir?

—Bueno... —Jocelyn dudó, haciendo acopio de valor para decírselo—. He pensado en escribir sobre el trabajo de Edi con el doctor Brenner. Murió hace algunos años, pero su mujer tiene todas las cartas que le escribió a Edi, y me dijo que estaría encantada de prestármelas. Sin embargo, cree que quiero escribir acerca de su marido, no de su ayudante. Eso puede ser problemático.

—¿Y si yo te dijera que tengo el punto de partida de una historia que la señorita Edi escribió acerca de sus aventuras de guerra y que me la ha dado el David que tú crees que la dejó plantada?

—¿Qué? —Jocelyn levantó la cabeza del mortero—. ¿El muy imbécil le escribía mientras ella estaba en el hospital con las piernas en carne viva?

Luke tragó y esperó un momento antes de responder.

—Está bien. Vamos a dejar las cosas claras. Vas a tener que dejar de repetir las mentiras que en este pueblo dan por ciertas. El David que tú crees que dejó plantada a Edilean Harcourt es mi abuelo, y la «cualquiera» a la que dejó embarazada es mi abuela... con lo que el bebé resultante es mi madre.

—¡Oh! —dijo Jocelyn, dejándose caer en una silla—. Tu abuelo la cortejó «apasionadamente». y luego...

—Antes de que digas nada más, me parece que deberías saber que había otro David, al que mataron durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Otro David? —susurró Jocelyn—. ¿Edi estaba enamorada de dos hombres que se llamaban igual?

—He pasado dos días con mi abuelo y...

—¿Vive? ¿El David de Edi vive todavía?

—¡Y tanto! Sigue casado con Mary Alice, y continúan enamoradísimos. Él me contó la primera parte de la historia que la señorita Edi le mandó a un amigo. No la he leído, pero el abuelo dice que cuenta lo que le sucedió.

Jocelyn no podía apartar los ojos de él.

—Si no te das prisa machacando esa lavanda nos pasaremos aquí toda la noche y nunca terminaremos las galletas.

—Quiero ver esa historia ahora mismo —susurró Jocelyn.

—No. —Luke fue contundente—. Si yo puedo esperar para leerla, tú también. Vamos a terminar todo esto, a sacarle un beneficio y luego me la leerás mientras

siembro ese jardín.

Despacio, Jocelyn se levantó y siguió majando.

—Quiero que me cuentes absolutamente todo lo que sabes, sin dejarte ni un solo detalle.

—No es mucho, y he tenido que jugar al golf con el abuelo Dave para enterarme de lo que acabo de decirte. Aborrezco el golf.

—Pero te encanta pescar.

—¡No empieces otra vez a meterte conmigo! —exclamó Luke, gritando casi. Luego dijo—: Perdón. Llevos dos días aguantando los celos de mi abuelo.

—¿De qué te has enterado?

Luke se quedó silencioso un momento.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—No lo sé. A veces me parece que toda mi vida has sido una mentira. Pero aunque haya sido verdad, no lo entiendo. Hasta que conocí a Edi tenía a mis abuelos y el abuelo solía pasarse horas hablándome de mi madre. No era partidario de endulzar los hechos. La abuela lo reñía porque me hablaba como si fuera una persona adulta.

»Sea como fuere, mi madre se pasó la vida en escuelas privadas. Tocaba el piano lo bastante bien para dar conciertos. Era guapa, inteligente y popular. Tenía docenas de admiradores, pero rechazó todas las proposiciones de matrimonio. La abuela decía que llegó a creer que no se casaría nunca. Y ¿sabes lo que hizo?

—Ni idea.

—Se enamoró perdidamente del encargado de mantenimiento del club de campo del que mi abuelo era socio. Él había dejado los estudios y no había vuelto a abrir un libro jamás. Vivía en una casucha de una sola habitación y gastaba hasta el último céntimo que tenía en sus motos. Mis abuelos hicieron cuanto se les ocurrió para que lo dejara, pero mi madre les dijo que se marcharía de casa si no le daban su bendición... y un lugar donde vivir.

Jocelyn hizo una pausa mientras vertía el polvo de lavanda en la mesa y medía los ingredientes para las galletas.

—En aquella época mi madre tenía ya casi treinta y tres años y los abuelos sabían que no la harían cambiar de idea. Se rindieron y fingieron estar encantados de que su hermosa hija se casara con el de mantenimiento. Incluso actuaron como si no les importara que los recién casados se mudaran con ellos. Mi abuelo le consiguió a mi padre un trabajo en la compañía de seguros y él iba a trabajar todos los días, pero era un desastre. Eso sí, no cabía duda de que amaba a mi madre.

—Y eso era lo importante —dijo Luke.

—Sí, pero... Mis abuelos no criticaban nunca a mi padre, pero sé lo que opinaban de él. En cualquier caso, cuatro años después de que mis padres se casaran nació yo y,

cinco años más tarde, mi madre murió de un aneurisma. Cuando tenía nueve años los abuelos fallecieron en un accidente de coche y...

—Solo te quedó tu padre.

—Sí —dijo, mirando las galletas—. Y volvía a ser como antes. Nada de corbata. Nada de intentar trabajar de nueve a cinco. Los abuelos me dejaron a mí la casa y el poco dinero que había lo administraba el abogado de la familia. Cuando cumplí los doce no quedaba ni un céntimo. —Jocelyn sonrió—. Entonces conocí a Edi y mi vida dejó de ser tan solitaria.

—Vale —dijo Luke—. ¿Eres capaz de cocinar mientras escuchas?

—¿Me estás preguntando si puedo hacer galletas y escuchar al mismo tiempo la historia de Edi? ¿La has traído?

—Tengo el primer capítulo.

—¿Está narrada en capítulos como una novela?

—Eso parece. —Luke suspiró—. No bromeaba cuando te he dicho que el abuelo está celoso. El abuelo Dave era el médico del pueblo, así que conocía a todos y estaba siempre rodeado de gente. Si íbamos a una fiesta de Navidad, la mitad del pueblo hacía cola para enseñarle un furúnculo o una verruga, con la esperanza de obtener consejo médico gratis.

—Y como tú eras un solitario te mantenías alejado de la multitud —dijo Jocelyn.

—Exactamente. Así que, ahora que el abuelo Joe ha muerto y el abuelo Dave está jubilado, quiere...

—Que pases más tiempo con él.

—Eso es. Así que por eso he estado unos días fuera. La abuela Mary Alice quería decirme unas cuantas cosas, también, por tanto...

—Te han chantajeado para que te quedaras en su casa. ¿Cuánto has engordado?

—Ni un gramo. Me he pasado el santo día caminando por el maldito campo de golf con la bolsa del abuelo a cuestas. Pesa una tonelada.

—¿Qué le has sacado?

Luke se levantó, fue a coger la chaqueta que había dejado en una silla y sacó un fajo de papeles doblado en dos del bolsillo. Eran hojas de papel viejas y amarillentas, con los bordes gastados.

Jocelyn se sentó delante de él, con un cuenco grande de pasta teñida de lavanda en los brazos.

—¿Es la historia?

—El primer capítulo. Por lo visto cuando la señorita Edi estaba en el hospital recuperándose de las quemaduras escribió esto y se lo mandó a su amigo Alex McDowell.

—El hombre cuyo dinero administraba ella. El hombre que le hizo un juramento que nadie quiere decirnos en que consistió. ¿Han leído estos papeles muchas

personas?

—No lo creo. El tío Alex se los entregó a mi abuelo hace muchos años. El abuelo los leyó y han permanecido desde entonces en una caja de seguridad, en Richmond.

Joce miró las hojas que tenía Luke sin dejar de amasar.

—¿Dónde está el resto?

—Mi abuelo me la entregará capítulo por capítulo. Me temo que voy a tener que jugar más al golf con él.

—Llévatelo a pescar, o a dar un paseo en una de tus motos.

—¿Cómo sabes...? ¡Ah! Tú y papá habéis cogido prestada mi furgoneta. Cuando te apetezca dar un paseo en moto, me lo dices.

—Claro.

Luke no pareció darse cuenta de lo reacia que era a ir en moto.

—Tú lee que yo preparo las galletas. —Cuando él abrió la boca, le ordenó—: ¡Espera un minuto! He tenido una idea terrible y quiero pedirte tu opinión.

—Ya me gusta.

—Una vez preparé unos pasteles para uno de los eventos benéficos de Edi: se llaman Margarita porque la masa está aromatizada con tequila y el glaseado es de zumo de lima y tequila. ¿Te parece que debería atreverme con ellos para la fiesta de Viv?

—¿Tienes los ingredientes?

Joce abrió una alacena y apartó un montón de bolsas de papel. Detrás había dos botellas de tequila y un montón de limas.

—No sabía cómo se lo tomaría tu padre, así que le pedí a Tess que me lo trajera a escondidas.

—No se lo diremos. Podemos llamarlos pasteles de lima y ya está. ¿Podemos tomar un traguito?

Sonriente, Joce sirvió dos chupitos de tequila y le ofreció uno.

—¿Lista?

—Creo que sí.

Luke empezó a leer.

Londres, Inglaterra, 1944

—¡Clare! —El capitán Owens llamó a su sargento, que estaba apoyado en el jeep con la mirada perdida. Al no obtener respuesta, agitó la mano delante de su cara sin conseguir tampoco reacción alguna.

—¿Qué demonios le ocurre a este hombre? —le preguntó al cabo, que estaba de pie al otro lado del vehículo.

—Es por ella —dijo el cabo Smith, quitándole el cigarrillo de los labios a David Clare. Se estaba consumiendo y amenazaba con chamuscarlo.

—¿Por quién? —preguntó el capitán con impaciencia—. A veces estos hombres parecen no darse cuenta de que estamos en guerra.

El cabo le dio una última calada al cigarrillo de Clare y después señaló con la cabeza hacia el gran edificio que tenían enfrente. Era hermoso, pero una cuarta parte había quedado reducida a escombros. De pie, en los escalones, estaba el general Austin, una especie de bulldog que por lo visto opinaba que había que hablar tan deprisa, de un modo tan sucinto y en voz tan alta como fuera posible. Era conocido por hacer aflorar las lágrimas a los ojos de hombres hechos y derechos con sus órdenes. Los soldados jugaban a un juego que llamaban «Peor que Austin». ¿Qué prefieres, primera línea de fuego o quince minutos con Austin? ¿Tortura o Austin? El último año habían acuñado un eslogan: «Mejor que Austin». Lanzaban la consigna cuando iban a iniciar una carga. «Esto es mejor que Austin», decían antes de poner la bayoneta.

El bajo y robusto general estaba vociferando a tres jóvenes oficiales, y el sargento Clare lo miraba fijamente, como en trance.

—¿Por Austin? —dijo el capitán con desagrado—. ¿Está paralizado por culpa de Austin? ¡Oh, demonios! Habrá que buscar a otro para conducir el coche del bastardo. ¡Clare! Ven conmigo.

El sargento Clare no se movió.

—No es por culpa del general —dijo el cabo Smith— ¡Es por culpa de ella!

El capitán Owens se volvió justo cuando «ella» salía de detrás de una columna y sonrió. Ah, sí. Ella, la señorita Edilean Harcourt, la secretaria del general. La Intocable. La mujer que despertaba la lujuria de todo el ejército pero a la que ningún hombre había tenido el valor de acercarse. Corría el rumor de que sus piernas medían un metro y se comentaba mucho lo que haría un hombre con unas piernas como esas.

Fueran cuales fueran sus fantasías, ninguno había sido objeto de otra cosa que no fuera una sonrisa de Edilean Harcourt... no por falta de empeño. Habían probado todos sus trucos para conquistarla: desde el caballero inglés de elegante acento que le

había susurrado que era de la realeza, hasta un soldado americano de los suburbios de Los Ángeles; todos lo habían intentado.

Flores, dulces, poemas de amor, incluso habían colgado una noche en la fachada una pancarta que rezaba: «Señorita Edi, te quiero». Todo inútil.

Había sido un juego muy divertido para los hombres que llevaban algún tiempo en aquel destino ver a los recién llegados caer rendidos cuando veían por primera vez a Edilean Harcourt. Un palmo más alta que el general, de una belleza patricia, los hombres no podían quitarle los ojos de encima. La frase más común pronunciada por los novatos era: «Es una diosa».

Cuando un novato había tenido esa «visión», el dinero empezaba a cambiar de manos. Apostaban sobre el número de días que transcurrirían hasta que recibiera la «mirada mortal» de la señorita Edi, y sobre lo que haría el pobre para conquistarla. Sabían que el general se quedaba con los bombones que le enviaban y arrojaba las flores por la ventana porque padecía fiebre del heno. En cuanto a las medias, todo el mundo sabía que todas las chicas de la oficina del general llevaban medias perfectas.

Así que el capitán Owens sacudió la cabeza y cerró los ojos un momento. Otro hombre había caído bajo su hechizo.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le preguntó al cabo.

—Desde ayer, creo que no ha dormido esta noche, que ha estado acostado mirando el techo.

—Bien —dijo el capitán con sarcasmo—. Justo lo que necesito. Han enviado a Clare aquí especialmente para que conduzca el coche de Austin. Condujo a otro general a través del fuego enemigo sin una vacilación. Ha sido propuesto para una medalla y Austin le quiere a él.

El cabo miró a David Clare. Era un hombre joven, alto, de cabello rubio oscuro y ojos azules, y seguía de pie en estado comatoso desde que había visto a la mujer en el porche.

—Parece capaz de correr bajo las bombas por ella.

—Ya, bueno, nosotros también lo haríamos, aunque esa quizá se limitaría a pasar por encima de nuestros cadáveres.

—Ya veo, señor, que ha decidido usted considerarla la Reina de Hielo.

—Mejor eso que recordar las rosas que robé de una casa incendiada y que me lanzó a la cabeza *Corazón de Piedra* Austin.

—Entiendo, señor.

—¿Y tú qué? —preguntó el capitán, apoyándose en el jeep, sacando un cigarrillo y ofreciéndole otro al cabo.

—Seda de paracaídas —dijo, encendiendo el cigarrillo del capitán y después el suyo—. Lo robé de intendencia, arriesgándome a un consejo de guerra —añadió. Después miró de reojo al capitán.

—No te preocupes. Nadie informa de los delitos que se cometen en nombre de la señorita Harcourt.

Fumaron en silencio, apoyados en el jeep, con el silencioso y pasmado sargento Clare entre ambos. Al cabo de un rato el general Austin pareció cansarse de gritarles a los pobres oficiales y bajó las escaleras. Como siempre, le seguía a corta distancia la señorita Harcourt. Formaban una pareja chocante: ella alta, delgada, elegante; él bajo, grueso y vulgar. Se decía que cuando Austin tenía dieciséis años un juez le había dado a escoger entre la cárcel o el Ejército. También se decía que el general había dicho que el Ejército era exactamente igual que una guerra entre bandas, pero con mejor comida, y que había pisoteado a todos los que se habían interpuesto en su camino hacia la cima. Hubiera hecho lo que hubiera hecho para llegar a su posición, era un verdadero as para la guerra.

El cabo y el capitán se pusieron firmes cuando vieron que el general se les acercaba. Owens deseó haberse llevado al sargento Clare de allí. Austin le echaría la culpa de la incapacidad de Clare al que tuviera más cerca, y eso significaba que se la echaría a él.

Pero subestimaba al sargento Clare. Cuando vio acercarse al general, volvió en sí y le abrió la puerta del pasajero.

Por mucho que el general se quejara, era cortés con la señorita Harcourt. Antes de que ella llegara había estado cambiando de secretaria cada tres meses. A dos las habían mandado a casa al borde de la crisis nerviosa. Los hombres decían: «Las bombas no las asustan, pero Austin las manda al hospital».

Le habían asignado a la señorita Harcourt hacía un año. Circulaba una historia, una que les contaban a los novatos recién fracasados con sus flores y sus dulces, acerca de la primera vez que el general le había gritado a la señorita Edi. Nadie conocía los detalles, pero decían que se había erguido en toda su estatura, mirado al general y dicho que quería hablar con él en privado. Cuando se cerró la puerta todo el mundo pegó la oreja, pero la señorita Harcourt habló en voz baja. Solo alcanzaron a oír cosas como «abuso», «nunca más se atreva» y «respeto».

Durante el último año habían ido adornando el suceso hasta convertirlo en leyenda. Se rumoreaba que, cuando la señora Austin conoció a la señorita Harcourt, la abrazó con más fuerza que a su marido y estuvo más pendiente de la comodidad de la joven que de la suya propia o la de él.

Fuera cual fuera la verdad, el general Austin trataba a la señorita Harcourt con la máxima cortesía. Se sentó en el asiento trasero y esperó pacientemente a que ella ocupara el delantero. Mientras el sargento subía al coche, ella le entregó una carpeta.

—Debería usted leer esto —dijo.

El capitán y el cabo miraron cómo el general cogía la carpeta y la abría.

—Escucha —le dijo el capitán a Clare, de forma que solo él le oyera—, es mejor

que la olvides, no puedes conquistarla.

El sargento Clare le lanzó al capitán una mirada que él ya había visto muchas veces antes y que significaba que nadie la había conquistado porque nadie lo había intentado.

El sargento Clare arrancó el jeep y maniobró entre los numerosos vehículos y personas que lo rodeaban.

—¿De dónde es usted? —le preguntó a la señorita Harcourt.

—Creo que debería estar atento a la carretera.

David dio un par de volantazos para evitar un bache, pasando entre un hombre con muletas y dos preciosas chicas, casi por encima de los pies del hombre y rozando con el jeep las faldas de las mujeres, tan ancho. El hombre levantó una muleta y le insultó, y las dos chicas chillaron. En el asiento trasero, el general Austin levantó la vista de los papeles que intentaba leer y sonrió con malicia. No había nada que le gustara más que ver a un hombre hacer una locura por su secretaria.

—Del Sur —dijo David—, noto por su acento que es del Sur.

Edi no se molestó en contestarle.

—¿Y de dónde del Sur? —insistió David— ¿De Lousiana? No, eso queda demasiado al Sur. —La miró de arriba abajo, sorteando un bache—. No, no la veo compartiendo una mesa llena de cangrejos hervidos. Es más de plata y porcelana china.

Edi señaló la carretera, después tuvo que agarrarse al salpicadero para evitar salir disparada por encima de este cuando David pisó bruscamente el freno. En el asiento posterior, el general clavó los talones en el suelo del coche, pero no dijo nada.

David esperó mientras un camión cruzaba la carretera por delante de ellos.

—De Georgia —sugirió—, tal vez Savannah. —Miró a Edi esperando una respuesta, pero ella permaneció en silencio—. Yo soy de Nueva York. —Pisó el acelerador, dejando apenas unos centímetros entre el jeep y la trasera del camión—. Allí conduzco un taxi y tengo un pequeño taller. Puedo reparar prácticamente cualquier pieza de un motor. —Como la estaba mirando, casi chocó con otro vehículo del cual bajaban cuatro oficiales británicos. Los salpicó al pisar un charco y le gritaron obscenidades.

—Sargento —dijo Edi con la mandíbula apretada—. Debo insistir en que deje de hablar y mire por dónde va. Lleva usted a un pasajero muy importante.

—Yo la cuido, no se preocupe.

—¡No es a mí a quien debe cuidar! —exclamó—. Es al general. Lleva usted al general a bordo.

—¿Él? —dijo David, mirando por el retrovisor al general, que levantó la carpeta para ocultar su rostro—. Es de Nueva York. En Manhattan el tráfico es peor que aquí. Pero usted parece nerviosa.

—No lo estoy —le espetó ella señalándole un gran camión que tenían delante y otro que venía de frente por la derecha.

—Ya lo veo, estoy en ello —dijo David, dando un acelerón para adelantar el camión que iba delante. Durante varios segundos fueron directos hacia el camión que venía de frente por el otro carril. Edi se aferró a la puerta y al borde del cristal de la ventanilla. David se desvió bruscamente un segundo antes de estrellarse contra el camión, que iba lleno de soldados que aclamaron su arrojo. David hizo sonar el claxon, saludando con la mano al pasar.

—¿Ha visto?, conmigo está a salvo —le dijo.

Edi le dedicó una mirada de desprecio. Oyó un sonido ahogado del general, sospechosamente parecido a una carcajada. Pero cuando se volvió hacia él, tenía la carpeta abierta delante de la cara.

—De Virginia —dijo David—. Es usted de Virginia, la vieja patria de T. J., eso es.

—Sé quién es T. J. —dijo ella—. Es Thomas Jefferson.

—¿Es usted maestra?

—No, cultivo taxistas de Nueva York en el patio trasero —se burló ella.

—Tiene un mal día, ¿no?

—No, no lo tenía hasta que le he conocido.

—¿A mí? Así que es usted una de esas virginianas presuntuosas, ¿verdad? Demasiado orgullosa por ser de la tierra de los Padres Fundadores^[4] y esa clase de cosas. Bien, no la culpo por enorgullecerse de su tierra, pero creo que no debería mirarnos con desdén a nosotros, pobres yanquis.

—El hecho de que sea de Virginia no tiene nada que ver con el disgusto que usted me provoca. Es usted el peor conductor que he conocido.

—¿Mal conductor? —preguntó él incrédulo—. Jamás he tenido un accidente. Algún guardabarros abollado y quizás uno o dos radiadores destrozados, pero nada que pueda considerarse un auténtico accidente.

En el asiento trasero del jeep, el general Austin dejó la carpeta y comenzó a observar a su secretaria y a su nuevo chófer como si se encontrara en un autocine.

—Casi arrolla a un hombre con muletas, casi choca con un camión, casi se estrella contra un coche con cuatro oficiales británicos y casi provoca que dos camiones cargados de soldados choquen —le espetó ella enfadada.

—Abusa usted de la palabra «casi», ¿no le parece? ¿Sabe o no sabe que «de un casi no ha muerto nadie»? Así que es usted de Virginia. ¡Yo tenía razón!

—De donde yo sea no es asunto suyo. ¡Su trabajo es mirar la carretera!

—Prefiero mirarla a usted. ¿Tiene novio?

—¡Sí! —exclamó ella— Estoy casada y tengo dos niños.

—Tal vez yo conduzca un poco rápido, pero usted no dice la verdad. Me hablaron

de usted cuando me dijeron que el general Austin quería que trabajara para él.
¿Quiere saber lo que me dijeron?

Edi se aferró al jeep mirando al frente, sin decir nada.

David se inclinó tanto hacia ella que puso la cara a escasos centímetros. Incluso en aquella postura, maniobró con el jeep entre dos camiones y una motocicleta con sidecar.

—Me dijeron que bastaba con una docena de rosas y una gran caja de bombones para que un hombre consiga cualquier cosa de usted.

Se apoderó de Edi tal cólera que fue a darle un bofetón. David, sujetando el volante con la mano izquierda, la agarró con la derecha y le besó la palma.

Ella se soltó de un tirón y le miró como si quisiera matarlo.

—¡Qué va! —dijo él—, no dijeron eso. Pero no es agradable que te mientan, ¿a que no? Las mentiras pueden herir.

Edi volvió la cabeza hacia él un momento, luego miró nuevamente la carretera.

—Sí, soy de Virginia y no tengo novio.

—Gracias, señora. —Echó un vistazo al general por el retrovisor. No estaba seguro, pero a David le pareció que el viejo bulldog sonreía.

—Bien —dijo Jocelyn cortando el sándwich de Luke en diagonal, como a él le gustaba. Había sacado del horno la última bandeja de galletas de lavanda. Era la una de la madrugada y estaba nerviosa y cansada, pero no podía sentarse. Sabía sin necesidad de que Luke se lo dijera que tenía hambre, así que le había preparado un sándwich de jamón y queso, servido unos nachos azules y escanciado una cerveza.

Él murmuró las gracias cuando le puso delante el plato.

—¡Qué generosa para ser mi abuelo un monstruo! Ella estaba enamorada de David Clare.

—Ella no lo soportaba.

—Ya —dijo Luke con la boca llena—. Haces unos sándwiches muy malos, ¿lo sabías?

—A esta hora de la madrugada todo me sale mal.

—Cierto. —Luke se zampó el resto del sándwich y apuró la cerveza—. Es mejor que me vaya. Necesitas dormir un poco. Mañana es el gran día.

Como Jocelyn no decía nada, la miró.

—¿Estás bien?

—No, la verdad es que no. Todo sucede demasiado rápido.

Luke dejó el plato y le puso las manos en los hombros para sentarla en una silla.

—Dime qué te preocupa.

—Creo que la gente quiere que sea como Edi: una gran dama, la señora de la mansión. Creo que tienen unas expectativas de futuro para mí que no me veo capaz de satisfacer.

—Probablemente estés en lo cierto.

Ella le miró.

—¿No deberías decirme que son imaginaciones mías y que nadie espera nada de mí?

—Prefiero decirte la verdad. Mañana todo Edilean estará en casa de Viv y todos te estarán observando y comparando con...

—Consigues que me sienta peor todavía.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que estás haciendo un gran trabajo?

—¿Quién puede asegurar eso?

—¿Sabes lo preocupada que estaba esta ciudad cuando se supo que la señorita Edi había legado Edilean Manor a una desconocida, que había dejado esta antigua casona a una mujer soltera, sin hijos. Teníamos miedo de que te presentaras con... —Hizo un gesto evasivo con la mano.

—¿Con tatuajes y piercings?

—Peor. Con ideas para hacer «mejoras».

—Que quisiera cromo y fuentes de cristal...

—Sí. —Torció la cara en una mueca—. Cromo y fuentes de cristal. —Tomó las manos de Edi entre las suyas—. Eres fantástica. Ponte tu vestido de Alicia con una cinta en el pelo y todos te encontrarán maravillosa.

Luke le sonreía de modo que la indujo a acercársele. Deseaba que la abrazara. Pero él se apartó y Jocelyn se irguió de inmediato.

—¡A la cama! —le dijo—. Tienes que dormir para estar fresca mañana.

—Sí, claro —dudó ella—. Solo falta que se enfríen las galletas y ya estará.

—Estoy seguro de que papá vendrá temprano para ayudarte.

Joce se levantó bostezando.

—Tú vendrás, ¿verdad?

—¿Bromeas? Tengo que ir en coche a Williamsburg para recoger a mis abuelos y llevarlos a la fiesta. Se mueren por conocerte.

—¿Por qué?

—Eres la mujer que va a ocupar el lugar de la señorita Edi. Por supuesto que quieren pasarte revista.

Jocelyn gimió.

—Lo harás bien, ahora vete a la cama.

—Pero tengo que... —Miró la cocina.

—La cocina está bien como está. Voy a cerrar la casa. Lo que necesitas es dormir.

Ella no se daba cuenta de lo cansada que estaba hasta que subió el primer peldaño. Cuando llegó al piso de arriba, sonrió a Luke, lo saludó levemente con la mano y entró en el dormitorio.

A pesar de lo exhausta que estaba, se duchó, se lavó el pelo y se puso un camisón limpio. Cuando se metió en la cama, pensamientos e imágenes giraban en su mente como en un caleidoscopio. Casi podía ver a Edi de joven, perseguida por todo el ejército. Pero al parecer un solo hombre había podido atravesar su helada coraza: el sargento David Clare. El David al que amaba más que a sí misma.

Jocelyn oyó un ruido abajo y supuso que Luke seguía cerrando puertas, tal vez empaquetando galletas.

«Dos hombres estupendos», pensó. Había dos hombres guapos en su vida y ninguno de los dos había intentado besarla siquiera. Si había besado a Ramsey había sido por iniciativa propia. Desde luego a ella no le habían colgado una pancarta en la fachada con una declaración de amor.

El «patio trasero» de la hermana de Ramsey consistía en cerca de veinte mil metros cuadrados de cuidado jardín, atendido diariamente por cuatro jardineros de los cuales solo uno hablaba inglés. Había mesas bajo los árboles, todas con níveos manteles y servidas por personal de uniforme. Los invitados parecían sacados directamente de un catálogo de Talbots: los hombres con flamantes americanas y pantalones. Las mujeres con blusa y falda de lino y sombrero con el ala levantada; los niños tan limpios como sus padres y las niñas con vestidos de algodón. El lugar apeataba a dinero y etiqueta del Viejo Continente.

—¿Te diviertes? —le susurró Sara a Jocelyn

—¿En comparación con qué? ¿Con naufragar o con caer por una grieta del hielo? —le dijo disimuladamente.

—Al menos tus bizcochos me darán mucho trabajo. Mañana me llamarán para ensanchar una docena de vestidos.

Sonriendo, Jocelyn le entregó a un hombre de pelo gris un bizcocho adornado con tres capuchinas.

—¿Le quedan pasteles de lima? —preguntó él.

—Lo siento, se han terminado.

—¿Creías que nadie notaría el sabor del licor? —le susurró Sara, haciendo sonreír a Jocelyn—. Vamos a descansar un poco. ¿Has visto la casa de Viv?

—No he visto nada ni me han dejado hablar con nadie —se quejó Joce—. De hecho, cada vez que un hombre bien parecido se me acerca, uno de tus miles de primos me aparta de él. Ramsey está tan ocupado hablando con los peces gordos de Williamsburg que no he cruzado ni una palabra con él, y por lo visto Luke está robando las plantas del jardín. Además, las feligresas tienen algo que consultarme cada vez que un hombre de menos de cincuenta años se me acerca mínimamente.

—Vamos adentro y hablaremos —dijo Sara, tomándola de la mano y alejándola de las mesas.

Cruzaron el césped, el patio y las cristaleras de un largo y estrecho invernadero amueblado con una mesa y sillas de mimbre blanco. La tapicería de los almohadones era varios estampados de color blanco y azul.

—Bonito —dijo Jocelyn.

—Esto es lo que se puede lograr con buen gusto y tanto dinero como haga falta. ¿Sabes que hoy has llevado a Viv al séptimo cielo?, ¿verdad? Todo el mundo está entusiasmado con la fiesta.

—Me la han presentado entre un centenar más de personas. Si no estuviera tan embarazada, no estoy segura de que pudiera reconocerla si vuelvo a verla.

—No te preocupes. Ella te conoce y conoce tu repostería. Esas galletas moradas

han dejado a las señoras de las obras benéficas tan impresionadas que te pedirán que te encargues del bufé de otra fiesta que se celebra la semana que viene.

—Yo no quiero dedicarme al catering —dijo Joce categórica.

—Ya lo sé, pero ellos no. Vamos arriba a ver los dormitorios.

—¿No deberíamos pedir permiso antes de fisgonear?

Sara se asomó por la ventana.

—Cuatro ancianos vienen hacia aquí y creo que te buscan.

—¡Vamos! —dijo Jocelyn y salió corriendo. Siguió a Sara por las escaleras traseras y recorrieron el pasillo.

—Niño, niño, niño —fue diciendo Sara a medida que pasaban por delante las habitaciones—. El cabeza de familia. —Abrió una puerta—. La habitación de invitados. Siéntate.

Agradecida, Jocelyn se sentó en un gran sillón de cuero mientras que Sara se tumbó en la cama.

—Bien, ¿qué hay entre tú y Rams? —le preguntó.

—¿Me has hecho subir para enterarte del último cotilleo?

—Por supuesto. ¿Pensabas que quería tu receta de los bizcochos borrachos de bourbon?

—Son de tequila.

—Da igual. ¿Entonces qué? ¿Qué hay entre vosotros?

—No lo sé. Te he dicho que le he visto hoy, pero no hemos hablado. Es algo así como un político, ¿no?

—Conoce a todo el mundo y todo el mundo le conoce a él. Es su forma de hacer negocios. Entonces, ¿hasta qué hora se quedó Luke en tu casa anoche?

—No lo sé, me fui a la cama —dijo Joce, mirando a Sara para ver qué diría, pero permaneció en silencio—. Dime, ¿ya me consideran liada con uno de los dos?

—Creo que Rams es el principal candidato a pretendiente.

—¡Qué interesante! —exclamó Joce con frialdad.

—¿No te gusta la idea?

—Tengo curiosidad por saber si el siglo XXI ha llegado a esta ciudad. ¿Se puede saber qué ha pasado con la pasión, con el noviazgo, con los hombres que se esforzaban por conquistarte? ¿Qué ha sido de los regalos, de las pancartas, de la conducción peligrosa solo para llamar la atención de una?

—No sé qué libro has estado leyendo, pero quiero que me lo prestes.

—Ninguno —dijo Jocelyn, que no quería contar lo que Luke le había leído—. ¿Con quién sale Luke?

—Con nadie —dijo Sara, lacónica—. Vive solo y no sale con nadie.

Jocelyn esperó a que Sara continuara, pero no lo hizo.

—¿Eso es todo? ¿Por qué cada vez que menciono a Luke todo el mundo se cierra

en banda? ¿Es un fugitivo de la justicia?

—En cierto modo —dijo Sara, mirando al suelo.

—Tienes algo que contarme, ¿no es así?

—Nada importante, solo... —Sara no terminó la frase.

—Has conocido a un hombre.

—¡Sí! —dijo Sara—. Joanne Langley nos presentó.

—¿Y ella quién es?

—Es la agente inmobiliaria local. A veces me cuesta recordar que tú no has vivido siempre aquí.

—Creo que es el mejor cumplido que me han hecho nunca —dijo Jocelyn secamente—. Bien, háblame de él.

—Es alto, rubio y rico. Por supuesto que lo de rico no tiene importancia, pero...

—No vas a despreciarlo por eso. Cuéntamelo todo.

—Se llama Greg Anders. Recientemente ha comprado una casa situada en las afueras del pueblo. En realidad la parte antigua de esa casa era la vivienda del capataz de Edilean Manor.

—Un capataz... ¡Vaya panorama! ¡Y no te atrevas a tacharme de yanqui!

—De acuerdo —dijo Sara con una sonrisa.

—¿Cómo es?

—Hasta ahora solo hemos salido una vez, pero es encantador e inteligente y... y la soledad que emana de él me hizo desear...

—¿Adoptarlo?

—En realidad, casarme con él y tener tres hijos. Ayer compré un ejemplar de *La Novia Moderna*.

—¡Dios mío! ¿No vas muy deprisa?

—Sí, creo que sí. ¿Sabes por qué? Creo que es el destino.

—¿Cómo es eso?

—Ya conoces a Joanne... No, no la conoces. Es la celestina del pueblo. Si estás soltera y acudes a ella para encontrar piso se pone a buscarte pareja. Su cuñada se dedica a organizar bodas, así que...

—Entonces, ¿dónde interviene el destino en tu caso?

—Greg me eligió. Joanne y él comieron juntos y hablaron largo rato. Ella le habló de las muchas mujeres solteras que hay por aquí y...

—¿Y me incluyó?

—No —dijo Sara. Después se dio cuenta y rectificó—: Seguro que lo hizo. Jocelyn decidió ignorar aquel desliz.

—Entonces, ¿en qué se basó Greg para elegirte? ¿En fotos? Si es así lo entiendo. —Sara llevaba flores en la melena rubia y un vestido de suave algodón en tonos pastel con capullitos de rosa bordados en el canesú.

—No, Joanne no tenía fotos, solamente le habló de algunas mujeres. Como Greg es un hombre de negocios, primero le sugirió a Tess, pero Greg dijo que creía que no le gustaría andar con una mujer que se pasa la vida rodeada de abogados.

—A lo mejor Joanne le contó la verdad sobre Tess. Que tiene... ¿Cómo diríamos? Una personalidad algo difícil.

Sara sonrió.

—Puede que tengas razón. Sea lo que sea lo que le dijo, se lo agradezco, porque él le pidió mi teléfono y me llamó. Lo pasamos realmente bien. Hablamos interminablemente de todo. No te rías, pero se interesó incluso por mis labores de costura. Dice que debería abrir una tienda. —Sara hizo una pausa—. Sé que es pronto, pero realmente creo que tal vez sea el adecuado.

—Fantástico. —Jocelyn suspiró—. ¿Besa bien?

—Es inmejorable. —Sara miró a Joce—. Ya sé que Ramsey es mi primo, pero ¿cómo lo hace?

—Oh, estupendamente —dijo Joce—. Besa realmente bien y no puede apartar sus manos de mí.

Las palabras de Joce parecieron gustarle muchísimo a Sara, que empezó otra vez a hablar. Un ruido proveniente de la planta baja las distrajo, sin embargo. Parecía que había pasado algo, porque los chiquillos gritaban.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Joce levantándose de un salto y corriendo hacia la ventana para mirar al jardín.

Si se hubiera despertado esa mañana y hubiera pensado qué era lo peor que podía pasarle, la respuesta habría sido: «Que se presenten las Astras». Abajo, rodeada por todos los invitados de la fiesta, como una reina a la que todos hubieran estado esperando, estaba una de las Astras. Como siempre, la seguían media docena de parásitos hablando por teléfono y también una mujer alta, escuálida, con los pómulos muy marcados y el cuello de jirafa, que estaba de pie junto a ella.

—Ahí están —susurró Sara—, o una de ellas, al menos.

—Es Bell —dijo Jocelyn apoyándose en la pared y golpeándose repetidamente la cabeza contra esta—. Tendría que haberle insistido a Rams para que les escribiera explicándoles que no tengo dinero, solamente una casa vieja que se cae a pedazos. Tendría...

—¿Quién es toda esa gente que la rodea? —preguntó Sara.

—Su séquito. Gastan su dinero antes de que ella lo gane.

—Una parece... —Sara puso unos ojos como platos, observando más atentamente la escena que se desarrollaba abajo—. ¡Que el cielo nos asista! ¡Lo es! —dijo sin aliento. Luego miró a Jocelyn—. Lo siento. —Posó su mano en el brazo de su amiga—. ¿Por qué no nos vamos de aquí sin que nos vean? Nos escabullimos por la puerta del garaje, cogemos el coche y nos largamos. Así no tendrás que verla.

—Me encanta la idea. Guíame, te sigo —dijo Joce, corriendo detrás de Sara—. ¿Cómo se ha enterado de esta fiesta?

—Edilean tiene una página web. ¿No la has visto?

—Supongo que la sección de eventos se me pasó. Además, creo que yo solo me entero de lo que la gente quiere que me entere.

Jocelyn siguió a Sara escaleras abajo tan rápido que dio un traspié.

—¡Vamos! —dijo Sara, agachándose. Las dos dieron la vuelta a la gran isla de la cocina para llegar a la puerta.

Jocelyn nunca había visto reaccionar de aquella manera ante la idea de conocer a las Astras. Normalmente la gente se peleaba por acercarse a las modelos. Pero Sara le estaba evitando a Joce un encuentro que sería indudablemente desagradable. ¡Qué buena amiga era!

Todavía agachada, Sara alcanzó y giró el pomo de la puerta del garaje... y se topó de frente con un niño de unos cinco años que le sonrió con insolencia.

—¡Mamá! ¡La he encontrado! —gritó a viva voz.

—Espera a ver tu próximo regalo de cumpleaños Jamie Barnes, ¡pequeño chivato! —dijo Sara.

—¡Mamá!, la tía Sara me ha llamado...

Sara le tapó la boca con la mano.

—Si lo dices te arrepentirás —le susurró al oído.

—¡Aquí estás! —dijo Vivian, la alta y embarazada hermana de Ramsey.

—¡Mamá! La tía Sara ha dicho...

—Sí, lo sé, cariño. Tú no parabas de parlotear y ella te ha amenazado. Ya que el sábado que viene Sara os va a hacer de niñera a ti y a tu hermano, deberías pensártelo dos veces antes de acusarla.

El niño se puso pálido.

—Tía Sara, he comido dos de tus bizcochos y eran los mejores. —Dicho esto, salió del garaje corriendo y se perdió de vista.

—Jocelyn —dijo Viv—. Tú y yo apenas hemos tenido tiempo para hablar y no he podido agradecerte esta fiesta tan estupenda. ¡Qué sorpresa tan agradable ha sido enterarme de que tu hermana es...!

—Hermanastra —dijeron Jocelyn y Sara al unísono.

—Perdón. Enterarme de que tu hermanastra es una de las famosas gemelas. Nos ha pedido que te busquemos porque no se puede quedar mucho rato. —Viv sonrió señalando hacia atrás con el brazo para indicarles el camino a través de la cocina hasta el jardín. No tenía intención de dejarlas escapar.

—Y, Sara —dijo Viv cuando salían de la casa—, Ingrid ha venido con ella. ¡Estoy tan contenta! Quizás ahora las cosas se arreglen.

Jocelyn era capaz de andar únicamente porque Sara y Viv iban detrás de ella. La

gente se apartó sonriendo cariñosamente, comparando con la mirada a la alta, delgadísima y extremadamente maquillada Bell y a Jocelyn. Bell llevaba un par de grandes triángulos de piel que dejaban al descubierto la parte izquierda de su cintura y la pierna derecha desnuda desde medio muslo. Su pelo era una tupida masa de extensiones y un chiquillo podría haber usado sus pendientes para jugar a los aros.

En comparación con la gente que la rodeaba, vestida de forma tan conservadora, era como un anuncio de neón en una noche oscura. Algunas de las mujeres intentaban parecer escandalizadas, pero Bell estaba tan radiante que su enfado no era auténtico.

—Querida —dijo Bell cuando tuvo a Jocelyn a su lado. Después se inclinó exageradamente, como si Joce fuera medio metro más baja que ella, y la besó en ambas mejillas. Cuando se irguió, dijo—: ¡Qué aspecto tan dulce tienes! Pareces una niña de catorce años. Me encanta tu cara lavada, sin maquillaje.

Joce sabía que a los extasiados observadores Bell les parecía una hermana que la adoraba. Ahí estaba ella, una superestrella, volando desde quién sabe dónde solo para asistir a la fiestecita de su hermana. Joce no se atrevía a abrir la boca porque sabía que lo que le saldría sería: «¿Qué quieres?».

Pero ni Bell ni Ash se habían quedado nunca sin palabras.

—¿Te imaginas qué sorpresa cuando Ingrid mencionó que su marido trabajaba en Edilean Manor? ¡Qué pequeño es el mundo!, ¿verdad? Y cuando vi una foto suya, pensé que verdaderamente estaban hechos el uno para el otro. Soy así de romántica. Cuando Ingrid dijo que había una gran fiesta en Edilean este fin de semana y vi que tú te encargabas del catering con esas galletas moradas tuyas, supe que tenía que venir a darte mi apoyo. Dime. —Bell agitó sus artificialmente espesas pestañas—. Supongo que ya no pones infusión de marihuana en los bizcochos de chocolate, ¿o sí?

Tres personas dejaron el bizcocho. Una mujer le quitó el pastel a su hijo.

A Jocelyn no se le ocurría nada que decir aparte de insultarla o llegar a las manos.

—Bien, querida Cindy —dijo Bell—. Tengo que irme, pero Ingrid se quedará unos días para estar con su marido. Espero que puedas dispensarlo del trabajo en tu jardín. Ah, por cierto, Ash y yo te hemos traído un regalo.

Sacó una cajita de terciopelo azul, pero Jocelyn sabía lo que contenía, así que no lo cogió. Fue Sara quien cogió la caja y la abrió. Las Astras habían engastado los carbones tallados de Edi en latón para hacer un collar y unos pendientes. Eran una obra maestra de la cursilería.

—Espero que los disfrutes tanto como lo hemos hecho Ash y yo. —Bell lanzó a Jocelyn dos besos en el aire y se fue flotando hacia una multitud de jovencitas que eran apenas capaces de controlar sus chillidos.

Cuando la multitud se hubo alejado detrás de Bell, Sara miró las joyas que sostenía y le preguntó:

—¿Es carbón?

Pero Jocelyn solo prestaba atención a la mujer que Bell tenía detrás, a su izquierda, a la que había visto desde arriba. No era tan alta como Ash y Bell, ni se daba tantos aires, pero solo por la postura de sus hombros se deducía que era modelo. Iba maquillada de forma que pareciera que no llevaba maquillaje y vestía con sencillez, aunque probablemente su ropa costaba lo que Jocelyn ganaba en un año.

—Tú debes de ser Ingrid —acertó a decir por fin, y la mujer le sonrió.

—Te pido disculpas por la presentación. Bell puede a veces no ser la persona más amable del mundo, pero lo arregló para que yo pudiera estar aquí hoy. Tu fiesta es encantadora. —Miró a Vivian, que estaba al lado de Jocelyn—. Hola Viv. ¿Está aquí?

—Si le rompes de nuevo el corazón, yo... —le advirtió Viv, pero su marido le pasó el brazo por los hombros y señaló con la cabeza hacia la valla posterior.

—Esto es asunto de ellos dos —dijo—. Deja que Luke se arregle con su esposa. Vamos, te he guardado algunas de esas galletas moradas.

Cuando se fueron, Sara, Jocelyn e Ingrid estaban solas.

—Le veo —dijo Ingrid, y se le iluminó el rostro con una sonrisa. Fue corriendo hacia los árboles floridos de la parte posterior de la propiedad.

Jocelyn se dio la vuelta y vio a Luke mirando a Ingrid, inmóvil, con el rostro inexpresivo. Cuando lo alcanzó, le rodeó el cuello con sus largos brazos y lo besó en la boca.

Jocelyn tardó un momento en reaccionar, pero después se volvió hacia Sara.

—Ahora lo entiendo todo. Me han mantenido ocupada con Luke, que está casado, para que no viera a otro hombre más que al que han elegido para mí: Ramsey. —Se volvió y fue hacia la parte delantera de la casa, donde estaba su coche.

—¡Joce! —la llamó Sara yendo tras ella—. Déjame explicártelo.

—No hay nada que explicar —dijo Jocelyn cuando Sara la alcanzó—. Los del pueblo me han emparejado con Ramsey y su primo casado Luke me ha mantenido ocupada mientras él se dedicaba a sus negocios. Ha funcionado perfectamente. Nunca había visto un plan mejor. ¿Han elegido tus chicos también mi traje de novia?

—Jocelyn, por favor —la llamó Sara, pero Joce no se detuvo.

Tardó diez minutos en llegar a casa. Cuando hubo entrado cerró la puerta, fue hasta la parte trasera y cerró también las dos puertas. Comprobó incluso que las ventanas estuvieran cerradas con pestillo. No quería que nadie entrara sin su permiso.

Su impulso era hacer la maleta e irse, pero sabía que debía calmarse y pensar lo que iba a hacer a partir de entonces. Una cosa era recibir una carta de una querida amiga diciéndole que conocía al hombre perfecto para ella y otra muy distinta encontrarse en una ciudad rodeada de desconocidos que habían estado planeando su futuro.

Jocelyn no llevaba en casa más de veinte minutos cuando llamaron educadamente a la puerta. Se asomó por la ventana lateral y no le sorprendió ver a Ramsey y Luke.

Su primer impulso fue decirles que se fueran y no volvieran más, pero en lugar de hacerlo abrió la puerta.

—Nos gustaría explicarnos —dijo Ramsey.

—No hay nada que explicar —contestó Jocelyn.

—¿Podemos entrar?

—Por supuesto —dijo ella, apartándose y dejándolos pasar a la sala de estar.

Se sentaron uno al lado del otro en el sofá amarillo de la señorita Edi. Jocelyn colocó una silla enfrente de ellos. Ramsey llevaba su perfecto traje con el que pretendía demostrar que era un joven y prometedor hombre de negocios, mientras que Luke iba en vaqueros y camiseta.

—¿Cómo está tu esposa? —le preguntó Jocelyn a este último.

—Muy bien —dijo él sonriendo—. Le han gustado tus galletas moradas.

—¿Se ha terminado media?

—Más bien un cuarto.

—¿Queréis dejarlo ya? —exclamó Ramsey—. Jocelyn, mi primo y yo hemos venido para explicarte algunas cosas que creo que has malinterpretado.

—¿Como cuáles?

—Nuestras intenciones.

—¿Intenciones? —preguntó Jocelyn—. No tengo ni idea de lo que quieres decir.

—Ya te he dicho que estaría furiosa —dijo Luke, apoyándose en el respaldo del sofá.

—El que mi primo se haya presentado como lo que no es no quiere decir que yo lo haya hecho —dijo Ramsey, y era el abogado quien hablaba—. Yo siempre he sido honesto y claro acerca de mis intenciones hacia ti.

—¿Qué serían...?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ramsey, que no había entendido la pregunta.

—Ella quiere saber qué pretendes hacer —dijo Luke—. Si tienes intención de casarte con ella o de ponerle una tienda, como pretende hacer con Sara su nuevo novio.

Ramsey se volvió para mirar a su primo.

—Todo esto es culpa tuya. ¿Por qué no le dijiste que estabas casado?

—Nunca salió el tema —dijo Luke, después miró a Jocelyn—. ¿Tienes cerveza?

—Para ti no —le respondió Jocelyn con fingida dulzura—. ¿Por qué no se la pides a tu esposa? ¿O solamente te envía cheques para que puedas vivir a todo trapo realizando un trabajo de poca monta?

Luke se puso rojo de rabia, pero Ramsey trató de disimular una sonrisa.

—Joce tiene tu teléfono. ¿Por qué no nos esperas fuera? Mejor aún, ¿por qué no te vas a casa y nos dejas solos?

Luke, sin decir palabra, fue a levantarse.

—Dime Ramsey, ¿qué es lo que tanto deseabas? ¿A mí o mi casa?

Luke la miró, parpadeó varias veces y volvió a sentarse.

—¿Cómo puedes decir algo así? Me gustas desde incluso antes de conocerte,

—¡Y qué pareja tan perfecta hacemos! El dinero de los McDowell con la tierra de los Harcourt. Yo no llevo el apellido pero poseo la casa. He visto a toda esa gente a la que hacías la pelota hoy. Piensa con cuánto estilo podrías recibirlos aquí. No piensas presentarte a las elecciones, ¿o sí?

Luke dejó escapar una risita ahogada.

—Ahí te ha pillado.

Jocelyn se volvió hacia él echando chispas.

—Y tú me has mantenido ocupada para que no pudiera conocer a otro hombre mientras Ramsey estaba trabajando. Ha sido todo muy inteligente, muy bien hecho.

—Joce, no ha sido así —comenzó Ramsey.

—¿No? En el segundo picnic me hablaste de las cartas de tu abuelo que habías leído. ¡Qué historia tan conmovedora! Me hiciste creer que estabas enamorado de mí desde que era una niña. Pero, por supuesto, después de esa revelación no te volví a ver durante varios días.

—Creo que os voy a dejar solos —dijo Luke.

—¡Oh no, no lo harás! —le espetó Joce, así que se sentó de nuevo.

—Mira, yo nunca me he hecho pasar por lo que no soy. Soy tu jardinero, eso es todo. El tema de mi vida privada nunca ha surgido entre nosotros.

—No voy a molestarme en contestar a eso. Los jardineros no... no se interesan tanto por sus patronas como tú lo has hecho por mí. Eres como mi padre, con su labia, sus Harleys y su afición por las chicas que no saben ni abrir un libro.

—¿Cómo tu...? —Luke estaba escandalizado—. ¿Crees que soy como tu padre?

—Una fotocopia, Y, por cierto, es tu primo quien te paga el sueldo.

—Lo sé —dijo Luke. Todavía se le notaba en la cara la impresión que le habían causado las palabras de Jocelyn—. Todas las semanas le inflo la factura.

—¿Por qué...? —empezó a decir Ramsey.

—¡Fuera! —les gritó Jocelyn—. Fuera de mi casa los dos ahora mismo. No quiero volver a verlos... nunca más.

—Jocelyn —dijo Luke, mientras ella intentaba serenarse—, te pido perdón por lo que sea que pienses que te he hecho, pero el jardín necesita...

—Fuera de mi jardín —dijo ella—. No te acerques ni a él ni a mí.

—Pero necesita cuidados, necesita...

—Estoy segura de que encontraré a un chico de secundaria que quiera cortar el césped.

—Jocelyn... —dijo Ramsey, suplicante—. No estás siendo justa conmigo. Sé que tu hermanastra ha sido una auténtica serpiente hoy, y estoy seguro de que estás

disgustada por todo esto, pero yo no he hecho nada para merecer que me eches de tu vida. Lo que haya hecho Luke para inducirte a creer que estaba... —Miró a su primo—. ¿Qué demonios has estado haciendo para que se haya enfadado tanto al descubrir que estás casado? Si la has tocado, te voy a...

—¡Yo no soy propiedad de nadie! —gritó Jocelyn, levantándose y mirándolos a ambos—. No soy un trozo de tierra por el que podáis luchar y tal vez ganarlo. O, en este caso, que uno pueda mantenerlo para el otro. Yo soy...

—Joce, por favor —dijo Ramsey—. Si Luke se ha tomado demasiadas confianzas no es culpa mía, no la tomes conmigo.

—¿Por qué no vas a ver a Tess y le cuentas a ella tus problemas?

Luke soltó una risita y Jocelyn lo fulminó con la mirada.

—Y tú puedes irte con tu mujer. Ahora, ¡fuera los dos!

Jocelyn levantó la cabeza para mirar por la ventana. Había que cortar otra vez el césped y parecía que algún conejo se estaba comiendo los... lo que fueran los arbustos que crecían en el lateral de la casa. Una mañana habría jurado que oía las termitas comiéndose la pared, pero había resultado que eran Sara y su novio haciéndolo... otra vez.

Volvió a mirar la mesa de dibujo con el tablero inclinado que había comprado y sus papeles. No era precisamente lo que pondría en la casa el día que pudiera, pero de momento no podía permitirse otra cosa.

Había hecho mucho en seis semanas, desde que echara a Ramsey y a Luke de su vida. Primero había ido a un banco de Williamsburg y había pedido un préstamo hipotecario de cincuenta mil dólares. A su entender iba a necesitar esa cantidad para vivir mientras se esforzaba al máximo por escribir una biografía que pudiera interesarle a alguna editorial. Estuvo tentada de escribir algo acerca de Thomas Jefferson, ya que las obras sobre aquel tema se vendían bien, pero su corazón no le pedía eso. Quería escribir sobre Edi.

Jocelyn sabía por experiencia que ninguna editorial le daría un adelanto a una escritora que no había publicado nada, así que tenía que encontrar otras formas de mantenerse mientras escribía. Para pagar la hipoteca, pasaba las mañanas en Williamsburg recopilando información del siglo XVIII para un novelista muy famoso que preparaba una trilogía ambientada en la Guerra de la Independencia de Estados Unidos.

Por las tardes y de noche trabajaba en el libro de Edi. Tess le había dicho que no sabía que Luke estuviera casado. De hecho, le había contado que ella y Ramsey habían tenido una pelea colosal acerca del tema, porque él le había dicho que todo lo que ocurría en su familia era solo asunto suyo.

Tess juraba que, de haberlo, sabido se lo habría dicho a Joce.

—Detesto la manera que tienen en este pueblo de esconder sus sucios secretitos. Alguien debería haberme dicho o haberte dicho a ti que estaba casado.

Tess estaba tan furiosa que Joce sintió deseos de alejarse de ella, pero luego le dio la llave del ático y se pasó días revisando cada caja y cada baúl. Hasta donde ella podía afirmar, se habían llevado todas las cosas de valor y solo quedaban miles de libros de contabilidad. Quizás algún día pudiera hacer algo con ellos, pero lo que había esperado encontrar era un diario en el que alguien confesara haber matado a alguien, de modo que después de la biografía pudiera escribir sobre ello y hacerse millonaria.

—Entonces crea tu propia historia —dijo Tess—. Plantea un asesinato y luego inventa quién lo cometió y por qué.

Parecía fácil, pero Joce ya lo había intentado y no había sido capaz. A ella le gustaba leer sobre acontecimientos reales y personas reales. Sobre eso quería escribir.

—La señorita Edi —dijo Tess, tapándose los oídos con las manos—. He oído tantas cosas acerca de esa mujer que, si viera su fantasma de pie en la entrada, simplemente le diría que se fuera.

—Si la ves, por favor pídele que me diga lo que tengo que hacer —dijo Joce con pesimismo.

Era una noche más de las que Tess pasaba en la cocina de Joce preparando repostería. Después de la fiesta en casa de Viv, (el Desastre, como la llamaba Joce), Tess había aceptado otros dos caterings. El padre de Luke, Jim, decía que era la mejor negociante que había visto nunca. No había dejado a nadie ni siquiera sugerir lo que se iba a servir en su propia fiesta. Planteó su propuesta de un modo tan autoritario que se limitaron a asentir a todo lo que dijo.

Desde entonces, con la ayuda de Jim, Tess había servido la comida de una docena de fiestas infantiles y de reuniones de señoras. Y todo lo había preparado en la cocina de Joce, que, mientras trabajaba en su libro veía cajas de bizcochos maravillosamente decorados y galletas saliendo por la puerta de su casa.

En cuanto a Sara, el cien por cien de su tiempo lo dedicaba a su nuevo novio y sus planes para la tienda de ropa. Sara solamente hablaba de lo que Greg decía, hacía o pensaba. «Greg dice que deberíamos...» era el principio obligado de todas sus frases.

Mañana, tarde y noche, Joce y Tess oían el ruido que armaban con su forma enérgica de hacer el amor. Al principio les resultaba embarazoso, después se convirtió en motivo de risa. Al cabo de un par de semanas era tan habitual que lo único que hacían era mirarse y adivinar dónde lo estaban haciendo. Pero todo acabó repentinamente una noche.

—En la cocina —dijo Joce.

—No, es en la despensa —dijo Tess.

Joce aguzó el oído.

—Tienes razón... Vaya, ahora van a la sala de estar.

—Sara debería esperar a que las rozaduras de la alfombra en las rodillas le cicatrizaran antes de hacerlo ahí de nuevo. Ella... —Tess se interrumpió porque Jim estaba de pie en la entrada con una caja de provisiones. No dijo nada, simplemente dejó la caja en el suelo y se fue.

Asombradas, las dos mujeres cogieron vasos de cristal y los apoyaron contra la pared. Sabían que Jim iba al apartamento de Sara y querían oír lo que le diría. Pero, desgraciadamente, Jim habló en voz tan baja que no se enteraron de una sola palabra. Cuando regresó a la cocina, Joce y Tess estaban ocupadas en la mesa, con cara de inocencia. Fuera lo que fuera lo que Jim le había dicho a Sara, nunca más oyeron ruidos de cópula a través de las paredes.

Más tarde, Tess dijo:

—No sé si estoy contenta por el silencio o si me siento una miserable.

—Yo tampoco —convino Joce.

Durante las primeras dos semanas tras el Desastre, mientras Tess horneaba, Joce escribía cartas y correos electrónicos y hacía llamadas. La viuda del doctor Brenner estaba tan contenta de que Joce fuera a escribir una biografía de su marido (Joce había renunciado a decirle la verdad) que envió cajas de papeles suficientes para llenar medio camión de UPS. Pero a Joce le costaba mantenerse despierta mientras los leía. El doctor Brenner tenía que haber sido un gran médico, pero era un cronista espantoso. A lo mejor encontraba anotadas varias muertes en un día pero sin explicación del cómo o el porqué. Empezó a enviar más solicitudes de información. Escribió a las embajadas estadounidenses en países donde el doctor había trabajado. En dos ocasiones le contestaron que la versión oficial era que ningún médico americano había trabajado nunca en su país.

Mientras esperaba, Joce escribía todo lo que recordaba de las historias de Edi mientras estuvo con Brenner. Llevaba siempre un bloc de notas y escribía cuando se terciaba.

Mientras investigaba y escribía, pensaba en Luke. No en lo que le había dicho a ella sino en la historia que le había leído mientras cocinaba. A Joce le había encantado oír hablar de Edi y su David, el conductor del jeep a quien había menospreciado al principio y al que había acabado por amar tanto. Pero ¿cómo había sido? ¿Qué los había unido para llegar a enamorarse? Joce esperaba que no solamente la proximidad y las pasiones desatadas por la guerra. Tenía la esperanza de que hubieran llegado a conocerse para amarse real y verdaderamente.

Deseaba fervientemente ponerse en contacto con el abuelo de Luke y preguntarle por el resto de la historia, pero no tenía ánimos para hacerlo. No creía que fuera a contarle a ella, una desconocida, aquella historia; sobre todo después de haber echado a su nieto.

Pensar en la historia la indujo a buscar al general Austin en Internet. Vio que había sido condecorado muchas veces y se mencionaba a un hijo que había recibido una condecoración póstuma en nombre de su padre. Joce no confiaba mucho en que su familia recordara a una secretaria de la época de la guerra, pero le escribió preguntando si habían oído hablar de la señorita Edilean Harcourt.

Cuatro días después, Joce recibió un entusiasta correo electrónico de William *Bill* Austin, el nieto del general Austin. En él le decía que estaba escribiendo una biografía de su abuelo y que sí, que conocía a la señorita Harcourt, aunque no mucho. «Te enseñaré lo mío si tú me enseñas lo tuyo», escribió.

El problema era que lo que ella sabía del general Austin estaba sacado de un relato escrito por Edi, en el que hacía una descripción del general tan poco

favorecedora que dudaba de que a su nieto le gustara oírlo. Así que le respondió que lo que ella tenía acerca de la señorita Edi se refería a su vida después de la guerra y que iba a serle de poca ayuda para su biografía. Sin embargo, le pidió por favor que le dejara ver lo que él tenía acerca de Edi.

Bill le contestó que en algunas cartas se mencionaba a la señorita Harcourt, pero que aún no las había transcrito, así que seguían metidas en cajas y no le iba a entregar los originales. «Mi transcritora era mi ex novia. Tendré que contratar a una, lo que no me puedo permitir, o buscarme una nueva novia que sepa escribir a máquina, o pedirle a mi ex que se case conmigo. Si tuviera una moneda de tres caras la lanzaría».

Joce compró pegamento y pegó tres monedas de veinticinco centavos, cada una de un estado distinto, formando una pirámide. Se la envió sin siquiera una nota. Dos días más tarde recibió un correo de Bill. Él y su ex novia habrían podido comprar una casa con el dinero que la familia de ella estaba soltando para la boda. «La boda me entretendrá durante semanas, y luego está la luna de miel. Mi trabajo en la biografía queda pospuesto indefinidamente. No sé si agradecértelo u odiarte».

—Yo tampoco —murmuró Joce.

Volvió a centrarse en lo que podía encontrar sobre el doctor Brenner. Dos veces tuvo un golpe de suerte con gente que los recordaba a él y a Edi. Cuando encontró a una niñera que había trabajado para él, condujo hasta Ohio y se pasó tres días tomando notas de lo que la mujer recordaba. Pero solo había trabajado seis meses para Brenner y recordaba a la señorita Edi como alguien «terrorífico». «Era la mujer más fría del mundo. No tenía corazón», dijo, y Joce tuvo que hacer un esfuerzo para no echarle la bronca a la anciana.

Ahora, al levantar la vista de la mesa de trabajo que había instalado en la salita, no sabía si rendirse o darse cabezazos contra la pared.

—Te puede la añoranza, ¿verdad?

Rápidamente, Joce bajó la vista a sus papeles.

—¿Por Edi? —le preguntó a Tess, que estaba de pie en la entrada—. Sí, la echo mucho de menos. Me gustaría que la gente hubiera podido verla como yo la veía.

—No me refiero a ella sino a él.

—Oh, te refieres a Ramsey. Está en Boston. He oído que es debido a que perdió un caso importante aquí. Creo que el caso Berner o algo parecido. Así que tenía que ocuparse de algunos asuntos. Pero no, no puedo decir que le eche de menos. En realidad no pasamos juntos demasiado tiempo. Tal vez cuando regrese... —dijo Jocelyn encogiéndose de hombros.

—Puedes engañarte, adelante, pero a mí no me engañas. Y no sigas dejando la puerta abierta con la esperanza de que aparezca —dijo, cerrándola.

Joce apoyó la cabeza en las manos. Sí, echaba de menos a Luke cada minuto del día. Hacía lo posible para demostrar que trabajaba demasiado para echar de menos a

nadie, pero no era cierto.

Echaba de menos su risa, la forma que tenía de escucharla, la manera que tenía de comprender cualquier cosa que ella le dijera. Lo primero que hacía por la mañana y lo último que hacía por la noche era mirar por la ventana. Quería ver su camión, sus herramientas, quería verle a él.

—Ese hombre no te conviene —murmuraba. No iba a ser como su madre y escapar con un hombre al que tuviera que acabar manteniendo. Quería a un hombre como Ramsey, capaz de cuidar de ella.

Pero el sentido común no conseguía que añorara menos a Luke. A pesar de todo lo que Sara le había contado acerca de él y su... su... Apenas podía pensar en el término y mucho menos decir «esposa». Luke estaba con su esposa. Ingrid llevaba en Edilean casi seis semanas y Jocelyn suponía que eran una pareja feliz. Probablemente estaban viviendo una segunda luna de miel.

Pero, a pesar de sus buenas intenciones, cada vez que Joce se subía al coche, sus pensamientos volaban hacia Luke e Ingrid. Intentaba obligarse a pensar en su libro, pero su mente volvía por sus derroteros.

Obviamente, Luke y su mujer habían estado separados por culpa del trabajo de Ingrid. Mediante algunas discretas indagaciones, Joce averiguó que, por lo que se sabía, Luke llevaba sin ver a su esposa cerca de un año cuando se había presentado en aquella espantosa fiesta.

Fuera cual fuera la causa de la separación y el tiempo que hubiera durado, no era asunto de Joce. Luke Connor era solamente un hombre al que había tratado unos cuantos días y con el que había mantenido varias conversaciones. Eso era todo. Había vuelto con su esposa y seguramente era completamente feliz. Dudaba que se acordara de ella siquiera.

Un ruido a su derecha le hizo mirar hacia la puerta. Alguien había deslizado un sobre de color crema por debajo de esta. Se levantó, recogió el sobre y vio que llevaba su nombre escrito. Contenía una invitación a comer del doctor David Aldredge.

—David Aldredge —dijo en voz alta—. El primer amor de Edi.

Era probablemente el hombre al que más deseaba conocer del mundo. Se lo habían señalado en la fiesta de Viv, pero no habían tenido ocasión de hablar. Desde la fiesta no había tenido valor para ponerse en contacto con él. Lo cierto era que había hecho un esfuerzo por mantenerse apartada de la gente de Edilean. Preguntaban demasiado. Querían saber qué había pasado entre ella y Ramsey, e incluso preguntaban sobre Joce y Luke.

—Parecíais buenos amigos —decían, y luego esperaban a que Jocelyn les contara todos los detalles de su vida privada. Ella se limitaba a sonreír y se alejaba.

Pero ahora David Aldredge quería encontrarse con ella. Su dirección de correo

electrónico constaba en la nota y, cinco minutos después, ella había aceptado.

Al día siguiente, en Williamsburg, cuando llegó a casa del doctor Aldredge, al principio le sorprendió que fuera pequeña y estuviera muy cerca de la vivienda contigua. Quizás, al haber pasado tanto tiempo en Edilean y en Williamsburg, esperaba algo más antiguo, con más historia.

Llamó al timbre e intentó calmarse mientras esperaba a que abrieran la puerta. ¿Estaría enfadado con ella por echar a su nieto de casa? ¿O estaba más interesado en el pasado lejano? ¿Tendría que escuchar alguna espantosa historia sobre lo que Edi le había hecho y por lo que se había metido en la cama de otra mujer? Tenía cerca de noventa años. ¿Iría en silla de ruedas, con un tubo de oxígeno en la nariz?

Cuando abrió la puerta apareció un apuesto hombre de cabello gris, Jocelyn estuvo a punto de decirle que había ido a ver a su padre.

—¿Es usted el David... de Edi? —le preguntó, sin disimular lo sorprendida que estaba por su aspecto.

Él le dedicó una deslumbrante sonrisa y dijo:

—Acabas de alegrarme el día. No, más bien la semana. Estoy impaciente por hablarle de ti a Jim.

Jocelyn rio.

—Me habían hablado de los celos del abuelo, doctor Aldredge, pero no sabía que se transmitían de generación en generación.

—Oh sí. Se transmiten a los descendientes... y a los ascendientes. No quiero ni pensar lo que pasaría si Luke tuviera un hijo. —Y al decirlo la miró de arriba abajo.

—¿Debo tomarme esa mirada como un test de fertilidad? —le espetó Jocelyn.

David parpadeó un momento y después sonrió.

—Jim me dijo que tenía usted un fino sentido del humor, pero creo que se quedó corto. ¿No quiere entrar? Mi mujer se ha esfumado toda la tarde, así que tenemos intimidad para hablar. Por cierto, llámame Dave o, como los del pueblo, doctor Dave.

Tan pronto como Joce puso un pie dentro de la casa supo por qué la había comprado David. Toda la parte frontal era de cristaleras y daba a un pequeño puerto precioso, que parecía salido de un cuento, con barcos de pesca, motoras y los embarcaderos que se adentraban en el río James.

—¡Caray! —fue lo único que pudo decir.

—A nosotros nos gusta —dijo el doctor Dave, obviamente complacido de que ella lo encontrara hermoso.

La planta baja de la casa era una habitación diáfana, con zona de estar, de desayuno y cocina sin divisiones. A un lado había un comedor transformado en salita para ver la televisión y biblioteca. El porche delantero, acristalado y con cómodos muebles de mimbre, era por lo que parecía la zona a la que más uso daban.

Supo que no había errado en su suposición cuando vio una mesa preparada para dos en el porche. Los platos hacían juego con las servilletas y los manteles individuales, así que dedujo que alguien se había tomado algunas molestias,

—Tendría que haber preguntado qué comida prefieres pero...

—Luke te lo ha contado todo de mí —dijo ella.

—No. —El médico la miró sorprendido—. Mi nieto seguramente me atizaría en la cabeza con uno de mis palos de golf si supiera que te he invitado a venir. Está convencido de que puede resolver todos sus problemas por sí mismo.

—¿Y tú no lo crees?

—Yo no creo que nadie pueda resolver sus problemas solo. ¿Y tú que piensas?

—Yo no lo sé —respondió con cautela—. Nunca me lo había planteado hasta ahora, pero supongo que no. Crecí muy unida a la señorita Edi y ella me ayudó a resolver todos los problemas que tuve.

—Ah, claro. Ahora, vamos a ello —dijo el doctor Dave levantando la tapa de una gran sopera que había en el centro de la mesa—. ¿Te gusta la vichyssoise?

—Me gusta, pero solo la que está hecha con patatas de cultivo ecológico.

Al médico se le escapó una risita.

—Has pasado una temporadita con Ellie...

—No, con su hija y el resto de parentela. —Al pensar en Sara, no pudo evitar ponerse colorada.

—Así que Sara tiene un nuevo novio, ¿eh? Son un poquito ruidosos, ¿no?

Jocelyn tomó una cucharada de sopa. Estaba deliciosa.

—Jim le puso fin.

—Mi mujer me lo contó y me echó de la habitación cuando empecé a reírme. Jim siempre ha sido un poco mojigato. No comprendo por qué mi hija se casó con él.

Joce sabía que estaba bromeando, pero no le gustó el comentario. Jim Connor había sido muy bueno con ella.

—Tal vez porque es un hombre que se preocupa por la gente y la cuida y siempre está disponible para ayudar donde se le necesite.

—Ya veo —dijo el médico, sentándose y tomando una cucharada de sopa—. De tal palo, tal astilla.

—¿Qué significa eso?

—Que Luke y su padre son muy parecidos. Por eso mi nieto se llevaba tan bien con su otro abuelo. Yo le ofrecía un viaje a Disney World y Joe pasar dos días en un barco maloliente. Yo siempre perdía.

—¿Le decepcionó que Luke no estudiara medicina? —preguntó ella.

—¿Por qué? No —dijo Dave, como si nunca se le hubiera ocurrido esa idea. Se levantó para ir a sacar unos panecillos del horno—. Mary Alice me arrancará la piel a tiras si se me olvida esto. Solo Henry, el padre de Sara, quiso ser médico. El resto

hizo lo que quiso.

Jocelyn partió un panecillo, lo untó de mantequilla y probó un bocado.

—Entonces, ¿que ocurrió entre tú y la señorita Edi?

—La gente no lo sabe, pero rompimos antes de irnos a la guerra.

Jocelyn lo miró perpleja.

—Pero yo creía...

—Todo el mundo creía que nos casaríamos, incluso nosotros. Se lo pedí, dijo que sí y le puse el anillo en el dedo. Pero unas semanas más tarde bombardearon Pearl Harbor y todo cambió.

—O tal vez las cosas cambiaran por lo que ocurrió antes, aquel mismo año.

Esta vez fue David quien se sorprendió.

—Veo que has indagado.

—Sé que Alexander McDowell mantuvo a Edi cuando se jubiló, y supongo que su dinero pagó mis estudios universitarios. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Quieres un poco más de sopa?

—Me encantaría.

—También tengo bocadillos. Pepino, atún, ensalada de pollo y ensalada de huevo. Sírvete tú misma —dijo, dejando una bandeja grande en la mesa.

—De acuerdo. —Jocelyn le hincó el diente a un bocadillo de atún—. Ocurrió algo en Edilean en la época del ataque a Pearl Harbor, el siete de diciembre de 1941, y, por esa causa, un montón de cosas cambiaron.

—Por favor dime que no vas a escarbar hasta descubrir lo que pasó.

—Lo siento pero lo haré.

El médico suspiró.

—Los jóvenes siempre quieren enterarse de los secretos de familia.

—Quieren que se los cuente la gente que ya los sabe —dijo Jocelyn.

—El doctor Dave rio entre dientes.

—Sabía que hacía bien pidiéndole a Mary Alice que nos trajera un pastel de chocolate de The Trellis.

—¿Quieres decir una bomba de esas de nueve capas de chocolate? ¿No son un mito urbano?

—Son reales, y tengo uno. Ahora dime, ¿qué es lo que más te interesa saber?

—En este momento estoy intrigada por 1944.

—La historia de Edi. —El doctor Dave retiró los cuencos vacíos de la mesa, indicándole a Jocelyn con un gesto que no se moviera de donde estaba—. Así que leíste la historia que le di a Luke.

—Algo así. En realidad, Luke me la leyó.

Dave dejó los platos en la isleta de la cocina y se volvió despacio hacia ella.

—¿Qué quieres decir con eso de que te la leyó?

Joce se levantó y se paseó mirando los cuadros de las pareces. A menos que se equivocara, eran obras originales procedentes de diversas partes de Estados Unidos.

—Pues que estaba horneando los pastelitos para esa... esa fiesta, y él me la leyó. —Le costó tanto pronunciar la palabra que tuvo que tomar aire un par de veces. ¿Desde dónde había volado Bell? ¿Desde Milán, desde Londres, desde París? Solo para arruinarle a Jocelyn la primera incursión social en la comunidad que ahora era la suya. Entre la carga de trabajo de la fiesta y la odiosa escena de Bell, Joce no había podido hablar con nadie sobre Edi aquel día, a pesar de que había sido su principal objetivo. Ese y ganar dinero.

—¿Quién más había con vosotros? —preguntó el doctor Dave.

—Estábamos solos los dos —dijo Joce. Después le miró ceñuda—. No habrá estado la gente diciendo que Luke y yo...

—No, no he oído nada, y eso que gracias al correo electrónico, los mensajes de texto y el teléfono, mi mujer y yo nos enteramos de todo lo que ocurre en esta ciudad. Así que tú y mi nieto estabais solos en tu casa, tú horneando bizcochos y él leyéndote.

—Sí —dijo ella, perpleja—. ¿Hay algo que se me escapa? ¿He vulnerado algún tabú del Sur? Sara continúa llamándome yanqui, y Tess... Bien, ¿quién sabe lo que piensa Tess?

—No —le dijo con dulzura Dave—. No hiciste nada incorrecto. Es que es un aspecto de mi nieto que desconocía. Es un solitario.

—¿Un solitario? —dijo Joce—. Está casado. ¿Lo has olvidado?

El doctor Dave se tomó su tiempo para levantar la tapa del pie para tartas. Debajo estaba el fantástico pastel de chocolate.

—¿No te gustaría enterarte de la verdad acerca del matrimonio de Luke?

—No es un asunto mío —repuso Joce con tirantez—. Sé que reaccioné de una forma exagerada cuando me enteré y, dado el estado de mi jardín en estos momentos, debería haber mantenido la boca cerrada. Pero ha habido más traiciones en los últimos meses de lo que puedo soportar. Incluso si no les interesas más que como amiga, los hombres casados no suelen sentarse en tu cocina una noche tras otra y... —Inspiró profundamente—. Lo que sea. ¿Por casualidad no te hace falta trabajo como cortador de césped, verdad? Pagamos con pastelitos.

—No —dijo el doctor Dave sonriendo—. ¿Noche tras noche, eh? —Le dio un plato con un trozo de pastel de siete centímetros y medio de grosor—. Tal vez te dure lo que tardaré en explicarte el matrimonio de mi nieto.

—¿Sabe él que le dices estas cosas a la gente?

—Luke no sabe ni una palabra de lo que voy a contarte.

—Ah, entonces vale —dijo ella, y se metió en la boca la primera cucharada de la deliciosa tarta—. Soy toda oídos.

—Luke vivía y trabajaba en... —Dave hizo un gesto con la mano—. En el Norte, da igual dónde. Lo que importa es que conoció a una alta, flacucha y bonita camarera y una cosa llevó a la otra. Seis semanas después, ella le dijo que estaba embarazada. La historia no tiene nada de nuevo, ¿verdad?

—Es la más vieja del mundo —convino Jocelyn.

—La diferencia es que mi nieto se implicó. Luke *el Bueno*. Luke *el Honorable*. Se casó con ella. Me dijo que la chica le gustaba y que el amor llegaría. Y, lo más importante, dijo que no iba a abandonar al niño que ella esperaba. —Miró su ración de tarta—. Yo fui el único que tuvo el valor de sugerirle que esperara y que se hiciera una prueba de paternidad. —Miró de nuevo a Jocelyn—. Luke estuvo a punto de no querer volver a verme. Yo lo digo bromeando, pero me duele. —Hizo una pausa—. De todos modos, después de la boda pasaron la luna de miel en Nueva York. Allí quería ir Ingrid, y Luke hubiera hecho cualquier cosa por la mujer que estaba embarazada de su hijo. Solo llevaban allí un día cuando un fotógrafo le dio a Ingrid su tarjeta y le pidió que fuera a hacerse algunas fotos. Ingrid pensó que era una broma, pero Luke lo tomó en serio y la animó a ir. Por supuesto la acompañó a la sesión fotográfica. —Hizo una pausa para tomar un bocado de pastel—. Las fotos salieron tan bien que el fotógrafo les pidió permiso para enseñarlas. Total, que Luke e Ingrid acabaron quedándose en Nueva York dos semanas. En resumen, Ingrid se había hecho famosa de la noche a la mañana. Ya sabes cómo va esto. Quieren a chicas lo más jóvenes posible.

—Sé más de lo que quisiera del mundo de la moda —dijo Jocelyn.

—Luke tenía que volver a su trabajo, pero Ingrid le rogaba que se quedara con ella. Creo que Luke pensó que todo aquello no iba realmente en serio, que algún día ella enseñaría las fotos de modelo a sus hijos.

—¿Y ella no quiso volver con él?

El doctor Dave clavó el tenedor en el pastel.

—No, ojalá. Puede que sea estúpida pero, cuando le conviene, es demasiado lista. Hizo las maletas y dijo que se iba con él, que le quería lo suficiente como para renunciar a todo por él. Solamente quería hacer un último trabajo. Luke, por supuesto, consintió ¿Cómo iba a negarse? Así que ella fue sola a la última sesión de fotos mientras Luke se quedaba en el hotel y cambiaba los billetes de vuelta.

»Cuando volvió a verla fue en el hospital. Había perdido el bebé y decía que era tan desgraciada que quería matarse. Por supuesto, Luke no podía dejarla sola, y estaba tan mal que no la podía subir a un avión.

—¿Qué pasó? —preguntó Joce.

—Al final, Luke se quedó en Nueva York con ella. Vivía y trabajaba en la ciudad.

—¿Hacía de jardinero en Nueva York?

—Mi nieto sabe hacer un montón de cosas pero, haga lo que haga, detesta hacerlo

en una ciudad. Vivieron juntos unos dieciocho meses. Después, un día, por casualidad, Luke se enteró de que Ingrid no había abortado espontáneamente. Su último «trabajo» en Nueva York había sido ir a abortar.

—Luke tuvo que sentirse... —Joce no tenía palabras para expresarlo.

—Estaba desolado por el bebé, por la pérdida de... de todo en su vida. Regresó a Edilean y empezó a coger trabajos de jardinería. Su abuelo paterno le había dejado una vieja casa y la reformó. Después se dedicó a Edilean Manor. —Miró a Jocelyn—. Hasta donde yo sé, mi nieto llevaba sin saber nada de Ingrid casi dos años.

—¿Por qué no se divorcian?

—Si ella rellenara los papeles, estoy seguro de que Luke sería feliz de firmarlos, pero no es el tipo de hombre que le presenta a una mujer los papeles del divorcio.

—Pero ahora están juntos otra vez.

—¿Puedo confiar en ti?

—¿Quieres saber si le contaré a toda la ciudad lo que me digas?

—Exactamente, eso quiero saber. A veces es bueno estar rodeado de gente que conoces de toda la vida, pero otras es espantoso. Desde el principio Luke evitó hablar con nadie de su desastroso matrimonio. Creo que se quedó sencillamente mudo por haberse enamorado de una persona tan... —Se encogió de hombros.

—¿Desalmada? ¿Egoísta? Sé cómo es. He convivido con dos de esas.

—Lo que no sabes es cómo soy yo.

—¿Te refieres a tu relación con Mary Alice Welsch?

Dave sonrió y a ella le pareció ver a Luke con cuarenta años más.

—No, no me refiero a eso. Me refiero a que contraté a un detective privado para que investigara el tan oportuno aborto de Ingrid. Le llevó meses encontrar la clínica adonde abortó y luego me aseguré de que mi nieto encontrara los papeles «por casualidad».

—Si Luke se entera de que hiciste eso... —Joce suspiró.

—Supongo que te das cuenta de la confianza que estoy depositando en ti.

Ella se apoyó en el respaldo de la silla.

—Me estás contando esto porque has encontrado algo más, ¿no es así?

—Sí. —Se levantó, abrió un cajón de una mesa, extrajo una gruesa carpeta y sacó de ella un gran sobre—. Ayer recibí esto del mismo detective que averiguó lo del aborto. Explica por qué ha vuelto Ingrid.

Ella cogió el sobre, pero no lo abrió.

—Espero que no me estés pidiendo que le diga lo que sea que ponga aquí.

—No, no. Todo saldrá en los periódicos bastante pronto. Lo que quiero decir es que el tiempo que pasó Luke contigo... —Levantó la mano cuando ella fue a hablar—. Sí, sé que solo fueron unos días, pero no le había visto tan feliz en años. Incluso jugó conmigo al golf.

—Tú sabes que aborrece el golf, ¿verdad?

—Sí. —Dave soltó una risita—. Y juega fatal.

—Entonces, ¿por qué...?

—Es que Luke acostumbraba a pasar mucho tiempo con su otro abuelo, así que mi pequeña venganza... Oh, da lo mismo, veamos. —Sacó un montón de papeles amarillentos de la carpeta y a Joce se le iluminaron los ojos—. ¿Sabes lo que es?

Como una cobra hipnotizada por el sonido de una flauta, ella se inclinó hacia los papeles, dispuesta a cogerlos.

El doctor Dave los apartó y volvió a meterlos en la carpeta.

—Si consigues que mi nieto vuelva a sonreír, te doy la segunda parte.

—¿Los has leído? —Su voz era un susurro.

—¡Ah, sí! Me gusta sobre todo cuando derrapan y el coche, boca abajo, cae en un río. Edi tiene que... Oh, bueno, no creo que te interese.

—Sí que me interesa, pero...

—Pero ¿qué?

—Ramsey. Los eché a los dos, a él y a Luke.

—Es curioso que menciones a Ramsey, porque hay nuevos casos en Massachusetts y parece que van a durar semanas.

—¡Dios mío! —Estaba horrorizada—. Tú le enviaste allí, ¿no es cierto? Realmente estoy siendo utilizada como un objeto. Me quieres para tu nieto, ¿verdad?

—Soy muy viejo para pensar en un futuro tan lejano. Ahora mismo quiero hacer cuanto esté en mi mano para apartar a mi nieto de esa codiciosa pequeña buscadora de oro con la que se casó. Y quiero que añadas estas historias al libro que estás escribiendo sobre Edi.

—¿Cómo sabes...? Da igual.

—La estafeta de Correos —dijo él—. Los remitentes, una búsqueda en Internet y fue fácil deducir lo que estabas haciendo.

—Juro que no entiendo por qué Edi quería irse de esta ciudad —dijo ella con sarcasmo.

—Por lo que he oído, encajas bien en ella. Te gusta que la gente sepa quién eres y vivir en la Gran Casa.

—¿Qué clase de médico eres? ¿Psiquiatra?

—Médico de cabecera —dijo él, buscando en la carpeta.

—Por favor, dime que no tienes nada más para leer. ¿Unos nuevos Rollos del mar Muerto, quizá?

—Mejor aún. ¡Ah, aquí está! Es la receta del guiso de pollo de mi hija.

—¿Guiso de pollo?

—Eso es. Prepáralo, congélalo y tenlo a punto. Cuando consiga que Luke se sienta tan desgraciado que vuelva a cavar hoyos en tu jardín, podrás alimentarlo.

—Lo que hace es airear el terreno... ¿Por qué me miras así?

—¿Le echas de menos, verdad?

—En realidad, he estado tan ocupada que no he tenido tiempo siquiera... —Calló al ver que él estaba sonriendo—. ¿Sabes una cosa? Eres tan incordioso como él.

—Me lo tomo como un cumplido. Recuerda: congela el guiso y tenlo a punto.

Jocelyn se despertó tarde a la mañana siguiente. Entre las historias del doctor Dave y el pastel de chocolate, había estado amodorrada el resto del día y la había vencido el sueño pronto.

Se oponía a algunas cosas que había dicho el médico a pesar de saber que tenía razón. Echaba de menos a Luke... y ¡se alegraba tanto de saber que era desdichado!

Se duchó, se vistió y luego miró el sobre que el doctor Dave le había dado el día anterior. Había leído su contenido la noche anterior, en la cama, y ni una sola palabra la había sorprendido lo más mínimo. Ingrid había tenido una aventura con un rico prohombre casado de Nueva York y algunos periodistas se habían enterado. Si la esposa lo descubría y pedía el divorcio, él lo perdería todo, porque el dinero era de la mujer y había firmado un contrato prematrimonial que no era moco de pavo.

Ingrid había vuelto con su marido con la esperanza de que el rico amante de Nueva York calmara a su rica y enfadada esposa.

—Pobre Luke —dijo Jocelyn, recogiendo el pelo en una cola de caballo, sin poder borrar la sonrisa de su cara. Lo decía pero no sentía que Luke fuera un pobre hombre en absoluto. Tal vez la visitara, tal vez pudiera...

Se quedó quieta porque le pareció oír algo fuera, posiblemente un camión. Pero cuando miró por la ventana, vio que se trataba de Greg, el novio de Sara. No cabía duda de que iban a trabajar en la tienda de ropa. Por lo que Sara les había dicho de él, parecía tener una cuenta bancaria sin límite, porque había comprado la tienda de muebles usados de la esquina de McDowell con Lairdton.

Joce miró a Sara y Greg desde la ventana de su habitación, y tuvo que hacer un esfuerzo para no envidiarlos. ¿No había sido una idiota? A su llegada al pueblo dos hombres habían entrado en su vida. Los había echado a los dos y no habían hecho ningún esfuerzo para recuperar su favor.

—Demasiado para un «noviazgo apasionado» —comentó en voz alta.

Abajo, la cocina estaba vacía. Era lunes por la mañana y Tess no estaba preparando el catering de ninguna fiesta. Joce no sabía cómo se las arreglaba para trabajar a jornada completa y servir la comida de hasta cuatro fiestas los fines de semana. Por supuesto, Jim la ayudaba; pero a pesar de todo era mucho trabajo.

Joce tomó un poco de leche con una magdalena integral y luego se puso a trabajar, a pesar de que su trabajo era cada vez más frustrante. Estuvo tentada de escribirle un correo electrónico a Bill Austin para pedirle si podía visitarlo y hacer fotocopias de las cartas en las que su abuelo hablaba de la señorita Edi. Llevaría una de esas fotocopadoras pequeñas, para no tener que mover de lugar cartas. Le prometería que... Como le ocurría a menudo últimamente, divagó sobre lo que podía hacer, o lo que deseaba, y constató el hecho de que lo que hacía era darse contra un

muro en su biografía de Edi.

Recordó la historia que el doctor Dave le había restregado por las narices: un coche volcado, un rescate. ¿Qué había ocurrido?

Volvió a subir al piso de arriba y cogió la pequeña fotografía enmarcada que había sido la posesión más preciada de Edi. El día de su muerte, Jocelyn la había cogido disimuladamente de la mesita de noche y se la había metido debajo de la blusa. En aquel momento suponía que todo cuanto Edi poseía iría a parar a obras de caridad, así que quería conservar aquel recuerdo de su amiga.

Recordaba perfectamente la primera vez que le había preguntado a Edi sobre el pelo trenzado. Tenía alrededor de diez años y toda la curiosidad del mundo.

—Ahora cuesta entenderlo —le había dicho Edi—. Hoy en día hay hombres con el pelo largo hasta la cintura, pero entonces llevaban los lados de la cabeza afeitados a navaja. Sin embargo, David no se había cortado el pelo desde hacía semanas, de modo que pude cogerle un mechón y trenzarlo con el mío.

—¿De qué color tenía los ojos? —había preguntado Joce, mirando la fotografía en blanco y negro.

—Tan azules como los tuyos —le había respondido Edi, sonriendo—. Y tenía un hoyuelo en la barbilla, como tú.

—Como el de mi madre —había dicho Jocelyn.

—Las barbillas como la tuya son un rasgo hereditario.

—Mi abuelo decía que su mentón era como el nuestro pero que sus otros cuatro mentones lo cubrían.

Edi había sonreído.

—Me hubiera gustado estar aquí entonces, y haber conocido a tu madre y a sus padres.

—Me alegro de que vinieras a rescatarme. Soy como uno de esos pacientes tuyos quemados, solo que mis cicatrices son internas.

Edi había mirado asombrada a Jocelyn.

—A veces dices cosas tremendamente sabias.

Como hacían a menudo, se sonrieron en perfecta sintonía.

Jocelyn levantó la vista de la foto y se alejó de sus recuerdos para mirar por la ventana. Dejó la foto y se acercó más al cristal. Vio lo que le pareció la parte trasera de la caja de una furgoneta: la furgoneta de Luke. La había aparcado donde solía trabajar, en el huerto de hierbas aromáticas.

Se levantó despacio y miró lo que llevaba. Edi se hubiera horrorizado, pero los vaqueros eran nuevos. Se los había vendido Sara, que los había conseguido al por mayor. También llevaba una camisa rosa oscuro. ¿Era demasiado formal? ¿Debía cambiarse? ¿Qué podía ponerse? ¿Un top anudado al cuello? ¿Algo con lentejuelas y borlas?

Riéndose de sí misma, corrió escaleras abajo y fue a la cocina para salir por la puerta trasera. Antes de hacerlo, sin embargo, corrió al congelador, cogió una ración de guiso de pollo y la metió en el microondas. «Así estará a punto», se dijo mientras salía.

—Hola —saludó a Luke, que movía la tierra a paletadas.

—Esto está hecho un desastre —le comentó él—. Mira los hierbajos que crecen aquí. Están tan arraigados que tendré que quemarlos.

—¿Con tu mal humor? —preguntó ella, muy seria.

—Con un lanzallamas —dijo él, todavía con el ceño fruncido. Luego dejó la pala en el suelo y la miró—. Estoy casado, siento no haberte preguntado si te parecía bien. Por alguna estúpida razón creía que era tu jardinero, no tu novio. Toda la ciudad creía que habías venido aquí a casarte con Ramsey. Iban a unirse finalmente las familias McDowell y Harcourt.

»No sabía que no pudiera hablar contigo por el hecho de estar casado. Si necesitas que te lo recuerde, eso es todo lo que hice. Lo siento, vivo solo y algunas veces me parece que todo el mundo en esta ciudad es de mi familia. Así que ¿de qué podíamos hablar? ¿De nuestra infancia? ¿De cómo nos bañábamos desnudos en tu estanque?

»Así que podéis ejecutarne por hablar con una mujer que no era mi esposa. Esposa a la que, por cierto, hacía tanto tiempo que no había visto que apenas la reconocí.

»Y ahora todos están enfadados conmigo. Mi padre está medio enamorado de ti, mi madre tan furiosa que no ha querido invitarme a cenar en toda la semana... así que ¡estoy a merced de Ingrid y el microondas! La congregación envió al pastor a darme una charla sobre la infidelidad y la corrupción de menores: a lo mejor se refería a Ingrid, porque gracias a cantidades ingentes de Botox, parece que tenga catorce años.

»Así que he venido a cavar. Nadie en el pueblo me deja acercarme a su jardín, pero yo necesito trabajar la tierra. ¿Te molesta?

—¿Te gusta el guiso de pollo?

—¿Guiso de pollo? —le preguntó él, atónito.

—Con zanahorias y salsa Worcestershire. Tengo la receta de tu madre. —Joce levantó la mano—. Si empiezas a gritar, no comerás.

Luke sacó la pala de la tierra y la dejó en la trasera de la camioneta.

—¿Por qué tengo la sensación de estar siendo víctima de un complot?

—Bienvenido al club —dijo Joce—. Tu abuelo me está utilizando para alejarte de... quiero citarlo con exactitud... «esa codiciosa pequeña buscadora de oro con la que se casó». ¡Sí, eso dijo!

—¿No deberías guardar el secreto de lo que te haya dicho el abuelo?

—¿Es posible tener secretos en esta ciudad? —preguntó ella mientras se acercaban a la casa—. Creía que había una ley que los prohibía. Guardas un secreto y

te meten en la cárcel. Por otra parte, tus primos guardaron el secreto de que estabas casado tan bien que ni siquiera Tess lo sabía. He oído que estuvo gritándole tanto y tan alto a Ramsey que tuvieron que volver a pintar el despacho.

Él la miró perplejo.

—Me parece que llevas viviendo demasiado tiempo en Edilean.

—Pero tú regresaste desde donde estuvieras haciendo lo que estuvieras haciendo... —Joce miró a su alrededor, por si había alguien cerca. Después bajó la voz—. En el Norte.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿Sabías que cuando mientes tienes un tic en la ceja derecha?

—No, es de hambre.

—Sea de lo que sea, tú y todos los demás habéis ocultado un gran secreto sobre ti. Y me refiero a otro secreto, no al hecho de que estés casado.

—Al de que soy soltero —dijo él abriendo la puerta y sosteniéndola para que pasara.

—No me digas que por fin has tenido el valor de pedirle el divorcio.

—La anulación. No hemos pasado suficiente tiempo juntos para llamarlo matrimonio.

—Y ella te engañó —le dijo Joce con suavidad—. Pensabas que te casabas con una clase de mujer y resultó ser otra cosa. —Evitó educadamente decir la verdad: que había usado su embarazo para obligarlo a casarse con ella y luego había abortado.

—Sí —dijo Luke—. Pero tal vez debería haberlo intentado con más ahínco, tal vez...

—¿Así que ella regresó para ver si podíais volver a intentarlo?

—Más o menos.

Joce le ofreció una cerveza.

—¿Y cómo os va?

Luke torció la boca.

—No demasiado bien. ¿Por qué ya no estás furiosa conmigo?

—Tu abuelo me dijo que, si hablaba contigo, nos daría la segunda parte de la historia de Edi.

—¿Esa es la única razón?

—La única. Como estoy segura de que sabes, intento escribir un libro sobre Edi, pero no encuentro mucha información. Necesito esas historias.

—Entonces, ¿es solo por trabajo?

—Solo por trabajo —dijo ella, pero estaba sonriendo.

—Supongo que la historia que quieres leer debe ser muy romántica.

—Por supuesto. Quiero enterarme de lo que hizo Edi. Siempre supuse que era virgen.

—¿Por qué? ¿Hirieron a su David en sus partes?

—No podía preguntarle eso. ¿Te has lavado las manos?

—No. ¿Es realmente el guiso de pollo de mi madre? —le preguntó, lavándose las.

—Lo es si realmente sigue esta receta, pero a lo mejor ha omitido algún ingrediente secreto. Tal vez tendría que haberle puesto algunas flores de borraja.

—¿Te estás hartando de los pastelitos?

Joce puso los ojos en blanco.

—Tu padre y Tess están hablando de abrir una pastelería en el pueblo. Entre la tienda de ropa exclusiva de Sara y la pastelería de Tess, Edilean, se va a convertir en el Soho.

—Es un chiste muy poco gracioso.

—Tal vez las Astras e Ingrid podrían hacer algunas sesiones fotográficas aquí, posando lánguidamente en la trasera de tu camioneta con un Armani. Sería un gran escenario. ¿Por qué me miras así?

—¿Puedes dejar a Ingrid en paz? Se acabó.

—No, no se ha acabado. Aún estás casado hasta que tengas un papel que diga lo contrario.

—¿Te importa? —preguntó él.

—No, por supuesto que no. —Sacó el guiso de pollo del microondas con una manopla y lo sirvió en un plato.

—¿Besaste alguna vez a Ramsey?

—Diría que eso no es asunto tuyo —dijo Joce.

—Tengo mis motivos para preguntarlo.

—Sí, le besé por lo menos un millar de veces y fue una magnífica experiencia.

Luke estaba apoyado en el fregadero con la cerveza en la mano. La dejó y se le acercó sin decir palabra.

—Deja que coja unos platos y...

Luke le levantó la barbilla y la besó. Fue un beso dulce y suave, pero a Jocelyn le flaquearon las piernas y, cuando él se apartó, tenía el corazón desbocado y deseaba rodearle el cuello y continuar besándolo.

—¿Lo entiendes ahora? —le preguntó él, alejándose.

—¿Si entiendo qué?

—Lo que hay entre tú y yo. Por qué mi abuelo te invitó a comer a su casa. Por qué enviaron a Ramsey fuera de la ciudad. Por qué Ingrid regresó a mi vida.

—¿Quieres estar con ella?

—Necesito separarme legalmente de ella. Que continúe con sus propias batallas con el pez gordo de Nueva York.

—¿Sabes algo de él?

—¿Creías que pensaba que ella había vuelto conmigo por un desamor? Me casé

con ella porque estaba embarazada de mi hijo y ella... —Tenía la mirada perdida—. No quiero revivir eso. Tan pronto como en MAW arreglen el papeleo, se anulará el matrimonio y voy a iniciar un «apasionado noviazgo».

—Apasionado, ¿eh? —preguntó ella, riendo—. ¿Y cómo va a empezar? —dijo caminando hacia él.

—Empezaremos por no tocarnos hasta que ya no esté casado. Y hasta que no te asegures de que no soy como tu padre.

—¿Qué?

—Tú dijiste que era como tu padre.

—Lo sé —dijo Joce, apartándose de él—. Pero...

—No hay pero que valga. Empezaremos de nuevo. ¿Qué artero plan urdisteis tú y mi abuelo para obligarme a hacer lo que él quiere que haga?

—Primero, tienes que tomar clases de golf —dijo ella sirviéndole una enorme ración de guiso de pollo y verduras en un plato.

—¿Cómo? —preguntó Luke, horrorizado.

—Solo unas cuantas, veinte o así. Luego nos entregará la segunda parte de la historia.

—¿Y qué tienes que hacer tú?

—Pasar la inspección de todos tus parientes. Convencer al pueblo de que soy digna de la casa que cree suya. Estar a la altura de la señorita Edi. Ser...

—De acuerdo, lo pillo. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—¿Tú qué crees?

La miró con tanto deseo que Jocelyn notó un sofoco.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tess desde la entrada—. ¿Pretendéis hacerle la competencia a Sara? Tened cuidado con las rozaduras de las alfombras y con las astillas.

—¿Estás hablando de lo que creo que estás hablando? —preguntó Luke, muy mojigato.

—Imagínate lo que quieras —dijo Tess, sonriéndole a Jocelyn.

—¿Necesitas la cocina? —le preguntó Joce. Luke se había comido solo media ración.

—No —dijo Tess— Vengo a daros un regalo.

—¿Y quién sabe que estamos juntos en la cocina? —preguntó Joce.

—Lo saben todos los que han visto a Luke en su furgoneta dirigiéndose hacia aquí.

—Lo que significa que lo sabe todo el pueblo —dijo Luke, que por lo visto ya se lo suponía.

—¿Y qué regalo es? —preguntó Joce.

—Ah... sí. —Tess salió al vestíbulo un momento y regresó con una gran cesta de

pícnic con un lazo en el asa.

—¿Es cosa tuya y de Jim? —preguntó Joce sonriendo.

—¿Por qué iba a ser cosa nuestra? —preguntó Tess.

—Porque los dos usáis su cocina, ella corre con todos los gastos y tú y el agarrado de mi padre os quedáis con los beneficios —sentenció Luke.

—¡Ah, por eso! —Tess se encogió de hombros—. Pero no, es del doctor Dave. —Puso la mano en el respaldo de la silla de Luke—. ¿Cómo es que Jim y su suegro no se soportan? Si Jim es un encanto. No lo entiendo... —Hizo una pausa y le dio una palmadita a Luke en la espalda—. ¿Estás bien?

—Nadie había llamado nunca a su padre «encanto» —dijo Jocelyn—. Luke y su madre se alían contra el pobre hombre.

Luke gruñó y siguió comiendo.

—Mi abuelo...

Un segundo después, Luke y Jocelyn se miraron. Acababan de caer en la cuenta de quién había enviado la cesta de pícnic. Inmediatamente se abalanzaron sobre Tess. Luke se levantó tan rápido que volcó la silla.

La pobre Tess abrió unos ojos como platos y fue corriendo hacia la puerta de entrada.

—¡La cesta! —le gritó Jocelyn—. ¡Déjala!

Tess se agachó para dejarla en el suelo y, sin dejar de correr, salió dando un portazo.

Joce y Luke vaciaron la cesta a dos manos. Sacaron paquetes de queso, una barra de pan francés, recipientes de ensalada y un termo. En el fondo, dentro de una bolsa de plástico, estaban las amarillentas hojas que Joce había visto en casa del doctor Dave.

Ella y Luke las agarraron al mismo tiempo y luego se miraron.

—Tenemos que ser sensatos con esto —dijo Luke.

—Estoy de acuerdo —dijo Joce, sacudiendo la cabeza afirmativamente pero sin soltar las páginas.

—La comida fuera. Tú lees, yo cavo.

—Perfecto —dijo ella, sujetando las páginas con una mano y metiendo de nuevo la comida en la cesta con la otra.

Cuando todo estuvo en su sitio, Luke la miró entornando los párpados.

—Tienes que soltarlas —dijo.

—No, tú tienes que soltarlas.

—Veamos, ¿cuándo vas a terminar tu libro? —le preguntó Luke, dándole conversación, como si tuviera intención de quedarse allí todo el día sin soltar el manuscrito.

—¡En cuanto me sueltes y podamos leer esto!

Luke no pudo reprimir una sonrisa.

—De acuerdo, pero no te alejes de mi vista —le dijo, soltando las hojas.

—Creo que podré soportarlo —dijo ella sugerente.

Luke sonrió de oreja a oreja, cogió la cesta, cruzó la cocina y se hizo con el plato de guiso de su madre que no se había terminado.

Diez minutos después estaban fuera, con la comida esparcida a su alrededor. Luke se sentó en una punta del mantel rojo y blanco que su abuelo había incluido en el pícnic y comió mientras Joce abría reverentemente las viejas páginas.

—¿Estás listo? —le preguntó.

Él afirmó con la cabeza.

—¡Deja de hablar y lee!

Jocelyn bajó la vista hacia las páginas y comenzó.

Londres, 1944

—Señor, con todos los respetos, declino esta misión —dijo Edi, con la mirada al frente y la espalda recta, de pie, delante del escritorio del general Austin.

—Harcourt —dijo él con paciente intolerancia—, esto es una guerra y usted va a hacer lo que se le mande, como todos. Si mando dos soldados a casa del doctor Jellicoe, la gente los verá y sospecharán de él. Por lo tanto, quiero que usted, una mujer, vaya con mi chófer y entregue esta revista al doctor Jellie. ¿Me he explicado con suficiente claridad?

—Perfectamente —dijo Edi—. Pero no estoy de acuerdo con la persona a la que envía. Una de las otras mujeres, Delores tal vez, llevaría a cabo esta tarea mejor que yo.

—Delores es tonta. Bastaría con que pincharan una rueda para que se pusiera histérica. Necesito a alguien que no pierda los nervios en una situación de estrés.

—Podría enviarle la revista por correo.

El general Austin se arrellanó y juntó las manos.

—¿Por qué se opone exactamente a esta misión en particular? ¿Tiene miedo? ¿Es usted demasiado cobarde para hacer algo que nuestros muchachos hacen a diario?

Edi no contestó. Había demostrado su valentía en cada bombardeo. Siempre era la última en ir al refugio porque antes se aseguraba de que todas las otras mujeres de la oficina estuvieran a salvo.

—¿Cuál es el motivo? —ladró el general Austin.

—Quizá, señor, podría enviarme con otro chófer, o podría ir por mi cuenta. Usted sabe que a menudo viajo sola por la campiña inglesa.

—¿Otro chófer? ¿Me está diciendo que pone reparos a esta misión porque no le gusta el sargento Clare?

Edi calló de nuevo.

El general Austin se levantó, fue hasta la ventana y luego se volvió y la miró como si no pudiera creer lo que ella acababa de decir.

—¿No le gusta, Harcourt? ¿Cree usted que a todos esos hombres de ahí fuera que se enfrentan al fuego enemigo gritando «Mejor que Austin» les gusto yo? ¡Maldita sea! ¡No le gusto ni a mi mujer! No creo que gustar o disgustar tenga cabida en una guerra. —Gritaba tanto que era un milagro que los cristales no se rompieran.

—No, señor —dijo Edi.

—De acuerdo, Harcourt. Haga el equipaje para una noche y póngase un vestido bonito. Es usted una chica que sale al campo con su novio soldado. Parará a ver a un viejo amigo de un amigo, el doctor Sebastian Jellicoe, y le dará una revista. Esta no

será la historia que correrá por aquí, pero es lo que va usted a hacer. ¿Tiene alguna pregunta? ¿Hay algo que no le complazca de esta misión?

Edi no iba a dejarse intimidar. Siguió en postura de firmes pero, cuando habló, fue para decir:

—Sí, señor, tengo una pregunta. ¿De qué se trata en realidad?

El general Austin se tomó un momento para responder.

—En circunstancias normales no se lo diría, pero el doctor Jellie es un profesor retirado, de Oxford creo, y sabe más que nadie en este mundo de vocabulario. Le enviamos documentos secretos que necesitamos descifrar. El problema es que creemos que puede haber sido descubierto. El profesor es bueno interpretando el papel de anciano despistado demasiado senil incluso para darse cuenta de que estamos en guerra, pero alguien ha descubierto el engaño y tememos por su vida. La revista lleva un mensaje cifrado. Él sabrá que es mío. Dice que se vaya con usted y Clare. Tan pronto como ustedes dos lo traigan aquí, enviaremos a Jellie a Estados Unidos. ¿Contesta esto a su pregunta? ¿Cree que Delores podría hacerlo?

—Sí, lo entiendo señor, y Delores no sería de utilidad.

—Muy bien, ahora vaya. Clare la recogerá mañana por la mañana a las nueve. Esté aquí a las siete y le daré más instrucciones.

Quince minutos más tarde, Edi estaba en su diminuto apartamento haciendo la maleta. Al día siguiente planeaba llevar un vestido de corte tan serio que, en comparación, el uniforme parecería desenfadado. Las otras mujeres hablaban constantemente de quitarse los rígidos uniformes y ponerse vestidos bonitos, pero Edi opinaba que los hombres no necesitaban que los animaran, así que iba bien tapada.

Tenía algunos vestidos bonitos, pero no pensaba ponérselos hasta que ella y el odioso sargento Clare estuvieran fuera de la vista de los soldados.

Después de meter los vestidos y la ropa interior en una pequeña maleta ya estaba lista para irse. Si pasaba por alto el hecho de que iba compartir la misión con el detestable David Clare, Edi tenía que admitir que le resultaba... bueno, excitante. Salir de esa oficina llena de humo, lejos del sempiterno malhumor del general... Irse al campo, ver árboles. Casi lo estaba deseando.

En sus escasos días libres no hacía como las otras chicas, que corrían al sitio más cercano donde vendieran bebidas y hubiera música alta. No, Edi buscaba alguien que la llevara y se iba a la campiña inglesa a pasar el día. O, si tenía la suerte de librarse del general, se quedaba varios días fuera. Paseaba, se sentaba bajo los árboles y contemplaba las vacas pastar. Ver aquello que intentaban preservar la ayudaba a comprender por qué libraban una guerra.

Había pasado la noche en una granja de vez en cuando. No había tardado en aprender a mentir diciendo que era viuda de guerra y que su marido había sido inglés. La gente era suspicaz con una hermosa mujer americana que viajaba sola; pero siendo

una viuda que quería ver el país de su difunto marido, le abría las puertas y le brindaba amigos. Cuando regresaba a la oficina del general Austin después de pasar un fin de semana fuera, traía una lista de nombres que la gente le había dado. Querían saber el paradero de sus hijos e hijas. Aunque era ilegal, Edi utilizaba sin sentirse culpable los contactos del general Austin y sus credenciales para hacer averiguaciones acerca de los nombres de su lista. La primera vez que se aprovechó irregularmente de su proximidad a él, el general Austin supo al cabo de apenas una hora lo que estaba haciendo. Nada se le escapaba. Pero se limitó a resoplar, su particular gesto de aprobación, y después la cargó con más trabajo. Era un pequeño precio a cambio de la posibilidad de ayudar a gente que había sido tan amable con ella. En dos ocasiones que fue incapaz de encontrar a los hijos de sus conocidos le dio los nombres al general. En ambos casos él averiguó su paradero. A un joven lo habían matado en Italia y el otro estaba herido en un hospital francés.

Cuando acabó de hacer la maleta, Edi hirvió un huevo, calentó unas tostadas en el hornillo eléctrico de su habitación e intentó leer los documentos que había traído de la oficina. Pero su pensamiento volvía a la misión. Si el general Austin quería que fuera con un hombre, eso significaba que el peligro era mucho mayor de lo que confesaba.

—¿Qué le ha hecho al gruñón de Austin para que lo obligue a llevar esto? —le preguntó el médico a David Clare apretando los tornillos de inserción en la larga férula que le estaba colocando en la pierna.

David estaba sentado en una mesa de operaciones, en camiseta y calzoncillos, mientras el médico le colocaba una espantosa abrazadera de acero en torno a la pierna izquierda.

—¿No se ha enterado de que voy con Harcourt?

El médico se quedó con la boca abierta de asombro, después la cerró.

—No funcionará, nunca la conseguirá, sobre todo llevando esto.

David miró las tiras de acero que envolvían su pierna e hizo una mueca. Le habían dicho que Austin era un bastardo, pero no se había percatado de hasta qué punto hasta esa mañana temprano. La noche anterior, un asistente le había dicho que tenía que llevar a Edilean Harcourt a la campiña inglesa. Iba a visitar a la esposa de un amigo del general. Habían matado a su marido y el general quería presentarle a la viuda sus condolencias personalmente... «Personalmente» mandando para ello a su secretaria.

—¡Oh, espere! Me han dicho que le entregue esto. —El ayudante le había tendido un sobre de los que suelen contener una invitación.

—¿Qué es? —había preguntado David.

—No estoy seguro, pero creo que una invitación para el baile de oficiales del mes

que viene. Si regresa con vida, puede asistir. El año pasado la señorita Harcourt llevaba un vestido azul eléctrico que... —El hombre había sacudido la cabeza para expresarse—. Yo en su lugar la guardaría bien; no podrá entrar sin invitación.

—La guardaré como un tesoro —había asegurado David metiéndosela debajo de la camisa.

David y Edi iban a pasar la noche fuera y volver al día siguiente. David solo le pedía al cielo que aquellos dos días fueran tan buenos como la idea que de ellos se había hecho.

Pero esa mañana un ayudante listillo le había dicho que tenía que presentarse ante el capitán Gilman, un médico, inmediatamente. Por supuesto a esas alturas todo el mundo en Londres y probablemente media Francia sabía que el sargento Clare iba a estar a solas con la señorita Harcourt durante dos días completos.

David tendría que haber supuesto que había gato encerrado. El médico le había dicho que el general opinaba que un soldado en perfecto estado físico viajando por el país levantaría sospechas. ¿Por qué no estaba en el frente?

—Podría estar de permiso —dijo David—. ¿No se le ha ocurrido eso al general?

El médico lo miró incrédulo.

—¿Pretende usted que le explique los secretos del pensamiento de Austin *el Bulldog*?

El capitán había continuado diciendo que el general Austin pensaba que sería mejor que el sargento Clare pareciera incapacitado para luchar, así que tenía que colocarle en la pierna una férula de acero, desde la parte superior del muslo hasta el tobillo. En la rodilla llevaba una bisagra redonda de unos diez centímetros con unos extraños tornillos que se podían aflojar o apretar con una llave Allen.

Diez minutos después, David estaba sobre la mesa de operaciones y el médico le estaba ajustando la férula en la pierna.

—No pierda esto —le dijo, mostrándole la pequeña herramienta en forma de «L»—. Si la pierde, la única manera de quitarle esto será con una sierra para metales.

Llevaba unas almohadillas entre la piel y el acero, gastadas y deshilachadas, con la guata que sobresalía en algunos trozos.

—¿No ha encontrado una peor? —preguntó David—. Una un poco más vieja, un poco más hecha polvo.

—No. —El médico sonrió torcidamente—. Es la peor que teníamos, de la pasada guerra.

—¿De la Guerra Civil o de la de los franceses y los indios?

—De la Guerra de las Dos Rosas —dijo un soldado inglés que pasaba por allí—. Probablemente la forjaron a mano. Apuesto a que hay cota de malla ahí debajo.

—¡La donaré a uno de vuestros museos! —le gritó David al hombre que se alejaba—. ¡Uno de esos que hemos salvado para vosotros!

Se oyó la risa del inglés a lo lejos.

—Bien —dijo el médico—. Veamos qué tal camina usted con esto.

David se dio la vuelta en la mesa y, con cuidado, puso un pie en el suelo y luego el otro. En cuanto dio un par de pasos con la férula se dio cuenta de que era peor de lo que había pensado. Pesaba, le apretaba y la bisagra se doblaba solo la mitad de lo que lo hacía su rodilla.

—¡Qué diablos...! —dijo David levantando la pierna rígida. No podía doblar la rodilla más que unos centímetros.

—Lo siento —se disculpó el médico, pero estaba sonriendo. Ningún soldado se compadecía del hombre que iba a pasar dos días con la señorita Harcourt. Insertó la llave Allen en los tres tornillos de la bisagra y los giró aproximadamente medio centímetro, aflojándola. David pudo flexionar la rodilla.

—Esto es un asco —dijo David, intentando caminar.

—Dé gracias de que no la necesita realmente —dijo una voz a su espalda.

—¡Dios me libre de los santurriones! ¿Quiere ponerse esta cosa usted? ¡Oh, perdón, reverendo! No pretendía... —No sabía cómo disculparse.

El reverendo sonreía.

—Me han dicho cosas peores que «santurrón». Creo que hay un coche esperándole fuera y una joven a la que tiene que ir a recoger.

—Sí —refunfuñó David.

Maldecía la férula y especialmente al general Austin por obligarlo a llevar aquel maldito artilugio. Uno de los hombres dijo que era como un cinturón de castidad: David tenía que llevarla para que el general estuviera seguro de que no tocaría a su preciada secretaria.

Todos esperaban una réplica mordaz de David, algo como que la pierna no era la parte de su cuerpo que planeaba usar, pero no dijo nada. No quería decir alguna inconveniencia y que llegara a oídos de la señorita Harcourt.

Le fue imposible embutirse en los pantalones de su uniforme, así que el médico le dio unos pantalones dos tallas más grandes. Sujetos con el cinturón, le quedaban muy fruncidos en la cintura. «Lo ideal para causar buena impresión a la mujer más bonita del mundo», pensó.

David estuvo a punto de desmayarse cuando vio el coche que les había enviado el general. Era un viejo Chrysler y, por el sonido del motor, muy viejo. Se preguntó si no lo habrían fabricado el mismo año que la férula.

Le costó varios intentos arrancarlo. Deseó haber tenido medio día para trabajar en el motor, pero no lo tenía. Cuando consiguió arrancarlo, comprobó que incluso la dirección estaba mal. Para colmo, el coche era inglés, con el volante a la derecha, con lo que todo estaba al revés de cómo él estaba acostumbrado. En resumen, conducir aquel coche era un peligro.

Ella le estaba esperando de pie en el bordillo y pudo sentir las miradas de los hombres sobre ellos.

La señorita Harcourt tenía un aspecto más estirado que de costumbre incluso. Se había recogido el cabello oscuro y lo llevaba tan tirante que casi parecía pintado. El traje de lana era tan rígido que parecía de madera. A sus pies había una maletita marrón y agarraba la cartera de piel negra que llevaba al hombro como si de una caja fuerte llena de joyas se tratara.

—Bonito día, ¿no le parece, señorita Harcourt? —dijo él, abriéndole la puerta delantera del pasajero.

Cuando ella abrió la puerta trasera y subió al coche, David oyó una carcajada que parecía salida de la garganta de cien hombres, pero no miró.

Era difícil conducir con la larga férula en la pierna. Embragar para cambiar de marcha le dolía. Las almohadillas ya se le habían desplazado hacia un lado y el acero le rozaba la piel. Si hubiera tenido sentido común, habría aparcado a un lado de la carretera para colocárselas. Pero miró a la señorita Harcourt por el espejo retrovisor. Por la expresión de aquella bonita cara, parecía pensar que él iba a hacer algo espantoso, así que apretó los dientes e intentó ignorar el dolor.

—Me han dicho que conoce el camino —le dijo, mirándola por el retrovisor.

Ella asintió levemente con la cabeza y ese fue el único signo de que lo había oído.

—¿Le parece que podría darme indicaciones?

—Cuando sea necesario, lo haré.

En el asiento trasero del coche, Edi iba sentada muy erguida. Esa misma mañana le había sugerido nuevamente al general Austin lo de ir por su cuenta a casa del doctor Jellicoe. Podía simular como siempre ser una viuda de guerra y viajar sola. Pero la respuesta del general no podía haber sido más escueta: «No». No había gritado ni dado explicaciones. Por el modo en que lo dijo comprendió que seguramente en aquella misión había más en juego de lo que le había contado. Y se reafirmó en la idea de que, si quería que la acompañara un hombre, eso significaba que había peligro. El general le había dicho como de pasada que debajo del asiento trasero del viejo coche había media docena de fusiles M1 y suficiente munición para acabar con un batallón.

Después Austin le había dado la revista: el número del 15 de mayo de 1944 de la revista *Time*, con un retrato de Alexander Fleming en la portada. Era de hacía varias semanas, pero ella no lo había leído.

—Déselo a Jellie.

El general Austin le dio un fajo de dinero inglés y un mapa. Para encontrar al doctor Jellicoe era esencial un mapa. Las carreteras inglesas seguían las rutas medievales de carros y animales. Si en la ruta había un árbol o una colina o la casa de alguien, el carro daba un rodeo para sortear el obstáculo. Las lindes se basaban en

riachuelos o rocas o cualquier cosa que una persona pudiera identificar. Así que las carreteras se desviaban, giraban y rodeaban puntos de referencia que hacía tiempo que habían desaparecido. En tiempos de paz, había indicadores por todas partes. Si alguien llegaba a un cruce de ocho caminos, las señales eran la única forma de saber por cuál tomar. Pero en tiempos de guerra, como medida de precaución, habían eliminado la mayor parte de los indicadores. Sin un mapa o un guía experimentado, nadie encontraba nada.

Edi estudiaba el mapa para mantener la mente apartada de la forma de conducir de Clare. Sin embargo, aquel día conducía con más cautela. No corría, no se incorporaba al tráfico como una flecha y, lo mejor, no hacía comentarios sarcásticos sobre todo.

Pasó una hora con el mapa, haciéndose un croquis mental. Si se perdían quería saber por dónde ir.

En cuando a la revista, tenía casi miedo de abrirla. Con la misma reverencia que si se hubiera tratado de una biblia de Gutenberg, fue pasando las páginas. Leyó que la penicilina del doctor Fleming pronto estaría disponible para la población en general y que una americana, Kathleen Kennedy, se había casado con el futuro duque de Devonshire.

Lo que más le interesaba era ver si había alguna marca en la revista, algo en el texto o en los márgenes. Pero hasta donde ella alcanzaba a ver, no había nada.

—¿Es interesante la revista? —le preguntó David, mirándola por el espejo retrovisor.

Edi continuó en silencio.

—Será un viaje muy largo si nadie habla —dijo el sargento Clare desde el asiento delantero.

—No veo la necesidad de mantener una conversación intrascendente —repuso Edi. Veía el perfil de David y tenía el ceño fruncido. «Déjalo —pensó—, que se enfurruñe todo lo que quiera». Solo tenía que entregar la revista a Jellicoe. Después, en el viaje de regreso, el doctor iría con ellos. Eso levantaría una barrera más entre ella y el odioso David Clare.

Continuaron en silencio y, alrededor de la una del mediodía, empezó a lloviznar. El sargento Clare sacó el coche de la carretera y tomó por un camino de grava.

—¿Qué hace? —preguntó Edi, alarmada—. ¿Algo va mal?

Él detuvo el coche delante de una casa con un cartel que rezaba: «Comida casera y té». David apoyó el brazo en el respaldo del asiento y se volvió a mirarla.

—Señorita Harcourt, debe usted ser tan disciplinada que se ha entrenado para no comer, pero yo soy humano y necesito comida.

—Sí, por supuesto —dijo ella, evitando mirarlo a los ojos. Según sus cálculos, llegarían a casa del doctor Jellicoe sobre las ocho de la noche. El general Austin

había dicho que el doctor no sabía que iban.

—Si se entera, se esconderá —había dicho el general—. El elemento sorpresa es importante.

Aunque Edi se lo había preguntado, no le había dicho cómo persuadir al doctor Jellicoe para que fuera con ella y el sargento Clare... Aunque, ¿no se suponía que la revista se encargaría de convencerlo?

Cuando salieron del coche, Edi vio que al sargento Clare le pasaba algo, pero no tenía intención de preguntarle por qué cojeaba y parecía dolorido. Si le hubieran herido en acción, ella lo habría sabido a través de la oficina del general, o sea que si estaba herido era porque había tropezado con algo o, más probablemente, estrellado un vehículo contra algo.

Ella llevaba la maleta y la cartera cuando entraron en el restaurante, que era en realidad la sala de estar de una casa de campo pintada de rosa que se usaba como salón de té.

—¡Oh, querido! —exclamó una mujer gordita de aspecto agradable tan pronto como vio al sargento Clare cojeando—. Le han herido. Siéntese aquí y déjeme que le traiga lo que necesite. Aquí está el menú y yo soy la señora Pettigrew. Tomaros tiempo para decidir lo que queréis. —Salió de la habitación, dejando a Edi y David sentados a una de las cuatro mesas. Eran los únicos clientes.

Edi se sintió momentáneamente culpable. Tal vez la razón por la que el general Austin había enviado al sargento Clare con ella era porque lo habían herido.

—¿Le han herido? —preguntó, parapetada tras el menú.

—Sí, me ha herido su condenado general —refunfuñó David—. ¿Cree que las patatas estarán buenas?

Dado que el menú consistía básicamente en platos a base de patata, Edi no se molestó en contestarle. Buscó con los ojos a la mujer para que tomara nota, pero no se la veía por ninguna parte.

—Creo que voy a ir... —Edi se calló porque no quería decir que iba al servicio.

—Vaya, pediré por usted —dijo él, enfurruñado—. A menos que quiera alguna cosa que no sean patatas.

Edi había pasado suficiente tiempo con el general Austin para saber cuándo un hombre busca guerra y, si el sargento Clare no paraba de hablarle en aquel tono, se la iba a dar. Ya tenía suficiente con la responsabilidad de asegurarse de que llegaban a su destino y entregaban la revista sin tener que discutir además con un maleducado. Por lo que había podido observar, el sargento Clare oscilaba entre dos estados: peligrosamente chulo o enfadado. Cuando regresara, le explicaría detalladamente al general Austin lo que opinaba del hombre con el que la había enviado.

Se levantó de la silla, cogió el bolso e hizo amago de coger la cartera, pero pensó que si iba con ella al servicio llamaría mucho la atención. No creía que al sargento

Clare le hubieran dicho nada y quería que continuara en su ignorancia.

Estuvo un rato en el servicio. Era el cuarto de baño de una casa normal, con cortinas rosa estampadas y jaboncitos decorativos en un bote de cristal. Aquella habitación tan encantadora era la razón por la que se alejaba tan a menudo como podía de Londres y de los soldados y de todo lo que le recordara la guerra. Se tomó su tiempo lavándose la cara, pintándose los labios, soltándose el pelo para cepillárselo y volver a recogerse.

Cuando regresó a la mesa, la comida ya estaba servida. Era deliciosa. Unas patatas enormes con mantequilla casera, ternera muy tierna, estofada durante horas, y judías verdes que seguramente provenían del huerto y que habían recogido aquella misma mañana.

Ni ella ni el sargento hablaron mucho. Solo hicieron un par de comentarios sobre la lluvia, que parecía a punto de parar.

Después de comer, David fue cojeando hasta el coche, y mientras mantenía abierta la puerta delantera del acompañante para ella, le dijo:

—Me vendría bien que se sentara delante para indicarme el camino.

Ella lo ignoró nuevamente, abrió la puerta trasera y subió al coche.

—Una cosa que puedo decir de usted es que no se da por vencida fácilmente, ¿a que no? —comentó él subiendo al coche, luchando con la pierna izquierda agarrotada.

—¿Quiere regresar a la carretera por favor? Tenemos que girar unos cinco kilómetros más adelante.

—¿Está ya dispuesta a decirme adónde vamos y qué estamos haciendo?

—El general Austin quiere que le presente mis condolencias a la viuda de un amigo suyo.

—Sí, eso he oído —dijo él. Justo en ese instante fue como si el cielo se abriera. Llovía a cántaros. David puso en marcha los limpiaparabrisas, pero no funcionaban bien. El estruendo de la lluvia era tan fuerte que tenían que gritar para oírse.

—¿Conoce la carretera por la que tenemos que girar?

Ella iba a decir que no, pero no quiso darle esa satisfacción.

—Tengo un mapa —dijo.

—Así que no sabe usted nada —gritó él, limpiando el vaho de la luna delantera con la manga de la camisa—. Deberíamos parar y esperar a que escampe. Este coche no es el más adecuado para estas carreteras.

—No —dijo Edi desde el asiento trasero—. Tenemos que llegar sin falta a... — Casi se le escapó «a casa del doctor Jellicoe», pero se mordió la lengua.

El coche dio un bandazo debido a un bache y patinó.

—Insisto en que deberíamos parar —dijo David—. No veo por dónde voy.

—Entonces caminaremos si es preciso —dijo Edi bruscamente.

¿Qué le ocurría a aquel hombre? ¿Tanto le preocupaba un poco de lluvia? Cogió la maleta de piel del asiento y la abrió para asegurarse de que llevaba la revista. Pasara lo que pasara, no quería que se mojara. Lo que fuera que contuviera tenía que ser preservado a toda costa.

Pero, cuando abrió el maletín, dentro solo encontró su bloc de notas, dos lápices, una pluma y el mapa. Incredula, lo sacó todo. La revista no estaba. Lo volvió a meter todo y buscó en el asiento. ¿Se habría caído fuera la revista? Se puso a gatas y miró bajo el asiento delantero, en el suelo, en el portaequipajes.

—¿Qué está haciendo? —le gritó el sargento Clare por encima del ruido de la lluvia.

Ella se inclinó hacia delante, acercando la boca a su oreja.

—¿Dónde está la revista?

—¿Qué revista?

—¡La revista *Time*! —le gritó—. ¿Dónde está?

—¿Qué le ocurre? —le respondió también a voz en grito, con la mano sobre la oreja—. No sé lo que ha sido de su revista. Tardaba tanto en volver del baño que me aburría, así que me he puesto a leerla. A lo mejor me la he dejado en la silla, no lo sé. Le compraré otra.

Nunca en su vida Edi se había dejado llevar por el pánico, pero en aquel momento el pánico la atenazó.

—¡Tenemos que volver! —aulló—. ¡Ahora! ¡Ya! ¡Dé la vuelta y regrese! ¡Tenemos que recuperar esa revista!

—Cálmese... —David vio la cara de Edi y soltó una imprecación—. ¿Por qué no me ha dicho que era importante?

—¡No es su trabajo saber nada! —le gritó. Si no hubiera estado conduciendo le hubiera estrangulado con sus propias manos—. Sabía que era usted un incompetente. Le rogué al general que me acompañara otra persona. ¡Pero no, me tenía que enviar con usted! Así que créame: cuando salgamos de esta, si es que salimos, voy a solicitar que lo sometan a un consejo de guerra.

—¿Quiere hacer el favor de volver a sentarse y agarrarse bien? —dijo David en un tono que le dejó bien claro que estaba tan enfadado como ella. Luego giró en redondo, a tal velocidad que derraparon por la resbaladiza y embarrada carretera. El viejo coche estuvo a punto de calarse, pero el motor tosió un par de veces y continuó avanzando. David aceleró, dando bandazos por la carretera, hasta que consiguió controlar el vehículo.

En la parte trasera, Edi se vio lanzada a un lado del coche, luego al otro. Intentó agarrarse a los brazos de los asientos pero, cuando se acercaba a uno, el coche se inclinaba hacia el lado opuesto y lo perdía. Se golpeó la cabeza dos veces contra la puerta, y la mitad de la horquillas se le soltaron. Una estuvo a punto de darle en un

ojo.

Levantando la gravilla, David paró el coche delante de la casa de campo donde habían comido.

—Espere aquí. Yo...

—¡Váyase al infierno! —dijo ella, saliendo del coche bajo la intensa lluvia.

Había un cartel de «Cerrado» en la ventana y la puerta estaba atrancada. Edi se puso a aporrearla y a gritar bajo la lluvia. David intentó decirle algo y se fue cojeando a la parte posterior de la casa buscando otra puerta. Volvió al cabo de un momento.

—¿Ha encontrado algo? —gritó ella, con la lluvia resbalando por su cara, la ropa empapada y el cabello cayéndole en greñas alrededor del rostro.

—Nada, está cerrado.

—Tiene que haber algo que podamos hacer. Rompa la ventana.

—¿Qué?

—¡Que rompa la ventana, entre y busque la puñetera revista!

—¡Se supone que es una misión secreta! —gritó él.

—¿Tiene una idea mejor? —vociferó ella.

—Sí. Podríamos... —David no dijo nada más porque la puerta principal se abrió y la señora Pettigrew se asomó.

—Entren —dijo—. Están empapados.

Edi prácticamente empujó a David para apartarlo en cuanto entraron en el restaurante.

—¿Ha visto una revista? —le espetó a la mujer.

—¡Oh sí!, *Time*. No la vemos muy a menudo por aquí. Me gustó lo de los Cavendish y los...

—¿Dónde está? —le preguntó Edi sin miramientos.

David intervino.

—Es que le prometió la revista a su tío y por mi culpa nos la hemos dejado. ¿La tiene usted?

—No, lo siento, pero no la tengo. —La señora Pettigrew sonreía—. Tengo algunos números de *Country Life*. Tal vez su tío quiera un par.

—No —dijo David antes de que Edi tuviera tiempo de abrir la boca—. En esa revista hay un artículo sobre su primo y la necesita.

—Bueno, entonces creo que el señor Farquar tiene algunos números atrasados de *Time*. Tal vez tenga ese.

—Nosotros queremos nuestro ejemplar —dijo Edi con los dientes apretados—. ¿Qué ha pasado con él?

—Lo ha cogido Aggie.

—Lo ha cogido Aggie —dijo Edi en apenas un susurro.

—Aggie Trumbull. Trabaja para mí dos días a la semana. No me alcanza para

pagarle mucho, pero le permito quedarse con cosas que los clientes olvidan. —Miró a Edi con reproche—. Como viejas revistas. Normalmente a la gente no le importa.

David se preparó a impedir que Edi atacara a la mujer.

—¿Dónde podemos encontrar a la tal Aggie?

—Se ha ido a casa. Vive con su abuelo. Si vuelven dentro de tres días, estará aquí y podremos preguntarle por la revista. Estoy segura de que la cogió para su abuelo. Le encanta leer.

—Tres días —dijo Edi—. ¿Tres días?

—Podemos ir a casa de su abuelo a buscar la revista —dijo David—. ¿Puede decirnos dónde vive?

—A tres pueblos —dijo la señora Pettigrew—, pero con esta lluvia nunca llegarán en coche. El puente está semianegado con toda esta lluvia, y en esta época del año el río baja crecido. No, es mejor que se queden aquí un par de noches y esperen. Yo puedo hospedarles. ¿Quieren una habitación o dos?

De nuevo, David se interpuso entre Edi y la mujer.

—No, no necesitaremos ninguna habitación. Tal vez pueda usted dibujarnos un mapa para llegar a casa del abuelo de Aggie. Y, si no es mucha molestia, ¿podría prepararnos algo de comida para llevar?

—Ya ha pasado la hora de la comida —dijo ella, y no parecía dispuesta a mover un dedo.

—Pues té, cena y algo para desayunar —dijo Edi con frialdad—. Le compraremos toda la comida que tenga. ¿Nos dibuja el mapa?

—Estaré encantada —dijo la señora Pettigrew—. En un minuto les traigo varios platos preparados. —Salió de la habitación.

Edi le dirigió a Dave una mirada asesina.

—No me mire así. Ha sido culpa suya, por no decirme de qué iba esto —protestó él en voz baja para que no lo oyera la señora Pettigrew—. Si me hubiera dicho que esa dichosa revista contenía algún tipo de secreto, yo habría...

—¿Qué, sargento Clare? ¿No habría fisgoneado en mi cartera? ¿No me habría robado la revista ni la habría dejado en una silla donde cualquiera pudiera cogerla? Si la seguridad de nuestros países dependiera de usted, habríamos perdido esta guerra hace años.

—Si usted no fuera una esnob estirada que piensa que lo sabe todo y que nadie más en el mundo tiene cerebro, no estaríamos en esta situación.

—¿Esnob? ¿Llama usted esnobismo a proteger un alto secreto? ¿Así lo considera?

—¿Alto secreto? ¿Desde cuándo una secretaria se hace cargo de la seguridad de un alto secreto?

—Cuando es necesario.

—¿Para consolar a una viuda? Actualmente hay miles de viudas y... —Se calló y la miró—. No hay ninguna viuda, ¿verdad? Esto es algo completamente diferente y ni usted ni ese vocinglero general suyo al que le hace la pelota me han dicho nada. ¡Maldita sea! —dijo David—. Se trata de algo peligroso, ¿no es cierto?

—No es de su incumbencia. Usted es solo el chófer.

—¡Y usted es solo la secretaria! —exclamó él a un milímetro de su cara.

—¡Oh, queridos! —se oyó la voz de la mujer desde la entrada—. Me temo que he provocado una pequeña discusión entre los dos. Serán diez libras con seis —añadió.

—¿Diez libras? —Edi estaba escandalizada. Era una fortuna—. Creo que no...

—Me parece bien —dijo David, sacando su cartera—. ¿Me puede dar el mapa ahora?

—Por supuesto, querido —repuso ella sin mirar a Edi. Le dio un papel a David, que él cogió sin mirarlo.

—Les ayudaría con los paquetes pero hay un poco de humedad ahí fuera así que... —fue diciendo cada vez en voz más baja, hasta que finalmente salió de la habitación.

En una de las mesas había seis grandes cajas blancas, cada una atada con bramante formando un asa.

—Creo que lo ha hecho a propósito —dijo Edi—. Creo que tenía estas cajas preparadas y esperaba a que volvieran los americanos bobos y pagaran una fortuna por ellas. Deme el mapa.

—No en esta vida —dijo David, cogiendo cuatro cajas. Iba a coger las otras dos, pero Edi se le adelantó.

—Ahora quiero el mapa.

—No —dijo él mientras abría la puerta y salía corriendo. Dejó las cajas en el asiento trasero del coche y sostuvo abierta la puerta del acompañante para Edi. Llovía tanto que apenas veía el coche, así que no quiso perder tiempo discutiendo con él. Además, quería el mapa.

Se sentó en el asiento de delante, puso las cajas atrás y esperó a que él subiera al coche. David metió la pierna rígida dentro y luego tuvo que retorcer todo el cuerpo para meter la otra.

Ella sacó un pañuelo del bolso y se secó la cara.

—¿Qué le ha pasado en la pierna? ¿Se disparó usted mismo?

—Si no fuera usted una mujer yo...

—¿Qué me haría? —preguntó ella, entornando los párpados.

—No use ese tono conmigo y no me tienta. —Dio un portazo y pasó varios minutos intentando arrancar el viejo coche.

—Pensaba que era usted capaz de arreglar cualquier motor.

—Me han dado este trasto esta mañana. Ni siquiera he visto el motor. —Cuando

arrancó, suspiró aliviado y salió del estacionamiento.

—Déjeme ver el mapa —dijo Edi.

David metió la mano debajo de la camisa y lo sacó. Estaba empapado, pero la tinta no se había corrido.

—Diez libras por esto —farfulló ella, indignada—. Vaya hasta la iglesia, gire a la derecha y luego continúe hasta la granja Trumbull. Parece suficientemente fácil como para que incluso usted pueda llegar.

David le dirigió una mirada que le indicó que pisaba terreno pantanoso y que era mejor que tuviera cuidado.

—Bien —dijo Jocelyn cuando acabó de leer. Se habían comido casi todo el contenido de la cesta. Luke se había zampado además una gran ración de guiso de pollo—. No es un gran comienzo para el amor, ¿verdad?

—A mí me gusta... —dijo Luke. Estaba tumbado sobre el mantel con las manos debajo de la cabeza—. ¿Qué más quieres?

—No lo sé, una conexión mental. Supongo que creía que Edi y su David habían mirado hacia el otro extremo de una habitación, sus ojos se habían encontrado y se habían enamorado de repente y sin remisión. Pensaba que habrían ido a cenar y que habrían hablado y descubierto que eran exactamente iguales en todo. Pero ese hombre...

—¿Qué pasa con ese hombre?

—No parece como ella... No sé cómo decirlo para no parecer una esnob. No parece de su clase. Ella es educada, proviene de un antiguo linaje de, bueno, de la alta sociedad, pero ese hombre es...

—¿Qué? ¿Son como el jardinero y la señora de la mansión?

—¿Vas a empezar otra vez con eso?

—Me gustaría —dijo él con dulzura, mirándola de arriba abajo.

Ella no pudo controlarse y se le acercó. Entonces él rodó sobre sí mismo y se puso de pie.

—Hay algo en esta historia que no me cuadra —dijo, cogiendo la pala.

—¿Qué es?

—No lo sé, pero hay algo en todo este asunto que me desconcierta. El tío Alex y la señorita Edi, el hecho de que tú conocieras a la señorita Edi, todo. Algo me ronda la cabeza. Tengo la sensación de que se nos escapa algo.

—Yo no le veo el misterio —dijo Joce—. Mis abuelos y Alexander McDowell eran amigos; por eso él compró la casa de Boca Ratón y por eso Edi se mudó allí.

—Supongo que sí. Pero hay algo raro. Alex McDowell no tenía amigos. Era un gruñón adicto al trabajo. Y tú sabes cómo es Edilean. Todo el mundo se entera de todo. La última vez que tuve que jugar al golf con mi abuelo le pregunté cuándo y dónde se había hecho amigo de tus abuelos el tío Alex. Su respuesta fue que, por lo que él sabía, Alex raramente salía de la ciudad.

—¿Y durante la Segunda Guerra Mundial? —preguntó Joce—. Mi abuelo fabricaba cascos y viajó a Europa varias veces. Tal vez se conocieran entonces.

—El tío Alex no fue a la guerra. Tenía una minusvalía que lo mantuvo apartado de ella, así que se quedó en Estados Unidos y se dedicó a mover dinero.

—¿Era banquero? —le preguntó Joce.

Luke no le contestó; estaba concentrado cavando. Así que empezó a recoger el

pícnic y puso la preciada historia encima de la cesta.

—Voy a mecanografiar esto.

—¿El ordenador tiene batería?

—Pues claro —dijo ella sonriendo—. Vale, lo sacaré aquí fuera.

Cuando se levantó vio que había algunas plantas en una caja de cartón en la trasera del camión de Luke.

—¿Qué tienes ahí?

—Algunas plantas que encuentro por los alrededores. Solía haber jardines por la zona y algunas plantas han sobrevivido.

A ella le parecían malas hierbas.

—Así que si vas andando por ahí y ves una planta, reconoces lo que es y sabes arrancarla sin matarla.

—Sí —dijo él. Parecía divertido.

—Vuelvo enseguida —dijo ella sonriendo.

En cuanto hubo entrado en la casa y cerrado la puerta, Luke cogió el móvil y llamó a su abuelo.

—¡Hola, Luke! —dijo el doctor Dave—. Acabo de hacer un hoyo en uno.

—Enhorabuena —dijo Luke rápidamente—. ¿Te importa si voy esta noche? Quiero hablar contigo de una cosa.

—¿De la mentira que le conté a Jocelyn sobre que en el segundo capítulo había un accidente de coche?

—No —dijo Luke, alargando la sílaba—. Esa mentira en particular no me la mencionó. Es sobre otro asunto. ¿Quién sabe mejor en qué asuntos andaba metido el tío Alex?

—Yo diría que era su mujer.

—Alguien vivo.

—Supongo que yo.

—¿Dejó algún diario el tío Alex?

—Los diarios son de papel y el papel es caro —dijo el doctor Dave—. ¿Por qué no vienes ahora y jugamos algunos hoyos mientras hablamos?

—Me gustaría mucho, pero Joce va a sacar su ordenador y escribirá mientras yo trabajo.

—Bien, me alegro.

—Yo también —dijo Luke—. Tengo que dejarte, ya viene.

—¿Así que no quieres que se entere de lo que quieres contarme esta noche?

—Añádelo a los secretos que le contaste de mí y tendrás un cargamento completo.

Dave se estaba riendo cuando Luke colgó.

—Estás enfurruñado —dijo Joce—. ¿No hablabas con un amigo?

—Era mi abuelo. Siempre discutimos.

—El abuelo con el que nadie se llevaba bien era tu mejor amigo y el doctor Dave, al que todo el mundo quiere, te pone frenético.

—Lo has pillado.

—¿Crees que es culpa tuya o suya?

—Suya.

—¿Por qué será que ya sabía la respuesta antes de preguntar? —Se sentó en la hierba y abrió el portátil.

—¿Escribes muy rápido?

—Muy rápido, y después me paso dos horas con el corrector ortográfico porque todas las palabras tienen errores. ¿Y tú qué? ¿Sabes escribir a máquina?

Él le dedicó una de sus miradas que significaban que la encontraba graciosa; después volvió a mirar la tierra.

—¿Y de qué has hablado con tu abuelo?

—De nada importante. Quiere que vaya esta noche a cenar a su casa.

—Eso está bien —dijo Joce, y después lo miró con atención, pero él estaba inclinado sobre la pala y no lo vio—. No conozco a tu abuela.

—¿No? —Fue al camión para coger un rastrillo.

—¿Es simpática?

—Mucho.

—Me parece que es muy diferente de Edi, ¿a que sí?

—A mí me lo pareció, pero solo coincidí con la señorita Edi una vez.

—¿En serio? Habría dicho que la habías tratado más. Como tu abuelo eligió a otra mujer en lugar de a ella, suponía que habrías tenido mucha curiosidad por conocerla. Yo en tu lugar hubiera querido ver...

Luke dejó de cavar.

—No puedo invitarte a venir conmigo —dijo exasperado—. Tengo... asuntos que tratar con mi abuelo y no puedo llevarte.

—Lo entiendo —dijo Jocelyn—, y te aseguro que no te estaba insinuando que me llevaras. En la vida se me ocurriría invitarme a casa de alguien. Estaba simplemente preguntándote por tus abuelos. Conozco mucho a tu padre y he pasado tiempo con tu madre, que ha sido muy amable conmigo, y tu abuelo fue fantástico. ¿Te he dicho que el día que me invitó a comer fue a The Trellis y compró tarta de chocolate para el postre? Él...

—¡A las siete! —exclamó Luke—. Te recogeré a las siete. ¿Vas a escribir y dejarás de darme la lata?

—Con mucho gusto —dijo Jocelyn inclinando la cabeza para que no la viera sonreír. ¡Cómo lo había echado de menos!

—¿En qué crees que andarán metidos los hombres? —le preguntó Mary Alice después del postre. Luke y su abuelo se habían metido en el estudio y seguían allí.

Desde que habían llegado, Jocelyn se había sentido fascinada por la mujer que se había casado con el hombre con el que Edi había estado prometida. Nadie era tan extraordinario como Edi, en opinión de ella, pero saltaba a la vista la atracción entre el doctor Dave y Mary Alice. Ella era dulce y encantadora, y parecía que su única meta en la vida fuera complacer a su marido y a su nieto. Durante toda la cena estuvo de acá para allá, yendo cada dos por tres a la cocina para asegurarse de que todos tenían lo mejor que podía ofrecerles.

Físicamente no se parecía en absoluto a Edi. Mary Alice era baja, llenita y campechana. Edi había sido alta, delgada y elegante. Si la una se ponía el collar de perlas incluso para estar en casa, la otra iba cómoda con un jersey de lana.

—No tengo ni idea —dijo Jocelyn—. Luke está raro desde... —Calló antes de decir que Luke se había comportado de un modo extraño desde que le había leído la segunda parte de la historia de Edi.

Sabía por experiencia que en Edilean nada perdía intensidad con el paso del tiempo. La gente podía envejecer, pero las historias y los secretos seguían tan frescos como cincuenta años atrás. Con esto en mente, decidió que era mejor no mencionar a Edi y se puso a hablar de la obra de jardinería de Luke. Sin embargo, cuando Mary Alice apartó la mirada, Jocelyn abandonó también el tema. ¿Habría algún secreto en Edilean sobre eso también?

Más tarde, cuando volvían a casa en la furgoneta, Joce le preguntó a Luke de qué había estado hablando tanto rato con su abuelo.

—Perdona que te haya dejado sola, pero teníamos cosas de las que hablar.

—Eso es lo que acabo de decir. Quiero saber de qué habéis hablado.

—De plantas —dijo Luke rápidamente—. Quiere plantar un jardín y me ha pedido que lo haga yo.

—Claro, por eso tanto secreto. Como yo no sé nada de plantas, tienes que ocultármelo todo.

—No queríamos preocuparte. ¿Qué te ha parecido mi abuela?

—No teníamos absolutamente nada que decirnos y estás levantando la ceja.

Luke se la tocó.

—De acuerdo. —Suspiró— Quería hablar con el abuelo de mis dudas sobre todo esto. Por razones que puedes imaginar, no menciono a la señorita Edi delante de la abuela. Y antes de que me digas que podría hablar con él en otro momento, tengo que recordarte que he estado trabajando y no quiero pasarme el santo día acarreado una bolsa de golf.

Jocelyn observó que el extremo de su ceja seguía levantado. Aunque estuviera diciendo la verdad, no estaba diciendo toda la verdad.

Luke y Jocelyn iban por un sendero de la reserva natural que rodeaba Edilean. Él iba delante y ella lo seguía, ambos cargados con las mochilas en las que Luke había metido todo lo que podrían necesitar en caso de que, por ejemplo, estallara una tormenta.

Hacía dos días que habían estado en casa de los abuelos de Luke, y habían pasado la mayor parte del tiempo juntos.

El primer día Joce había repasado todo lo hecho de la biografía y le había contado a Luke lo decepcionada que estaba de los aburridos escritos del doctor Brenner.

—No podré sacarles mucho. Incluso los días en que sé a ciencia cierta que les dispararon no anotó más que el camino recorrido, sin mencionar ningún peligro.

—¿Y cómo sabes que les dispararon?

—Por los datos históricos y lo que la señorita Edi me contó —dijo Joce—, y cotejando las fechas con el país en el que estaban en ese momento.

—Tienes que investigar más a fondo —dijo Luke—. Alguien en alguna parte tiene que saber algo. ¿Has verificado los nombres de las otras personas citadas en las cartas?

Joce había sacado un trozo de papel del montón que tenía en el escritorio para enseñarle los nombres que mencionaba en sus diarios el doctor Brenner.

—¿Llevaban un guía?

—No lo sé —dijo Joce—. Creo que Edi mencionó un guía alguna vez. Charles algo.

—Por ahí vas bien —dijo Luke—. Encuéntralo, o encuentra algún familiar suyo. Alguien sabrá quiénes son.

El día siguiente lo pasó ella en el jardín.

Finalmente habían ido al invernadero a comprar las plantas y Luke decía que le mandaría la factura a Ramsey.

—No te preocupes, va a deducir cada penique de sus impuestos porque es un jardín histórico.

—¿Cómo le va? —preguntó Jocelyn.

—¿A quién?

—A mi prometido, en vista de que tú estás «pillado».

—No por mucho tiempo —dijo Luke, sonriente.

Ella habría querido hacerle preguntas sobre Ingrid y la anulación y sobre un montón de cosas personales, pero se aguantó. Se limitó a devolverle la sonrisa.

—Esta es bonita, vamos a coger unas cuantas —dijo.

—Son híbridos modernos. Lo que queremos está ahí.

Las plantas que le gustaban a Luke parecían malas hierbas y apenas tenían flores.

—Huele esto —dijo él, sosteniendo una planta con pelusilla gris verdosa bajo su

nariz.

—Huele de maravilla.

—Tus híbridos modernos no huelen. Solo se pueden mirar y casi ninguno es comestible.

—Las rosas se pueden oler y comer —dijo Jocelyn, orgullosa de saberlo.

—Eso me recuerda que necesitamos algunas rosas silvestres.

Ella no sabía a qué planta se refería, pero estaba aprendiendo que, si era una que le gustaba a Luke, seguro que tenía más hojas que flores.

—Rosas silvestres...

—Sí, dan unas bayas grandes en otoño con las que se puede hacer mermelada.

—¡Oh, estupendo! —murmuró Joce—. Haré mermelada. Ya estoy impaciente.

Ahora estaban en la reserva, caminando por los senderos que Luke parecía conocer muy bien. Ella había querido llevar un mapa de las rutas de excursionismo, pero él le había dicho que las había recorrido tantas veces que podía dibujarle el mapa. La llevaba a un sitio que le gustaba mucho. Allí comerían y leerían la tercera parte de la historia de Edi.

Durante los dos días anteriores, Luke había hablado a menudo por el móvil, sin decirle casi nunca con quién. Desde que habían pasado la tarde en casa de sus abuelos, parecía decidido a no contarle nada más, por mucho que quisiera sacarle información. Joce se daba cuenta de que algo lo tenía preocupado y quería saber qué.

—No sé qué es, pero algo me tiene mosca —le confesó él—. Hay algo en todo esto que me suena a falso, eso es todo.

—No entiendo a qué te refieres. Edi se enamoró de un hombre al que mataron en la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué tiene eso de raro?

—No es eso lo extraño —dijo Luke—, sino lo que pasó muchos años después. Alex McDowell decía que estaba en deuda con Edi por algo y que quería saldar esa deuda.

—¿En deuda por qué? —preguntó Joce.

—Es inútil que intentes sacarme este secreto porque lo desconozco, y nadie quiere contármelo. La otra noche intenté de nuevo que el abuelo me lo contara pero no quiso. Dijo que lo único que me hace falta saber es que Alex se consideraba en deuda con ella.

—Así que, cuando se retiró con solo una pequeña pensión para vivir, le proporcionó una casa en un clima cálido y un trabajo para el que era muy competente. Parece que era un hombre de honor y pagó su deuda.

—¿Pero por qué en Boca Ratón? —preguntó Luke—. ¿Por qué no en Miami? ¿O en Sarasota? ¿O en algún lugar de Arizona?

—¿Por qué no en Weeki Wachee para que pudiera ver las sirenas cada día? ¿Por qué no iba a ser en Boca Ratón? Es un lugar fantástico y Alex tenía amigos allí.

—Sí, tus abuelos. Llamé a Ramsey y dijo que nunca había oído a su abuelo mencionar a nadie llamado Scovill, pero tampoco le había oído mencionar a la señorita Edi, así que no fue de ninguna ayuda.

—¿Preguntó por mí?

Luke soltó una risita.

—Creo que sí. También mencionó a mi abuelo. Después dijo que nos perseguiría con un arma si... Bueno, no puedo repetir lo que dijo delante de una dama.

—Una vez más, se me trata como a un objeto. Por la forma de actuar de la gente se diría que tenía que casarme con Ramsey para que se cumpliera algún tipo de profecía.

—Tal vez solo para reparar lo que algunos consideran una injusticia. Todo el mundo ha pensado siempre que la familia más rica debe unirse con el linaje más antiguo.

—Pero yo no estoy emparentada con Edi. Heredé la casa porque no tenía a nadie más a quien dejársela.

Como Luke no decía nada, Joce lo miró fijamente.

—Te ronda alguna idea, ¿verdad?

—Quiero ver las cartas del general Austin a su esposa.

—Bill Austin está de luna de miel o quizá ni siquiera se haya casado aún, no lo sé. Lo que sé es que no nos dejarán sacarlas de donde están.

Luke se volvió y empezó a caminar de regreso por el sendero.

—Pero ¿no las tiene el nieto?

—Claro que sí. Él... —dijo Joce mirándole—. No, no las tiene. La esposa del general Austin aún vive, así que las tiene ella. ¿Crees que podrías pedirle que nos las enviara?

—No, yo no, pero mi abuelo sí que podría. Podría plantearle el asunto a su manera y conquistarla para conseguirlo.

—Sería muy interesante ver lo que ponen —dijo Joce—. Quizá no haya nada, pero a lo mejor habla en ellas de cuando Edi volvió después de su relación con David Clare. Eh, ¿eso que oigo es agua?

—Sí, una cascada y un lago, helado y hermoso. —Luke continuó caminando.

—Conoces muy bien este sitio, ¿verdad?

—Caminaba mucho por aquí cuando era niño. Creo que esto fue lo que despertó mi interés por las plantas. Solía pasear por los senderos con una guía de flora silvestre en la mano, intentando memorizar todos los nombres.

—¿Cómo se llama esta? —le preguntó ella, inclinándose sobre un arbusto de flores rojas.

—Una *Penstemon*... y no me preguntes por ninguna más, no soy un guía turístico.

—No. Eres un jardinero del que me han dicho que no tiene por qué preocuparse por el dinero. No obtenías los ingresos de tu esposa modelo, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Que preferirías vivir en la calle a hacer eso.

—Me conoces un poco, ¿eh?

—Te voy conociendo —dijo ella.

—¿Y qué sabes de mí hasta ahora?

Se lo preguntó como si no le diera importancia, pero Joce notó que envaraba los hombros.

—Sé que si alguien quiere saber algo de ti tiene que sacártelo con tenazas. No te abres fácilmente.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó él.

—Yo lo considero bueno —dijo ella—, porque estoy aprendiendo a manejarte para que me cuentes tus secretos.

Él paró de caminar y se volvió a mirarla.

—¿Eso crees?

—¡Ah, sí! Ya sé todo lo que hay que saber de ti, excepto algunos detalles, como por ejemplo por qué nunca me dejas entrar en tu casa, por qué tú y Ramsey sois tan competitivos, por qué no me dijiste que estabas casado y qué estáis tramando tú y tu abuelo en realidad. Aparte de eso, lo sé todo.

—Y yo sé que eres capaz de dar la lata a un hombre hasta un extremo inconcebible para enterarte de lo que quieres saber —dijo él.

Jocelyn estuvo segura de que lo decía sonriendo.

Cuando Luke salió del camino, lo siguió. Llegaron a una pequeña cascada que caía en un riachuelo que desembocaba a su vez en un lago. Era hermoso y plácido y daba la sensación de que nadie hubiera estado allí jamás. Luke sabía exactamente dónde dejar las mochilas: en un pequeño hueco detrás de unas rocas.

—Has estado aquí muchas veces, ¿verdad?

—Un millón —dijo Luke—. Cuando era niño venía aquí para alejarme de las expectativas de mi padre y de la vigilancia constante de mi madre.

—¿Viniste con Ingrid?

—Nunca —dijo él.

—¿No encontró calzado de montaña de diseño?

—No encontró a nadie que quisiera estar a solas con ella en un sendero de un parque natural. —Miraba a Jocelyn con dulzura.

Se echó a sus brazos y se besaron. La boca de Luke se posó suavemente en la suya, vacilante al principio, pero después con pasión. Por su forma de abrazarla y apretarla contra sí, supo que la deseaba. Si por Jocelyn hubiera sido, habrían hecho el amor en aquel hermoso lugar, pero él la apartó.

—No puedo.

—Eso no es lo que dice tu cuerpo —dijo ella con la voz ronca.

—No, quiero decir que no creo que tenga derecho. Este asunto acerca del... del matrimonio. Tengo que solucionarlo primero. Y, en cuanto a nosotros, quiero que nos conozcamos bien, quiero...

—No quieres equivocarte de nuevo —dijo Jocelyn. Él no respondió, pero ella supo que eso era lo que quería decir.

Unos minutos después estaban tumbados en la hierba, a la orilla del agua. Luke sacó de su mochila la siguiente parte de la historia de la señorita Edi. Su abuelo se la había dado la noche anterior.

—¿Quieres leer tú o lo hago yo? —preguntó.

—Lee tú —dijo Jocelyn, enlazando los dedos detrás de la cabeza y preparándose para escuchar.

Inglaterra, 1944

Llovía tanto que era difícil incluso ver el puente. Cuando lo hicieron, ambos contuvieron la respiración. El río, muy crecido, estaba a punto de rebasar un puente que no parecía capaz de soportar el peso de una bicicleta, mucho menos el de un pesado coche.

—Es arte precolombino —dijo Dave, frenando y limpiando el parabrisas para mirar al frente.

—De la Alta Edad Media —dijo Edi—. Mire los pilares de piedra que hay en ambos extremos. Son...

—Haga el favor de ayudarme. Si va a darme una clase de historia, la echo del coche.

Ella pensó que era un farol, pero como no estaba completamente segura se calló.

David apoyó el brazo en el respaldo del asiento y avanzó marcha atrás con el viejo coche.

—Voy a cruzar el puente a la carrera, puede que lo crucemos o que derrapemos y caigamos por un lado, probablemente volcando. ¿Está preparada?

Edi se abrazó y asintió.

—O, pensándolo mejor... ¿Por qué no se baja y me espera?

—Si alguien más pone en duda mi valor, sacaré uno de los fusiles que llevamos atrás y le dispararé.

David le guiñó el ojo.

—Los fusiles que llevamos atrás... —susurró—. Conduzco un antiguo tanque. Apuesto a que este trasto fue usado en Sarajevo.

A pesar de la situación, Edi sonrió levemente. La Primera Guerra Mundial había estallado en 1914, cuando el archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa fueron asesinados en Sarajevo. Parecía que, a pesar de su aparente estupidez, el sargento Clare sabía un poco de historia.

Jocelyn contuvo el aliento mientras él subía hasta la cima de una pequeña colina. Apretó el acelerador, metió la primera, levantó el embrague sin soltar el freno y a continuación se lanzaron hacia el viejo puente dentro de una nube de barro y agua. Edi no veía nada. El parabrisas quedó cubierto en pocos segundos y el limpiaparabrisas se negaba a intentar apartar el barro.

Supo que habían alcanzado el puente cuando oyó los bajos del coche golpear la madera. Era un sonido apagado que, de un modo absurdo, le recordó el cuento *Las tres cabras macho Gruff*.^[5]

Cuando pisaron de nuevo la carretera, dejando el puente atrás, ambos soltaron un

grito de triunfo.

Y entonces vieron la vaca. La lluvia había limpiado el barro del parabrisas lo bastante para que pudieran ver algo. Cruzando perezosamente la carretera, como si tuviera todo el tiempo del mundo, había una enorme vaca blanca y negra.

—¡Sujétese! —gritó David, intentando esquivarla con una maniobra arriesgada. Hasta ese momento le había dado igual abollar aquel trasto, pero si se estrellaban contra una vaca de ese tamaño podían salir heridos.

El coche golpeó el seto del borde de la carretera y giró sobre sí mismo dos veces antes de quedar encarado hacia el puente. David luchaba con el gran volante, pero la férula le impedía mover la rodilla. Cuando lo giraba, tenía que inclinarse hacia Edi, luchando por mantener el embrague pisado para intentar frenar el coche. Finalmente, el embrague, el freno y el barro juntos fueron demasiado tanto para él como para el viejo coche, que dio una vuelta de campana. Edi se cayó de cabeza y el vehículo patinó sobre el techo y cayó al río, debajo del puente que acababan de cruzar con éxito.

Ambos quedaron aturridos, incapaces de asimilar lo que acababa de pasar. David tenía sangre en un lado de la cabeza y Edi el brazo derecho herido.

—Tiene que salir —le dijo él.

Ella estaba en el techo del coche volcado, pero David seguía al volante, cabeza abajo. Jocelyn siguió su mirada y vio que el agua estaba subiendo a su alrededor. Lo único que la contenía eran las ventanillas del coche, que estaban subidas... pero eso no duraría mucho.

—Sí —acertó a decir. Estaba atontada y no sabía muy bien lo que sucedía—. Abriré la ventanilla y saldremos nadando. —Estaba satisfecha de ser capaz de darse cuenta de lo que había que hacer.

—¿Sabe nadar? —le preguntó él.

—Sí, bastante bien —contestó. Ya pensaba con más claridad—. ¿Y usted?

—Era del equipo de natación del instituto —dijo él, y le dedicó la sonrisita que ella ya había visto varias veces.

—Bien, entonces. ¿Preparado? Tenemos que salir en cuanto yo baje la ventanilla.

—Oiga Harcourt —le dijo él dulcemente—. ¿Me puede hacer un favor? ¿Me dará un beso antes de irse?

—¿Un beso? ¿Le parece a usted que este es momento para...? —Se calló de pronto cuando se dio cuenta de lo que él había dicho: cuando «ella» se fuera; no él, solo ella—. ¿Qué le ocurre?

—Es esta dichosa férula. Mala suerte. Es de acero y se ha atascado, no puedo salir.

Edi miró el agua que los rodeaba y la lluvia que seguía cayendo con fuerza. En pocos minutos estarían completamente sumergidos, la presión reventaría las

ventanillas y se ahogarían.

Le costó dar la vuelta para ponerse boca arriba y llegar a las piernas de Luke, pero lo hizo. Tenía el pie atascado bajo los pedales aplastados del coche, y había otra pieza de metal enganchada en su pantorrilla.

—Mueva la pierna, doble la rodilla y sáquela. ¿La tiene rota?

—No, pero llevo una férula de acero. Tiene usted que irse, no hay tiempo que perder. Tiene que...

—Cállese —le ordenó ella—. ¿Cómo puedo quitarle este trasto?

—No puede, no tiene fuerza suficiente. Tengo la pierna sujeta con acero y...

—¡Por una vez en su vida, deje de hablar! —le gritó—. ¿Cómo le quito la férula?

—En el bolsillo llevo una llave Allen. Es...

—Ya sé lo que es una llave Allen... —Por primera vez se dio cuenta de que a Luke le sangraba el brazo derecho y no podía meterse la mano en el bolsillo. Se le colocó encima y trató de encontrar la llave. En el fondo del bolsillo encontró la pequeña herramienta.

Acababa de cogerla cuando la ventanilla trasera reventó y el coche empezó a llenarse de agua.

—Hay tres tornillos en la bisagra de la rodilla —dijo David—. Debería irse. Deme la llave y salga de aquí.

Como el coche estaba boca abajo, el último espacio que se iba a llenar era aquel donde tenía el pie atrapado David, cuya cabeza sin embargo estaba a ras de techo. Incluso si conseguía liberarlo, se ahogaría antes de poder salir del coche.

Edi, semiarrodillada en el techo para alcanzar la pernera del pantalón de David, se lo arremangó e intentó encontrar los tornillos de la bisagra para aflojarlos. Encontró uno, lo giró y cedió. El agua le lamía las piernas.

Miró hacia abajo y la cabeza de David estaba casi sumergida. Él se inclinaba cuanto podía, pero no podía moverse mucho por culpa del enorme volante que tenía delante.

Edi respiró profundamente, se metió debajo del agua, miró a David y se tocó los labios. Él tardó un momento en darse cuenta de lo que intentaba hacer. Le insufló aire en la boca y volvió a subir hacia la férula.

Aflojó el segundo tornillo, volvió a llenarse los pulmones y bajó a darle aire a David.

El tercer tornillo se resistía y creyó que no podría aflojarlo. Ya quedaban escasos centímetros de aire en el coche. Se sumergió nuevamente para darle más oxígeno a Luke y este la instó por gestos a que saliera del vehículo. Ella negó con la cabeza sin perder un momento.

Tuvo que apoyar la cabeza en el techo, tomar aire y luego bajar para aflojar el último tornillo. Cuando la bisagra cedió, empujó la pierna de Luke y esta se movió.

Estaba libre.

Edi bajó hacia la cara de David para decirle que la ayudara a sacarlo, pero tenía los ojos cerrados y estaba sin sentido. Se impulsó con las piernas para alcanzar el techo y respirar, pero el coche estaba lleno de agua, no quedaba aire.

Los pulmones le dolían. Alcanzó por encima de David la manivela de la ventanilla y la giró. Le costaba moverla. Notaba el agotamiento en sus brazos y cómo se le iba la cabeza. Pero la bajó lo que le pareció suficiente para sacarlo.

Como flotaba en el agua, pudo empujarlo hacia la ventanilla hasta que la corriente del río lo arrastró. Edi estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico cuando el cuerpo de David desapareció, pero la corriente también la arrastró a ella también hacia arriba.

Cuando llegó a la superficie respiró profundamente y el agua volvió a tragársela. La siguiente vez que ascendió, buscó a David y lo vio enredado en las raíces de un árbol, a escasos metros de ella. Tenía los ojos cerrados, pero por lo menos su cabeza estaba fuera del agua.

Intentó nadar hacia él, pero la corriente la empujaba en dirección opuesta.

—¡Agárrese a eso! —oyó que le decía una voz. Se volvió y vio una viga metálica a pocos centímetros de su cabeza, sujeta a algo, aunque no veía a qué ni tampoco quién le hablaba. Le hicieron falta tres intentos para agarrarse a la viga con ambas manos.

—¡Ayúdele a él! —le gritó a la persona invisible que la había salvado—. ¡Allí!

Edi se apoyó en la barra metálica con ambos brazos, se pasó la mano por la cara para apartarse el agua de los ojos y vio a alguien con un abrigo verde en la orilla. Por su postura, con la espalda encorvada, parecía un viejo, pero hizo una demostración de fuerza arrastrando a David por el cuello de la camisa y pescándolo como a un gran pez.

Edi luchaba con el pelo y la lluvia para ver lo que pasaba, pero no se atrevía a soltarse de la viga. Se volvió a la izquierda y vio que formaba parte del puente; posiblemente la usaban las barcazas para cruzar el río. Despacio, empezó a bracear para impulsarse e intentar alcanzar el extremo del puente y la tierra firme.

Mientras avanzaba se preguntaba qué estaría haciendo el hombre con el sargento Clare. ¿Creería el anciano que estaba muerto y no haría nada para salvarlo? Si lograba llegar a su lado podría usar con él algunas técnicas modernas de salvamento y tal vez sacarle el agua de los pulmones para que no muriera.

—¡Vamos! —gritó un hombre—. Otro pequeño esfuerzo y estará en casa.

El dolor en los brazos la estaba matando, temblaba de frío y cansancio, pero miró hacia arriba y vio al sargento Clare allí de pie. La lluvia era tan intensa y la niebla tan espesa que pensó que a lo mejor estaba viendo un fantasma. ¿Había muerto y su espíritu regresaba para ayudarla a cruzar el embravecido río?

—¡Vamos Harcourt! —gritó él—. ¡Puede conseguirlo! Me tiraría a salvarla pero estoy demasiado herido. Tendrá que hacer algo por usted misma esta vez. ¡No puede depender siempre de mí para salvarla!

—¿Usted? —acertó ella a decir—. ¡Que usted...! —La poseyó tal furia que comenzó a agitar las largas piernas con más fuerza. Pero a pesar de la rabia y de la renovada energía se estaba rindiendo. En lugar de acercarse, el puente parecía alejarse.

Parpadeó para despejarse los ojos, pero se le nublaba la vista.

A continuación sintió un fuerte brazo que la rodeaba.

—Ya la tengo —le dijeron al oído—. Está a salvo, suelte eso y venga conmigo.

Ella obedeció. Separó los brazos del metal, le rodeó el cuello y apoyó la cabeza contra él. Sintió cómo la arrastraba fuera del agua y luego otro par de manos sobre ella.

—¿Está muerta? —oyó preguntar a un hombre.

—No —dijo el sargento Clare. La llevaba en brazos, arrastrando la pierna por culpa de la férula que aún llevaba sujeta. Ella le había aflojado la bisagra de la rodilla, pero no se la había quitado.

—¿Cómo tiene el brazo? —acertó a susurrar al recordar que le había estado sangrando.

—No sé si me duele más el brazo o la pierna. El dilema me impide desmayarme.

—Bien —dijo ella, acurrucándose contra él. Cerró los ojos y se durmió.

Cuando se despertó, Edi estaba en una cama, sobre un mullido colchón, y entraba el sol por la ventana. Le dolía la cabeza y tenía el brazo dolorido, pero no se encontraba demasiado mal. Miró a su alrededor. La habitación era pequeña, con papel pintado de flores y dos camas. La otra cama estaba sin deshacer, cubierta con un viejo edredón y gruesos cojines. Había un viejo armario grande adosado a una pared y un tocador en la opuesta. En la de enfrente se abría una ventana con cortinas de encaje.

Cuando intentó sentarse se mareó un poco, pero enseguida se le pasó. Oyó que llamaban suavemente a la puerta y después entró el sargento Clare con una bandeja en la mano izquierda. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—Está despierta —le dijo, sonriendo, y tuvo que hacer un esfuerzo para que la bandeja no se le cayera.

—Déjeme... —dijo Edi, con intención de levantarse de la cama. Entonces se percató de que solo llevaba puesta la combinación de rayón color melocotón y volvió a taparse rápidamente—. ¿Dónde está mi ropa?

—En la cocina, seca y esperándola —dijo David, dejando la bandeja al pie de la cama. Después se irguió y flexionó el brazo—. Puede dejar de mirarme como si estuviera a punto de atacarla. Es demasiado tarde para el recato.

Edi seguía con las sábanas hasta el cuello.

—¿Qué quiere decir con eso?

Él se sentó en la otra cama, tomó una tostada y empezó a comérsela.

—Si no quiere la comida, me la llevaré.

—Necesito algo que ponerme —dijo ella.

David se levantó a regañadientes, fue al armario y sacó una camisa de hombre. Era enorme y estaba muy vieja, pero Edi la cogió y metió los brazos en las mangas. Cuando estuvo tapada, se inclinó hacia la bandeja y se sirvió una taza de té.

—Cuénteme lo que ha pasado —dijo—. ¿Dónde estamos? ¿Cuándo podemos irnos de aquí a buscar la revista?

—¿Qué respuesta quiere que le dé primero?

—Todas —dijo ella.

—Tuvimos el accidente ayer y ahora estamos en casa de Hamish Trumbull.

Edi se quedó con un trozo de tostada en la boca, sin masticar.

—Por lo visto la señora Pettigrew estaba tan segura de que no conseguiríamos cruzar el puente que llamó a un vecino para que le dijera a Hamish que bajara al río a salvarnos.

—Pero si usted cruzó el río —dijo Edi, ofendida—. Si no hubiera sido por esa vaca...

—Que, por cierto, es de Hamish.

—Si no hubiera sido por su vaca lo habríamos conseguido.

—Gracias —dijo David—. Eso mismo le dije a Hamish pero no me creyó. Dice que nos pasamos el puente y caímos al río cabeza abajo. Dice que soy el peor conductor que ha visto nunca.

—Tendría que haber atropellado su vaca —dijo Edi con la boca llena.

—Lo mismo pienso yo. Déjeme que le sirva el té. —David usó el brazo izquierdo y la mano derecha para manejar la tetera, con la pierna rígida.

—¿Y qué pasa con la revista? —preguntó Edi.

—Aggie, la nieta, la tiene, y nadie sabe dónde está.

Edi gruñó.

—¿Qué edad tiene que anda por ahí sin supervisión?

—Tiene dieciséis años y se la va a cargar. Le dijo a la señora Pettigrew que se iba a casa del abuelo y al abuelo que tenía que trabajar. Cuando aparezca se puede preparar.

—¿Y cuánto tiempo tendremos que esperar a que vuelva de donde sea que esté?

—«Tendremos» —repitió David levantándose de la cama y yendo hacia la ventana—. ¿Sabe?, Hamish es un poco anticuado y tuve que decirle algunas mentirijillas sobre nosotros.

Como no dijo más y seguía mirando por la ventana, Edi empezó a atar cabos.

—Le ha dicho que estamos casados, ¿no es así?

—Era eso o tener que dormir en el granero. Lo siento, pero entre un colchón mullido y la paja...

Ella se acordó de cómo la había sacado del agua el día anterior y no le pareció justo que no durmiera en una cama.

—De acuerdo, entonces estamos casados. ¿Y...?

David se volvió hacia ella con chispitas en los ojos.

—Ni lo sueñe, soldado.

—El que no llora... —David cruzó la habitación arrastrando la pierna y se sentó en la otra cama—. Parece que Aggie *la Desaparecida* estará de vuelta pasado mañana. Esperemos que se presente con la revista.

—¿No le ha dicho a Hamish...?

—No le he dicho nada a ese anciano. La señora Pettigrew inventó una mentira sobre la revista, que asegura que es una especie de vehículo de espionaje y que el resultado de la guerra depende de que la recuperemos. Ella... ¿Por qué me mira así? Dígame por favor que eso no es cierto.

—No lo sé —musitó ella, y se terminó la tostada.

—Quiero que me cuente hasta la última palabra de lo que sabe, y ni se le ocurra no contármelo absolutamente todo.

Ella tardó unos cuatro minutos en contarle lo que sabía, que no era mucho.

—Así que tiene que entregarle la revista a ese hombre...

—Al doctor Sebastian Jellicoe.

—Y luego tenemos que llevarlo a Londres para que puedan enviarlo de vuelta a la seguridad de Minnesota... o de algún otro lugar de Estados Unidos. ¿Correcto? —preguntó David.

—Eso es lo que me dijeron.

—Pero el mapa para llegar al lugar donde vive está en el coche que ahora mismo se encuentra en el fondo de un río desbordado.

Edi se apoyó en el cabecero.

—Memoricé el mapa.

—¿Hizo qué?

—Mientras usted conducía el coche, quejándose de que nadie quisiera hablar con usted, yo iba detrás memorizando el mapa. Quería encontrar las marcas en la revista y memorizarlas también, pero no encontré nada.

—¿Quejándome? —dijo David, recalcando la palabra—. Si usted hubiera estado sufriendo tanto como yo, también se hubiera quejado.

—¿Qué le pasó en la pierna? —le preguntó Edi, recordando cómo se había sumergido bajo el agua para aflojar los tornillos y cómo lo había besado para darle aire.

Por un momento sus miradas se encontraron y él parecía estar pensando en lo

mismo, pero luego se subió la pernera del pantalón.

—Su general, ese Satán para el que trabaja, decidió que un hombre ileso viajando por Inglaterra levantaría demasiadas sospechas, así que me dejó inválido.

Edi miró la parte central de la férula y la bisagra que conocía tan bien y, sin poder evitarlo, se echó a reír.

—No le veo la gracia —dijo David—. Tengo ampollas en toda la pierna donde me roza y... ¿Quiere parar de reírse?

—Creo que lo hizo para protegerme —dijo Edi, riéndose aún—. Es como un viejo sultán. Nos considera a nosotras, las mujeres que trabajamos para él, su harén.

David dejó a un lado su enfado.

—Sí, tiene a las mujeres más hermosas.

—La mitad son idiotas —dijo Edi—. Contraté a una que escribía cien palabras por minuto sin errores, pero el viejo Bulldog la echó porque era fea. Dijo que no sobreviviría a las bombas y a las mujeres feas.

David soltó una carcajada.

—No será una que trabaja para el coronel Osborne, ¿verdad?

Edi asintió.

—Puede sacar más trabajo que tres de las chicas de Austin.

—Excepto usted.

—Excepto yo —convino Edi—. Pero me retraso intentando ocuparme de todas ellas. Un día casi se me cayó encima un tejado porque una volvió corriendo a buscar el pintalabios. Le dije que la pólvora era la mejor sombra de ojos que había y que tendría para dar y tomar si no se apresuraba. Y ¿sabe qué? ¡Se lo tomó a pies juntillas!

—No lo dice en serio.

—Muy en serio. ¿Conoce a Lenny...?

—¿Escobar? —David abrió unos ojos como platos—. Lo vi sacando pólvora de algunos proyectiles. ¿No sería para...?

—Lo era.

Riendo, David se desplazó hacia atrás en la cama y apoyó la pierna encima.

—Vale. Así que lo único que podemos hacer es esperar a que Aggie aparezca y confiar en que tenga la revista. Mientras tanto, creo que Hamish quiere tenernos ocupados.

—¿Y eso qué significa?

—Esta mañana me ha tenido en el granero... —Apartó la cara y a Edi le pareció que se había ruborizado.

—En el granero, ¿haciendo qué?

—¿Recuerda la vaca?

—Me iré a la tumba recordando a esa vaca —dijo Edi—. ¿Qué pasa con ella?

—Es toda una hembra.

—Oh —dijo Edi sonriendo—. Le ha tenido ordeñando.

—Y quitando el estiércol con un horquilla.

Ella lo miró.

—¿Cómo ha podido, con un brazo en cabestrillo y la pierna así? ¿Puede moverla?

—No. Creo que la bisagra se ha oxidado.

—Tendremos que quitársela —dijo Edi—. A lo mejor este hombre tiene una llave Allen.

—No —dijo David con tristeza—. Ninguna llave Allen encaja, nada encaja. Estaba en el granero a las cuatro de la mañana porque parece ser que es cuando las vacas necesitan que las ordeñen y hay que limpiar el suelo a los caballos. He probado con todas las herramientas que tiene el viejo, y ninguna ha servido. Los tornillos están metidos profundamente en el acero y oxidados. Nada puede con ellos. ¿No tendría usted por casualidad...? ¿Sabe...?

—Si sé qué.

—Sabe si guardó la pequeña llave Allen después de...

—¿Salvar su vida? No —dijo Edi—. No se me ocurrió guardarla. Supongo que estaba demasiado ocupada con la ventana y el agua y todo eso.

—Lo suponía, pero tenía que preguntárselo.

Del exterior de la habitación llegó una potente voz:

—¡Clare! ¿Está usted ahí?

David puso los ojos en blanco.

—Creo que prefiero volver al frente y no tratar con este viejo. Austin es un cielo comparado con él.

—Me levantaré y veré lo que puedo hacer para ayudar —dijo Edi.

—Es mejor que le advierta que creo que espera que usted cocine.

Edi se puso pálida y se tapó de nuevo.

—No sé cocinar.

—¿No sabe cocinar?

—¡No me venga con esas! —dijo ella bruscamente—. Me crié en una casa con cocinera, no sé preparar nada. Me servían la comida en bandeja, no sé ni preparar un té.

—¿De verdad? —dijo David, con una sonrisa cada vez más radiante.

—¿Qué le resulta tan divertido, sargento Clare?

—Que yo sí que sé cocinar.

—¿Sabe cocinar? —dijo ella, asombrada.

—¿Y ahora quién cae en los estereotipos? Mi madre es italiana. Yo sé cocinar. Mire, ¿por qué no le decimos que usted está herida y tiene que quedarse en cama así que yo cocinaré?

—¿Y quién ordeñará la vaca?

—¡Olvídelo! Hamish lo hará; lo hace cuando no estamos nosotros.

—Así que seré una pobre y débil mujer que apenas puede tenerse en pie, ¿es así? ¿Tengo que quedarme en la cama sin hacer nada?

—A menos que sepa ordeñar una vaca y limpiar establos, creo que no hay nada que pueda hacer.

—Pues resulta que crecí montando a caballo.

—Por supuesto —dijo David—. La cocina es poco para usted pero es moza de cuadras.

—Desde luego, es usted el hombre más insoportable que he conocido en mi vida —dijo Edi.

Él se levantó y la miró yendo hacia la puerta.

—Y usted, señorita Edilean Harcourt, es la mujer más hermosa, inteligente, resuelta y valiente que he conocido jamás. Y, por cierto, quiero casarme con usted. — Salió de la habitación dejando a Edi con la boca abierta.

—Es usted una calamidad, ¿lo sabía? —dijo David, examinando las ampollas de las palmas de Edi—. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer todo ese trabajo?

—No lo sé —dijo ella encogiéndose de hombros—. Me sentaba bien hacerlo. ¡Estoy tan cansada de estar encerrada oyendo las máquinas de escribir todo el día! Me gusta estar al aire libre.

Estaban en la cocina de la casa de Hamish Trumbull y había una diferencia como de la noche al día entre el aspecto que tenía y el que había tenido por la mañana. A pesar de quejarse de que Edi había trabajado demasiado, David se había pasado el día limpiando la cocina, fregando todos los armarios por dentro y todos los cacharros. Había llenado la cesta de leña y mantenido encendida la vieja estufa todo el día mientras cocinaba. La habitación estaba caldeada y olía estupendamente.

—No es que usted haya estado sentado precisamente —dijo ella, con una mueca de dolor mientras él le examinaba las manos.

—No, pero he tenido ayuda —dijo él muy serio, y lo absurdo de la situación los hizo estallar en carcajadas.

—¿Dónde está él? —preguntó Edi, refiriéndose a Hamish, cuando se calmaron.

—Lo he dejado rendido batiendo mantequilla —dijo David, tomando un poco y extendiéndola sobre sus ampollas.

—¿Mantequilla? ¿Sabe usted hacer mantequilla?

—Por supuesto. ¿Cómo cree que se hace?

—Bombeando la cola de la vaca arriba y abajo —dijo ella.

David se rio.

—Vale, no soy granjero, pero sé lo que hay que hacer una vez que los

ingredientes están en la cocina. Pruebe esto. —Metió una cuchara de madera en una cacerola que estaba hirviendo sobre un fogón y se la acercó a los labios a Edi. Cuando ella fue a cogerla, la apartó.

—Delicioso —dijo ella—. Nunca había probado nada igual. ¿Qué es?

—Salsa Alfredo para la pasta.

—¿Para la qué?

—Los espagueti —dijo él—. Ustedes los americanos llaman a toda la pasta espagueti. ¿Lista para comer?

Ella se levantó despacio. Esa mañana había registrado el armario de la habitación que compartían y había encontrado unos pantalones de hombre que casi le iban bien. Le iban bien de largo pero eran tan anchos de cintura que tuvo que hacer un agujero más en un viejo cinturón para que no se le cayeran. Ella y David se habían reído un rato de llevar ambos pantalones demasiado grandes.

Edi había pasado el día fuera y David dentro. Los dos se habían dado cuenta enseguida del pésimo estado en que se encontraba la granja. Con todos los hombres jóvenes y fuertes en el frente, la mayoría de las granjas estaban descuidadas, pero aquella lo estaba más de lo habitual.

Aquella mañana Edi había visto a Hamish por primera vez, y en lugar del viejo gruñón que David le había descrito, lo encontró triste.

—No le pregunte nada —le había susurrado a David—. No podré soportar la respuesta. —Había tanta gente con historias espantosas acerca de la pérdida de sus seres queridos que Edi ya no quería oír ninguna más.

—De acuerdo —dijo David.

Edi encontró el viejo cobertizo que se caía a pedazos y servía como gallinero y cogió algunos huevos. Después de desayunar, empezó a limpiar el exterior. Como decía David, cuando era niña no había pisado la cocina pero le gustaban los establos y todo aquello que había hecho a Edilean Manor prácticamente autosuficiente.

Cuando entró en la casa para comer, la cocina estaba reluciente y David acababa de sacar el pan del horno. Sonrió agradecida de que hubiera hecho todo aquello con un brazo en cabestrillo y la pierna rígida.

Después de comer la emprendió con el gallinero. Uno de los postes de la valla que rodeaba el jardín se había caído arrastrando consigo parte de la cancela. Si algún zorro quería entrar, nada se lo impediría. El viento soplaba y Edi quería levantar el poste antes de que empezara a llover de nuevo.

Estaba cavando el agujero y tratando de aguantar el poste cuando llegó David corriendo a su extraña manera y se apoderó de él y lo sujetó mientras ella lo clavaba. Luego, juntos, pusieron piedras alrededor para fijarlo.

—Tengo que volver —dijo él, levantando la voz por encima del viento, que era cada vez más fuerte—. No se quede demasiado tiempo aquí fuera.

—No lo haré —le respondió ella. Sin embargo una vez que hubo entrado, cogió una horquilla y empezó a limpiar el gallinero. Por su aspecto, no lo habían limpiado en un par de años. Aquello no era bueno para las gallinas ni para la gente que se las comía.

No se dio cuenta de que tenía las manos llagadas hasta que hubo terminado. Había amontonado el estiércol fuera del gallinero y arrastrado dos balas de paja fresca desde el granero hasta allí. Buscó unos guantes en el granero pero no encontró, así que continuó trabajando con las manos desnudas. Cuando el sol empezó a bajar, había avanzado mucho en el granero, tanto reparando como limpiando estiércol.

No era consciente de lo cansada que estaba hasta que entró en la casa y se sentó. David le lanzó una mirada y fue a ocuparse de ella. Le abrió las manos, se las lavó y después se las untó con mantequilla para aliviarle el dolor de las ampollas.

—Eh, no... No se duerma —le ordenó cuando ella casi se quedó dormida en la silla—. Antes tiene que comer.

—Parece mi madre.

—Me lo tomaré como un cumplido. —David le puso delante un enorme plato de pasta casera con salsa de nata—. Quiero que se lo coma todo y que se beba la leche. Necesita reponer fuerzas.

—Sí, señor. —Estaba tan cansada que ni siquiera podía mantenerse erguida en la silla. Le hizo gracia pensar en lo que su madre diría si viera a su hija en ese momento.

—¿Qué tal si comparte el motivo de esa sonrisa? —le sugirió David mientras se servía un plato.

—Estaba pensando en mi familia.

—Hábleme de eso. Granjeros ricos, ¿me equivoco?

—Lo eran. Pero la riqueza se esfumó. Poseíamos un pueblo entero, pero...

—Pero ¿qué?

—No importa, parece que hiciera un siglo. Esto está realmente bueno. ¿Ha pensado alguna vez en abrir un restaurante?

—¿Y usted ha pensado en visitar Nueva York? Hay un restaurante italiano en cada esquina.

—¿Cree que se encuentra bien? —susurró Edi, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta cerrada del dormitorio de Hamish.

—Por los ronquidos, creo que ha estado durmiendo todo el día. O puede que alguien haya estado lanzando granadas dentro de esa habitación.

—Es usted malísimo —dijo Edi sonriendo—. El pobre hombre está agotado. No olvide que nos salvó la vida a ambos.

—¡Ya! —dijo David—. ¿Sabe cómo me reanimó?

—Lo vi sacarlo del agua y me acuerdo que tenía la esperanza de que no hubiera muerto.

—Me dio un pisotón en el estómago.

—¿Qué?

—Así —dijo David, y golpeó el suelo con su pierna buena—. ¡Pom! Casi me ahogué porque empecé a vomitar agua y la comida de la señora Pettigrew.

Edi intentaba no reírse, pero no lo podía evitar.

—Y nos preguntábamos por qué Aggie no quiere estar en casa...

—Si viviera con él, me alistaría en el Ejército... aunque fuera una chica de dieciséis años.

—Vamos, no es tan malo.

—No se ha pasado el día aquí dentro con él. Debería haberle oído quejarse de la forma como trabajaba usted en el cobertizo de las gallinas.

—En el gallinero.

—¿Cómo?

—No importa. ¿Qué decía de mí?

David negó con la cabeza, incrédulo.

—Dijo... —Bajó la voz—. Ha dicho que si tuviera una esposa con unas piernas como las tuyas no estaría en casa fregando el suelo... al menos no con una fregona.

—No ha dicho eso.

—Lo juro —dijo David con la mano sobre el corazón—. Pretendía salir a ayudarla, pero se lo he quitado de la cabeza.

—¿Y cómo?

—Le he enseñado el puño mirándolo a su descarnada y vieja cara.

Edi se partía, tapándose la boca para amortiguar las carcajadas.

—¿Entonces quién es peor, usted o él?

—Espero que yo, pero él ha tenido más años para aprender.

Cuando David vio que a Edi los ojos se le cerraban, la cogió de las manos y la levantó. Estuvieron un instante muy cerca el uno del otro. La actitud relajada desapareció de golpe; ambos estaban en guardia.

—Tengo agua caliente para usted —dijo David volviéndose hacia el fregadero, rompiendo la tensión—. Lávese hasta donde pueda, o desnúdese y yo le sostendré una toalla.

Edi rio de nuevo, la tensión había desaparecido.

—No gracias, creo que solo me lavaré la cara y las manos y dejaré el resto para cuando tenga una bañera. Estoy demasiado cansada para preocuparme de lo sucia que estoy.

—Me gustan las mujeres con sabor a tierra.

—Creo, David Clare, que a usted le gustan todas mujeres.

—¿Eso cree? Pues en eso se equivoca por completo. De acuerdo, usted lávese y yo revisaré el tendedero. No tenga prisa.

Edi no tardó mucho en lavarse. Decía la verdad cuando afirmaba que no le importaba ir sucia. Se dio un poco de agua en cara, cuello y axilas, se fue al dormitorio y cerró la puerta.

Cuando se desvestía, miró las dos camas. Era extraordinario lo que diez horas de duro trabajo físico podían hacerle a una persona. Si hacía dos días le hubieran dicho que tenía que pasar la noche en la misma habitación que un soldado, habría dicho que prefería dormir en una piedra bajo la lluvia. Pero en aquel momento le parecía natural que David, no el cargento Clare sino «David», durmiera en la misma habitación.

En la silla, al pie de la cama, había un camisón limpio. Edi supo que David lo había puesto ahí para ella. Seguramente era de Aggie. Estaba tan limpio y Edi tan sucia que estuvo a punto de no ponérselo, aunque acabó por hacerlo. Retiró las sábanas y las mantas de la cama más cercana a la puerta y se quedó dormida en un instante.

Cuando se despertó, la habitación estaba a oscuras y algo había sacudido la cama. Al principio le entró el pánico. ¡Tenía que ir al refugio antiaéreo! ¡Debía encontrar a las chicas y llevarlas allí!

—Tranquila —le dijo David—. Soy yo, vuelva a dormirse.

Ella se apoyó en los codos, intentando ver en la oscuridad.

—Encienda la luz.

—No hay luz. ¿Recuerda? No hay electricidad.

—¡Oh, vale...! —Se acostó de nuevo—. La granja de Hamish.

—Eso es —dijo él con dulzura—. Vuelva a dormirse.

Eso hizo, pero se desveló nuevamente porque algo volvió a golpear la cama. Se sentó.

—Perdón —se disculpó David—. Es esta maldita férula y que las camas están muy juntas. Cuando consiga darme la vuelta dejaré de golpear su cama. Ahora vuelva a dormir.

Esta vez ella estaba completamente despierta.

—¿Podría traer un quinqué?

—¿Para qué?

—Quiero ver su pierna.

Hubo un momento de silencio hasta que David habló.

—Qué tentador. La pierna está bien.

—Creo que mañana yo cocinaré y usted ordeñará la vaca y recogerá los huevos.

—Usted gana.

Un momento más tarde volvía a la habitación con un quinqué. Iba sin camisa y sin zapatos; solo llevaba aquellos pantalones que le venían grandes.

Dejó el quinqué en el suelo, entre las dos camas.

—¿Y ahora qué? —dijo.

—Quíteselos —le ordenó Edi. Se levantó de la cama, fue al armario y sacó la vieja camisa que se había puesto por la mañana encima de la ropa interior. A juzgar por la talla, Aggie era más baja y estaba más rellena que Edi, con lo que el camisón le quedaba excesivamente corto y los tirantes se le caían cuando se movía.

—Me gusta este camisón —comentó David, desabrochándose los pantalones.

—Cállese o le contaré a Hamish la verdad sobre nosotros y tendrá que dormir en el suelo de la cocina.

—¿Me está amenazando con un castigo tan severo si no me quito los pantalones estando solo en una habitación con la mujer más hermosa del mundo? La mujer con la que tengo intención de...

—Pare —dijo ella, pero sonreía.

Como David forcejeaba para bajarse los pantalones por encima de la pesada férula, ella los agarró por los bajos y tiró de ellos. Él intentó bromear, pero ella estaba demasiado horrorizada por lo que veía para sonreír. El acero le había abierto heridas en la pierna. Las viejas almohadillas se habían caído casi todas; las correas que sujetaban el artefacto se habían desplazado hasta convertir su pierna en un amasijo de ampollas y úlceras sangrantes.

—Amo al general Austin —dijo David.

—Mo oirá por haber hecho esto, puede estar seguro —dijo ella, con la boca apretada en un gesto de rabia—. Quédese aquí, voy a ver qué puedo hacer para limpiarle esto.

—Soy todo suyo, nena —dijo él. Se apoyó en los almohadones y se quedó dormido al instante.

Cuando despertó, Edi estaba sentada en una silla de la cocina, con una jofaina de agua caliente en la mesilla de noche, intentando lavarle las heridas y vendárselas.

—Esto duele, ¿verdad? —le preguntó con dulzura.

—No demasiado.

Edi sabía que mentía. ¡Y ella que creía que tenía las manos mal! No podía imaginar siquiera por lo que había pasado él ese día con aquellos bordes afilados clavándosele en la carne.

Fue al armario, sacó otra camisa vieja y la cortó en tiras.

—Las ampollas y esos cortes se han pegado al acero, así que esto le va a doler, pero voy a envolver el metal con estas tiras para que no se le clave tanto. ¿Cree que podrá aguantarlo?

—Haré lo posible.

Edi empezó y, al ver cómo apretaba la mandíbula, comprendió lo mucho que le dolía y quiso distraerle.

—Cuénteme algo de su familia. ¿Tiene algún hermano o hermana?

—Tengo ocho. Yo soy el segundo, pero... —Inspiró para luchar contra el dolor—.

Bannerman, que tiene un año más que yo, nos cuida a todos. Es el mejor, él... — David se interrumpió cuando el acero se llevó una tira de piel.

Edi pensó que sería mejor que hablara ella.

—Mi hermano Bertrand es la persona más perezosa del mundo —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Hasta qué punto?

—Cuando tenía tres años y vio sus regalos bajo el árbol de Navidad, dijo: «¿Quién me los va a abrir?».

David soltó una carcajada.

—He oído cosas peores.

—Cuando tenía seis años, mi padre le compró una bicicleta y lo sacó para enseñarle a montar.

—¿Y?

—Bertrand lo hacía muy bien. Mi padre corrió detrás de él, aguantándolo, y mi hermano mantenía perfectamente el equilibrio. Pero cuando lo soltó, la bicicleta se paró. Bertrand preguntó por qué. Cuando mi padre le dijo que tenía que pedalear, dejó la bicicleta tirada en la calle y nunca más volvió a montar.

David hizo una mueca de dolor cuando ella le limpió uno de los cortes, pero no estaba tan tenso.

—No está mal, pero he oído cosas peores.

—Cuando tenía doce años, mis padres nos llevaron a un restaurante. Era la primera vez que íbamos a uno y mi padre pidió bistecs para nosotros. Cuando trajeron el de mi hermano, lo miró y preguntó cómo iba a comérselo. Mi padre le enseñó a cortar el bistec y luego a masticarlo. Mi hermano llamó al camarero y le pidió un plato de puré de patatas.

—De acuerdo —dijo David—. Eso está mejor, pero he oído cosas un poco peores.

—Cuando tenía dieciséis años, mi madre lo arregló para que su amado hijo fuera a un baile con una chica muy bonita. Tenía que recogerla a la seis de la tarde. A las seis y media Bertrand estaba sentado en la sala de estar y mi padre le preguntó por qué no había ido a su cita. Mi hermano dijo:

—Porque ella aún no me ha venido a recoger.

David se rio.

—Todo eso es mentira, ¿a que sí?

—Es la pura verdad.

—¿Y cómo sobrevive? ¿Qué hace? ¿Cómo consiguió aprobar en la escuela?

—Mi hermano es un joven brillante. En la escuela alguien le decía de qué libro hablaban y a los cinco minutos podía debatir ampliamente sobre él. Le gusta estar sentado y hablar. —Escurrió una tira de tela—. Y chismorrear. Conoce a todo el pueblo y todos le cuentan sus secretos.

—Supongo que no fue a la guerra.

—No apto, pies planos. —Cuando Edi empujó con cuidado otra tira de tela, David gimió de dolor—. ¿Quiere oír más?

—Sí —dijo él, con los dientes apretados—. ¿Sabe algo de Austin? ¿Algo mezquino y jugoso?

—No, solo le contaré cosas de Bertrand. ¿Quiere oír cómo faltó a su propia boda? David la miró con los ojos como platos.

—Cuénteme.

—Mi madre lo arregló todo. Bertrand vio a la chica, dijo que era adecuada y eso fue suficiente para las dos, tanto para mi madre como para la chica.

—Se casaban fortuna y apellido, ¿no es así?

—Ya le he dicho que no había dinero; pero sí, estaba el linaje —dijo Edi—. Mi madre estaba ilusionada y pasó meses planeando la boda más perfecta que el pueblo hubiese visto. Mi padre tuvo que hipotecar nuestra vieja casa. La tarde anterior a la celebración, mi padre fue a la habitación de su hijo para tener una charla sobre la noche de bodas.

—La noche de bodas... —David suspiró—. Esta anécdota es la que más me gusta de las que me ha contado. Quizá sea la mejor que he oído en toda mi vida.

—Nadie sabe exactamente lo que le dijo mi padre, pero todo el mundo oyó a Bertrand gritar por única vez en su vida. Exclamó: «¿Tengo que hacer qué?».

David se echó a reír.

—Ahora sí que me toma el pelo. Es la peor historia que he oído jamás. ¿Qué pasó?

—Bertrand se quedó en casa al día siguiente y nada ni nadie consiguió que se moviera.

—¿Y su prometida?

—Se quedó plantada en el altar, pobrecita. Su familia se sintió tan humillada que seis meses después se trasladaron a Atlanta.

—¿Qué dijo su hermano para explicarlo?

—Nada. Por lo que yo sé, nunca ha mencionado ese día. Lo que hagan los demás jamás le ha importado.

—¿Y su madre?

—Después de aquello desistió de intentar controlar la vida de su hijo, y mi padre dijo que eso casi compensaba el gasto de la boda.

A esas alturas David ya se estaba riendo y Edi había terminado con los vendajes. Supo por su mirada que ya estaba lo suficientemente cómodo para dormir. Lo tapó con un edredón y se metió en su propia cama.

—Buenas noches —le dijo él con un suspiro.

Edi sonrió y volvió a dormirse.

Jocelyn se estaba riendo cuando Luke acabó de leer.

—He oído tantas cosas de Bertrand que ojalá lo hubiera conocido.

—Le habrías encantado.

—¿En serio? —Se sentía halagada.

—Dejas la puerta abierta y la gente entra y sale de tu casa todo el día. Das de comer a todo el que se deja caer y siempre tienes tiempo para escuchar a todo el mundo. Sí, creo que tú y Bertrand hubierais sido unos grandes compañeros de piso.

—Yo no soy así —dijo Jocelyn—. Soy...

—Eres ¿cómo? ¿Más como la señorita Edi? Como la describe aquella enfermera, ¿tan fría y sin corazón?

—Tengo que mandarle a esa mujer una copia de esta historia y ver si sigue pensando que Edi no tenía corazón. —Por un momento, Joce se quedó callada, sentada con la espalda muy recta, abrazándose las rodillas con los ojos fijos en el agua—. Pensar que Edi tuvo que perderlo... Allí estaba ella, en la guerra, rodeada de hombres que hacían locuras por ella, y ella esperando el Verdadero Amor, y cuando lo encontró...

—Lo mataron. Y después la hirieron a ella gravemente. Me pregunto si ese accidente fue la causa de que no se casara y tuviera hijos.

—¿Quieres decir que crees que no podía tenerlos?

—No lo sé. ¿Eran muy graves las quemaduras?

—Hacia el final, yo la ayudaba a vestirse. Las cicatrices iban de las rodillas hacia abajo. No creo que el fuego la alcanzara más arriba. Me dijo que hacía mucho frío ese día, así que todo el mundo iba muy abrigado y dos soldados se tiraron encima de ella con sus gruesos abrigos. Si no hubieran hecho eso, el fuego se habría esparcido, porque estaba empapada de gasolina.

—Se tiraron encima de ella... —Luke sacudió la cabeza—. Y David ya había muerto por entonces.

—Sí. Ella contaba que gritaba su nombre en el hospital. La estuvieron trasladando de hospital en hospital mientras esperaban su muerte.

—¿No creían que fuera a vivir?

—No —dijo Joce—. La gasolina y el fuego, incluso la lana de los abrigos de los hombres, le causaron una grave infección. Tuvo fiebre alta durante semanas. Creo que el general Austin intervino para que la trasladaran a Estados Unidos a pesar de que ya no trabajaba para él.

—¿Lo dejó? ¿Crees que le dijo que ya no aguantaba más su mal carácter?

—No lo sé. No se lo pregunté porque ella nunca insinuó que fuera un hombre difícil. Solo decía que cuando sufrió las quemaduras seguía en Inglaterra pero ya no

trabajaba para Austin. No sé lo que estaría haciendo. Supongo que estaba en el Ejército o hubiera vuelto a casa, a Edilean.

—¿Habría vuelto? —preguntó Luke.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué iba a querer volver a Edilean? ¿Qué le esperaba aquí? ¿Una vieja casa que cuesta un montón mantener y un hermano que bate récords de pereza?

—Y tu muy feliz abuelo —dijo Joce.

—Sí, mi feliz abuelo que rompió con Edi el día después de que Pearl Harbor fuera atacado.

—¿Te contó tu abuelo alguna vez por qué rompieron su compromiso?

—Sí. Cuando fuimos a Richmond me contó que fue porque se dieron cuenta de que no tenían nada que descubrir el uno del otro —dijo Luke—. El abuelo asegura que, cuando tanto él como Edi vieron que se morían de ganas de ir a la guerra, supieron que sus vidas perfectas no eran tan perfectas después de todo. La señorita Edi le dijo al abuelo que tendrían que haber estado desolados porque el futuro que siempre habían esperado iba a cambiar, pero que sin embargo no lo estaban. Dice el abuelo que ella le devolvió el anillo, se dieron la mano y se rieron juntos, contentos ambos de haber acabado con el compromiso.

—Pero nunca se lo contaron a nadie.

—Toda la ciudad se hubiera entristecido. La guerra era suficiente motivo de tristeza. Edi y David habían estado juntos toda su vida.

Joce se volvió a mirar a Luke, tumbado en la manta, con las manos detrás de la cabeza.

—Me alegro de no conocerte de toda la vida —le dijo.

Luke pareció a punto de cogerle la mano pero no lo hizo.

—Jocelyn, creo... —Se interrumpió y se acostó de nuevo en la manta—. ¿Todavía piensas que soy como tu padre?

—¿Por qué te preocupa tanto que dijera eso?

—¿Quién quiere ser como el padre de su novia?

Lo anticuado de la expresión «su novia» la hizo estremecer.

—Lo que más me llama la atención de la historia de Edi, en lo que creo que más nos parecemos ella y yo, y también mi madre, es en que por lo visto nos atren los hombres que... —No supo qué más decir,

—¿Qué no son abogados? —le sugirió Luke—. Tu madre se enamoró de un manitas, la señorita Edi de un mecánico de coches, y ahora a ti te gusta el jardinero.

Ella percibió su irritación.

—Luke... No pretendía decir eso.

—¿Lista para irnos? —Se levantó.

Ella lo imitó.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Por decirme que yo... ¿qué? ¿Que te gusto a pesar de lo que soy? ¿Y si fuera médico como mi abuelo? ¿Te gustaría más entonces?

—No, pero podría permitirme comprar muebles para esa casa tan enorme —le respondió sonriendo.

Luke no sonreía.

—Así que se trata de dinero. Tan pronto como Rams regrese a la ciudad te echarás en sus brazos porque es rico.

—No era más que una broma —dijo Joce—. Nunca me casaría con un hombre solo por el dinero.

—¿Estás segura? A lo mejor quieres a mi primo por la vida que piensas que puede darte. Vacaciones, niñera para tus hijos, cubiertos de plata. ¿Es eso lo que consideras importante?

Cuando se volvió para irse, ella le puso la mano en el brazo y dijo:

—Nada de eso me interesa. Si por mí fuera, viviría en un rancho de dos habitaciones y escribiría mientras los niños duermen la siesta. Pero Edi me dejó esta casa, así que yo...

—¿La señorita Edi! ¿No piensas en otra cosa? ¿Solo te interesa su vida, no la nuestra?

—¡Claro que no! Pienso en mi propia vida, pero, según Edi, Ramsey era perfecto para mí. —Inmediatamente después de decir aquello, se tapó la boca con la mano.

—Ella dijo... ¿qué?

Joce cogió la mochila y empezó a meter cosas dentro.

Luke la agarró del brazo y la obligó a mirarlo.

—Dime ahora mismo de qué estás hablando. ¿Cuándo te habló ella de Ramsey?

—En la carta que me dejó con sus últimas voluntades. Tú no la conocías, pero era muy buena formando parejas. Según ella había un hombre en Edilean perfecto para mí.

Luke le soltó el brazo y dio un paso atrás.

—Mi primo Ramsey.

—Sí. Pero a ti no te conocía. Ella...

—Y juraría que tampoco conocía a Ramsey —casi gritó Luke—. Lo único que sabía de él era que tiene dinero y quiénes eran sus antepasados. ¿No se te ha ocurrido nunca que eras parte del trato entre Alexander McDowell y la señorita Edi? Tal vez intentaba darle las gracias al tío Alex entregándole a su descendiente la vieja mansión que él había codiciado toda su vida.

—Eso es una estupidez.

—Ahora que llevas viviendo aquí algún tiempo, ¿realmente no lo crees posible?

—No lo sé. —Joce se tapó los oídos con las manos—. No quiero oír nada más.

Ante su mutismo, ella bajó las manos y lo miró. Luke parecía esperar que ella dijera algo, pero no se le ocurría nada que contestarle.

—¿Tienes intención de dedicar por completo tu vida a la señorita Edi? —le preguntó Luke—. Vives en su casa y te dedicas a escribir sobre ella y a leer sobre ella. Parece que solo piensas en ella. ¿Te vas a casar con un hombre al que no amas solamente porque ella te dijo que debías hacerlo?

—No —dijo Joce—. Lo estás tergiversando todo. Además, no me ha pedido que me case con él.

—Pero va a hacerlo —dijo Luke—, y lo sabes. ¿Nos vamos?

—Sí —dijo ella. Pero no deseaba irse. Quería quedarse y discutir el asunto con Luke. Había sido un día maravilloso, en el que la mayor parte de la historia de amor se había desvelado, pero todo había terminado en una pelea, y ni siquiera estaba segura de cómo había empezado.

Iba a rectificar, a decirle que no, que no quería irse, pero restalló un rayo y retumbó un trueno y les cayó encima un chaparrón. Instintivamente, Jocelyn miró el refugio, pero Luke sacó los impermeables de las mochilas y ayudó a Joce a ponerse el suyo con una mano mientras se protegía la cabeza con el otro.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo—. ¿Puedes andar?

—Claro.

—No te separes de mí.

Sus largas piernas le imprimían un ritmo que a ella le costaba seguir, pero lo hacía. Cuando llegaron a la furgoneta, Luke le abrió la puerta para que subiera y corrió hasta el otro lado.

—¿Quieres escucharme? —le dijo Joce mientras él arrancaba el motor—. No voy a casarme con nadie. Siento hablar tanto de Edi y ojalá no te hubiera contado lo que me escribió.

Él no la miraba, pero asintió con la cabeza; después sacó el coche del aparcamiento y unos minutos después aparcaba en el camino de entrada de Edilean Manor.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir enfadado conmigo? —Jocelyn estaba al borde de las lágrimas.

De pronto, Luke apoyó el brazo en el respaldo del asiento, la sujetó por la nuca y la besó profunda y largamente, con más pasión de la que Jocelyn hubiera jamás experimentado.

Cuando la soltó, apoyó la cabeza en la ventanilla, con los ojos cerrados.

—Olvida a Ramsey —le dijo Luke—. Se parece demasiado a ti y acabaréis odiándoos.

Cuando ella sintió que él se le acercaba de nuevo, abrió los ojos, preparada para volver a besarlo, pero él abrió la puerta y le dijo:

—Entra y date un baño caliente. Tengo que ausentarme de la ciudad unos días, pero cuando vuelva conseguiremos que el abuelo nos dé la continuación de la historia.

—De acuerdo. —Se apeó de la furgoneta y entró en la casa.

La mañana siguiente era viernes y Jocelyn estaba sentada en la cocina tomándose un té cuando entró Tess.

—¿Qué haces aquí? —dijo Tess, yendo hacia la nevera—. Menudo susto me has dado.

—Que yo sepa, vivo aquí.

—¡Oh, vaya! ¡Menudo humor! ¿Os habéis peleado Luke y tú?

—No, claro que no —dijo Joce, pero le dolía la cabeza.

Había dormido mal. Las palabras de Luke, su rabia, incluso su inexplicada marcha del pueblo la preocupaban.

—Ramsey vuelve hoy —dijo Tess—. Su avión aterriza en Richmond a las diez de la mañana, así que supongo que aparecerá por aquí a la hora de comer. Anoche me llamó y me preguntó por ti y por Luke.

—¿Por qué no me llamó a mí? Si quiere saber cosas de mí tendría que preguntármelo directamente.

—Estás de un humor de perros esta mañana. ¿Por qué discutisteis Luke y tú?

—Probablemente por culpa de Ramsey —dijo Sara desde la entrada—. Luke y Ramsey se han estado peleando desde que nacieron. Ahora tienen a Joce para pelearse por ella.

—No soy una... —Jocelyn había pronunciado aquellas palabras tantas veces que no podía volver a hacerlo.

—Me voy a hacer unos huevos revueltos. ¿Alguien quiere? —dijo Sara mientras sacaba de la nevera un cartón de huevos de la granja de su familia.

—Sí, claro —dijo Tess—. Mejor que hagas muchos porque Jim vendrá enseguida. Sabes lo mucho que come.

Jocelyn se sentó en el centro de la cocina, mirando a las otras dos mujeres trajinar, y se acordó de lo que había dicho Luke acerca de que su casa siempre estaba abierta para todos. ¿Qué tenía eso de malo? Que él tuviera su casa cerrada a cal y canto no significaba que la suya tuviera que estarlo.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó Sara—. ¿Y dónde está Luke?

—¿Por qué será que desde el primer momento en que puse un pie en este pueblo se me relaciona con Ramsey o con Luke? ¿Por qué no puedo ser yo y punto?

Tess y Sara intercambiaron una mirada de mutua comprensión.

—¿Por qué no vienes conmigo al pueblo a ver mi tienda? —le preguntó Sara—. Has estado tan ocupada con el libro que ni siquiera la has visto todavía.

—Tú también has estado bastante ocupada —dijo Jocelyn—. Con el hombre al que amas, el nuevo negocio y todas las cosas maravillosas que te están pasando, debes de ser muy feliz.

—Ven y pasa un rato con Greg y conmigo hoy —insistió Sara—. En realidad no le conoces y es un chico estupendo.

—La culpa no es de Joce —dijo Tess—. Vosotros dos os pasáis todo el tiempo en la cama o en la tienda. Ninguno de los dos tiene tiempo para algo o alguien más.

—Me parece que estás celosa. —Sara miró a Tess de reojo.

—¡Ja! No estoy celosa de nadie. Es simplemente que vosotros dos...

—¡Chicas! —se oyó una voz en la puera y Jim entró cargado de bolsas de comida.

Aquello era demasiado para Jocelyn: demasiada compañía, demasiado de todo. Dejó la taza y subió a su habitación. Por lo menos en el piso de arriba estaba fuera del alcance de la gente que entraba y salía.

Se sentó al borde de la cama y cogió el portarretratos doble: David a un lado, una joven y hermosa Edilean Harcourt al otro. La envidiaba por haber sabido a qué hombre amaba.

Cuando dieron unos golpecitos suaves en la puerta abierta, levantó los ojos y vio a Sara.

—Hola. ¿Puedo pasar?

—Sí, solo estaba... —No se le ocurría nada para explicar lo que estaba haciendo.

—¿Necesitas hablar con alguien?

—Sí. No. No lo sé —dijo Joce—. Es que...

—Hombres —dijo Sara—. Siempre ha sido así y así será siempre. Hombres.

—Conociste a un hombre y te enamoraste perdidamente de él al instante. ¿Qué sabes tú de los problemas con los hombres?

—Más de lo que crees y, a pesar de lo que dice Tess, entre Greg y yo hay algo más que sexo y negocios.

—Yo me conformaría con eso.

Sara apoyó los codos en la cama.

—Cuéntame lo que te han hecho mis horribles primos y yo te daré soluciones. Si a alguien conozco es a mis primos.

—¿No me dijiste que Luke era mayor que tú y que apenas lo conocías?

—Es lo que digo a los desconocidos —dijo Sara—. Pero creo que ahora ya somos amigas. Aquel día en casa de Viv quedó probado.

Jocelyn gimió.

—No me lo recuerdes. Bell apareciendo medio en cueros y tú y yo escapando por la cocina a la carrera como ladronas y la...

—Sí —dijo Sara—. La tú-sabes-qué de Luke. Espero que te haya contado que se acabó. Ha estado trabajando con Ken en MAW para conseguir la anulación de su matrimonio.

—Me lo contó —dijo Joce.

—Pronto volverá a ser soltero. Legalmente, nunca habrá estado casado. ¿Cuál es el problema?

Jocelyn se llevó la mano a la frente.

—Yo soy el problema. Lo único que sé es que tengo que elegir entre dos hombres fabulosos pero no estoy segura de si me quieren o se trata solamente de una competición masculina.

—¿Y cuál te acelera los latidos del corazón al verlo?

—Luke.

—¿Con cuál deseas pasar cada minuto del día?

—Con Luke.

—¿A cuál ves cuando imaginas un hogar con niños?

—A Ramsey.

—¡Oh, caramba! —dijo Sara—. Tienes un problema. Creo que tienes que aclararte y decidirte por uno de los dos. No puedes seguir dudando.

—Es que ninguno me ha pedido... ¿cómo lo diría? Ir en serio.

—Luke no quiere decirte nada hasta que tenga la anulación.

—¿Y Ramsey?

—Él posiblemente regrese con un anillo de compromiso. Es muy teatral.

—¡Pero apenas lo conozco!

—Interesante —dijo Sara—. Me pregunto lo que hubieras contestado si te hubiera dicho que Luke volvía con un regalo para ti.

—¿Dónde está? ¿Adónde ha ido? Se ha ido de la ciudad y ni siquiera sé dónde está.

Sara se sentó en la cama y miró a Jocelyn.

—Crees que no puedes decidir entre los dos hombres, pero a mí me parece que ya has decidido ¿Te ha llevado Luke a hacer senderismo?

—Sí.

—¿A algún lago?

—Sí, estuvimos ahí arriba y comimos bocadillos mientras nos turnábamos para leer la historia de Edi. Sara, ¡deberías leerla! Es la cosa más romántica que he leído en mi vida.

Sara se levantó.

—¿Sabes lo que es romántico? La forma en que has hecho sonreír a mi primo. Luke se comporta como si nunca nada le afectara, pero en el fondo tiene un alma muy sensible. Se casó con una mujer a la que no amaba porque estaba embarazada de su hijo. ¿No es eso dulce? La ayudó a empezar en el mundo de la moda y ella le pagó...

—Sara se calló.

—Lo sé —dijo Jocelyn—. Con un aborto.

—¿Quién te lo ha contado?

—El doctor Dave.

—¡Dios mío, vas muy deprisa! ¿El doctor Dave te cuenta los problemas personales de su nieto?

—Sí. ¿Qué problema hay?

Sara se quedó mirándola un momento.

—¿Sabes lo que creo? Creo que es posible que estés tan enamorada de Luke que cuando se ha ido, aunque sea solo unos cuantos días, te has deprimido.

—No estoy enamorada de ningún hombre del mundo. ¿Cuánto hace que conozco a Luke? ¿Dos meses?

—¿Cuánto tiempo pasó tu preciosa Edi con el hombre al que amaba?

—Días.

—Ahí lo tienes. Quiero que te maquilles un poco, que te peines y te recojas el pelo con una de esas cintas que uses y que pases el día con Greg y conmigo en la nueva tienda. Necesitas salir de esta casa, de la historia en la que te has implicado tanto, y necesitas hablar con alguien que no sean mis primos.

—¿Es eso posible en este pueblo?

—Muy graciosa —dijo Sara—, pero las bromas no te servirán. —Agarró a Joce de las manos y tiró de ella para levantarla—. Arréglate y vámonos. Tengo tanto trabajo que no sé por dónde empezar.

—No, por ahí no —le dijo Greg Anders a Sara—. Yo iría por aquí, no por allí.

Jocelyn estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, pintando la parte inferior de una de las paredes de la tienda. Había pasado horas con Sara y Greg, mirándolos, y lo único que podía decir era que Greg le hacía desear encontrarse con Luke e ir corriendo hacia él con los brazos abiertos. Cómo era posible que a la dulce Sara le gustara semejante marimandón. Era algo que superaba su capacidad de comprensión.

La tienda que estaban reformando iba a ser bonita. Había estado llena de muebles viejos durante muchos años y Sara decía que el dueño era tan viejo que la abría raramente y que, cuando lo hacía, se quedaba dormido.

—La gente dejaba un cheque o el dinero sobre el mostrador y se llevaba lo que querían comprar. Cuando mi madre veía a turistas entrar en la tienda, enviaba a uno de los dependientes a vigilar para asegurarse de que no robaban nada.

—Y la has comprado —dijo Jocelyn mirando a su alrededor. Era bastante grande y, una vez pintada y con los suelos restaurados, sería exquisita.

Cuando acababan de llegar, Greg entró, cogió a Sara por la cintura y la inclinó para darle un beso que Jocelyn pensó que debería haberle dado en privado. Pero a Sara no parecía importarle.

—Jocelyn ha venido a ayudarnos —dijo cuando por fin acabaron de besarse.

Greg, mientras mantenía a Sara cogida estrechamente por la cintura como si quisiera que la gente supiera que «le pertenecía», miró a Joce de los pies a la cabeza, evaluándola con tanta impertinencia que ella tuvo que hacer un esfuerzo por no fruncir el ceño.

—Así que tú eres la propietaria de la mansión del pueblo —le dijo—. ¿Te gustaría venderla?

—Calla —le dijo Sara sonriendo—. Creerá que lo dices en serio.

—Y lo digo en serio —dijo Greg, mirando a Jocelyn—. Véndemela y la convertiré en una atracción turística.

—¿Quieres dejarlo ya? —dijo Sara con una risita tonta, como si encontrara lo que decía Greg muy divertido.

—Creo que me quedaré con la casa —dijo Joce con una sonrisa forzada.

—Bien, Jocelyn. —Greg soltó a Sara—. ¿Qué te parecería pintar un poco? Claro está, si por ser la señora de la gran mansión no eres demasiado importante para pintar una pared.

—¡Greg! —dijo Sara.

—Vale, Jocelyn sabe que solo estoy bromeando, ¿Verdad Joce, nena?

—Sí, claro —murmuró Joce—. Unas bromas muy divertidas.

Llevaba cerca de tres horas en la nueva tienda y Greg las había hecho trabajar a ambas, a ella y a Sara, hasta la extenuación, mientras que él desaparecía a menudo. Entraba y salía de la tienda a sus anchas, sin decirle a nadie adónde iba ni cuándo iba a volver, y sin pegar golpe.

Durante su segunda desaparición, Sara se acercó a Joce, que estaba pintando. Llevaba un taladro eléctrico con el que montaba unos grandes marcos de roble que Greg había encargado. Joce opinaba que, si Greg era tan rico como aparentaba, podría haber contratado un carpintero en lugar de cargarle todo el trabajo a Sara.

—Ya sé que es un poco bruto —dijo Sara mirando a Joce—, pero me hace sentir muy viva. He pasado la mayor parte de mi vida con una aguja en la mano o con la máquina de coser, y mi única emoción era lo que tuviera en DVD. Pero Greg está lleno de ideas y quiere ponerlas en práctica enseguida. Si le hubiera propuesto a uno de mis primos abrir una tienda de ropa, se hubiera pasado meses pensando si era o no una buena idea. A Greg se lo comenté una noche cenando y al día siguiente me dijo que había comprado la vieja tienda de muebles.

—Fue muy rápido —dijo Joce—. Pero a lo mejor hubiera sido conveniente pensarlo un poco. ¿Vas a tener clientes que vengan aquí?

—Greg lo tiene todo planeado. Ha contratado una empresa de publicidad para hacer saber a todo Richmond que estamos aquí.

—¡Caramba! —dijo Joce—. ¿Y qué me dices de Williamsburg?

—Greg dice que Williamsburg es demasiado pequeño para nosotros. Hace falta

tener amplitud de miras. Quiere que vayamos a Nueva York un par de veces al año para comprar vestidos exclusivos, traerlos y venderlos al doble de lo que nos hayan costado. Es realmente un gran hombre de negocios.

«O un soñador», pensó Joce, pero no dijo nada.

—Uy, ahí está. Será mejor que volvamos al trabajo.

—¿He visto a dos señoritas holgazaneando en cuanto me he dado la vuelta? —dijo Greg cuando entró en la tienda—. Os voy a tener que bajar el sueldo.

—No sabía que nos pagaras —dijo Jocelyn, con más animosidad de la que pretendía.

—Vaya, vaya... Las señoras deberían controlar su mal genio. Oye Joce, quizá te interese trabajar aquí. Te ayudaría a mantener esa gran casa tuya.

Jocelyn notó que palidecía. Parecía que las noticias de que Edi no le había dejado dinero para el mantenimiento de la casa ya iba de boca en boca.

—¡Greg! —dijo Sara, exasperada—. ¡Era una confidencia!

—¡Oh, de acuerdo! Perdona, Joce.

Jocelyn se levantó.

—Escuchad, es casi hora de comer, tengo que irme. Tess ha dicho que Ramsey volvía hoy y necesito verle para resolver algunos asuntos legales.

—Claro —dijo Greg—. He oído que tienes dos novios y no te aclaras sobre cuál prefieres.

—Vale. Mejor que me vaya, yo... —Miró el pincel sucio y pensó que debería limpiarlo pero no quería seguir allí ni un minuto más—. Te veré luego, Sara, y tu tienda será muy bonita.

—Hasta esta noche —le gritó Sara, cuando ya salía por la puerta.

—¿Qué he hecho? —oyó Joce que Greg decía—. Solo estaba bromeando.

Ya en la calle, Joce suspiró aliviada y prácticamente fue corriendo al despacho de Ramsey.

—Me figuraba que te vería hoy —le dijo Tess cuando entró—. ¿Has venido para ver a Ramsey o para huir del odioso Greg?

—Para huir —dijo Joce—. Tengo ganas de tomarme un tequila. ¡Menudo gilipollas! ¿Cómo puede gustarle a Sara?

—No creo que nadie haya vivido lo suficiente para responder a la pregunta de por qué alguien le gusta a alguien. Ella le ríe los chistes y sus grandiosos planes le parecen magníficos.

—¿Tú crees que la gente de Richmond vendrá en coche hasta Edilean para ir de compras?

—No. ¿Por qué no entras en mi despacho?

Joce miró a su alrededor. Nunca había entrado en el despacho de Ramsey. Había pasado muchas veces por delante, pero nunca había estado dentro. Era una casa

antigua, posiblemente de principios de 1900, reformada para convertirla en unas oficinas cómodas y elegantes. La sala de espera estaba amueblada con reproducciones de piezas del siglo dieciocho.

—¿Del Williamsburg colonial? —preguntó Joce.

—Por supuesto —dijo Tess, yendo hacia el fondo del edificio. Pasaron por delante de dos escritorios ocupados por mujeres que levantaron la cabeza con curiosidad para ver a Joce.

—Les extraña que tenga una amiga —dijo Tess, cerrando la puerta de su despacho. Era bonito, pero de una austeridad que Joce no hubiera podido mantener mucho tiempo. No había fotos en el escritorio, nada personal en ninguna parte. Igual que su apartamento. Era como si no quisiera que nadie supiera nada de su vida.

—¿Y en qué anda hoy metido? —preguntó Tess, sentándose detrás del escritorio y ofreciéndole a Joce una de las sillas que tenía enfrente.

A Joce no le gustaba tener el escritorio de por medio, pero no lo comentó.

—¿Te refieres a Greg?

—Sí, por supuesto. He estado tan ocupada con el catering y tú tan enfrascada en tu libro que ninguna de las dos le había prestado atención al nuevo novio de Sara. Ahora será más difícil.

—Es verdad —dijo Joce con cautela—. ¿Estás sugiriendo que hagamos algo? Por lo que sé, a Sara le gusta. No querrá que hagamos nada.

—Cuando lo conocí, hablé con ella para que dejara que en MAW lleváramos los aspectos legales de la tienda.

—¿Qué quieres decir?

—Que le recordé que no tiene dinero y que no debía firmar nada. Que le dejara a él pagarlo todo y hacerse cargo de las cosas cuando fallaran.

—¿Estás segura de que la tienda fracasará? —preguntó Joce.

—Creo que si Sara abriera un local pequeño con sus propias creaciones y se relacionara mucho para seleccionar la clientela, le iría bien. Sara es buena en el trato personal, pero no la veo en la Semana de la Moda de Nueva York ¿Y tú?

Jocelyn miró a Tess entornando los párpados.

—Lo que me parece es que ni tú ni yo sabemos lo que es mejor para Sara y deberíamos dejarla vivir su propia vida.

—Es una forma de pensar —dijo Tess, y se asomó a la ventana que había junto a la puerta—. Rams ha vuelto.

Jocelyn se quedó sentada mirando a Tess. Fue un fognazo, apenas una décima de segundo, pero había visto un brillo en los ojos de Tess cuando vio a Ramsey que... Joce no estaba segura de lo que significaba, pero estaba segura de que Tess se alegraba de verlo.

Volviéndose en su asiento, vio a Ramsey cruzar las oficinas a grandes zancadas

directamente hacia el despacho de Tess. No se molestó en dejar la maleta ni en corresponder a los saludos. Ignoró los recados telefónicos que las dos secretarias intentaron darle. En lugar de eso, abrió la puerta del despacho de Tess con tal ímpetu que casi golpeó a Joce, pero no se dio ni cuenta.

—¿Qué ha pasado en mi ausencia? —le preguntó Ramsey.

Joce estaba sentada en su silla, semioculta por la puerta. Los miró alternativamente y se dio cuenta de que solo tenían ojos el uno para el otro. Le dieron ganas de bailar de alegría. Era casi como si oyera música de gaitas en su cabeza y hubiera levantado los brazos para bailar una danza escocesa.

Con una sonrisa de oreja a oreja, dijo:

—Hola, Ramsey, ¿te lo has pasado bien en Boston?

Él se volvió a mirarla y por un instante no supo quién era.

—¡Jocelyn! —exclamó luego como si fuera la persona a la que más deseaba ver en este mundo, y seguidamente la abrazó y la cubrió de besos.

—¿Me has echado de menos? ¿Ha intentado mi horrible primo escapar contigo?

—¿A cuál de tus primos te refieres? ¡Tienes tantos!

—A Luke —dijo Ramsey, acercándole la cara al cuello dispuesto a besarla.

Joce le lanzó una mirada fugaz a Tess y vio que había vuelto a sentarse tras el escritorio y estaba estudiando con detenimiento unos papeles. Empujó a Ramsey, apartándolo de sí.

—¿Cómo va nadie a escapar conmigo si estoy atada a esa casa? Estaba a punto de contarle a Tess que Greg Anders se ha ofrecido a comprármela. Sabe que no tengo dinero para mantenerla, así que quiere quitármela de las manos.

—¿Quién demonios es Greg Anders? —le preguntó Ramsey a Tess.

—El nuevo novio de Sara. Ha comprado una casa aquí, tiene mucho dinero y los dos van a abrir un tienda de ropa de marca en la vieja tienda de muebles.

Ramsey abrió unos ojos como platos.

—¿Y todo esto ha pasado en el poco tiempo que he estado fuera?

—Bueno... —dijo Joce—. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste.

La miró muy serio.

—Como por ejemplo...

—Creo que dejaré que Tess te lo cuente —dijo Joce, procurando aguantarse la risa con no demasiada fortuna—. Tengo que irme.

—¿Vas a seguir pintando? —preguntó Tess.

—¿Estás pintando Edilean Manor? —Ramsey parecía horrorizado.

—De color lavanda —dijo Joce—. Mi color favorito. Piensa en el sol de la mañana iluminando una casa color lavanda. Alucinante, ¿no te parece?

—No puedes... —dijo Ramsey mientras Jocelyn cerraba la puerta.

Alcanzó oír a Tess decir:

—Estaba bromeando. Intenta tener un poco de sentido del humor y no hagas el ridículo.

Jocelyn salió del despacho riéndose. Las secretarias la miraron con incredulidad. Probablemente era la única persona que había salido de allí riéndose.

Luke estuvo fuera casi dos semanas. Durante ese tiempo, no la llamó ni se puso en contacto con ella de ningún modo. Pero Jocelyn estaba bien. Sabía adónde quería ir y lo que quería hacer. Pensó que aquello había tenido mucho que ver con la forma que tenía Sara de mirar a Greg y el brillo de los ojos de Tess al ver a Ramsey. En el amor no había lugar para el deber. Ella tendría que haberse interesado por Ramsey porque Edi le había dicho que era el hombre perfecto para ella y con esa gran casa que cuidar «debía» compartirla con Ramsey, que sabría decorarla y mantenerla. Luke probablemente sembraría plantas en botes de mayonesa vacíos y le parecería que quedaban fantásticos.

Pero nada de eso importaba ya. Jocelyn sabía lo que le decía su corazón y eso le daba paz.

Pasó en Williamsburg la mayor parte del tiempo que Luke estuvo fuera, investigando. Un día buscó el nombre de Angus Harcourt y resultó que había participado en la fundación del país. No había sido un político, pero había estado ahí, con mucho que decir acerca de la independencia de Inglaterra.

Joce no había pensado mucho en aquel hombre. Simplemente, le había hecho gracia la historia que Edi había incluido en sus últimas voluntades. Que un joven escocés raptara a la hija del terrateniente y escapara con ella y un carro lleno de oro era una historia romántica, pero no se había planteado qué habrían hecho después. Ella no hablaba en serio acerca de escribir la historia de Edilean, pero cuando encontró el nombre de Angus Harcourt junto al de Thomas Jeffersson vio las posibilidades de un libro así.

Ordenó todo cuanto había sido capaz de encontrar sobre la época que Edi había pasado con el doctor Brenner, lo pasó a limpio y después repasó las historias más recientes escritas por Edi. De nuevo se rio con las cosas de Bertrand, se asombró por el amor entre Edi y David y, como siempre, lloró al pensar en la muerte de este. «¡Si al menos hubieran podido vivir juntos!», pensó.

Cuando el teléfono sonó y era Luke, Joce se puso la mano sobre el corazón para aquietar sus latidos.

—¿Me has echado de menos —le preguntó él sin preámbulos—, o ni siquiera te has enterado de que me había ido?

Lo que ella quería preguntarle era si ya tenía la anulación, si era libre. Quería decirle que le quería.

—Sí y no —le respondió—. He estado muy ocupada. También he conocido al novio de Sara y les he ayudado a pintar la tienda.

—Un chico encantador, ¿eh?

Jocelyn perdió el control.

—¿Has hablado con alguien antes de llamarme! —casi le gritó.

La carcajada de Luke le dejó claro que él había notado sus celos.

—No es lo que piensas. La abuela conoció al novio y se lo contó al abuelo que me lo ha contado a mí. ¿Te parece mejor así?

—No mucho. ¿Hablaste con tu abuelo mientras estabas fuera? —Se daba cuenta de que se estaba comportando como un niña enfurruñada, pero no podía evitarlo.

—En cierto modo —dijo Luke, y ella se dio cuenta de lo mucho que estaba disfrutando con aquello—. Hizo conmigo parte del viaje, después yo cogí un avión. Fue mientras viajábamos juntos que habló con la abuela y esta se lo dijo.

—¿Se supone que tengo que sentirme mejor? ¿Dónde has estado? Y no atrevas a decirme que parezco tu madre.

—Estuve en New Hampshire, luego en Londres. Dejé al abuelo en New Hampshire y volé a Londres. He vuelto hace solo una hora.

—¿Londres? Has hecho algo que tiene que ver con Edi, ¿a que sí?

—Sí. ¡Ah! Y pasé por Nueva York también. El abuelo tiene algunos amigos allí. ¿Contesta esto a todas tus preguntas?

—Sí, ahora estoy completamente satisfecha. ¿Cuándo vas a venir por aquí a explicarme qué habéis estado haciendo tú y el travieso de tu abuelo?

—Es travieso, ¿verdad? Buena observación.

—¿Por qué no nos vemos en tu casa? Para variar. Me gustaría ver cómo la has decorado. ¿Cultivas orquídeas en la ducha?

—Solamente si llevo dos semanas sin darme un baño. Entonces me las arranco de la oreja izquierda. No sé por qué siempre es la izquierda y no la derecha. Y del ombligo...

—¡Basta! Ahórrate los chistes malos conmigo. Quiero saber qué habéis estado haciendo tú y tu abuelo estas dos últimas semanas.

—Hemos estado husmeando y espiando. ¡Y de qué manera!

—Luke —dijo ella en un tono mitad advertencia mitad súplica.

—El abuelo fue a New Hampshire a visitar a la viuda del general Austin y hablarle dulcemente de las cartas.

Jocelyn contuvo el aliento.

—¿Y las ha conseguido?

—Sí... —dijo Luke sin demasiado aplomo—. Escucha, Joce, encontramos algunas cosas que...

—¿Qué?

—Que puede que te disgusten un poco.

—¡Oh, Dios mío, qué será ahora!

—No es nada malo, solo que... Le he jurado al abuelo que no te lo contaría, así que tengo que mantener la boca cerrada. Si por mí fuera, estaría ahí ahora mismo con un montón de papeles...

—¿Qué clase de papeles?

—Históricos —dijo Luke rápidamente—. El abuelo tiene que descansar hoy. No puede llevar tanto trajín. ¿Qué tal si te recojo a las cuatro y vamos a su casa?

—¿Y él estará presente cuando yo vea esos papeles?

—Forma parte del trato que hicimos. Además, es médico.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —dijo Luke rápidamente—, olvida que lo he dicho. ¿Te va bien a las cuatro o tienes que hacer de esclava para el novio de Sara en la nueva tienda?

—Ramsey y yo tenemos una cita para sacar una licencia de matrimonio a la una, así que supongo que me va bien.

—¿Joce? Tengo curiosidad por saber si alguna vez has hecho alguna de estas bromas sobre casarte con Ramsey en presencia de Tess.

—Déjame ver... Aún conservo la cabeza sobre los hombros, tengo ambos brazos en incluso los pies. No, creo que no.

—Por fin te has dado cuenta.

—Podrías habérmelo dicho.

—¿Se lo has dicho tú a Ramsey y Tess? No, dejás que lo descubran por sí mismos.

—Podrías venir antes de las cuatro, porque tu jardín está bastante mal y necesita un repaso.

—No intentes seducirme. Si paso diez minutos contigo, me lo sacarás todo y el abuelo dijo que, si te lo decía sin estar él presente, me haría jugar al golf con él cada día durante un mes. Incluso amenazó con el consabido «no me queda mucho tiempo de vida» con el que siempre me convence.

—Espero que no hayas heredado su crueldad.

—Probablemente sí, ya que no te he dejado ver mi casa por dentro.

Eso desconcertó a Joce. Le tomaba el pelo con lo de que no le dejara ver su casa, pero ni se le había ocurrido que contuviera nada siniestro. O tal vez no siniestro pero extraño.

—¿Qué... qué hay en tu casa?

—Fotos de otras chicas. Tengo que dejarte, necesito un par de horas de sueño y luego tengo algunas cosas que hacer. Te recogeré a las cuatro. Por cierto, la abuela se escaquea, así que seremos solo nosotros tres.

Después de decirse adiós, Jocelyn se quedó con el teléfono en la mano pensando en lo que Luke le había dicho. Lo de las cartas del general Austin, luego que había ido a Londres a... ¿A qué? ¿Había algo en las cartas que lo había empujado a ir a Londres?

Joce llamó a Tess.

—Quiero peinarme... no sé como. Hacerme algo que me quede bien. ¿Adónde voy?

—Así que Luke ha vuelto. Déjame hacer una llamada y te vuelvo a llamar.

Diez minutos después, Joce estaba en su coche camino de Williamsburg para acudir a lo que Tess llamaba una «cita de emergencia». «Tampoco voy hecha un desastre», había murmurado Joce; pero no le importaba, lo único que quería era estar guapa esa tarde.

Cuando Luke fue a recogerla en su coche, un BMW sedán, se apeó y lo rodeó para abrirla la puerta.

—¡Caray! ¡Es fantástico! —comentó ella acomodándose en el asiento de cuero—. Has dicho que querías que tu abuelo estuviera presente porque es médico. ¿Estás siendo tan amable porque vas a decirme que solo me quedan seis meses de vida?

Como él no contestaba, lo miró con dureza.

—¿Luke?

—La vida de la gente cambia —dijo él muy solemne—, algunas veces para bien y otras para mal.

—Me estás asustando.

Él la tomó de la mano.

—Perdona por todo este misterio, pero se lo prometí al abuelo. En este momento creo que es la persona más feliz del mundo. Hablamos en el avión y me dijo cuánto amaba verdaderamente a la señorita Edi. Nunca puede decirlo estando la abuela presente, por supuesto, pero la amaba. Me contó que él y la señorita Edi pasaron toda su infancia juntos y que se hizo médico por ella. Cuando vio sus piernas, retomó los estudios con el programa para los soldados estadounidenses y... —Luke apretó más fuerte la mano de Joce—. Estás distinta.

—Tess me ha recomendado un salón de belleza. Me han depilado las cejas, me han teñido y me han pintado las uñas. Han tardado horas y estaba tan nerviosa que

apenas podía aguantar sentada en la silla.

—No, no es eso, aunque me gusta el esmalte rosa. He visto peonias exactamente de ese color.

Le soltó la mano y la puso de nuevo en el volante.

—Hay alguna otra diferencia.

—Yo, bueno, he decidido que te prefiero a Ramsey.

—¿Ah, sí? —dijo Luke como si tal cosa, pero ella vio que el extremo de su ceja se levantaba. O sea que no era solamente cuando mentía que le ocurría aquello, también cuando experimentaba una emoción fuerte.

—A mí también me gustas más tú que Ramsey —dijo él dulcemente.

—Pidámosle que sea nuestro padrino.

Luke rio.

—De acuerdo, pero solo si se pone una chaqueta de terciopelo azul celeste.

Jocelyn sentía latir su corazón en el pecho con tanta fuerza que casi no podía respirar. No estaba segura, pero casi se lo había pedido. O había sido ella quien se lo había pedido a él. Fuera como fuera, nunca había sido tan feliz.

Cuando llegaron a casa del doctor Dave todas las luces estaban encendidas pero lo que más brillaba era su cara. Parecía como si hubiera encontrado el Secreto de la Vida.

—Realmente estoy deseando que me contéis los dos lo que pasa.

—Creo que primero deberíamos tomar un té —dijo el doctor David.

—¡No lo dirás en serio! —exclamaron Luke y Joce al unísono, y después se echaron a reír.

—Me da vergüenza preguntaros dónde habéis estado vosotros dos toda la tarde...

—En la peluquería —dijo Joce.

—Durmiendo una siesta —dijo Luke.

El doctor Dave los miró alternativamente.

—Bien, algo ha pasado. —Levantó la mano—. No me lo contéis, mi viejo cerebro no admite más información. —Se volvió a Jocelyn—. Mi nieto y yo sabemos la mayor parte de lo que vamos a contarte, pero hay algunas cosas de las que no podemos enterarnos hasta que sepas lo mismo que nosotros. Si no quieres esperar hasta después del té, sugiero que lo tomemos mientras mi nieto nos lee la última parte de la historia de la señorita Edi. ¿Estás preparada Jocelyn?

—¿Está caliente el té?

—Humeante.

—Entonces estoy lista.

Inglaterra, 1944

—Tengo un poco de hambre —dijo Hamish a la hora del desayuno, y Edi y David tuvieron que disimular una sonrisa. Porque si había algo que el hombre hiciera era comer.

Al principio le insinuó a David que era un traidor porque preparaba comida italiana estando Italia del lado alemán.

—Si no la quiere... —le dijo David retirándole el plato, pero Hamish lo había retenido.

—Me parece que no voy a perjudicar al mundo por comerme un plato de espaguetis.

—Esto es... —David se interrumpió. ¿Para qué explicarle al hombre la diferencia entre pizza y espagueti y pasta en general? Se alegró cuando el viejo se encerró en su habitación inmediatamente después del desayuno.

Aquella mañana Edi había encontrado un invernadero derruido en la parte trasera de la granja. Estaba prácticamente cubierto de parra y, cuando la eliminó a machetazos, encontró el edificio acristalado. Dentro habían madurado los tomates. La parra había mantenido la tierra caliente durante el invierno y las ramas sin hojas habían permitido que entrara el sol.

—La besaría por estos tomates —dijo David, cogiendo una de las preciosas bolas rojas de la cestita que le tendía Edi—. La verdad es que la besaría por cualquier cosa.

Ella retrocedió a pesar de que la mesa los separaba, pero estaba sonriendo.

—¿No sabe que soy la Intocable?

—Eso he oído —dijo David con la voz ronca, acercándosele. Esta vez Edi no se alejó.

Pero la pierna rígida de David se enganchó en la esquina de una silla y estuvo a punto de caerse. Se cogió al canto de la mesa y se sentó pesadamente.

—Espero que Austin se pudra en el infierno —murmuró masajéandose la pierna llagada—. ¿Cómo puede un hombre ligar con esto?

Como Edi no decía nada, se volvió. Tenía una extraña mirada.

—¿Qué le ronda por esa cabecita?

Ella se rascó la cabeza. No se había molestado en intentar arreglarse el pelo. Simplemente se lo había dejado suelto sobre los hombros y se lo había sujetado a los lados con un par de pasadores de Aggie. Con la camisa demasiado ancha, los pantalones demasiado grandes sujetos con un cinturón y la melena oscura sobre los hombros, a David le parecía que estaba magnífica. Si no hubiera sido por su pierna se le hubiera acercado antes.

—Necesito un baño —dijo Edi—. Creo que se me han pegado piojos de los pollos.

—He visto queroseno en la granja ¿Quiere que lo usemos?

—No —dijo Edi sonriendo—. Me bañaré en el río.

—No es una buena idea. Todavía está crecido y la corriente es...

No dijo nada más porque oyó la puerta cerrándose. Cuando miró por la ventana, vio a Edi corriendo. Obviamente tenía un plan y se preguntaba cuál sería. Cuando salió del establo unos minutos más tarde, con dos rollos de cuerda, supo exactamente lo que pensaba hacer.

—No —dijo David cuando ella entró en la cocina—. No, no y mil veces no. Si lo intenta saldré a caminar hasta que encuentre un teléfono y le diré a Austin lo que planea hacer.

—¿Sabe hacer buenos nudos?

—No —dijo David categórico, sentándose en una silla.

—De acuerdo, entonces tendremos que apañarnos con los míos. —Se ató el extremo de una de las cuerdas alrededor de la cintura—. Bonito y fuerte, ¿verdad?

David agarró un extremo del nudo y tiró. Se soltó con facilidad.

—Tal vez debería atarla con tres nudos —dijo Edi.

—Por favor, no lo haga. —David estaba al borde de las lágrimas—. No vale la pena. Nos queda un día más. Aggie habrá vuelto, cogeremos la revista y...

—¿Qué tal este nudo?

David tiró de los dos extremos y estaba apretado.

—Perfecto —dijo ella—. Usaremos este.

—¿Y qué pasa si se queda atrapada ahí abajo y quiere salir? —le preguntó—. ¿Lleva un cuchillo y cortará la cuerda?

—¡Pues sujétela usted! Y no quiero ningún sermón sobre que no debería hacerlo. Soy una nadadora excelente.

—Edi —dijo él, reacio a levantarse de la silla—, es muy noble por su parte, pero no quiero que haga esto.

Ella se inclinó y lo besó en la boca.

—Nos queda muy poco tiempo. Y ¿cómo vas a hacerme el amor con esa cosa en la pierna? Voy a hacer esto digas lo que digas, pero agradecería mucho tu ayuda.

David estaba tan asombrado por lo que ella acababa de decir que tardó un momento en reaccionar. Cuando se iba, la cogió por la muñeca y la atrajo hacia sí de forma que aterrizó en su regazo.

La besó. Primero con suavidad, luego con más pasión y besos más profundos.

—Me enamoré de ti en cuanto te vi —le susurró—. Era como si te conociera de algún sitio, del cielo tal vez. Supe que eras mía y siempre lo serías.

Ella le acarició la mejilla.

—Yo te detestaba.

David soltó una risita.

—Sabes cómo amar a un hombre.

—Perdona, pero no sé nada de eso, aunque me han dicho que aprendo rápido.

El la besó de nuevo, acariciándole el pelo.

Entonces el encanto se rompió, porque Edi se apartó para rascarse el cuero cabelludo.

—Tengo algo que me corre por el pelo, así que voy a saltar al río para lavármelo, y espero también coger la llave Allen. ¿Estás preparado?

Como él fruncía el entrecejo y parecía que iba a pedirle de nuevo que no fuera, le puso un dedo sobre los labios.

—Piensa en las posibles ventajas. Si no la encuentro, porque a estas alturas podría estar en el Támesis, tendrás que llevar esa férula lo que queda de guerra.

David se apoyó en la mesa de la cocina y se levantó.

—Te sigo. —Intentaba parecer jovial, pero ella percibió el miedo en su voz.

—Vamos —bromeó Edi—, ya tengo el cochecito preparado.

—El cochecito —dijo él sonriendo, y salió tras ella.

Posiblemente el viejo Hamish tuviera un coche enterrado bajo aquel desorden de la granja y Edi lo había encontrado. Quizá...

Todas sus esperanzas se esfumaron en cuanto vio a Edi salir del establo a las riendas de un armatoste que parecía fabricado en 1890. Era un carruaje con grandes ruedas detrás y las delanteras más pequeñas, un pescante acolchado en la parte frontal y una especie de plataforma para ir de pie detrás. El viejo caballo de Hamish estaba enganchado a él con muchas correas de cuero y el propio Hamish estaba tan complacido que casi sonreía.

—¿Sabe manejarlo, verdad? —le preguntó a Edi, que parecía como si hubiera nacido sentada en una calesa.

Llevaba un látigo largo en la mano y lo hizo chasquear por encima de la cabeza del caballo, luego le dio varios golpecitos y el animal se movió rápidamente en un círculo perfecto.

—Ah, sí —dijo Hamish—; sabe conducir.

—Tengo un centenar de trofeos en casa —dijo ella—. ¡Oh, mira cómo le gusta!

Se refería al caballo, no a David que ya estaba volviendo hacia la casa.

—Sí que le gusta —dijo Hamish, acariciando amorosamente el hocico del animal—. Ganó muchas carreras en su época, y se acuerda. Según los militares es demasiado viejo para ser útil, pero todavía tiene mucho que ofrecer.

—No tardaremos —dijo Edi—. David me atará al puente y yo bucearé hasta el coche para recoger algunas cosas. A lo mejor podemos quitarle ese horrible artilugio de la pierna.

—¿No lo necesita, verdad? —dijo Hamish.

Edi sonrió. Aquel hombre era viejo, pero no tonto.

—Vamos —llamó a David—. Hamish te ayudará a subir atrás. Tendrás que sujetarte cuando vayamos cuesta abajo, pero creo que estarás bien.

—¿Cree que deberíamos atarlo? —preguntó Hamish.

—No, no hace falta que me aten —dijo David, y Edi y Hamish sonrieron. Era fácil darse cuenta de que para David el carro bien podría haber sido un mastodonte. A sus ojos era viejo y peligroso.

Puesto que el viejo caballo no paraba de moverse, recordando los días en que era joven y rápido, fue necesaria la ayuda de Hamish para subir a David al carro. La parte trasera era plana y abierta, así que no servía para transportar cosas. Había un par de asas, pero a David le costaba sentarse con la pierna tesa y agarrarlas.

—¿Para qué sirve este trasto? No para el transporte.

—¿Y para qué sirve un coche de carreras? —le preguntó Edi mientras Hamish asentía.

—De acuerdo, muchacha, adelante. Pero ten cuidado con el caballo, se desvía hacia la derecha.

—No se preocupe, no dejaré que lo haga —dijo ella. Después chasqueó el látigo y el caballo salió disparado como si hubiera sonado un pistoletazo de salida.

En la trasera, David se colgó de los dos brazos. La sacudida hizo que el acero se le clavara en la piel y los dientes le entrechocaron.

—¿Tienes que ir tan rápido? —le gritó a Edi, pero solo oyó sus carcajadas.

Al pobre le pareció que tardaban tres horas en llegar al río, pero solo fueron unos minutos. Podrían haber ido caminando por el bosque, pero para David, con la pierna en aquellas condiciones, hubiera sido una tortura.

Vio que el agua había bajado y ya no cubría el puente. Los neumáticos del coche sobresalían. Si el agua continuaba bajando, al cabo de un día o dos, la mitad de las ruedas estarían al descubierto.

Mientras él bajaba del carruaje, Edi ya se estaba atando una cuerda alrededor de la cintura. Él le apartó las manos y rehizo el nudo.

—Escúchame —le dijo con dulzura—. Si algo va mal y quieres que te saque, tira de la cuerda dos veces. Si la cuerda se enreda y necesitas quitártela, tira de este cabo, ¿lo ves? —le dio un firme tirón y la cuerda se soltó—. Voy a contar y, si estás sumergida más de cincuenta y ocho segundos, voy a ir por ti. ¿Entendido?

—Perfectamente —dijo ella, quitándose las viejas botas que había llevado los últimos dos días. Después tiró de la cuerda y la dejó caer hacia el puente. El agua había bajado y la madera estaba seca, pero seguía sin parecer seguro.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó David.

—No puedo nadar con tanta ropa. ¿Te importa si me desnudo?

—No sé qué contestar a eso —dijo él en un susurro, después retrocedió para verla desabrochase la camisa y quitársela. Llevaba la misma combinación color melocotón que la primera noche, cuando él la había desvestido, y nunca había visto nada más hermoso.

Edi dejó la vieja camisa en el puente y fue a quitarse el cinturón, pero el caballo relinchó y quiso ir a tranquilizarlo.

—¡Cállate! —le dijo David al animal, que se calmó de inmediato.

Sonriendo, Edi se desabrochó el cinturón y dejó caer los pantalones en el puente.

—Estaban equivocados —susurró David.

—¿Sobre qué? —preguntó Edi.

—Sobre tus piernas. Creo que miden un palmo más de lo que decían.

—No lo sé, nunca me las he medido. ¿Me atas la cuerda?

—Sí —dijo él, pero se acercó con calma, recorriendo con la mirada cada centímetro de Edi.

Le pasó la cuerda por la cintura, ató el extremo al borde del puente y fue a buscar la otra cuerda a la trasera del carruaje.

—¿Para qué es?

—Si todavía queda algo en el coche, lo sacaré.

—¿Como por ejemplo tu maleta?

—Sí, mis vestidos —dijo, mirando los enormes pantalones que llevaba él—. ¿Trajiste algo que sea de tu talla sin la férula?

—Sí, pero no quiero que te molestes en encontrarlo. Si encuentras la llave Allen, estupendo; si no, todo lo demás carece de importancia. ¿Me has entendido?

—Vas a ser un padre magnífico —le comentó ella—, pero todavía tengo el mío. Si el coche está tan sumergido tiene que haber la profundidad suficiente para que me tire de cabeza, ¿no te parece?

—¡No! —casi gritó David—. Vamos a la orilla y entras caminando. No sabes... —Ya no dijo más, porque ella se encaramó a la barandilla y se zambulló de cabeza con perfección en el río. David aguantó la respiración esperando que emergiera y lo asaltaron todo tipo de temores. ¿Se habría golpeado contra el fondo? ¿Estaría inconsciente? Se estaba subiendo a la barandilla cuando ella salió.

—Está fría —dijo.

—¿Y cómo creías que estaría, como en el Trópico? —dijo él, procurando disimular lo asustado que estaba—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Esto sienta bien, me voy a lavar el pelo. Tírame ese jabón que hay en el asiento ¿Quieres?

—¡Jabón! —refunfuñó él. Lo único que quería era acabar con aquello y marcharse. Con la pierna tesa, fue medio corriendo medio cojeando hasta el carro para coger una pastilla de jabón del asiento. Después se la lanzó. Buena parada —dijo

—, cuando ella la atrapó al vuelo.

—Era la mejor bateadora del equipo de béisbol de mi escuela. Podía lanzar la pelota a tres metros y aún así completar una carrera. —Se estaba enjabonando el pelo mientras flotaba en el agua. Se dio la vuelta, miró el coche, nadó hacia él y se subió encima.

—Mírame —gritó.

—Sí, ya te veo.

Llevaba la combinación pegada al cuerpo, mojada y transparente, y estaba de pie sobre un coche volcado que no asomaba por encima del agua. Parecía que estuviera de pie en la superficie.

—Mi reino por una cámara de fotos —susurró David, pero no tenía ninguna.

—Ten cuidado, los bajos de un coche no son tan blandos como un colchón.

Ella continuó frotándose el pelo con el jabón y luego se lo devolvió. Para su vergüenza, se le cayó y tuvo que ir tras él por el puente. Cuando miró atrás, ella había desaparecido y por un momento su corazón dejó de latir.

Esperó lo que le parecieron minutos sin que hubiera rastro de ella. Le dio un tirón a la cuerda, pero ella no se lo devolvió y no la había soltado.

—Sabía que era una mala idea —dijo David—. Lo sabía, tendría que habérselo impedido, tendría que haberla obligado a...

—¿A qué? —dijo Edi, que estaba debajo de él con una mano en un pilar del puente.

—Obligado a no hacer esto.

—Me hubiera gustado ver cómo lo intentabas —dijo ella sugestivamente—. ¿Alcanzas mi mano?

David se tumbó boca abajo y estiró el brazo hasta que alcanzó su mano. Edi le pasó la llave Allen, que agarró con fuerza. Después se dio la vuelta y boca arriba en el suelo, la sostuvo un instante sobre su pecho. ¡Una cosa tan pequeña y tan importante!

—La tengo, ahora sube.

Pero cuando miró, ella se había ido. A toda prisa, David se desabrochó los pantalones y se los quitó, después le echó una última mirada de odio a la férula de acero y se puso a aflojar tornillos. En aras del confort, todos estaban encastrados de forma que no hubiera cabezas protuberantes que pudieran irritar la piel, pero eso era necesario utilizar una herramienta poco habitual para retirar la férula.

La mitad de los tornillos estaban demasiado fuertes por culpa del agua y el óxido, y uno se rompió cuando lo giró. Pero con su determinación y su rabia, por no hablar de su deseo por la señorita Edilean Harcourt, continuó trabajando.

Rompió las correas y se hizo algunos cortes más al arrancarse el trasto de la pierna, pero consiguió despegárselo de y lo lanzó hacia el final del puente.

Una vez libre le costó mantenerse de pie. Tuvo que doblar la rodilla una docena de veces para recuperar la movilidad. Tenía la pierna hecha un desastre, con ampollas, erosiones y trozos de tela pegados a las heridas, pero a él le parecía fantástica.

—¡Me he librado de ella! —gritó mirando al río, pero Edi no le contestó.

Se desabrochó la camisa, la tiró al suelo, se subió a la barandilla y se zambulló.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó ella nadando hacia sus brazos.

—Y ya está —dijo David Aldredge.

—¿Qué quieres decir con que ya está? —preguntó Joce.

—Es toda la historia que Edi escribió, o al menos todo lo que yo tengo. Alex McDowell me dejó los papeles en su testamento, y no sé si es todo lo que tenía o si Edi escribió más y se perdió. Al final, Alex estaba bastante mal.

—¿Mal? —preguntó Jocelyn—. ¿En qué sentido?

—Tenía Alzheimer. No recordaba quién era, y mucho menos nada acerca de una historia que le habían enviado muchos años antes. Sin embargo... —El doctor Dave hizo una pausa enfática—. Encontré algo interesante hace algunos años. Ya sabes cómo es esto. Un día estaba aburrido, navegando por Internet, y escribí el nombre del doctor Jellie. Pues bien: esto es un extracto de una serie de libros sobre la Segunda Guerra Mundial. Por lo que yo sé, es el único sitio donde se menciona el nombre del doctor Jellicoe ¿Queréis que os lo lea?

—Sí, por favor —dijeron Luke y Jocelyn.

«La contribución del doctor Sebastian Jellicoe a la Segunda Guerra Mundial nunca le fue reconocida en vida y ni siquiera después de su muerte. Nadie que le conociera hablaba de su gran cerebro o de cómo podía ver un montón de palabras desordenadas y descubrir de un vistazo el significado del mensaje. Lo que la gente recordaba de él era su don para contar historias. Podía ir a la tienda de comestibles y regresar con una historia digna de ser publicada.

»En cuanto a mí, que por entonces era un joven y entusiasta estudiante que quería aprender de un maestro, la historia que mejor recuerdo es la de una joven pareja que probablemente le salvó la vida. Corría 1944 y estaba próximo el día D. El doctor Jellie me contó que estaba sentado frente a la chimenea en una fría y lluviosa noche, amodorrado en su silla, cuando oyó un caballo y a un hombre despotricando. Se quedó tan desconcertado que por un momento creyó que era Papá Noel y que el gordinflón había chocado con el techo de su casa.

»Pero se trataba de dos americanos altos y guapos que habían recorrido la campiña inglesa en plena noche en el antiguo carruaje de carreras de su viejo y malhumorado vecino Hamish. Según el doctor Jellie, aquel hombre no era capaz de convivir con nadie, de modo que lo habían dejado solo. En el pueblo se decía que había sido en otro tiempo conductor de carruajes de carreras y que había ganado casi todo hasta que un accidente lo obligó a dejarlo. Se retiró a la granja de su padre y pasó el resto de su vida quejándose a su sufrida esposa e hijos.

»Pero aquella fría y lluviosa noche aparecía uno de los carruajes de Hamish tirado por un caballo casi tan viejo como su dueño y conducido por una chica tan alta y

hermosa que el doctor Jellie dijo que creyó haber muerto y estar a las puertas del cielo. Parecía Boudica cabalgando a la batalla.

»En la trasera del carruaje había un joven más alto que ella pero igualmente guapo, que evidentemente detestaba ir en aquel carromato tanto como adoraba a la joven.

»—Desde luego te has vengado —le dijo cuando bajó y después de vomitar la cena en los arbustos.

»—A mí no me gusta como conduces tú y a ti no te gusta como lo hago yo. Estamos en paz —dijo ella, sonriéndole al doctor Jellie.

»Se presentó como Eddie y presentó a David. Con los años el doctor Jellie había olvidado sus apellidos y a menudo me he preguntado quiénes serían y qué les ocurrió.

»Jellie les invitó a tomar un té. El joven David lo siguió al interior de la casa, pero Eddie, como buena amazona que era, antes llevó el caballo y el carruaje al establo. Cuando entró, tenía el oscuro cabello húmedo y la ropa pegada al cuerpo. Los dos hombres se la quedaron mirando sin habla un rato.

»Ella fue la primera en romper el silencio.

»—Traigo esto para usted. —Le entregó un ejemplar de la revista *Time* de hacía dos semanas.

»—¿Y qué tengo yo que hacer con esto? —preguntó Jellie.

»—Contiene un mensaje del general Austin. Yo soy su secretaria.

»—El viejo bulldog Austin. ¡Dios mío, hace una eternidad que no lo veo! ¿Quiere decir que todavía no le ha disparado nadie?

»—Todo el mundo tiene ganas de hacerlo —dijo David—, pero nadie se ha atrevido aún.

»—Creo que debería leer el mensaje —lo animó Eddie—. Me parece que es importante. Tiene que volver a Londres con nosotros.

»—¿Tengo que hacerlo?

»—Parece ser que alguien se ha enterado de lo que está haciendo por ayudar en la guerra —dijo David.

»—¡Oh, todo el mundo lo sabe! La señora Pettigrew utiliza los sobres para envolverme el almuerzo. Todos llevan el sello de «Alto Secreto».

»David y Eddie se miraron con la boca abierta.

»—Pero... —farfulló David.

»—Yo creía...

»El doctor Jellie miró la revista *Time*.

»—Ya he visto este ejemplar. ¿Es el que trajo Aggie? ¿Y vosotros sois los americanos que la estabais buscando?

»—No teníamos ni idea de que estuviera tan cerca —dijo Eddie—. Pero de todas formas no hubiéramos podido venir antes porque no teníamos la revista y la

necesitábamos. Tengo que insistir en que la lea. Creo que lo que contiene es vital.

»—¡Tonterías! —dijo él—. Nunca clasifican nada valioso como secreto. Esos sobres que ponen «Alto Secreto» son catálogos de semillas. Los secretos están en las cartas de mi hija.

—¿Su hija trabaja en Londres? —preguntó David.

»—No tengo ninguna hija.

»—Ah —dijo Eddie.

»E inmediatamente después, el doctor Jellie lanzó la revista al fuego.

»David y Eddie saltaron de los asientos.

»—Es para lo único que sirve —dijo— Estoy seguro de que a estas horas ya la ha leído todo el pueblo. Vosotros dos habéis causado un gran revuelo saliéndoos del puente y hundiendo el coche en el río.

»—Nosotros no... —empezó a decir David, pero se interrumpió al ver que la revista ardía—. Me parece que hemos venido para nada —dijo, mientras miraba a la hermosa y joven Edi de un modo que casi prendió fuego a la casa.

»—¿Le dio Austin algo más? —preguntó el doctor Jellie.

»—A mí no —dijo Eddie—. Me entregó un mapa, que creo que no era exacto, y un fajo de dinero. Lo he dejado todo en la granja de Hamish. ¿Tengo que ir a buscarlo?

»Justo en ese momento retumbó un trueno y el doctor Jellie dijo:

»—No, querida, creo que eso puede esperar. —Miró a David y le preguntó—: ¿Y usted qué? ¿Le dieron algún papel?

»—No. Austin me obligó a ponerme una férula de acero en la pierna que era como un instrumento de tortura medieval y...

»—¿Ningún papel?

»David se dio una palmada en la frente.

»—Excepto la invitación, nada más.

»—Déjeme verla.

»—¿Qué invitación? —le preguntó Eddie.

»—Una invitación a un baile en el que tú ibas a llevar un vestido de fiesta azul eléctrico.

»—El baile de los oficiales. Pero no tiene nada que ver con esto. Esas invitaciones se envían a mucha gente directamente desde la imprenta. —Miró a David sacarse la cartera del bolsillo trasero y extraer el sobre. No parecía haberse mojado, a pesar de que ella sabía que había estado bajo el agua.

»—¿Cómo demonios lo mantuviste seco? —le preguntó.

»—Uno cuida las cosas que considera importantes —dijo el doctor Jellie, sonriéndole a David.

»—Sí, señor, lo hace.

»—¿Lo llevaba en un sobre impermeabilizado?

»—Sí —dijo David, sonriéndole—. Pescamos las maletas del interior del coche, en el río, y esto estaba dentro de la mía, tan seco como cuando lo puse ahí.

»—Buen chico —dijo el doctor Jellie levantándose.

»Puso la invitación sobre una mesa y abrió una caja que contenía frascos de cristal, aparentemente bebidas alcohólicas.

»—Podría dar buena cuenta de alguna de esas —dijo David, yendo a coger un frasco.

»—Bébase el contenido de uno de esos y su lengua se disolverá en un burbujeo muy poco agradable.

»—David apartó la mano.

»—Ahora veamos... —argumentó Jellie—. ¿Con cuál debería probar?

»David puso la mano en el brazo de Eddi y la llevó hacia el fuego para que Jellie tuviera un poco de intimidad. Una par de olores asquerosos llegaron desde donde estaba el doctor.

»—Ya lo tengo —dijo por fin—. Tengo que ir con vosotros dos a Londres y Austin me enviará a Estados Unidos.

»David fue el primero en recuperarse.

»—¿Eso es todo? ¡Pero si nosotros ya lo sabíamos! ¡Se lo hemos dicho!

»—Los espías tienen la costumbre de desaparecer con bastante frecuencia, así que es mejor que todo conste por escrito.

»—Pero ese papel acabó en el fondo de un río.

»—Ah, pero a pesar de eso estaba protegido. Mi suposición es que Austin sabía que sería tan valioso para usted que cuidaría muy bien de él.

»—Sí —dijo David, mirando a Eddie y sonriendo—. Muy valioso.

»—Bueno, ahora ya está. Sugiero que durmamos bien esta noche y salgamos para Londres mañana. ¿Quieren una habitación o dos?

»—Una —dijo Eddie rápidamente, y levantó la mano izquierda para enseñarle el anillo que llevaba en sus viajes por el campo—. Estamos casados.

»—Lo estáis —dijo el doctor Jellie sonriendo.

»Me contó que, a la mañana siguiente, la hermosa Boudica se marchó en el carruaje para devolvérselo a Hamish y una hora después regresó corriendo colina abajo; que nunca en su vida había visto algo tan hermoso como esa chica alta corriendo colina abajo hacia su amado. El doctor Jellie siempre se había preguntado cuán diferente hubiera sido su vida si hubiera habido una mujer que lo mirara de aquel modo, pero, mira por dónde, nunca la hubo.

»Me contó que los tres tomaron el tren de regreso a Londres y que nunca había visto a dos personas más enamoradas. Solo tenían ojos el uno para el otro y solo querían estar el uno con el otro. Había alguien esperando al doctor Jellie cuando

llegaron a Londres y la hermosa Eddie y su amor desaparecieron de su vida y nunca más supo de ellos».

Joce estaba sentada en silencio en el estudio del doctor Dave, pensando en Edi y su amado David. Sabía lo que había pasado después. A él lo habían matado y ella había sufrido graves quemaduras.

—Eso es solo el principio de la historia —dijo Luke dulcemente.

—¿El principio? Eso es el final.

—No —le aseguró el doctor Dave—. Cuando me hablaste del general Austin, decidí ir a New Hampshire a ver si podía conseguir las cartas.

Joce miró a Luke.

—¿De eso era de lo que estabais hablando vosotros dos aquella noche en la cena?

—Sí, y por eso no quería que me acompañaras, pero me diste tanto la lata que te dejé hacerlo y luego resulta que herí tus sentimientos porque...

—Vosotros dos ya parecéis un matrimonio... —dijo el doctor Dave—. Dejad vuestras diferencias para más tarde y enseñale las cartas.

Luke sacó una única hoja de papel del maletín de su abuelo y se la entregó a Joce, que temía leerla porque estaba segura de que hablaría del accidente y de lo que le había ocurrido a Edi durante los dos años que le costó recuperarse.

6 de octubre de 1944

¿Se acuerda de Harcourt, la mejor secretaria que he tenido? La envié a una misión con mi chófer y creo que hicieron más de lo que les había pedido. Está embarazada de cuatro meses. Me puse tan furioso que los hubiera obligado a casarse, pero a él lo destinaron a otra unidad y aún no he podido encontrarlo. Harcourt quería el traslado, pero no se lo daré.

18 de diciembre de 1944

¿Recuerda a Harcourt? Al chico con el que se casó lo han matado. Espera el bebé para primavera, así que tendré que trasladarla después de Navidad. Gracias a Dios no se le ha puesto mucha barriga y aún no se ha dado cuenta nadie. Sin ella mi oficina se vendrá abajo.

21 de abril de 1945

¿Se acuerda de Harcourt? Acabo de enterarme de que ha tenido un horrible accidente donde ha resultado gravemente quemada. No tienen esperanzas de que sobreviva. La enfermera con la que hablé dijo que el niño había nacido muerto. No creo que ninguna otra pérdida de esta guerra me haya herido tanto como esta. He hecho que la trasladen a Estados Unidos para que pueda morir en casa.

Jocelyn leyó los párrafos tres veces antes de levantar la vista hacia Luke y el

doctor Dave.

—¿Un bebé...? —murmuró. Y las lágrimas afloraron a sus ojos sin poder contenerlas—. Esa pobre mujer perdió más de lo que jamás pensé.

—No —dijo el doctor Dave tomando las manos de Jocelyn entre las suyas—, tienes que agradecerse a mi nieto. Él fue el único que sospechó.

—¿Qué fue lo que sospechó? —preguntó ella mientras Luke le tendía un pañuelo.

—Que nada era verdad —dijo Luke—. Si hubieras conocido al tío Alex, lo habrías entendido. Decía que le debía a Edilean Harcourt toda su vida y quería compensarla: darle trabajo, dejarla vivir gratis en una casa. Eso no significaba nada para él; lo había hecho para varias personas que habían trabajado para él toda su vida.

—Luke... ¿qué estás intentando decirme?

—Con la ayuda del abuelo, contraté a un equipo completo de investigadores en Inglaterra y hemos repasado un montón de archivos de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Para encontrar dónde fue enterrado el bebé? —preguntó Joce, con un hilo de voz.

—Sí y no. —Se sentó en una otomana, frente a ella—. Fue el apellido Clare lo que me puso sobre la pista ¿Recuerdas el pasaje en que la señorita Edi decía que continuó llamando a David cuando todo el mundo pensaba que iba a morir?

—Sí.

—A David Clare.

Joce miró al doctor Dave.

—No lo pillo. ¿Qué es lo que se me escapa?

—¿A quién más conoces que se llame Clare?

—No conozco a nadie con ese apellido.

—Los dos hombres se quedaron mirándola.

—Mi madre se llamaba Claire.

El doctor Dave y Luke se sonrieron mutuamente.

—¡Un momento! —dijo Joce—. ¿No estaréis intentando decirme que mi madre...?

—Era hija de Edilean Harcourt y David Clare. Sí, lo era. Enséñaselo —dijo Luke.

El doctor Dave le tendió a Joce unos gráficos como los que ella había visto a menudo en la televisión, análisis de ADN. Los miró inexpresiva.

—Perdona por el secretismo, pero si lo que sospechábamos hubiera resultado no ser cierto, no queríamos que sufieras —dijo Dave—. Resultó fácil conseguir ADN tuyo y no demasiado difícil conseguirlo de Edi. Era muy aficionada a escribir cartas y cerraba humedeciéndolos con saliva gran número de sobres.

—¿La señorita Edi era mi abuela? —preguntó Joce con un débil susurro.

—Ella no lo sabía —dijo el doctor Dave—. De haberlo sabido estoy seguro de que te lo habría dicho. Creo que Alex se enteró de que estaba embarazada, pero nadie

más lo hizo. Se quedó en Londres, donde nadie la conocía, y no tuvo que contestar preguntas incómodas. Se quemó solo un par de semanas antes de dar a luz.

—Pero el general dijo que el niño había nacido muerto.

—Nos figuramos que eso fue lo que le dijeron. No tenemos pruebas escritas, pero parece que Alfred Scovill estaba en Europa en esa época, firmando contratos para cascos, y había una mujer moribunda que acababa de dar a luz un bebé. Por lo que hemos podido averiguar, en el certificado de nacimiento figuran Alfred y Frances Scovill como padres, lo que por supuesto no era cierto, porque su esposa estaba en Estados Unidos. Pero estábamos en guerra y había muchos huérfanos y muchas tragedias. Nadie hacía demasiadas preguntas. Creo que el señor Scovill se llevó al bebé a casa, a Estados Unidos. Con su mujer se mudaron a Boca Ratón, donde nadie los conocía y nunca le contaron a nadie la verdad. Su única concesión fue llamar a la niña Claire por lo que decía la moribunda.

Cuando Jocelyn intentó ponerse en pie, le flaquearon las piernas. Luke la abrazó para sostenerla y la sujetó contra sí unos minutos. Pero Joce lo apartó y lo miró.

—¿Es por esto que dijiste que tal vez me hiciera falta un médico? —Intentaba bromear, pero nadie sonreía.

—¿Estás bien? —le preguntó Luke.

—Estoy conmocionada, eso es todo. ¡Cómo me gustaría que lo hubiera sabido! ¡Me gustaría haberlo sabido yo cuando ella estaba viva para compartir este vínculo!

—Lo hiciste —dijo el doctor Dave, cogiéndole la mano—. Alex investigó acerca de tu madre y la gente que la adoptó, y compró una casa cerca de la suya. Lo montó todo para que ella administrara la fundación, pero luego empezó a perder la memoria.

—Por el Alzheimer —dijo Jocelyn.

—Sí, lo dispuso todo a través de MAW e inventó aquella historia sobre cómo había conocido a la gente que la adoptó. Suponemos que Alex tenía la intención de dejar que Edi pasara algún tiempo contigo para conocerte y luego le hubiera dicho la verdad. Pero Alex... simplemente lo olvidó.

Luke se acercó a una mesa auxiliar y le preparó una copa.

—Creo que lo necesitas —le dijo, mirando a su abuelo.

Jocelyn cogió la copa y tomó un sorbo.

—Intuyo que vosotros dos tenéis algo más que contarme. Soltadlo antes de que me desmaye por lo que me habéis contado ya.

—Encontramos a la familia de David Clare.

Ella miró a los dos hombres. Altos, inclinados sobre ella, la miraban como si fuera a desplomarse de un momento a otro. Pero sus palabras la hicieron sentir más lejos de desfallecer que cualquier otra cosa que hubieran podido decirle. Le llevaría mucho tiempo asimilar el hecho de que Edi nunca hubiera sabido la relación que las unía, pero la idea de los familiares era asombrosa.

—¿Queréis decir que puede que tenga parientes con un cociente intelectual por encima de setenta, que no viven para menospreciarme y hacerme sentir mal?

—En realidad, creo que eso lo hacen todos los parientes —dijo Luke—. Mis primos... ¡Ay! —se quejó cuando su abuelo le golpeó el brazo.

—¿Tienes el número de teléfono? —le preguntó el doctor Dave a Luke.

—Pues claro, lo tengo aquí. Creo que llamaré y luego Joce puede...

Ella le arrancó el papel de las manos.

—Es mi familia. Llamo yo. —Fue hacia el gran teléfono que había sobre el escritorio del doctor Dave—. ¿Pongo el manos libres?

Ambos hombres asintieron.

Joce respiró profundamente dos veces y marcó el número de Nueva York. Inmediatamente contestó una voz masculina.

—Siento molestarlo, señor, pero estoy buscando a cualquiera relacionado con un hombre llamado David Clare, que murió durante la Segunda Guerra Mundial.

—Al habla.

Jocelyn miró a los dos hombres encogiéndose de hombros, perpleja.

—¿Es usted pariente suyo?

—Supongo que sí —dijo el hombre, riendo.

—¿Sabe algo del sargento David Clare, que sirvió con el general Austin, de ese David Clare?

—Señorita, no sé cómo decirle que yo soy David Clare, y que yo serví con el viejo bulldog Austin.

—Usted... —dijo Jocelyn, pero su voz se apagó—. ¡Pero si a usted lo mataron!

—Me dieron por muerto, pero en realidad estuve prisionero hasta el final de la guerra. Le puedo asegurar que estoy vivo, no especialmente sano, pero vivo.

—¿Conoció a Edilean Harcourt?

Hubo una larga pausa.

—Sí. La... mataron en 1944.

—No, la señorita Edi murió el año pasado.

El hombre gritó, furioso:

—¡Esto no me hace gracia! Edilean Harcourt murió en un incendio cuando un jeep explotó.

—No era ella —dijo Jocelyn, al borde de las lágrimas. ¿Estaba realmente hablando con el David de Edi... con su propio abuelo?—. Ella sobrevivió, sufrió unas quemaduras terribles en las piernas, pero sobrevivió. La conocí cuando tenía diez años y fue mi guía, mi madre de acogida... No sé cómo la llaman ustedes. Cuando murió, me dejó su antigua casa...

—Edilean Manor —murmuró él.

—Sí, la señorita Edi nunca se casó. Pasó la mayor parte de su vida viajando por el

mundo con el doctor Brenner, ayudándolo en las catástrofes. Ellos... —Joce se interrumpió y miró a Luke—. Creo que está llorando —le dijo, pero entonces tampoco ella pudo contener las lágrimas.

Luke le quitó el teléfono y oyó a un hombre que gritaba.

—No sé quién diablos es usted para hacer llorar al tío Dave, pero...

Por detrás, Luke oyó:

—No, no, no. Es sobre Edi; conocían a Edi.

El enojado joven dejó de gritar.

—¿Saben algo de la señorita Edi?

—¿Ha oído hablar de ella? —le preguntó Luke.

—¿Está de guasa? Crecí oyendo ese nombre. El amor perdido, la única mujer a la que el tío Dave ha amado siempre. ¿Saben algo de ella, como por ejemplo dónde está enterrada? Un momento, el tío Dave quiere que le devuelva el teléfono.

Luke volvió a pulsar el manos libres para que todos pudieran oír.

—¿Quién eres? —preguntó David Clare.

—Creo que soy tu nieta —dijo Joce, antes de romper nuevamente a llorar.

Entonces David dio rienda suelta a sus lágrimas.

El joven se puso otra vez al teléfono.

—¡Oh, demonios! ¿Qué os pasa a todos?

Al fondo, se oía a David diciendo:

—Ven aquí, ahora, hoy. Quiero verte ahora mismo.

El joven dijo:

—Parece ser que quiere que vengas. Si lo haces, ¿conviene que tenga un desfibrilador preparado?

—Lo van a necesitar los dos... —dijo Luke. Después desconectó al altavoz del teléfono y le contó rápidamente la historia de cómo Edi se quedó embarazada y dio a luz, pero que nadie creyó que fuera a vivir y un hombre llamado Scovill adoptó al bebé.

—¿Me está diciendo que el tío David tuvo un hijo?

—Una hija llamada Claire.

—Claire Clare —dijo el joven, divertido.

—Ya ves —dijo Luke, mirando a Joce, que estaba sollozando—. Claire Clare. ¿Podemos hacerle una visita? ¿Le parece bien?

—Lo que me pregunto es por qué demonios estás aún al teléfono. ¿Puedes tomar un vuelo matutino?

—No lo sé —dijo Luke, mirando a Joce—. ¿Podemos estar allí mañana?

Ella asintió.

—Escucha, uh... —No sabía cómo se llamaba.

—Eddie —dijo él, y luego hizo una pausa—. Me llamo Edward Harcourt Clare.

Soy el pequeño de mis hermanos y le dejaron al tío Dave elegir mi nombre. Si hubiera sido una niña me habría llamado Edilean.

Luke miró a Jocelyn.

—Se llama Edward Harcourt Clare.

Joce reía y lloraba al mismo tiempo.

—De acuerdo —dijo Luke—. Déjame mirar los vuelos y te llamo dentro de una hora para decirte cuándo vamos.

—Cuando estéis aquí no lograremos que paren de llorar —dijo Edward y, tras una pausa, bajó la voz—. Quiero decirte que lo que hacéis es fenomenal. El tío Dave ha sido como un segundo padre para mí y todos mis hermanos. No puedo contarte ahora todo lo que ha hecho en nuestra pequeña ciudad. No está bien y no le queda mucho, pero ver a su propia nieta... Bueno, gracias, todo lo que puedo decir es muchísimas gracias.

Al final y tras mucho discutir, David Clare decidió que era mejor que él fuera a Edilean en lugar de que ellos fueran a verle a él.

—No me queda mucho tiempo y quiero ver por fin su casa —dijo.

Por lo visto en el pasado se lo había propuesto numerosas veces, incluso una de ellas había llegado a comprar los billetes de avión, pero no se había atrevido. Sabía que le recordaría a Edi con demasiada intensidad y el dolor sería mayor de lo que podría soportar.

Luke y Jocelyn pasaron dos días frenéticos preparando la casa. Las mujeres de la Iglesia baptista de Edilean les prestaron camas, sábanas e incluso muebles, y la madre de Luke se encargó del transporte. Había trabajado para su padre de modo intermitente la mayor parte de su vida y conocía el transporte médico. Llevaron a David Clare desde el aeropuerto de Richmond a Edilean en ambulancia. Hizo reír durante todo el viaje a los dos enfermeros de urgencias que iban detrás con él.

—Tu nieta es como tú —le dijo Luke—. Cuenta los peores chistes del mundo a la mínima ocasión.

—Vete —dijo el doctor Dave—, o conseguirás que se pongan a llorar otra vez.

El primer encuentro entre Joce y su abuelo fue tan emotivo que ninguno de los dos pudo decir palabra. Solamente se miraron y se cogieron las manos cuando bajaron a David de la ambulancia y lo entraron en Edilean Manor.

En la sala de estar de la planta baja, donde Joce había realizado sus investigaciones, habían dispuesto un dormitorio para el sargento Clare. Después de descansar veinticuatro horas pudo andar con dos bastones... como hacía Edi al final. Y lo primero que quiso ver fue el lugar donde ella reposaba.

—Antes de que vayamos —dijo—. ¿Habrás un sitio junto a ella para mí?

—Sí —le dijo Jocelyn, mientras él se cogía de su brazo con su anciana mano.

Todo el mundo, es decir, todo el pueblo, se maravilló de lo mucho que se parecían Joce y David. El mentón cuadrado con un hoyuelo, la piel blanca y los ojos azul oscuro estaban cortados con el mismo patrón.

—Te pareces más a mí que a Edi —decía David, mirando amorosamente a su nieta—. Por desgracia, no has heredado sus piernas.

—Es cierto —dijo Luke—. De todos modos, a mí me gustan más huesudas.

—¡Luke! —exclamó Joce, y David se rio tanto que casi se atragantó.

—Es como mi madre, y a mi padre también le gustaban así, tanto que tuve ocho hermanos y hermanas.

—Lo leímos —dijo Joce con los ojos muy abiertos—. Eso significa que tengo primos.

—Cientos de ellos —dijo David.

—O sea que tengo más que él —dijo mirando a Luke.

—Sois un verdadero matrimonio —dijo David.

La lápida de la tumba de la señorita Edi era pequeña.

—Vamos a grabarla —dijo David. Luego miró a Luke—. Apuesto a que tú, universitario, sabes dónde puedo encontrar un escultor.

—Sabré encontrar uno.

—¿Universitario? —dijo Joce sonriendo—. Luke trabaja para mí. No puedo pagarle, pero es mi jardinero. Trabaja también para otra gente.

David miró a Luke, sacudiendo la cabeza.

—Puede que sea viejo, pero la cabeza aún me funciona. Una de mis sobrinas nietas hizo cola para conseguir un libro tuyo autografiado y volvió a casa más enamorada de ti que del libro. Se bajó una foto tuya y la colgó sobre su escritorio. Cuando te vi, te reconocí al instante.

Jocelyn se paró, miró a Luke, se soltó del brazo de su abuelo y empezó a caminar de vuelta hacia la casa.

—Oh, oh... —dijo David—. ¿He metido la pata? —Se volvió con ayuda de los bastones cuando Luke fue tras Joce.

—¡Eres un bastardo! —dijo ella, cuando la alcanzó.

—No pretendía mentirte, pero...

—¿Por qué no? Todo los demás lo han hecho. ¿Es que no queda nadie honesto en el mundo?

—Quería que me vieras como soy —dijo Luke—. Siento no haberte dicho que soy escritor, y que estaba casado, pero el principal interés de Ingrid por mí eran mis cheques de derechos de autor.

—Todo el pueblo sabía que estabas casado y a qué te dedicabas pero nadie me lo ha dicho.

—Les pedí que no lo hicieran.

—¿Así de fácil? ¿Simplemente les dijiste que no mencionaran que escribes y obedecieron?

—Sí —se limitó a contestar Luke.

—Bien, es maravilloso que tengas gente que te quiere tanto. A mí personalmente, nunca me ha pasado. —Se dirigió hacia la casa.

—Sí que la tienes —dijo Luke—. Yo te quiero. Te he amado desde aquella primera noche cuando te derramé la mostaza encima.

—Eso fue un accidente —dijo ella, mirándolo por encima del hombro.

Luke se colocó frente a ella.

—Sí, lo fue, y me gustó que fueras honesta y le dijeras la verdad a Ramsey.

—¿Honesto? ¿Conoces el significado de esta palabra?

—Lo estoy aprendiendo —dijo él—. Pero he tenido algunos maestros que me han

enseñado a ocultar la verdad. Tú, Ingrid, mi familia, Ramsey, incluso la señorita Edi.

Edi intentó esquivarlo, pero él continuó cerrándole el paso. Finalmente, ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—De acuerdo ¿Y sobre qué escribes?

—Sobre Thomas Canon —dijo él.

Joce se quedó con la boca abierta. Thomas Canon era el protagonista de una serie de libros muy populares. Estaban ambientados en el siglo dieciocho, justo antes de la Revolución americana. Thomas había estado enamorado de una joven llamada Bathsheba desde que eran niños, pero sus padres la habían obligado a contraer matrimonio con un hombre rico al que no amaba. Con el corazón roto, Thomas pasaba libro tras libro viajando por el país en ciernes, conociendo gente y metiéndose en un lío tras otro.

—Luke Adams —dijo Joce, citando el nombre del autor.

—Ese soy yo.

—Entonces la jardinería...

—Soy botánico, y después de lo de Ingrid estaba... —Se encogió de hombros.

—¿A quién se le ocurre licenciarse en botánica? —añadió Joce—. ¿Cómo se puede vivir de la botánica? Tendrías que haber... —Se interrumpió, porque él la atrajo hacia sí y la besó.

—Jocelyn, te quiero. Siento haber tardado tanto en decirlo y haberte ocultado tantas cosas, pero tenía que estar seguro. ¿Crees que podrías perdonarme alguna vez?

—¡Claro que puede! —dijo David Clare tras ellos—. Si Edi pudo perdonarme ser un gamberro ignorante, ella puede perdonarte por fingir serlo.

Luke y Jocelyn le sonrieron porque se habían enterado de que, después de la guerra, había convertido su pequeño garaje en una franquicia que estaba presente en todo el Noreste. Era multimillonario. Y había puesto a todos sus negocios el nombre de su querido hermano, Bannerman, muerto en la guerra. El cambio de nombre era la causa de que Edi no se hubiera enterado nunca de que su David seguía con vida.

—¿Puedes perdonarme? —preguntó Luke.

«¿Cómo no iba a poder?», pensó ella, pero no se lo iba a poner tan fácil.

—Con una condición. Tienes que decirme si Thomas Canon conseguirá algún día a Bathsheba.

—No, tú también no —gruñó Luke—. En casa tengo una caja enorme llena de cartas de mis lectores con la misma dichosa pregunta. No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Tú has creado a los personajes y tú los controlas.

—Algo así.

—¿Qué quieres decir?

David se estaba riendo.

—Es mejor que lo dejes —le dijo a Luke—. Se parece a mí, pero es exactamente

igual que Edi.

—No me parezco en nada a ella —dijo Joce.

—Eres idéntica —dijo David—. ¿Te contó aquella vez que...?

—Espera aquí —dijo Joce—. Voy a buscar una grabadora. A diferencia de otros, yo no creo a mis personajes.

Cuando Luke y David se quedaron solos, el anciano todavía se reía.

—Lo tienes crudo, hijo.

—Sí, lo sé —dijo Luke sonriendo.

Más tarde, después de cenar, cuando David ya se había acostado, Luke y Joce se sentaron en la cocina a hablar. Ella seguía un poco distante por haberle ocultado su ocupación, pero Luke se la estaba ganando.

—La otra noche mi madre me contó una historia de lo más extraña —le dijo, y vio que Joce prestaba toda su atención a la palabra historia—. Fue a casa de la señorita Edi unos seis meses antes de su muerte.

—¿Por qué? —preguntó Joce.

—No estoy seguro —dijo Luke—. Mi madre nunca ha sido una buena mentirosa, pero...

—A diferencia de ti.

—Sí —dijo Luke con una sonrisa—. Dijo algo sobre un secreto que necesitaba una reparación.

—¿Un secreto sobre qué?

—No lo sé. No quiso decírmelo, pero supongo que mi madre sabe por qué Alex McDowell se sintió en deuda con la señorita Edi toda su vida.

—¿Ese secreto? —preguntó Joce—. ¿Y tu madre lo conoce?

—Tal vez. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Creo que lo haré.

—De cualquier modo, me contó que ella y la señorita Edi hablaron mucho sobre mí, sobre mis libros, el fracaso de mi matrimonio, el mucho tiempo que paso a solas con su malhumorado suegro. ¿Sabes qué? Aquella vez que me escabullí de casa con el abuelo para ir a pescar, mamá lo sabía. Dijo que siempre me he llevado mejor con la gente mayor.

—Yo también... —dijo Jocelyn—. Mis abuelos. —Jocelyn se dio cuenta de que no había tenido tiempo para pensar en la gente a la que tanto había amado y que nunca le había hablado de la adopción—. Bueno, esos abuelos. Luego Edi. —Miró a Luke—. Y ¿qué me dices de Ramsey?

—Todo el mundo sabe que él y Tess...

—¡No! Me refiero a las últimas voluntades de Edi. —Joce, sorprendida, se llevó las manos a la cabeza—. Ahora lo entiendo. Edi sabía que yo detesto que me digan con quién debo salir. Me presentó a unos cuantos hombres agradables, pero yo salía

con ellos odiándolos. Era antipática, no les reía los chistes. Cualquier cosa que hicieran o dijeran me desagradaba... —Miró de nuevo a Luke—. Creo es posible que Edi me dijera que Ramsey era el hombre que me convenía porque no quería que acabara con él.

Luke la miró sorprendido.

—Y mi madre me dijo que me mantuviera alejado de ti. Sabe que no aguanto las prohibiciones.

—¿Crees que se pusieron de acuerdo? ¿Es posible que hayamos sido manipulados?

Se miraron.

—No —dijo Luke.

—Demasiado retorcido.

—Me parece una confabulación excesiva...

—Eso es.

—No puede ser —convino Luke, y luego añadió—: Puedes quedarte con Ramsey si quieres.

—No —dijo ella sonriendo; tendió el brazo por encima de la mesa y puso su mano sobre la de él—. He decidido que seguiré la tradición de mis antepasadas y me juntaré con un hombre que trabaja con las manos.

Luke la miró con el fuego de la pasión.

—¿Por qué no vienes aquí, te sientas en mi regazo y dejas que te enseñe lo bien que sé trabajar con las manos?

—Sí, por favor —dijo Jocelyn, levantándose, y se echó en sus brazos.



JUDE GILLIAM WHITE MONTASSIR, nacida el 20 de septiembre de 1947 en Fairdale, Kentucky Estados Unidos, es una escritora de novela romántica, conocida sobre todo por sus obras históricas. Comenzó escribiendo en 1976 como Jude Deveraux.

Estudió en la Universidad estatal de Murray, licenciándose en Arte. Era una maestra de quinto grado antes de dedicarse a la escritura de manera profesional.

Jude ha vivido en varios países y en varios lugares de los Estados Unidos. Actualmente vive en Carolina del Norte y tiene también una casa en Italia.

Notas

[1] Home Box Office. Uno de los canales de televisión por cable con más audiencia de Estados Unidos. (N. de la T.) <<

[2] La autora se refiere al estribillo de una de las canciones más populares de Tennessee Ernie Ford: *You load sixteen tons, what do you get / Another day older and deeper in debt / Saint Peter don't you call me 'cause I can't go / I owe my soul to the company store.* (N. de la T.) <<

[3] La BTU es la abreviatura de una unidad inglesa de energía: *British Thermal Unit*. Equivale a 252 calorías y se usa principalmente en Estados Unidos. (N. de la T.) <<

[4] Los Padres Fundadores de Estados Unidos fueron los líderes políticos que firmaron la Declaración de Independencia y participaron en la revolución o en la redacción de la Constitución unos años más tarde. Entre ellos destacan por su relevancia histórica Benjamin Franklin, George Washington, John Adams, Thomas Jefferson, John Jay, James Madison, Thomas Paine y Alexander Hamilton. (*N. de la T.*) <<

[5] *Las tres cabras macho Gruff*, es un cuento de hadas noruego en el que tres cabras cruzan un puente, bajo el cual hay un aterrador trol que quiere comérselas. (N. de la T.) <<